Maxine Morrey

Vivir tu mejor vida

Todo lo que quieres está a solo un *paso* de distancia...





ODISEA

Maxine Morrey

Vivir tu mejor vida

Traducción de
Isabel Fuentes



Para el increíble equipo de Boldwood Books

Capítulo 1

Algo pasaba. Estábamos sentados en nuestro corrillo habitual en el pub donde llevábamos reuniéndonos desde el colegio. Con el tiempo, el grupo había ido creciendo a medida que se unían y se integraban las parejas, pero la mayoría nos habíamos quedado viviendo bastante cerca de la zona en la que habíamos crecido. Por supuesto, lo que en su día había sido un pub cutre lleno de estudiantes, con alfombras pegajosas de estampados oscuros que ocultaban multitud de pecados, y baños que siempre te hacían plantearte cuántas ganas de mear tenías de verdad, se había transformado hacía mucho tiempo. Ahora era un local luminoso y ventilado, con suelo de imitación de roble y paredes de tonos pálidos, en el que servían comida de gastropub a precios adecuadamente inflados. Llevábamos años quedando aquí. A nuestras reuniones acudíamos todos los que podíamos y, entre medias, hacíamos combinaciones variadas según quién estuviera libre. Cuando empezaron a asomar los niños, cuadrar agendas se volvió un poco más difícil, así que en verano solíamos cambiar el local por alguno de los parques para que los peques también pudieran venir. Me encantaba que todos hubiéramos hecho lo posible por seguir unidos, a pesar de todos los cambios en nuestras vidas. Al ser los que no teníamos hijos, Tia, Jono, Luca y yo habíamos formado sin querer nuestro propio minigrupo dentro del grupo más grande, y tendíamos a estar más en contacto.

A menudo quedaba solo con Luca para tomar algo rápido o cenar después del trabajo, ya que ambos trabajábamos por la misma zona

de la ciudad, lo cual solía ayudar a relajar tensiones después de un día largo y agotador. Éramos amigos de toda la vida. Bueno, desde que teníamos cinco años, al menos. Estaba de pie al fondo de mi primera clase en el colegio, asimilándolo todo y preguntándome si alguien se daría cuenta de si me escabullía de nuevo por la puerta. Mientras sopesaba mi huida, sentí un tirón en una de mis trenzas perfectamente peinadas, seguido de una risita. Un niño con el pelo negro como el carbón estaba a mi lado, todavía sonriendo de oreja a oreja. Su sonrisa se desvaneció cuando di un paso atrás hacia la pared y me empezó a temblar el labio inferior. Unos ojos grandes y expresivos color chocolate se abrieron de par en par mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla. De repente, me vi envuelta en un abrazo inmenso.

—No quería hacerte llorar —dijo al apartarse—. Lo siento.

Asentí con la cabeza y dejé que me cogiera de la mano mientras cruzaba la clase con total seguridad y nos encontraba un sitio a los dos. Desde aquel día, fuimos casi inseparables. Incluso los días que nos gritábamos, no tardábamos mucho en volver a abrazarnos y a jugar juntos. La gente de este grupo era mi gente, y me entendía. Pero yo sabía que Luca me entendía un poquito más.

Pero esta noche algo era diferente. Tia estaba sentada a mi lado, parloteando de tonterías mientras esperábamos a que llegaran los demás. Entrecerré los ojos para mirarla.

—¿Estás bien?

—¡Claro! ¿Por qué?

—Estás actuando raro.

—¿Qué quieres decir? No estoy actuando raro. ¿Jono? —Se volvió hacia su novio, sentado a su lado—. ¿Estoy actuando raro? Bee dice

que estoy actuando raro.

—Tú siempre eres rara. —Se encogió de hombros y luego le dio un beso en la nariz—. Es una de las cosas que me encantan de ti.

Tia sonrió de oreja a oreja, mostrando esa sonrisa preciosa de la que yo siempre había estado un poco celosa. Yo también tenía una sonrisa amplia, pero, mientras que a ella le quedaba de cine, como a Julia Roberts, yo siempre había sentido que la mía me hacía parecerme más al Joker. Luca me había dicho que no fuera tan ridícula cuando se lo comenté, y ahí había acabado la discusión. Pero aún tenía cierta tendencia a guardarme los dientes para mí cuando sonreía.

—Eso es verdad —le di la razón a Jono—. Pero esta noche estás extraña de más. Como si te hubieras atiborrado a Lacasitos antes de venir.

—Bah, tonterías. —Tia agitó la mano, quitándole importancia a mi sospecha.

—Y bueno, ¿hay alguna novedad en el frente amoroso de la que deba enterarme?

—Nop —respondí tras dar un sorbo a la bebida que tenía delante.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —suspiró ella.

—No creo que haya que hacer nada conmigo —le advertí, mirándola por encima del borde de mi copa.

Tia me devolvió la mirada. —Estoy bastante segura de que ambas sabemos que hay mucho que hacer. —Me guiñó un ojo de forma lasciva y yo puse los ojos en blanco.

—¿Seguro que no hay nadie que te interese? ¿Nadie del trabajo?

—Nop. —Apuñalé la aceituna de mi copa con el palillo irónicamente retro. Tenía forma de espada, y recordé que mis

padres tenían unos de plástico parecidos en su mueble bar hacía años. Hacer de anfitriones era lo suyo; lo de ser padres, bastante menos.

—¿Nadie en absoluto? —suspiró Tia.

—Ni uno. —Me metí la aceituna en la boca.

—Qué decepción.

—Al parecer, más para ti que para mí.

Tia me lanzó una miradita.

—Luca está de acuerdo, ¿a que sí? —le soltó a bocajarro cuando Luca se unió a nosotros y encajó sus largas piernas en el asiento corrido frente a mí.

—Difícil saberlo, teniendo en cuenta que no he oído la pregunta. —Seguía teniendo la misma sonrisa fabulosa que a los cinco años, pero ahora enmarcaba un rostro de facciones angulosas, una barba oscura de un día y unos ojos color chocolate con pestañas larguísimas en los que una persona podía perderse si no tenía cuidado, como de hecho les había pasado a muchas. Todo esto venía acompañado por un cuerpo que era un combo letal de genes excelentes y entrenamiento en el gimnasio. Me guiñó un ojo al sentarse y yo le devolví la sonrisa.

—Bee necesita un hombre. —Bella y Jesse interrumpieron su propia conversación sobre los pros y los contras de un carrito de bebé muy de moda, y sobre si debían comprarle uno nuevo a su hija, para prestar atención a la nuestra.

—Ah. —Luca le dio un sorbo a su cerveza, con pinta de estar menos interesado que ninguno de los demás.

—¿Ves? —Tia se volvió hacia mí—. Luca también está de acuerdo.

—No ha dicho nada, solo «ah». Eso no es estar de acuerdo.

—Tampoco es no estarlo —replicó ella.

—¿Podemos pedir ya la comida? —pregunté con un suspiro, desesperada tanto por conseguir algo de sustento como por cambiar de tema.

—En un minuto —respondió Tia, mirando por encima de mi cabeza—. Jack y Lucy aún no han llegado. Ella me ha dicho que estarían aquí de un momento a otro.

—¿No pueden pedir simplemente cuando lleguen? —gruñí.

—¿Te has saltado la comida? —preguntó Luca, clavando sus ojos oscuros en mí.

Me encogí de hombros. —Tuvimos una reunión.

Él negó levemente con la cabeza.

—Te he visto.

—Esa era la intención. Ya hemos hablado de saltarte el almuerzo. No es bueno para ti y tampoco para nosotros, porque te pones supercascarrabias.

—No estoy cascarrabias. Solo tengo hambre.

—Yo diría que ambas cosas.

—Tú discutirías lo que fuera con tal de no darme la razón.

Él ladeó un poco la cabeza en un gesto de «es posible», antes de sonreír.

Puse los ojos en blanco fugazmente y aparté la mirada, sobre todo porque sabía que tenía razón. Estaba a punto de salir por la puerta a la hora de comer para pillarme un bocata cuando mi jefe me arrastró a una «reunión de cinco minutos».

—No te importa, ¿verdad? —me había preguntado él, indicándome que lo siguiera a la sala de juntas. Como de costumbre, la pregunta era retórica, así que no respondí; simplemente me

senté. Hora y media después, cuando terminó la reunión, mi estómago se había hartado de rugir, les había dado la espalda a mis demás órganos y había empezado a enfurruñarse, llevándose consigo las punzadas de hambre. Sin embargo, ahora habían vuelto con sed de venganza.

—¡Aquí están! —Tia prácticamente saltó de su asiento, haciendo que Luca diera un respingo y derramara parte de su bebida. Él me lanzó una mirada inquisitiva mientras limpiaba el pequeño estropicio con una servilleta. Yo le respondí encogiéndome de hombros. Definitivamente, algo pasaba.

* * *

Esperé en la barra, intentando captar la atención del camarero entre la multitud que abarrotaba el local esa noche. Después de servir a otras cinco personas, tres de las cuales habían llegado después que yo, por fin logré que me hiciera caso y me preparé para inclinarme un poco y hacerme oír.

—¿Qué le pongo?

—Tres...

—Dos *cosmos*, un *dirty martini* y un vodka con lima. —La mujer se apretujó contra mí, empujándome un poco más hacia el final de la barra para reclamar su sitio.

La mirada del camarero apenas me rozó mientras se giraba para empezar a preparar los cócteles. Me encogí en el minúsculo espacio que me quedaba, aferrándome a él con uñas y dientes, y apoyé un pie en el reposapiés que recorría la base de la barra. Gané un par de centímetros de altura y continué con mi batalla particular para que me sirvieran. Odiaba cuando me tocaba pagar la ronda.

—Joder. ¡Has tardado una eternidad! Empezábamos a pensar que te habías ido —dijo Bella mientras Tia repartía las bebidas y yo volvía a sentarme.

—No lograba que nadie me hiciera caso. Y luego, cuando por fin lo conseguí, se me colaron.

—Vaya. —Pusieron cara de compasión antes de que todos chocáramos las copas. Afrontémoslo, no era la primera vez que tardaba una vida en conseguir que me sirvieran y tampoco sería la última. La próxima vez enviaría a Tia. Volvería con las bebidas en menos de cinco minutos. Podía garantizarlo. La gente se fijaba en Tia. No era solo que fuera guapísima. Simplemente tenía un no sé qué, un carisma que atraía a las personas. A mí de eso me faltaba bastante. Me pregunté si lo venderían en Amazon.

Nos apretujamos todos un poco más para que nuestro pequeño clan cupiera alrededor de las dos mesas que habíamos requisado para la noche.

—Vale, ¿podemos pedir ya? ¿Por favor? —Miré a Tia.

Luca soltó una risita. —Ha sacado a pasear los ojos de cachorrito. La cosa debe de ser seria de verdad.

—Un minuto. —Levantó un dedo distraídamente antes de volverse de nuevo hacia Jono.

Miré a Luca. —Yo no pongo ojos de cachorrito.

Uno de los lados de su boca se curvó en una media sonrisa. —Ya lo creo que sí. Lo gracioso es que ni siquiera te das cuenta. Los pusiste el primer día de colegio cuando te tiré del pelo y los acabas de poner ahora.

—¡Eso no son ojos de cachorrito! —resoplé—. Haces que suene a manipulación. Mi cara es así y punto.

—No he dicho que fuera intencionado, ni que tuviera nada de malo. Ha sido solo una observación. —Luca se encogió de hombros con esa forma tan relajada suya. No estaba segura de si eran sus genes italianos los que le daban ese aire mediterráneo tan despreocupado a la hora de enfrentarse a la vida, o si simplemente esa era su configuración de fábrica. A diferencia de la mía, que tendía a ser más bien todo lo contrario. Yo siempre estaba preocupándome por los «¿y si...?». Luca era más de «¿y por qué no?».

—Pues tus observaciones son tremendamente inexactas.

—¿Ah, sí? —preguntó, volviendo a dejar su vaso de cerveza, ya vacío, sobre la mesa.

—Sí.

Abrió la boca para empezar a rebatirme, pero antes de que pudiera articular palabra, Jono golpeó su vaso de cerveza con un tenedor. Al estar medio lleno, hizo un sonido más sordo de lo que esperaba, así que birló mi copa de vino ya vacía y lo volvió a intentar. Una nota nítida resonó en el aire y el pub entero se sumió en el silencio. Todo el mundo se quedó mirando.

—¡Sigan a lo suyo! —Tia hizo un gesto al resto de la multitud con su mano derecha y, tras un par de segundos, todos menos nuestro grupo volvieron a sus conversaciones. De todos modos, hoy en día nadie tenía mucha capacidad de atención.

Jono la miró a ella y luego al resto de nosotros. ¿Estaba sonrojándose? Desde luego, Tia era la más habladora de los dos. Jono era un encanto, con un sentido del humor mordaz y rápido; también le gustaba charlar, pero no desperdiciaba saliva y siempre

había parecido sentirse más cómodo escuchando, si le daban a elegir.

—Gracias a todos por venir esta noche. Sé que ha sido un poco a última hora, así que os lo agradezco. —Se aclaró la garganta—. Solo queríamos que fuerais los primeros en saber que anoche le pedí matrimonio a Tia y, para mi enorme alivio, y posiblemente sorpresa, ha dicho que sí.

Ante esto, Tia extendió la mano izquierda hacia nosotros con un gritito a duras penas contenido. En el dedo anular lucía un enorme diamante en forma de lágrima, engarzado en una alianza de oro blanco.

En cuestión de segundos, todos nos fundimos en un gran tumulto de gente que se abrazaba, felicitaba y secaba las lágrimas de felicidad y emoción de la futura novia. Yo no podía estar más encantada por mi amiga de la infancia. Las cosas no siempre le habían resultado fáciles, con un padre que entraba y salía de su vida de forma intermitente, pero tenía una inmensa fuerza de voluntad que yo siempre había admirado, ya desde pequeñas. Esa fuerza le había permitido abrirse paso entre quienes querían frenarla, ya fuera por su género o por su color de piel. Tia luchaba con uñas y dientes hasta conseguir lo que se proponía. Y yo sabía que una de las cosas que quería era un hombre bueno, amable y formal con el que, con el tiempo, poder formar una familia. Ahora, por fin lo había encontrado, y sentí que mi sonrisa —con dientes y todo— se ensanchaba ante la evidente alegría de ambos.

Capítulo 2

—¿Estás menos gruñona ahora que has metido algo de comida en el estómago? —Habíamos cambiado de sitio un par de veces para hablar con unos y otros, y ahora Luca estaba sentado a mi lado, frente a Tia y Jono.

—No estaba gruñona.

Luca no dijo nada.

—No lo estaba.

—Yo no he dicho nada.

—No te ha hecho falta. Tu cara hablaba por sí sola.

—¡Bueno! —Tia apoyó el codo en la mesa y nos observó a ambos, interrumpiendo lo que algunos llamarían una bronca, pero que Luca y yo siempre definíamos como un intercambio de opiniones.

Arqueé una ceja.

—¿Y?

—Que vosotros dos sois los únicos del grupo que quedáis libres y solteros.

Me encogí de hombros. Luca no dijo nada. Estaba claro que ninguna de las dos reacciones satisfizo a nuestra amiga.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto?

—No vamos a hacer absolutamente nada al respecto —dije, mirándola con mucha intención.

La última vez que me organizó una cita a ciegas, me pasé la velada entera tragándome todos los detalles nimios sobre los cómics de Marvel, sus personajes y las adaptaciones cinematográficas. No tenía nada en contra de que a la gente le gustaran esas cosas,

aunque no fueran santo de mi devoción. Pero después de casi tres horas ininterrumpidas aguantando un monólogo sobre el mismo dichoso tema, necesitaba que mi propio Vengador viniera a rescatarme. Para colmo, mi breve incursión al baño me sirvió para descubrir que no tenía ventana, lo cual descartaba esa vía de escape. Volví a la mesa, resignada a sufrir otro asalto verbal. Sin embargo, mi cita me soltó entonces que él nunca tomaba postre y me preguntó si prefería que dividiéramos la cuenta allí mismo. No me importaba en absoluto pagar mi parte. Lo que me fastidiaba era quedarme sin postre: ¡la única razón por la que había aguantado tanto rato! Y, para rematar, la guinda del pastel de mi postre inexistente fue que, de camino a casa, llamó a Tia para decirle que yo «parecía bastante simpática, pero no daba mucha conversación».

—Nunca vas a dejar que me olvide de aquello, ¿verdad? Sabía que le iban esas frikadas, pero reconozco que no era consciente del nivel de obsesión que tenía. Ya te pedí perdón.

—Lo sé. Pero sigue siendo un no rotundo.

—Vale. Así que, si no hay nadie en el trabajo y no dejas que nadie te organice una cita, solo queda una opción.

—¿Meterme a monja?

Luca resopló, divertido, y le lancé una mirada asesina.

—No sé de qué te ríes. Tampoco es que tú estés muy emparejado que digamos. A lo mejor te encontramos un hueco en algún monasterio.

Abrió la boca para contestar.

—Preferiblemente en una orden de clausura que haya hecho voto de silencio —añadí rápidamente, entrecerrando los ojos.

Luca soltó esa risa grave y profunda suya que solía derretir a cualquier mujer en un radio bastante amplio. Entendía perfectamente por qué reaccionaban así, la verdad. No estaba ciega. Pero, aunque tenía un físico y una voz espectaculares, me sobraba experiencia vital para saber que todo aquello no era más que una fachada para ocultar su don innato para ser un pesado de manual.

—En realidad, iba a sugerir las citas *online* —dijo Tia con una sonrisa de oreja a oreja.

—No creo que hayamos llegado todavía a la fase *Sonrisas y lágrimas* contigo. —Desvió la mirada hacia Luca—. Y, por algún motivo, dudo que le aceptaran en ningún lado. Es demasiado guapo, y si buscas «hecho para el pecado» en internet, saldrá él con la mirada melancólica en la foto de al lado.

—¡No digas esas cosas! —exclamé, estirando los brazos sobre la mesa para apoyar la cabeza en ellos—. Ya nos cuesta bastante sacar su enorme ego por la puerta.

No era del todo cierto. Para ser alguien tan asquerosamente atractivo y carismático, Luca era asombrosamente modesto. La mayor parte del tiempo.

—Sigo aquí, por cierto. Y no pongo mirada melancólica —afirmó Luca, alternando la vista entre Tia y yo cuando levanté la cabeza para mirarlos a los dos.

Ella desestimó la queja con un gesto de la mano; su dedo, recién adornado, proyectó destellos de luz sobre mi cara. La verdad era que sí lo hacía, pero yo sabía que era totalmente involuntario y que solo pasaba cuando estaba concentrado en algo. En esos momentos, la mítica pose de David Gandy tenía un duro rival.

Me incorporé a duras penas y apoyé la cabeza entre las manos. De pronto, el día se me estaba haciendo larguísimo. Probablemente debería ir pensando en salir para aprovechar los últimos vestigios del verano, coger el metro y marcharme a casa.

—¿Qué os parece, entonces? —Tia me miraba a mí, luego a Luca, y luego otra vez a mí.

—¿El qué? —dijimos al unísono.

—¿Las citas *online*?

Luca y yo cruzamos una mirada. Mi expresión, estaba bastante segura, encajaba en algún lugar dentro de la categoría de «horrorizada». La de Luca era, por raro que pareciera en él, indescifrable.

—Seguro que no te parece una buena idea, ¿verdad? —le pregunté.

—¡Claro que lo es! —interrumpió Tia antes de que Luca tuviera oportunidad de contestar—. Jono y yo nos conocimos por internet, ¡y mira lo asquerosamente felices que somos!

—Ya, pero vosotros dos sois la excepción que confirma la regla. Todo lo que oigo sobre las citas *online* son historias de terror. Tienes que admitir que un sistema en el que el ochenta por ciento de la gente no pone fotos reales ni fieles a la realidad en su perfil tiene un fallo garrafal. Y ese es solo uno de los problemas.

Luca seguía sin decir esta boca es mía. Le di un codazo.

—Di algo, por favor. A ver si así podemos pasar a una conversación más cómoda y, ya de paso, más sensata.

Se recostó en la silla y se cruzó de brazos sobre su ancho pecho. Llevaba las mangas arremangadas a medias, dejando a la vista unos antebrazos bronceados y musculosos, y la tela de su camisa blanca

entallada se tensaba sobre sus pectorales. Por el rabillo del ojo, vi cómo una mujer que llevaba toda la noche echándole miraditas se giraba hacia él y cruzaba unas piernas largas y perfectamente bronceadas desde su asiento en el taburete de la barra. Los ojos de Luca se desviaron fugazmente hacia ella y luego volvieron a centrarse en Tia y en mí.

—No es la peor idea del mundo.

Sentí que se me desencajaba la mandíbula.

—¿Qué? —preguntó Luca.

Me recompuse y recuperé la capacidad de articular palabra.

—¡Claro que lo es! ¡Es, sin lugar a duda, la peor idea del mundo! ¡No existe una idea peor que esta!

—¿Por qué?

—Exactamente por las razones que acabo de dar.

—Pero, como bien ha dicho Tia, también puede salir bien. Que conozcas a alguien en persona y tengas una cita no te garantiza que vaya a ser mejor que si lo hubieras conocido por internet. De hecho, lo más probable es que sepas mucho menos de esa persona.

—Sí, pero al menos sabes cómo es físicamente la persona con la que has quedado y no te encuentras con un individuo quince años mayor que en la foto que te enseñó. —Solté un suspiro exasperado —. Solo te parece buena idea porque a mí me parece mala.

—Mentira. Eso es solo un incentivo extra.

Lo miré de reojo y él sonrió.

—¿Y a ti qué más te da, de todos modos? Tampoco es que te falten pretendientas.

Deslicé la mirada hacia la mujer del taburete, que seguía desnudando a Luca con los ojos. A juzgar por su cara, supuse que

ya iba por los calzoncillos.

—A lo mejor busco algo más.

Jono se enderezó un poco en su silla y empezó a mostrar cierto interés, mientras Tia se inclinaba hacia delante con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad? —preguntó ella.

Luca me miró un instante y se encogió de hombros. Yo no sabía qué decir. A juzgar por el silencio, Tia tampoco, lo cual ya era un milagro en sí mismo. Me quedé mirando a Luca. Siempre había sido el típico chico que buscaba pasárselo bien, sin complicaciones. Nunca había estado con nadie en serio, y dejaba las cosas claras desde el principio con la esperanza de evitar situaciones incómodas. La táctica no siempre le funcionaba, pero no por falta de sinceridad por su parte. Tenía su trabajo, sus amigos y su pasión por la aventura, que canalizaba a través de aficiones que me aterrorizaban por completo, como la escalada en hielo y el parapente. Esa era otra de las cosas en las que no coincidíamos, así que él procuraba no mencionarlo demasiado y yo intentaba no pensar en ello cuando sabía que andaba por ahí de escapada. Era consciente de que no era la mejor filosofía de vida, pero me funcionaba casi siempre, así que me aferraba a ella. Siempre me hacía una videollamada cuando terminaba de jugar a los Power Rangers para que supiera que estaba bien y pudiera comprobar que seguía de una pieza. Sabía que yo necesitaba esa confirmación. Llevábamos tanto tiempo siendo amigos que había muy pocas cosas que no supiéramos el uno del otro. Salvo este bombazo, por lo visto.

—¿De verdad? —pregunté, antes de poder contener las palabras que se me escapaban de la boca.

Volvió a encogerse de hombros.

—Nunca me habías dicho nada.

—Nunca me habías preguntado.

Tenía razón. Nunca se me había ocurrido. A ninguno de nosotros. Simplemente habíamos dado por hecho que era feliz con lo que tenía. Pero todos nos estábamos haciendo mayores y Luca venía de una familia grande y muy unida. De repente, parecía meridianamente claro que él también, en algún momento, querría eso para sí mismo. Y por algún motivo, a pesar del anuncio de Tia y Jono, aquel descubrimiento me pareció la noticia más importante de la noche.

Luca me sostuvo la mirada durante un largo rato y luego miró hacia otro lado. Me removí un poco en la silla, incapaz de sacudirme la clara sensación de que lo había decepcionado.

—¿Entonces qué? —insistió Tia.

—¿Entonces qué de qué? —dijimos Luca y yo a la vez.

Tia paseó la mirada del uno al otro, con una ceja ligeramente arqueada, antes de continuar.

—Está claro que conocemos la opinión de Bee sobre el tema de las citas *online*, a pesar de la imagen de perfección que tiene ahora mismo frente a sus ojos. —Tia pestañeó varias veces y puso morritos luciendo el anillo, y luego prosiguió—: ¿Tú opinas lo mismo? —Miró a Luca.

—Para nada —respondió él, sin apenas dudarlo.

—¿Qué ibas a decir tú si no? —le espeté, resoplando.

Luca se giró un poco para quedar más de frente a mí.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué iba a decir yo eso?

—Porque eres incapaz de darme la razón en algo.

—Claro que te doy la razón.

—Rara vez.

—Lo suficiente en estos últimos treinta y pico años para que sigamos estando tan unidos como siempre, a pesar de lo insoportable que puedes llegar a ser.

—Al menos en ese aspecto, estamos en paz.

Me lanzó una mirada que sugería que no estaba necesariamente de acuerdo con mi afirmación, y luego volvió a mirar a Tia.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ya que tenéis posturas tan opuestas sobre el tema y sois los dos últimos del grupo que seguís solteros, ¿qué me decís si os propongo un pequeño reto?

—Digo que no, gracias —respondí educadamente.

—Por supuesto —respondió Luca en el mismo instante.

—¿Cómo puedes aceptar un reto cuando ni siquiera sabes en qué consiste? —le pregunté a Luca, incrédula.

—¿Cómo puedes rechazar de plano la idea cuando no sabes en qué consiste? —Levantó los brazos al aire; su sangre italiana estaba aflorando y trayendo consigo toda la gestualidad clásica de su estirpe.

—Porque sé que si tiene la más mínima relación con las citas *online*, no quiero saber absolutamente nada del tema.

Él hizo una mueca.

—Debería haberlo imaginado.

—¿Qué se supone que significa eso? —salté, irguiéndome de golpe.

Por suerte seguíamos sentados, porque Luca me sacaba unos treinta centímetros de altura y me ganaba por bastantes kilos. Estar

sentados, al menos, me daba un poco más de ventaja en el terreno de la estatura.

—Solo significa que estás haciendo lo que haces siempre. No sé de qué me sorprendo.

—¿Y qué es exactamente lo que hago siempre?

—Ir a lo seguro.

—Lo dices como si fuera algo malo. Sinceramente, ir a lo seguro me parece una filosofía de vida mucho mejor que tirarme por las montañas y todas esas otras gilipolleces a las que te dedicas en tu tiempo libre.

—En realidad, intento mantenerme firmemente anclado a la montaña. Es algo así como la regla número uno en la escalada. Tirarse al vacío no es nada recomendable.

—Escalar por paredes resbaladizas y heladas tampoco es recomendable, y sin embargo tú eliges hacerlo.

—Porque es divertido.

—No, es una locura. Y hace frío.

—Yo lo disfruto.

—Eso es porque lo más probable es que te dejaran caer de cabeza al suelo en algún momento de tu infancia y tu madre no te lo quiere contar.

Me lanzó esa mirada que me había dedicado un millón de veces: sus ojos oscuros clavándose en los míos, cobijados bajo unas pestañas que jamás, en la vida, dejarían de darme envidia, y con un atisbo de sonrisa asomando en unos labios carnosos en su justa medida.

—¿Os apuntáis, entonces? —terció Tia, interrumpiendo nuestro pique verbal.

Luca me pasó el brazo por los hombros.

—Nos apuntamos.

—Ni locos —añadí rápidamente—. No nos apuntamos.

Él ladeó la cabeza contra la mía y la apoyó ahí un momento.

—Vive un poco, Bee.

—¡Yo vivo muchísimo, muchas gracias! —protesté, apartándome de él, al ver que las caras de ambos, tanto la suya como la de Tia, dejaban claro que no estaban de acuerdo con semejante afirmación.

—¿Qué pasa? Es verdad. Solo que lo hago de una forma más tranquila y menos llamativa que este de aquí.

—Tan tranquila, de hecho, que resulta casi silenciosa.

—Eres un capullo integral —dije, dispuesta a dar el último trago a mi copa, solo para descubrir que ya me la había terminado—. Vale. —Me volví hacia Tia—. Acepto el reto. Sea lo que sea.

Ella dio palmas con entusiasmo.

—¡Va a ser muy divertido!

Los nudos que se me estaban formando ahora mismo en el estómago no solo demostraban que me parecía sumamente dudoso, sino que seguramente también me harían ganar una insignia de los Boy Scouts. Era obvio que aquello no iba a tener ninguna gracia, pero no estaba dispuesta a echarme atrás en el último momento. Sabía que Luca siempre había pensado que yo era muy reservada, pero en comparación con él, casi todo el mundo lo era. Se llamaba «ser normal». Sin embargo, ahora resultaba que no era el único de mis amigos que pensaba que no estaba precisamente «viviendo mi mejor vida», por decirlo suavemente. Si no era benévola conmigo misma, podría decir que, en el fondo, creían que era bastante sosa. En el fondo, no estaba del todo convencida de que se equivocaran,

pero a mí me gustaba la tranquilidad, la seguridad y las aficiones apacibles. Me gustaba ser sensata. Y estar a salvo. Pasar desapercibida. Tenías menos posibilidades de salir herida de esa forma, por no hablar de que también era menos probable que hicieras daño a los demás.

—¿Estás bien? —Luca me tocó el brazo con dulzura; su voz sonaba suave y había perdido por completo el tono burlón de antes.

—Sí. —Desterré de un plumazo todos aquellos pensamientos inoportunos para enviarlos de vuelta al desván de mi mente y me concentré en lo que Tia estaba diciendo.

—Bien. Luca cree que es posible encontrar la felicidad por internet, ¿sí?

—Desde luego no lo descartaría como método para encontrar a alguien especial. Jono y tú sois el ejemplo perfecto. Hay un par de personas en el trabajo que también han conocido a sus parejas por internet.

—Bee, sin embargo, no tiene ninguna fe en ello. ¿Es correcto?

Resultaba un poco incongruente reconocer mi absoluta falta de fe en el asunto teniendo a Jono y a Tia sentados justo delante de mí, irradiando felicidad.

—Simplemente creo que vosotros dos sois la excepción que confirma la regla, eso es todo —respondí, esperando haber encontrado el equilibrio perfecto entre la sinceridad y el tacto.

—Me parece justo. Entonces, quizá deberíamos poner vuestras teorías a prueba.

—¿Cómo?

—Os abrís una cuenta en la misma *app* de citas los dos, y os comprometéis a usarla de verdad. —Tia me lanzó una mirada dura,

digna del mismísimo oso Paddington, al decir esto—.

—Y, después de un tiempo establecido, comprobaremos de quién es la teoría que más se acerca a la realidad.

Ay, Dios.

Capítulo 3

Sentí que la comida que tanto ansiaba hacía un rato me daba vueltas y más vueltas en el estómago.

—Eso es ridículo. ¡Hay muchísimas variables! O sea, mírale. Es obvio que va a conseguir cientos de citas —le eché un vistazo a Luca —. Bueno, primeras citas, al menos.

—Tú tampoco eres un cardo, Bee —dijo Luca, ignorando mi pulla.

—¡Venga ya! Tú tienes palique de sobra. Tratas con gente a todas horas. ¡Tienes citas constantemente! No es un juicio justo. Yo tengo... menos citas.

Tia y Luca me miraron fijamente.

—¡Vale, de acuerdo! Muchísimas menos. ¡Exacto! Me falta práctica. Y habilidades. Por ejemplo, fijaos en esa mujer de ahí que lleva desnudando a Luca con la mirada desde el momento en que llegó.

Todos echamos un vistazo furtivo hacia la barra. Tenía las piernas cruzadas de forma sugerente, su lenguaje corporal era lánguido y natural y, sinceramente, me sorprendía que Luca no hubiera ido directo a por ella. En ese momento estaba hablando con un hombre de mediana edad vestido con un traje a medida que irradiaba riqueza, y estaba coqueteando de manera experta con él; pero eso no impedía que siguiera lanzándole miraditas a Luca.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Luca.

—Yo no sé hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Estar ahí, tan glamurosa y natural.

—Podrías si quisieras.

—No tengo tan claro que quiera. Pero, de todos modos, no viene al caso. Definitivamente, no puedo. Por desgracia, tú estabas en el mismo bar la última vez que intenté esa técnica. Y no te creas que no veo esa sonrisilla, lo cual me da toda la razón.

—Al menos llevabas ropa interior limpia.

—No ayudas.

—Al menos llevabas ropa interior y punto —añadió Tia.

—En serio, no ayudáis nada.

—Solo decimos que podría haber sido peor. A veces los taburetes de los bares pueden ser traicioneros.

Volví a mirar por debajo de las pestañas a la sirena que estaba al otro lado de la sala.

—Parece que ella se apaña estupendamente.

—No necesitas toda esa falsedad, Bee. Tienes otras cualidades. Todos somos diferentes. De todos modos, es solo cuestión de confianza. Esta podría ser la oportunidad perfecta para que la mejores.

—Tengo muchísima confianza —dije, sin absolutamente nada de confianza.

—Sabes que te conocemos desde hace como treinta años, ¿verdad? —dijo Tia, con esa clásica inclinación de cabeza que usaba para indicar a cualquiera que le estaba cantando las cuarenta.

—Vale —dije, demasiado cansada para seguir discutiendo—. Pero, incluso si este tipo de cosas funcionan, podría llevar meses encontrar a la persona adecuada. Si es que tal cosa existe.

Luca me dio una patada por debajo de la mesa.

—Con la excepción de los presentes, obvio —añadí a toda prisa.

Tia aceptó el añadido de mi declaración y continuó.

—De acuerdo. Pero, para los propósitos de este experimento, tenemos que fijar una fecha límite. ¿Qué os parece el día de Navidad? Eso os debería dar tiempo suficiente a los dos para tener una idea clara de si las citas *online* son prometedoras, incluso si para entonces no os han traído a vuestro hombre o mujer ideal. ¿Trato hecho?

A esas alturas, el resto del grupo había centrado su atención en nuestra conversación y en el guante que me acababan de lanzar. Sentí cómo sus miradas se clavaban en mí. Todo el mundo sabía que Luca aceptaría. Él estaba hecho así. Pero yo no estaba hecha de la misma pasta. De hecho, ni siquiera estaba segura de que hubieran usado los mismos materiales para fabricarme. Todo el proceso me llenaba de pavor. Sin embargo, por otro lado, y a pesar de la evidencia que presentaban los amigos sentados frente a mí, sabía que yo tenía razón con todo este rollo de las citas por internet. Le demostraría a Luca que se equivocaba, y ese aspecto, desde luego, me resultaba muy atractivo. Llevábamos intentando superarnos el uno al otro desde preescolar y esta vez el triunfo estaba prácticamente garantizado a mi favor.

—¿Trato? —repitió Luca la pregunta de Tia, tendiéndome la mano.

—Trato —respondí, estrechándosela.

* * *

A la mañana siguiente, me despertaron bruscamente los acelerones fuertes y continuos de un motor. Dejé escapar un suspiro. Vivía en un piso minúsculo al final del DLR, lo cual estaba bien. Menos mal que no tenía gato, porque no había espacio ni para dar la vuelta,

pero lo había puesto muy acogedor y no tenía que compartirlo con nadie. De todos nosotros, yo era la que vivía más lejos del centro, pero también era la que no había terminado la carrera y la que menos cobraba. Ambas cosas no estaban del todo desconectadas. La única forma de haberme podido permitir vivir más cerca de la ciudad y del resto de mis amigos era compartiendo piso, y eso no me iba mucho, valga la redundancia. Me gustaba poder sentarme a comer patatas fritas en bragas si me apetecía. También me gustaba el silencio. En general, la zona no estaba tan mal, pero un vecino a la derecha del pequeño bloque en el que yo vivía tenía una obsesión con los coches. No tenía nada en contra de eso. Los coches estaban guais. Yo no tenía uno porque no podía permitírmelo y, además, la mayor parte del tiempo ni lo necesitaba. A lo que sí me oponía era a su propensión a «arreglarlos» a las ocho de la mañana de un sábado.

El coche volvió a acelerar y de repente se oyó un estruendo tremendo, seguido de un momento de silencio que, a su vez, vino seguido de una sarta de insultos kilométrica. Sonreí para mis adentros y me di la vuelta para dormir un poco más. Cuando me desperté una hora después, rodé sobre mí misma y busqué a tientas el móvil en la mesilla de noche. Tras quitar el modo avión, comprobé mis mensajes.

«*¿Ya lo has hecho?*».

A esta pregunta le seguía el emoji de una gallina. Me fijé en que el mensaje se había enviado a las seis y media de la mañana, hora a la que todos los seres humanos normales, asumiendo que no estuvieran trabajando o fueran padres de niños pequeños, deberían estar en la cama, durmiendo. Luca ni estaba trabajando ni era

padre. Tampoco era normal. Pero yo ya me había acostumbrado a eso, razón por la cual ponía mi teléfono en modo avión por la noche. Por eso, y porque los bancos parecían pensar que las tres de la mañana era la hora exacta a la que la gente quería saber cómo iba el saldo de su cuenta.

Peleé para meter los brazos en la bata, metí los pies en unas pantuflas enormes con forma de patas de osito de peluche que Luca me había regalado las Navidades pasadas y arrastré los pies hasta la cocina, algo que me llevó la friolera de dos segundos. Al encontrar zumo de naranja en la nevera, me serví un vaso y encendí el hervidor antes de fisgonear a ver qué podía estar al acecho que pasara por desayuno. Hacer la compra no me entusiasmaba y tendía a posponerlo hasta el ultimísimo momento. Y casi había llegado a ese límite. Luca, curiosamente, lo disfrutaba, pero claro, él también sabía qué hacer con todas las cosas una vez que llegaba a casa. Había heredado la alegría y el talento de su familia por la cocina, mientras que yo nunca había llegado a dominar ninguna de las dos cosas. Dicho esto, no me importaba, porque a menudo me invitaba a cenar y tenía la suerte de que la familia me incluyera habitualmente en sus comidas de los domingos. Había sido así desde que éramos pequeños y me encantaba. Por desgracia, aunque se me había pegado su aprecio por la buena comida, no había ocurrido lo mismo con sus habilidades para prepararla. Toqueteé un paquete de fideos instantáneos de marca blanca y debatí si serían adecuados para el desayuno.

Agarrando la taza gigante de té y el vaso de zumo, me los llevé a la mesita y los apoyé. Escribí una respuesta.

«*¿Hecho el qué?*».

Unos instantes después, mi teléfono sonó con una respuesta de un solo emoji: unos ojos en blanco. Luca lo usaba mucho, pero no estaba segura de si solo lo usaba conmigo. Para ser justa, yo también se lo mandaba bastante, así que la cosa probablemente estaba equilibrada. Entró otro mensaje.

«*Tu perfil. Para la web de citas. ¿O acaso ya te has...*» —aquí había insertado un emoji de gallina— «*...acobardado?*».

Dios, qué pesado era.

«*No. No lo he hecho. Porque es fin de semana, es pronto y soy normal. A diferencia de ti*».

«*O sea que, básicamente, estás en pijama, bebiendo té e intentando encontrar a la desesperada algo para desayunar al que no le hayan crecido patas y haya salido andando solo de la nevera, ¿no?*».

Uf. Odiaba que me conociera tan bien.

«*Mientras que supongo que tú ya has corrido una maratón y has preparado una cena gourmet para dieciséis, ¿verdad?*».

«*Nah, solo una media maratón y algo de pasta fresca*».

«*Te odio*».

«*Yo también te odio*».

Acompañó esto con una carita guiñando un ojo y luego otra sacando la lengua.

Vale, eso significaba que lo más probable era que ya hubiera preparado su perfil en la web de citas acordada y lo hubiera subido. También era probable que ya tuviera cuarenta y dos citas en espera. Luca no era exactamente difícil de mirar, dirigía su propio negocio de éxito y, de hecho, le gustaba hacer ejercicio, lo cual ayudaba cuando eras tan buen cocinero como él.

Uf. No podía perder esta apuesta. Me lo estaría recordando toda la vida. Sabía que yo tenía razón. Tia y Jono eran clarísimas excepciones a la regla cuando se trataba de citas por internet, y lo iba a demostrar. No sabía por qué Luca no podía simplemente aceptar que se equivocaba. No tenía la más mínima intención de lanzarme al loco tiovivo de las citas *online* solo para salir despedida otra vez sintiéndome horriblemente mareada en unos pocos meses. Si se suponía que iba a conocer a alguien, lo haría. Luca, por supuesto, enfocaba las cosas de manera diferente. Para él, tenías que hacer que las cosas pasaran. Y lo hacía, lo que hay que reconocer que le había funcionado bastante bien, y yo estaba enormemente orgullosa de lo que había conseguido con su empresa. Sabía que también lo daría todo en este reto. Luca Donato no era alguien que tendiera, o al que le gustara, fracasar. Pero, bueno, yo tampoco. Vale, sí, mi tasa de éxito era menor que la suya, pero eso no significaba que disfrutara fracasando. Simplemente, las circunstancias no siempre habían sido tan propicias para el triunfo como hubiera preferido. Pero el reto estaba en marcha, me gustara o no. Acerqué el portátil hacia mí y lo abrí. Hice clic en el icono de internet, tecleé la dirección de la web de citas, respiré hondo y pinché en la pestaña de «cómo unirse».

* * *

—¿Este es tu perfil? —preguntó Tia cuando se pasaron por mi casa más tarde, de camino a pasar el fin de semana fuera de la ciudad. Estaba sentada en el reposabrazos de mi diminuto sofá mientras Jono observaba a mi vecino a hurtadillas por la ventana.

—Buen coche —observó.

—Necesita un motor nuevo a juzgar por el petardazo de esta mañana. Ahora mismo, cuanto más tiempo se mantenga en silencio, más bonito me parece el coche.

Jono sonrió de oreja a oreja y se dejó caer en el sofá, cogiendo el café que le acababa de preparar, mientras Tia me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Estás haciendo trampa.

—¡Por supuesto que no! —repliqué al instante.

—¿Está ya publicado?

Me senté en el sofá, me subí la pierna y acaricié el pelo sintético de mi pantufla.

—No exactamente.

—Aquí no hay zonas grises, Bee. ¿Está subido o no?

—No.

—Bien. Eso significa que podemos salvarlo.

—¿Perdona?

—Soy la moderadora de este reto, y necesito saber que se está haciendo de forma justa.

—¿Cuándo te nombraron moderadora?

—Anoche.

—¿Por quién?

—Por mí.

—¿Te nombraste a ti misma?

—Sep. ¿Algún problema?

Me encogí de hombros.

—No especialmente. Ah, aparte de que me has acusado de hacer trampa.

—Esto —dijo, señalando la pantalla—, es hacer trampa.

—¿Por qué? Tengo un perfil preparado. Incluso he elegido la foto más medianamente decente que he podido encontrar.

No me hacía gracia que me hicieran fotos, y los selfis parecían salir aún peor. Envidiaba a los que siempre salían espectaculares, pero también era consciente de que muchas de esas fotos no eran representaciones reales. Sin embargo, andar trasteando con *apps* para recortar esto y suavizar aquello me parecía demasiado esfuerzo.

—Créeme, las había muchísimo peores.

—No es eso. La foto está bien. Es el resto del perfil. ¡Es aburrido!

—Vaya. Gracias.

Tia se había trasladado a una de las sillas del conjunto de bistró que me servía de mesa de comedor. Se giró para mirarme.

—Pero tú no lo eres —añadió a toda prisa—. Por eso parece que estás haciendo trampa. Como si intentaras hacerte pasar por el pato más soso del mundo para conseguir el menor número de citas posible.

—¡No estoy haciendo eso! —Miré por la ventana hacia mi vecino, que ahora miraba fijamente su coche como si eso fuera a arreglarlo. La acusación de Tia me había dolido, pero sabía que no lo decía con mala intención.

Me estudió durante un momento.

—No. Ahora me doy cuenta. Lo siento. Nunca debí haber dicho eso —se inclinó y me dio un abrazo—. Sé que no harías trampa, ni siquiera si eso significara ganarle a Luca. Es solo que esto... —Señaló la pantalla—. Esta no eres tú.

—Sí lo es.

—No, cariño. No lo es. ¿De verdad te ves así?

Me removí en mi asiento.

—Solo estoy siendo sincera. Mi perfil nunca se va a parecer al de Luca. Yo no tengo todas esas cosas a mi favor, como él.

—Tienes muchísimas cosas a tu favor —replicó Tia en un tono que no admitía discusión—. Y que no se te ocurra pensar lo contrario.

Deslicé la mirada hacia Jono.

—En el fondo puede dar bastante miedo, ¿verdad?

Él sonrió, asintiendo hacia mí.

—Sep.

—Vale. Ahora. Vamos a arreglar esto.

No tenía sentido discutir. Conocía a mi amiga desde hacía demasiado tiempo como para darme cuenta de cuándo sería inútil intentar detenerla una vez que se embarcaba en una misión. Solo esperaba que su intento de «arreglar» algo no acabara conmigo soltando una sarta de insultos tan larga como la del vecino.

Capítulo 4

—¡Eso no suena para nada a mí! —protesté cuando me asomé por encima del hombro de Tia veinte minutos después—. No puedes publicar eso.

—Claro que sí, y claro que puedo. De hecho, ya lo he hecho. ¡Tú, mi niña preciosa, ya estás *online*!

Un gemido que debía haberse quedado en mi cabeza se me escapó en voz alta.

—¡Todo irá bien! —respondió Tia—. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor hasta conoces a «El Definitivo»!

—Pero entonces perdería la apuesta con Luca.

Me estudió durante un momento.

—¿De verdad crees que ganar una apuesta es más importante que encontrar a alguien con quien compartir tu vida?

—No, claro que no —dije con sinceridad.

Tia me arqueó una ceja perfecta.

—No lo creo. Es solo... —Me encogí de hombros—... una reacción automática. Es lo que hacemos Luca y yo. Lo que siempre hemos hecho.

Asintió.

—Sí, lo sé. Solo no tires algo bueno por la borda por esto, ¿vale?

—Sinceramente, sigo dudando de la probabilidad de que salga algo bueno de todo esto, pero no, te prometo que, si conozco a alguien fantástico, aceptaré mi derrota con elegancia. Todo ello mientras esquivo a los cerdos que pasen volando bajo a mi alrededor.

Tia puso los ojos en blanco y Jono soltó una risita, con los ojos clavados en un partido de rugby que había encontrado haciendo zapeo.

—Oye, vamos a ver el perfil de Luca.

—Ay, no sé si quiero verlo...

Pero Tia ya estaba buscando y desplazándose por la pantalla y, un instante después, su perfil apareció ante nosotras.

—¡Huy, sale muy bien! —Escaneó la pantalla—. Y suena bien también. Va a tener mucho éxito.

—Podría haber puesto que es un criador de cerdos que vive en una pocilga y aun así conseguiría citas. ¡Míralo! No puedo competir con eso.

Tia me lanzó una mirada afilada.

—No es que todo sea una competición, obviamente.

La mirada se mantuvo inamovible y supe que no la había convencido.

Me senté en la silla a su lado y me llevé las rodillas al pecho, encogiéndome hasta hacerme un ovillo compacto.

—¿Tú sabías que quería algo más de sus relaciones? O sea, por lo que dijo anoche... —Me encogí de hombros—... parece que va muy en serio.

—Nunca lo hemos hablado como tal, pero veía venir lo nuestro, lo de Jono y yo, y se alegró muchísimo. Hizo un par de comentarios que me hicieron empezar a preguntarme si ya se había cansado de los rollos de una noche y tal vez buscaba algo más serio. —Ladeó la cabeza hacia mí—. ¿De verdad no tenías ni idea?

Negué con la cabeza.

—Sorprendente. Vosotros dos habéis estado prácticamente pegados el uno al otro desde el primer día de colegio. Pensaba que os contabais todo.

—Yo también lo pensaba.

—Aunque tampoco es una gran sorpresa. Tú, mejor que nadie, sabes lo mucho que significa la familia para Luca. Has pasado bastante tiempo con la suya.

—Cierto.

Y era cierto. Yo era hija única con unos padres muy sociables, pero, como aquellos eventos sociales rara vez me incluían, pasaba mucho tiempo con una niñera, que, a su vez, pasaba mucho tiempo con el novio que se suponía que no debía llevar a casa. Esto, en la práctica, significaba que pasaba muchísimo tiempo en mi habitación, a solas. Tampoco me importaba tanto. Mi madre repetía a menudo que siempre se me había dado bien entretenerme sola. Nunca tuve claro si de verdad lo pensaba o si era algo que se decía a sí misma para mitigar cualquier atisbo de culpa que pudiera asaltarla de vez en cuando.

Y entonces Luca, que era capaz de llevarse un secreto a la tumba pero, por el contrario, también podía ser un bocazas, debió de mencionarle algo a su madre. Gran parte del tiempo en que mis padres salían, yo me preparaba unos fideos de bote porque la niñera «no tenía hambre». Ella siempre se llevaba a su casa la comida que le tocaba cocinar para que mis padres no supieran que no la había preparado como le pagaban por hacer y, por alguna razón, yo nunca decía nada. Supongo que, en el fondo, no estaba segura de que fuera a suponer ninguna diferencia y, en cambio, solo causara discordia y aumentara la incómoda sensación que tenía de que me

veían como un obstáculo para sus noches de fiesta. Mamá siempre estaba tan glamurosa y feliz cuando se arreglaba para salir que no quería disgustarla.

En cuanto la señora Donato se enteró de la situación, intervino. Le rogué a Luca que la detuviera, preocupada de meterme en problemas por lo de la niñera, pero él me abrazó y me dijo que no me preocupara. Tenía razón. Aunque estaba claro que sabía lo que había estado ocurriendo, la señora Donato manejó la situación con total tacto y diplomacia, e incluso lo planteó de una manera que les venía mejor a mis padres que el arreglo que tenían. Le dio conversación a mi madre, dirigió la charla hacia las salidas nocturnas y, antes de darme cuenta, la madre de Luca había organizado todo para que me quedara a dormir en su casa siempre que mis padres tuvieran planes.

De ese modo, les hizo ver, no tenían que volver con prisas por la niñera, y como ellos ya tenían la casa llena, una más no sería ninguna molestia. Mi madre protestó por educación, pero no demasiado, y el trato quedó sellado. De repente, dejé de sentir esa pesadez y ese aislamiento en mi interior cuando sabía que iban a salir. ¡Me moría de ganas! La casa de Luca era un lugar ruidoso y ajetreado, lleno de buena comida y buen humor. Siempre me había encantado ir, y ahora podía hacerlo aún más a menudo.

Vivían en un caserón inmenso que su abuelo había comprado barato en la época en que aún se podían conseguir propiedades económicas en Londres, y poco a poco lo había ido arreglando y llenando de familia. Incluso ahora, Luca y sus hermanos pasaban mucho tiempo allí. De repente, resultaba obvio que con el tiempo iba

a querer recrear aquello para sí mismo. Y parecía que ese tiempo había llegado.

Me incliné y volví a la pestaña de mi página.

—¿Tenías que poner todo eso de los ordenadores? Sueno muy friki.

—Sí, por supuesto. Es a lo que te dedicas. Eres un genio de la informática. Por eso te tenemos todos en marcación rápida.

—Es bueno saber que esa es la razón.

—Eso ha sonado fatal.

—Eso espero.

Tia sonrió y supe que no era verdad. Pero tenía razón. Se me daban bien los ordenadores. Habíamos hecho algunas cosillas en el colegio, pero yo había aprendido muchísimo por mi cuenta, sentada a solas en mi habitación todas aquellas noches, y descubrí que me resultaba bastante fácil. No era una de las chicas guais ni era deportista. Pero esto se me daba bien. Aquello, por supuesto, tenía su lado negativo, ya que mis talentos me etiquetaron de inmediato como una friki..., hasta que alguien quería que le arreglara algo y entonces eran un poco más amables conmigo, pero tampoco me importaba demasiado. Tenía a Luca y a un grupo sólido de amigos, y con eso me bastaba.

Pero ahora todos nos estábamos dispersando. Era inevitable, desde luego. Hacíamos todo lo posible por quedar a menudo y teníamos un grupo de chat, así que manteníamos un contacto bastante regular. Me habría sentido perdida sin él, aunque a veces me preguntaba si todavía encajaba tan bien. En ocasiones daba la sensación de que todo el mundo avanzaba en la vida y yo seguía estancada donde estaba, sin visos de moverme a ninguna parte.

Pero Luca siempre había estado ahí desde que yo tenía cinco años, y ahora parecía que eso también podía cambiar. Quería que fuera feliz. Era mi mejor amigo. ¿Cómo no iba a quererlo? Seguía sin tener mucha fe en un proceso que, en la práctica, era como comprar amor por internet, pero la idea de ser la única de nuestro grupo que aparecía sin pareja en las reuniones me revolvía el estómago. Ya me había sentido compadecida una vez y no quería volver a pasar por aquello. Mis ojos se desviaron hacia la pantalla y hacia la única foto mía que no me hacía torcer el gesto. Tal vez esto fuera lo mejor. Tal vez hubiera cosas más importantes en la vida que ganar una apuesta.

* * *

—Me pregunto cuántas citas le habrán pedido ya —comentó Tia, fisgoneando el perfil de Luca.

—Un montón, me imagino, si su historial sirve de algo —respondí sin levantar la vista.

—Ya, pero no olvides lo que dijo. No busca solo un rollo.

—No se puede saber nada por una foto y un par de palabras. La gente solo pone lo que cree que los demás quieren oír. ¡Acabas de hacer lo mismo con el mío! Estas cosas apenas son representativas. Incluso si está buscando algo más, estoy bastante segura de que Luca va a hacer un trabajo de investigación exhaustivo igualmente.

Tia se encogió de hombros.

—Tal vez. Y el tuyo sí es representativo.

—No lo es. Has hecho que suene mucho más interesante y exitosa de lo que soy. Incluso si consigo alguna cita, pronto

descubrirán la verdad. Ya de paso podrías haber puesto una foto de hace diez años y tirar la casa por la ventana.

Tia me puso los ojos en blanco y volvió a mirar la pantalla.

—¿Sabes qué es lo gracioso?

Negué con la cabeza mientras cogía una libreta de la mesa y repasaba mi lista de tareas pendientes.

—No.

—Leer esto. —Señaló con una uña pintada de forma exquisita y muy recargada a mi ordenador, donde el perfil de Luca seguía sonriendo, relajado, seguro de sí mismo y demasiado guapo para su propio bien. (Hasta su madre lo decía, así que sabía que era verdad) —. Bueno, es una pena que vosotros dos ya os conozcáis.

Levanté la vista de la libreta, tras haber tachado a regañadientes «crear y subir perfil para apuesta ridícula».

—¿A qué te refieres?

—Es solo que, según esto, Luca está buscando a alguien exactamente como tú.

Solté un bufido, mitad risa, mitad incredulidad y para nada propio de una señorita. Incluso Jono apartó la vista de los deportes un momento para enarcar las cejas hacia su prometida.

—Es la verdad —insistió Tia—. Dice que busca a alguien amable, cariñoso y auténtico, con buen sentido del humor.

—¡Eso lo pone todo el mundo!

Ella me ignoró y continuó.

—Que sepa apreciar la buena comida, los viajes y que entienda la importancia de la familia y los amigos. Tú eres todas esas cosas.

Podía ver los engranajes girando y el vapor empezando a acumularse en el motor del cerebro de mi amiga.

—Mucha gente es todas esas cosas. Es bastante genérico. —Me asomé—. También enumera sus aficiones como «chorradas machistas ridículas».

Vale, no decía exactamente eso. Lo que en realidad decía era «disfruta con los deportes extremos», pero a mis ojos eran cosas intercambiables.

—Y en algún lado debe haber una lista de requisitos rollo «piernas hasta las axilas, cuerpo de modelo de lencería, preferiblemente con un trabajo a juego, y melena larga y sedosa que no desentonaría en un anuncio de champú».

—No es tan superficial —lo defendió Tia—. Y tú tienes el pelo largo y brillante.

—No he dicho que sea superficial. Pero ¿cuándo fue la última vez que apareció con una mujer que hubiese desentonado en una revista de moda o en un anuncio raro de perfumes? Siempre acabo teniendo que cambiarme sigilosamente al otro lado de la mesa solo para no parecer un orco total. Solo digo que, incluso si no fuera rarísimo, que lo sería, y mucho, definitivamente no soy el tipo de Luca. Nos volveríamos locos el uno al otro en menos de una semana, por no hablar de lo incómodas que serían las cosas después. Cambiaría toda la dinámica... esa del grupo.

—Muy específico todo.

—Sabes a qué me refiero.

—Jesse y Bella acabaron juntos. No ha cambiado nada.

—Sí, pero todos veíamos que estaban hechos el uno para el otro. Era inevitable.

Tia me dedicó una larga mirada.

Solté un suspiro exasperado.

—No es para nada lo mismo. Ni por asomo. ¡Y ni se te ocurra mencionárselo a Luca! Se moriría de vergüenza..., si es que alguna vez pudiera dejar de reírse.

Tia puso los ojos en blanco antes de clavarme una mirada de las que no admiten réplica.

—Pero para tu información, ¿esa maniobra que haces para alejarte de Luca y de su último ligue? No es nada sigilosa. Todo el mundo se da cuenta de que lo haces siempre.

—¿Ah, sí? —dije, con la voz un poco más aguda de lo habitual.

Asintió. Miré a Jono. Él se encogió de hombros y ladeó la cabeza para mostrar que estaba de acuerdo.

—¿Luca se ha dado cuenta?

—Sip.

—¿Cómo sabes que se ha dado cuenta? Estoy segura de que habría dicho algo de haberlo hecho. —Tia se equivocaba por completo en esto. Luca me cantaba las cuarenta por casi todo. El nudo que se me había estado formando en el estómago empezó a deshacerse de nuevo—. Él siempre dice algo si no está de acuerdo cuando se trata de mí. Que suele ser la mayoría de las veces.

Tia y Jono intercambiaron miradas.

—¿Qué? ¿A qué ha venido esa mirada?

Tia soltó un suspiro, alargó el brazo y me cogió la mano un momento para darme un apretón rápido y tranquilizador.

—Una vez se puso tenso con el tema e iba a cantarte las cuarenta...

—¿Y?

—Y le pedimos que no lo hiciera.

—¿«Le pedimos»? ¿Quiénes se lo pedisteis? ¿Y por qué?

—Todos nosotros.

Fruncí el ceño.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—Vale. Cuéntanos por qué te cambias de sitio en cuanto puedes siempre que acabas sentada al lado de una de las novias de Luca.

Jono había bajado el volumen de la tele y, al igual que Tia, ahora estaba centrado en mí. Sentía la cara ardiente y sonrojada, y mi estómago había vuelto a hacer una demostración de nudos marineros que avergonzaría a cualquier lobo de mar, con salto mortal hacia atrás incluido para rematar.

—Os lo acabo de decir...

Se quedaron esperando.

Me aclaré la garganta.

—Vale, de acuerdo. Me siento feúcha. Todas las mujeres con las que sale son un espécimen perfecto. Pelazo, ropa fantástica, absolutamente despampanantes y con un cuerpo de infarto. Y luego estoy yo, sentada a su lado. Y sí, tal vez sea vanidad, pero no es difícil sentir que salgo perdiendo en las comparaciones y, francamente, no necesito que me restrieguen por la cara el hecho de que no soy así, ni que se lo resalten a los demás. Así que me cambio de sitio. Estoy segura de que Luca ni siquiera se da cuenta la mayor parte del tiempo.

Tia negó con la cabeza.

—Ya te digo yo que sí que se da cuenta. Y nunca deberías sentirte así. No es verdad, ¿a que no, Jono?

Jono negó con la cabeza y volvió a encogerse de hombros.

—Sinceramente, no lo es. Eres... maja.

Las dos nos lo quedamos mirando.

—¿Maja? —repitió Tia.

—¿Qué?

—¡Es mucho más que maja!

—¡Ya lo sé!

—Entonces, ¿por qué lo has dicho? —preguntó su prometida, levantando las manos con las palmas hacia arriba.

—¡Porque pensé que si decía que está bastante buena, que lo está, me tirarías por la ventana, y estamos en un tercer piso!

Tia lo estudió durante un momento.

—Eres un amor. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella le guiñó un ojo y él sonrió. Me dedicó un encogimiento de hombros y luego volvió a girarse hacia la televisión con un suspiro de alivio más que audible.

—¿Ves? —dijo Tia—. Eres mona. No sales perdiendo en las comparaciones y eres preciosa a tu manera. Vale. No tienes altura de modelo.

Me miré las perneras del pijama, que me llegaban a la mitad de los pies ahora que me había quitado las zapatillas de estar por casa.

—Tengo altura de maqueta.

Tia se rio, liberando la leve ola de tensión que se había acumulado en la habitación desde que descubrí que Luca (y todo el mundo) me tenía calada. Y que sabían el motivo. Me froté la cara, incapaz de quitarme de encima del todo la sensación de incomodidad.

—Eres un encanto, cariño. De verdad. Nunca deberías sentirte menos que eso.

—Entonces, ¿cómo es que soy la única soltera?

—Luca también sigue soltero, recuerda.

—Luca solo está soltero cuando le conviene y, si lo que dijo el otro día es cierto, no lo estará por mucho tiempo.

—Porque está saliendo a buscar. Algo que tú, amiga mía, tienes aversión a hacer.

—No le tengo aversión a eso.

—Cuando salimos, haces todo lo posible por incrustarte en el grupo como si fuéramos tu escudo protector. Haces que sea bastante difícil que cualquier chico se te acerque.

—Si tanto les importara, harían el esfuerzo. Está claro que no les importo.

Tia me lanzó una mirada exasperada.

—¿Qué?

—Tú.

—¿Qué me pasa?

Negó con la cabeza.

—Quisiera agitar una varita mágica y darte la confianza que deberías tener. Eres inteligente, independiente y, como dice mi prometido, estás bastante buena. —Me sonrió—. Solo desearía que tú misma te lo creyeras.

—Estoy bien. —Le resté importancia con un gesto de la mano, incómoda por el tiempo que parecía llevar bajo los focos—. En fin, ¿has pensado ya en vestidos o en algo para la boda?

Tia era toda una *fashionista*, así que sabía que pisaba sobre seguro para desviar la conversación lejos de mí. Hizo una pausa por un momento, con una mirada que me decía que sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero luego se volvió hacia el portátil y lo puso entre las dos. Escribió rápidamente una dirección web y el perfil de Luca desapareció, sustituido por una página de aspecto

sofisticado que mostraba un vestido de novia de estilo etéreo. Tras comprobar que Jono no podía ver la pantalla, la inclinó un poco más hacia mí.

—¿Qué te parece?

Capítulo 5

Mi bolsillo pitó con la llegada de un mensaje mientras estaba sentada en la cafetería esa misma tarde, mirando a los compradores que pasaban a toda prisa por el ventanal. La acera brillaba por la lluvia y la gente se abrigaba bien con los abrigos, cabizbaja mientras se abría paso por la concurrida calle de Londres, con un sinfín de coloridos paraguas ondeando sobre sus cabezas. Saqué el móvil y pulsé sobre la *app* de mensajería. Era de Luca.

«¿Qué haces?».

Dejé el teléfono un momento, dejando que descansara en mi regazo. Desde que Tia me había dicho que todo el mundo conocía mis tácticas de evasión cuando se trataba de las novias de Luca, me había sentido un poco descolocada. Con la sorprendente revelación de Luca de que quería sentar cabeza y el hecho de que nunca me hubiera echado en cara mi propensión a poner distancia entre su último ligue y yo, incluso antes de que los demás le pidieran que no lo hiciera, empezaba a preguntarme qué más cosas no sabía de él.

Un presentimiento de que quizá no estuviéramos tan unidos como yo pensaba había empezado a arremolinarse en mi interior y no me gustaba. La gente suele decir que las amistades van y vienen en la vida, pero yo no quería que esta se fuera. No podía recordar una época en la que no fuera una parte inmensamente importante de mi vida, y pensaba que Luca sentía lo mismo.

Pero si no sentía que podía compartir conmigo algo tan importante como querer una relación seria o una familia, o enfrentarse a mí sin tapujos por mi comportamiento como siempre

había hecho, entonces tal vez no sintiera lo mismo. Tal vez ya se había alejado uno o dos pasos. No estaba segura de cómo me sentía al respecto. En realidad, eso era mentira. Sabía exactamente cómo me sentía. Lo odiaba.

Pero también sabía que no podía evitarlo. No podía aferrarme a algo que no iba a ser, ni a alguien que no me quería en su vida. Había aprendido esa lección por las malas y no estaba dispuesta a luchar contra ello esta vez.

Aun así, me sentía como la mierda por el hecho de que Luca pensara que estaba siendo maleducada con él y con sus citas. Era solo una forma de autoprotección y mi intención no había sido herir sus sentimientos ni los de nadie. Por mucho que me hiciera quedar como una idiota, tenía que decírselo. Volví a coger el teléfono.

«Poca cosa. Chocolate caliente y ver a la gente pasar».

«¿Dónde?».

«En el Nero de More London».

«¿Quieres compañía?».

Le envié un pulgar hacia arriba. *No hay mejor momento que el presente para aclarar las cosas*.

«Vale. Voy para allá lo antes posible».

Poco menos de un cuarto de hora después, Luca empujó la pesada puerta de cristal y un grupo de turistas estadounidenses giraron la cabeza hacia él al unísono. Era difícil no fijarse en Luca Donato. No solo le había tocado el premio gordo en la lotería genética, sino que medía uno noventa y tres y tenía la complexión sólida y ancha de hombros de un jugador de rugby. La ligera desviación de su nariz y la cicatriz de un par de centímetros que le dejaba una fina línea plateada en la ceja izquierda eran testimonio

de lo mucho que había disfrutado de ese deporte en el pasado. Aunque esos detalles no hacían más que aumentar su encanto. Por lo visto.

Sus ojos oscuros escrutaron el lugar; la mirada pasó por encima de las mujeres que aún lo observaban con descaro antes de posarse en mí. Esbozó una sonrisa y levantó una mano a modo de saludo. Le devolví la sonrisa, consciente de que ahora sus admiradoras me estaban examinando a mí. Pidió su consumición y cruzó la cafetería con paso seguro y relajado, inclinándose para darme un abrazo antes de sentarse a mi lado en el maltrecho sofá de cuero que yo me había agenciado.

—¿Qué haces en el centro? ¿Ya tienes una cita? —Sonrió mostrando unos dientes blancos y perfectos, cortesía de dos años de ortodoncia.

Solté un bufido de desdén, medio riendo.

—Qué va. Si solo han pasado unas horas. ¿Por qué, tú sí?

—Sip.

—Ah. —La risa se me murió en la garganta—. Ya veo. Vaya. Eso ha sido rápido.

Se encogió de hombros.

No sabía por qué me sorprendía. Cuando Luca se proponía hacer algo, se entregaba en cuerpo y alma. Esa determinación y compromiso le habían valido una matrícula de honor en la universidad, una relación feliz y estable con su familia y un negocio de éxito. No había ningún motivo para pensar que, ahora que se había comprometido con esto, le fuera a prestar menos atención o dedicación.

—¿A qué hora es tu cita?

—Aún faltan un par de horas.

—Ah. ¿Vais a algún sitio chulo?

—Un restaurante en el West End que ella quiere probar.

—¿No la llevas al Ginelli's?

Me dedicó una media sonrisa.

—Qué va. Eso está reservado solo para personas muy especiales.

El Ginelli's era el restaurante favorito de Luca en Londres. Conocía al personal como si fueran de la familia y lo trataban igual. Las celebraciones familiares siempre se hacían allí y yo había tenido la suerte de que me incluyeran en muchas de ellas, incluso en las contadas ocasiones en que mis padres estaban en casa. Siempre que les mencionaba que me habían invitado a cenar, o a una fiesta o celebración —las familias italianas siempre parecían encontrar motivos para celebrar, cosa que me encantaba—, mis padres nunca ponían pegas, siempre me animaban a ir. Yo iba más que encantada, por supuesto. Pero, en el fondo, a veces deseaba que me propusieran hacer algo juntos, solo nosotros, por una vez, tener nuestra propia celebración. Pero nunca lo hacían. Las botellas de vino y champán que veía en el contenedor de reciclaje me confirmaban que, desde luego, había celebraciones; el problema es que yo nunca participaba en ellas. Sin embargo, siempre me había sentido parte de los Donato. Aquellos preciados momentos que había pasado con ellos eran puntos brillantes de colores vivos en medio de la monotonía gris de los recuerdos de mi infancia. Sentía que le debía una a Luca. Y por eso tenía que pedirle perdón.

—¿Luca? —dije, girándome un poco más para mirarlo de frente.

Me escrutó un instante.

—Uy, uy. Esto parece serio. ¿Qué pasa?

—Necesito decirte...

—¡Pedido para Luca! —bramó el barista por encima del murmullo de la cafetería.

—Espera. —Me rozó la mano brevemente antes de pasar por delante de mí, cosa que sus largas piernas lograron con facilidad y elegancia.

Un momento después, regresó con un café grande, un chocolate caliente coronado con nata y mininubes, y dos porciones de tarta.

—He pensado que te apetecería, y he notado una evidente escasez de tarta por aquí.

—Estaba intentando portarme bien, por eso no he pedido nada.

Se encogió de hombros.

—Portarse bien está sobrevalorado. —Luego arqueó las cejas para darle énfasis.

Negué con la cabeza y cogí un plato de tarta. Lo puse delante de mí antes de volver a entrelazar los dedos en el regazo.

—Gracias.

—Sigue con lo que estabas diciendo.

Debería haber esperado a que ya tuviera su pedido. Ahora sentía que el momento había pasado.

—No, de verdad, no tiene importancia.

Luca dejó el café junto a su propia tarta.

—Por la cara que llevas, estoy bastante seguro de que sí la tiene. Así que suéltalo. Puedo quedarme aquí sentado hasta que lo hagas. —Esbozó la más breve de las sonrisas—. Sabes que soy capaz.

—Es sabido que, a veces, eres un cabezota.

Su sonrisa se ensanchó. Los dos sabíamos que aquello era quedarse muy cortos. Las mulas se quedaban en pañales

comparadas con Luca Donato cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

—Pero yo tengo ventaja.

—¿Y cuál es?

—Que, si me da la gana, puedo esperar aquí sentada hasta tu hora límite de hoy.

—¿Hora límite? —Frunció el ceño.

—Tu cita —le recordé.

—¡Ah! —Lo sopesó un momento—. Habrá otras citas. Hay cosas más importantes. Así que dímelo ahora o dímelo luego. Sea como sea, no pienso moverme hasta que lo hagas.

¿Lo veis? Cabezota. Dios, era un incordio.

—Vale, de acuerdo. Pero solo porque no quiero que me eches la culpa si te pierdes tu cita con la Señorita Probablemente Perfecta.

Me dirigió una mirada inescrutable.

Cogí el plato de tarta y jugueteé con el tenedor un momento, cortando un trocito del tamaño de un bocado. Luego lo aparté a un lado y me aclaré la garganta sin necesidad.

—Tengo que pedirte perdón por una cosa.

Luca se metió un trozo de tarta en la boca y entrecerró un ojo en señal de interrogación.

—¿Ah, sí? —preguntó, tras tragarse el bocado.

—Sí. —Respiré hondo y dejé salir el aire lentamente. Me sentía como una idiota, pero sabía que, si no lo hacía, el tema me comería por dentro—. Por alejarme siempre de ti y de tus citas cuando salimos en grupo.

Me observó un momento.

—Ya.

—Pensaba que estaba siendo sutil.

—No. No lo eras. Pero entiendo por qué podrías pensarlo.

No sabía qué se le pasaba por la cabeza. No sonreía.

—Lo siento. Mi intención nunca fue ofenderte, ni a ti ni a nadie. De verdad que no pensé que alguien se diera cuenta.

—Oh. Todos nos dábamos cuenta.

—Sí. Ya me han informado de ello, lo cual es un poco violento.

—Algunas eran chicas simpáticas, que lo sepas.

Levanté la vista rápidamente de donde había estado estudiando los dibujos del bizcocho marmolado.

—¡Si no es eso! Seguro que lo eran. Yo no... No quería ser una maleducada. Es que... —Volví a aclararme la garganta—. Siento muchísimo si te hice pasar vergüenza o si pensaron que era una petarda estirada. Es solo que...

—¿Es solo que qué? —preguntó—. Tengo que decirte que me ha fastidiado durante mucho tiempo, pero los demás me hicieron prometer que no diría nada.

—Ojalá lo hubieras hecho. ¡Estoy casi segura de que no habría sido tan insoportable como lo es ahora!

—Hice una promesa. Me dijeron que tendrías tus motivos.

—Los tenía —dije, bajando la vista.

—¿Y me toca escucharlos?

Alcé la vista hacia sus ojos. Eran oscuros y serios, y estaban clavados en mí.

—No lo entenderías.

—Ponme a prueba.

Me cubrí el rostro con las manos, y luego las deslicé hacia atrás para apartarme el pelo antes de soltar un gran suspiro.

—Vale. Porque todas las mujeres con las que sales me hacen sentir paleta, sosa e insignificante. Siempre son altas, glamurosas y van arregladas de punta en blanco y yo... no. Llegué a la conclusión de que, si no me ponía justo al lado de ellas, la diferencia no sería tan evidente.

Luca se me quedó mirando, pero se mantuvo en silencio.

—Bueno, me alegro muchísimo de habértelo dicho porque este silencio posterior no es para nada incómodo.

Sacudió la cabeza como si estuviera saliendo de un trance.

—Perdona. Es que... supongo que no me esperaba que dijeras eso.

—¿Qué esperabas, entonces? Puesto que, por lo visto, tú y todos los demás os habíais dado cuenta de cómo ponía tierra de por medio con muy poco disimulo entre yo y tu última supermodelo. Supongo que simplemente pensaríais que era una maleducada de campeonato. Ya no sé qué es peor. Que piensen que soy una maleducada o ser realmente patética.

—No eres ninguna de las dos cosas.

Le eché una mirada que sugería que yo opinaba lo contrario y, como ya me había comido la mayor parte de la nata y las nubes, desaparecí momentáneamente detrás de mi enorme taza de chocolate caliente, tomando nota mental de añadir un par de kilómetros extra a mi próximo paseo.

—No lo eres. Solo estoy... un poco en shock de que te sientas así. Y también de que nunca me lo hubieras dicho. —Se encogió de hombros—. Creía que nos contábamos prácticamente todo.

Había una mirada de dolor en sus ojos oscuros que me asestó una puñalada en el corazón. Yo había pensado lo mismo, pero

parecía que quizá ambos nos habíamos estado guardando secretos.

—No siempre es tan fácil.

—Claro que lo es. Soy yo.

Volví a dejar la taza en la mesa con más fuerza de la que planeaba y sostuve la mirada de Luca.

—¿Y qué se suponía que debía decirte exactamente? —empecé a decir, en voz baja pero resuelta—. «Oh, Luca, ¿te importaría no sentar tan cerca de mí a tus novias infaliblemente preciosas, de piernas infinitas y ojazos de modelo cada vez que salimos? Porque la mayor parte del tiempo ya me siento inferior a vosotros de por sí, y que estén ahí sentadas como recién sacadas de la revista *Vogue* no ayuda precisamente a mejorar la situación».

Me estaba lanzando esa mirada otra vez.

—¿Qué?

—¿De verdad te sientes así? —preguntó; su voz era suave y la preocupación palpitaba en sus palabras.

Jugueteé con una servilleta de papel, enrollándola y desenrollándola alrededor del dedo hasta que se quedó curvada permanentemente, evitando responder en todo momento.

—¿Bee? —insistió Luca.

—¿Qué? —dije, dándole largas.

Me dedicó una mirada que le había visto un millón de veces.

—Sí. Me siento así. ¿Ya está? ¿Contento? Ya conoces todos mis secretos más oscuros.

—Por supuesto que no estoy contento de que te sientas así sobre este tema. ¿Por qué iba a estarlo?

No respondí.

—¿Te crees que me alegra que yo, o cualquier otra persona, contribuya a que te sientas mal contigo misma? —Se reclinó hacia atrás, en la esquina del sofá—. Supongo que, después de todo, quizá no nos conocemos tan bien como creíamos.

—¡Bueno, tú también te has estado guardando secretos, así que no es todo culpa mía! —le espeté, sintiéndome triste e incómoda.

—¿Yo?

—¡Sí!

—¿Como cuáles?

—Como el hecho de que de repente quieras sentar la cabeza.

Entrecerró un poco los ojos, pero yo seguí adelante.

—Un momento estás con todas esas chicas glamurosas y líos de una noche —dos si tienen suerte—, y al minuto siguiente estás ahí sentado declarando que quieres encontrar a tu Mujer Ideal y vivir felices para siempre. ¡Y nunca se lo mencionaste a nadie, y mucho menos a mí, que se supone que somos mejores amigos! Eso me parece algo bastante importante y, desde luego, yo te lo habría contado si estuviera buscando algo así.

—Pero no lo estás.

—No es eso... Yo... es solo que no lo veo para mí y, de todas formas, estamos hablando de ti, no de mí.

—¿Y por qué no lo ves para ti?

—No soy de ese tipo.

—Tonterías.

—No son tonterías. Además, imagino que eso es lo que pensaban mis padres también. Pero a ellos tampoco les funcionó a largo plazo, ¿verdad?

—Parecían felices juntos hasta el accidente.

—Ah, sí, claro que eran felices juntos. Su gran error fue tener una hija, lo cual mermó bastante esa felicidad.

Luca se acercó a mí, alargó el brazo y me cogió la mano.

—Nunca pienses eso, Bee.

Solté un suspiro; la actitud defensiva de antes había dado paso a esa conocida sensación de vacío.

—Venga ya, Luca. —Choqué mi hombro contra el suyo—. Los dos sabemos perfectamente que obviamente no fui planeada, aunque ellos nunca lo admitieran.

—Eso no lo sabemos.

—Da igual. A fin de cuentas, allí simplemente no había amor suficiente para tres personas.

—¿Has sabido algo de tu madre últimamente?

—Me llegó una postal hace un par de meses, desde algún lugar del Mediterráneo. No recuerdo de dónde.

—¿Te dijo cuándo vuelve?

—No.

—¿Ningún mensaje? ¿Correo electrónico?

—Por lo visto, «la comunicación puede ser intermitente» cuando estás recorriendo el mundo en uno de los transatlánticos más lujosos y caros del planeta.

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que me sorprendió que no salieran rodando de mi cabeza y por la puerta de la cafetería. Luca no dijo nada. Los dos sabíamos que la excusa de mamá era una gilipollez y que no habría palabras amables capaces de ocultar esa verdad.

Capítulo 6

Dieciocho meses después de que mi padre muriera participando en la carrera de motos TT de la Isla de Man, mi madre conoció a otra persona. A los seis meses se casaron y apenas la había vuelto a ver desde entonces. Para ser sincera, al principio fue un alivio, lo cual sé que suena fatal, pero yo estaba agotada. Mamá se había desmoronado por completo en el momento en que recibió la noticia sobre papá. Yo estaba en la universidad y volví a casa para encargarme de los preparativos del funeral y de cuidar de la propia mamá. Esos meses habían consistido básicamente en sollozos desgarradores, silencios de mirada vacía o llantos desconsolados sobre cómo «no tenía nada ni a nadie». Al principio intenté decirle que me tenía a mí, que siempre me tendría y que no volvería a la universidad hasta que se sintiera mejor. Pero, por alguna razón, en el único momento en que pensé que ella realmente querría —o necesitaría— formar un vínculo con su única hija, siguió sin haber nada. Su marido se había ido. Él había sido su mundo. No quería a nadie más, ni siquiera a su propia sangre. Yo seguía sin ser suficiente.

Pero me quedé y me ocupé de todo, ya que pronto se hizo evidente que mamá no estaba en condiciones de hacerlo. Todos mis amigos seguían en la universidad, disfrutando de su recién descubierta libertad y experimentando la vida, haciendo nuevos amigos y forjando nuevos caminos, justo como yo había empezado a hacer. Pero todo eso se había detenido de forma tan brusca como la moto de papá cuando chocó contra el árbol. Su vida se había

acabado desde ese segundo, y la mía también. Al menos la que me había estado labrando, disfrutando y planeando. Todo a la mierda. Todo por el simple hecho de sentir un estúpido subidón de adrenalina.

—Lo siento, Bee.

—¿Por qué? —pregunté. La voz profunda y suave de Luca me sacó de mis recuerdos.

—Por cómo se portaron tus padres contigo. Por cómo lo sigue haciendo tu madre.

—No importa. Además, no es culpa tuya.

—Lo sé. Pero tienes razón. Probablemente debería haberte dicho que había empezado a pensar que quizá era hora de pisar un poco el freno con la faceta de playboy.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque pensé que no lo entenderías. Y porque me preocupaba cómo fueras a reaccionar.

—¿Qué se supone que significa eso? —Mi actitud a la defensiva hizo acto de presencia de nuevo y le solté la mano.

—Acabas de decir que a ti no te interesa nada de eso.

—¿Y qué? ¡Eso no significa que no pueda empatizar o alegrarme por los demás cuando encuentran a la persona que les hace felices! ¡Haces que suene como un… un puto robot o algo así! ¡Tengo sentimientos!, ¿sabes?

—¡Ya sé que los tienes! Es solo que… —Se pasó una mano por la mandíbula, oscurecida por la barba incipiente que probablemente no había visto una cuchilla desde la mañana anterior—. Exactamente por esto no te lo dije.

—¡Venga ya, eso es una gilipollez! Estoy cabreada porque piensas que no lo entendería, ¡no porque me hayas dicho que quieres enamorarte! —Ante esto, las cuatro mujeres estadounidenses de la mesa de al lado giraron la cabeza hacia Luca.

—Quizá deberíamos retomar esta conversación en otro momento, cuando estés un poco más calmada.

—¡Estoy perfectamente calmada! —dije, aunque, la verdad sea dicha, mi tono no respaldaba precisamente mis palabras—. ¡Simplemente es genial saber que mis amigos me ocultan cosas porque creen que no estoy preparada emocionalmente para lidiar con ellas! —Agarré mi abrigo y me levanté, metiendo los brazos a trompicones por las mangas.

—No se trata de eso y lo sabes.

—¿Ah, no?

—Claro que no. —Luca se levantó y agarró una de las mangas que se negaba rotundamente a obedecer y a dejar pasar mi brazo—. Toma.

—Gracias —dije, forzando un mínimo de gratitud en mi voz—. En realidad ya da igual, ¿no? A lo hecho, pecho. Quizá, gracias a esta estúpida apuesta, los dos estemos descubriendo más sobre el otro de lo que nunca habríamos imaginado.

—Quizá —respondió Luca.

—Hablando de eso, será mejor que te vayas. No querría que llegaras tarde a tu cita.

—¿Seguro que no tienes tú ninguna posible?

—¿Qué?

—Una cita. Es sábado por la noche, y sé que tu perfil ya está activo. Tia me envió un enlace.

—Oh, por el amor de Dios. ¿Por qué? —mascullé, ahora aún más irritada—. Sí, está activo. Y no, no tengo ninguna cita. Ni posible, ni de ningún otro tipo.

—¿Cuándo lo comprobaste?

—¿El qué?

—La bandeja de entrada del perfil.

—¿Qué más da?

—¡Podrías tener un montón de mensajes!

—Ambos sabemos que eso es muy poco probable. Además, no quiero una cita esta noche. Estoy cansada y solo quiero irme a casa.

—Estás haciendo trampas con la apuesta. Tia dijo que ambos teníamos que esforzarnos.

—¡Lo estoy haciendo!

—¡Ni siquiera estás revisando los mensajes! ¿Qué clase de esfuerzo es ese?

—¡Madre mía! ¡Eres insoportable! ¡Toma! —Le estampé el móvil contra el pecho. Él lo cogió, tecleó mi código de seguridad y buscó el icono de la *app* mientras yo me abrochaba el cinturón del abrigo, lista para salir al aire de la calle, que se había enfriado considerablemente desde que se puso el sol.

—Tienes cinco mensajes.

—¿Qué?

—Que hay cinco mensajes ahí.

—¡Oh!

Ladeó un poco la cabeza.

—Pareces sorprendida.

Miré por la ventana, jugueteé con el cinturón y evité responder.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te sorprende? —Luca se dejó caer de nuevo en el sofá, para gran consternación de una pareja que se dirigía hacia nosotros con los ojos clavados en el premio de un asiento cómodo.

—No lo sé —respondí con elocuencia.

Luca soltó un suspiro que era en parte de frustración y en parte de otra cosa que no supe identificar.

—¿Por qué tienes tan mala opinión de ti misma?

—No la tengo —le espeté, pero incluso a mis propios oídos, esas palabras no sonaron con la suficiente convicción—. De todos modos, será mejor que te vayas. —Recuperé mi móvil y me lo metí en el bolsillo.

—¿No vas a leer los mensajes?

—Luego.

—¿Y si uno, o varios de ellos, quieren hacer planes para esta noche?

—Entonces, uno o varios de ellos pueden hacer planes con cualquiera de las otras muchas mujeres a las que probablemente hayan escrito.

Luca dejó caer la cabeza hacia atrás, con la mirada clavada en el techo.

—Y luego dices que yo soy insoportable.

—¿Qué? ¡No pienso salir corriendo en el momento en que un tío raro me lo diga!

—No me refería a eso. Pero ni siquiera pareces interesada… —No había ganas de pelear en sus palabras.

—A lo mejor es porque no lo estoy. Solo me he apuntado a esta estúpida página web porque Tia nos obligó.

—No nos obligó. Es que no pudiste resistirte a la oportunidad de intentar demostrar que me equivoco en algo. Como siempre.

—Bueno… ¡tú tampoco! —No fue mi mejor réplica, pero era todo lo que tenía.

—Para mí no se trata de eso. Se trata de la oportunidad de conocer a alguien. No de derrotar a nadie.

—Pues más te vale ir a conocer a esa persona. Que disfrutes de la cena.

Luca se levantó de nuevo, encogiéndose de hombros para ajustarse la chaqueta mientras lo hacía, con ese aspecto de tener un estilo impecable sin ningún esfuerzo, como siempre.

—Gracias —respondió.

Le di un abrazo rápido, porque me era imposible no hacerlo. Incluso cuando estaba enfadada con él, no soportaba la idea de no despedirnos en condiciones. Y tampoco es que estuviera realmente enfadada con él. Solo me… sentía un poco rara. El comentario de Luca sobre mi falta de confianza en mí misma me había escocido. Lo había negado, obvio. Reconocerlo no era una opción, por mucho que fuera verdad. Odiaba sentirme así. Pero odiaba aún más el hecho de que Luca lo supiera. Era mi mejor amigo, pero seguía sin ser capaz de admitir algo así. Ni siquiera ante él. ¿Cómo iba a hacerlo? Él venía de una familia grande y cariñosa que se interesaba por él, por su vida y por todo lo que hacía. Sabía que intentaría entenderme porque así era Luca. Pero era imposible que lo hiciera. No de verdad. Y, al verle mirar su reloj, empecé a darme cuenta de que ya no podría depender de él como en el pasado. Las cosas estaban cambiando. ¿Qué sentido tenía intentar explicarle algo así? Si esta apuesta le salía bien, pasaría a una nueva etapa, y las inseguridades

de una amiga de la infancia desde luego no figurarían entre sus principales prioridades.

—Ya sabes que siempre puedes hablar conmigo —dijo, agarrándome de la mano cuando me giraba para irme.

—Sí, lo sé. —Forcé una sonrisa, me despedí con un gesto rápido de la mano y salí de la cafetería sin mirar atrás.

* * *

Me senté en el metro, escuchando el traqueteo del vagón contra las vías, mirando fijamente el anuncio de una bebida vitamínica milagrosa que te garantizaba vitalidad y energía a raudales. Yo la había probado. Y no había marcado ni un ápice de diferencia. Había un montón de letra pequeña en la parte inferior del anuncio y supuse que en algún lugar por ahí aclararía que todo lo anterior era una sarta de chorradas. O algo por el estilo, en fin.

Mi mirada vagó por el vagón. Un par de personas estaban dormidas y un grupo de lo que parecían ser turistas españoles hablaban muy rápido y se reían juntos. El resto de los pasajeros estaban mirando, haciendo *scroll* o escuchando algo en sus móviles, salvo un hombre en un asiento del extremo que estaba absorto en un libro. Un libro de verdad. Eso me hizo sonreír. Aunque tenía la tapa doblada hacia atrás, y a medida que pasaba cada página, esta se sumaba a la curva. Eso no me hizo sonreír. Tenía la manía de no doblar los libros ni sus páginas, y me contuve a duras penas para no arrancárselo de las manos y darle una lección sobre la etiqueta literaria adecuada. Pero no lo hice. Obviamente. Levanté la vista cuando el tren hizo ese sonido sibilante y chirriante que hace al reducir la velocidad al llegar a una estación. Por megafonía se

anunció que, debido a obras de emergencia, el tren finalizaría su trayecto en la siguiente parada, y que los billetes serían válidos en todos los trenes de superficie y autobuses. El vagón se llenó de quejidos y suspiros. En la siguiente parada, todos salimos en fila y subí a la superficie para encontrar una ruta alternativa a casa.

Un rato después estaba en mi segundo autobús mirando distraídamente por la ventana. Para entretenerme, saqué el móvil del bolsillo y abrí la *app* de citas. Al hacerlo, vi el pequeño símbolo de un sobre en la esquina superior derecha con un número cinco al lado. Lo miré fijamente durante un instante y luego pulsé. Se abrió la bandeja de entrada con los cinco encabezados de los mensajes alineados debajo. Todavía faltaba un buen rato para mi parada. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, me dije, y pulsé sobre el primer mensaje.

Hola, tigresa…

Eeeh, ¿perdona? Llaman de los años setenta, que les devuelvas su frase para ligar. Leí las dos siguientes líneas del mensaje y digamos que la cosa no mejoró. Si cabe, empeoró. Mi dedo encontró la pequeña papelera y, tras una satisfactoria pulsación, el señor Tigresa pasó a la historia. Con cierta aprensión, pasé al siguiente. Se me salieron un poco los ojos de las órbitas mientras cargaba. Si alguna vez hubiera llegado a terminar la carrera, ¡no estoy segura de que mi tesis hubiera sido tan larga! Sin embargo, tras descartar al remitente número uno, y con Tia y Luca acusándome de no estar participando en condiciones, me esforcé por demostrarles que se equivocaban y darle una oportunidad a la opción número dos.

Para cuando llegué a mi parada bastante después, todavía no había terminado de leerlo. ¡Me costaba creer que hubiera algo que aún no supiera sobre ese chico! Si aceptara tener una cita con él, no estaría segura de poder pensar en ninguna pregunta que hacerle; era imposible que le quedara algo por contarme. Desde luego, nada sobre su matrimonio anterior y su posterior divorcio. Había dado tantos detalles sobre el tema que casi sentía que yo había estado allí. Pero le concedí el beneficio de la duda y decidí que tal vez solo quería ser sincero. Soltarlo todo. Y vaya si había hecho un buen trabajo. Puede que el primer mensaje no fuera el momento ideal para hacerlo, pero quizás fuera tan novato en todo esto como yo. Su foto de perfil mostraba a un chico bastante majo, de sonrisa tímida y pelo castaño claro, corto y arreglado. Decidí meterlo en el montón de los posibles, le di las gracias al conductor del autobús al bajar y me volví a meter el móvil en el bolsillo. El resto podía esperar hasta que llegara a casa. No estaba tan desesperada por saber quién más me había escrito como para jugarme la vida, los huesos o simplemente acabar de los nervios por ir caminando con el móvil pegado a la cara. Me pondría cómoda en pijama, me prepararía una buena taza de té gigante y me sentaría a ver el resto.

* * *

¿Y bien?????

El mensaje de Tia sonó en cuanto me senté con mi taza de té. Supuse que hablaba del tema de las citas. Ese era el modus operandi de Tia. Tenías que seguirle el ritmo porque, a diferencia del

Pretendiente Número Dos de mi perfil, ella no te rellenaba los huecos a menos que se lo pidieras expresamente.

Dame unos minutos…

¡Luca me ha dicho que antes ni siquiera habías mirado la bandeja de entrada! Sabes que él ya ha salido a una cita, ¿verdad?

Solté un suspiro.

Luca es un chivato y sí, lo sabía.

Puse el emoji que se encoge de hombros después, solo para enfatizar que me daba exactamente igual. Sería una competición, pero no era una carrera.

¿Tienes una cita entonces?

Por lo visto, Tia y yo teníamos conceptos diferentes de lo que significaban «unos minutos».

Todavía no. Estoy leyendo los mensajes y tomando una decisión meditada.

¡Pues date prisa!

Volví a los demás mensajes y los leí. Por suerte, los tres restantes eran más cortos. Respiré hondo y contesté al cuarto. Parecía majo,

daba la impresión de tener sentido del humor y posaba con un perro en su foto, lo que, reconozco, influyó en mí más de lo debido. Pero mencionaba que era un amante de los animales y, aunque yo no podía tener mascotas en mi piso, siempre me habían encantado y me moría de ganas por tener una. Incluso se lo había suplicado a mis padres años atrás, tal vez intuyendo que la compañía me habría ayudado a mitigar la soledad. Ellos siempre habían desechado la idea, argumentando que no tenían ni el tiempo ni las ganas para cuidar de un animal. Después de una de esas discusiones, yo contraataqué por sorpresa acusándolos de que tampoco habían tenido tiempo ni ganas de cuidar de una hija, pero eso no les había impedido tenerla. La expresión de sus caras sigue grabada en mi memoria hoy en día. Jamás me contestaron y no volvió a mencionarse el tema. Al final, las cosas no cambiaron, pero sentí una extraña sensación de alivio por haberlo soltado por fin.

Le he escrito a uno.

¿Uno? ¿Y los demás?

¿Qué pasa con ellos?

¡Tienes que probar con varios, Bee! Envía algún otro mensaje. ¡A menos que sean unos completos babosos, en cuyo caso ni se te ocurra!

¿Por qué?

¡Para tener opciones!

Esto iba a darme más dolores de cabeza de lo que pensaba.

Vale. Está bien…

Le escribí al señor Tesis y a otro que había llegado después de que yo entrara en casa. No les dije gran cosa, tan solo un simple hola, gracias por el mensaje, y un breve comentario sobre algún detalle de lo que me habían contado.

Capítulo 7

Diez minutos después de escribirle al señor Amante de los Animales, recibí una respuesta, seguida de cerca por otra del último chico que me había contactado. Hice clic en esa última, ¡y lancé el móvil a la otra punta del sofá! Oí el pitido de la aplicación de mensajes, pero estaba demasiado ocupada preguntándome dónde podría comprar lejía para lavarme los ojos. ¿Por qué haría alguien algo así? ¿En serio? El teléfono volvió a pitar. Lo cogí. Entrecerrando los ojos todo lo posible, pero lo justo para poder ver algo, borré los mensajes de aquel tío y le di a «bloquear» y «denunciar» en el contacto antes de pasar a la aplicación del chat.

¡Esperando!

Me apremió Tia.

He mandado algunos más. ¡Uno de ellos es un NO rotundo! Te mantendré informada del resto.

Tia me envió un pulgar hacia arriba y unos besitos.

Justo cuando dejaba el móvil sobre la mesa, entró otra notificación.

¿Ya has leído los mensajes?

Era de Luca. Miré el reloj. Supuse que su cita habría ido al baño o algo así.

Sí. ¿Qué tal la cita?

Vi que estaba escribiendo.

Estoy en casa. Al final no era mi tipo.

¿Quieres hablar de ello?

Unos instantes después, mi teléfono cobró vida con una videollamada entrante. Contesté, y el rostro de Luca, tan irritantemente guapo como siempre, llenó la pantalla. Y cuando digo que la llenó, es que la llenó. Debía de tener la nariz pegada al cristal. Di un respingo hacia atrás y él se echó a reír.

—¿Vas a dejar de hacer eso algún día?

—Qué va. Me hace gracia ver cómo te asustas cada vez. ¿Por qué iba a parar?

—Porque es un fastidio.

—Me acabas de dar otra razón más para no dejar de hacerlo.

—Sabes que ya no estamos en primaria, ¿verdad?

—Una pena. Siempre estabas monísima con aquellas coletas. Deberías volver a hacértelas. Resultaría bastante sexi.

—Ja, ja. Muy gracioso. Así que... ¿por qué estás ya en casa?

Reclinándose contra el suave sofá color crema de su apartamento, se encogió de hombros.

—Lo que te he dicho. No era mi tipo, y no éramos muy compatibles. Al menos, no desde mi punto de vista.

—¿En qué sentido?

—Bueno, porque el único tema de conversación que parecía interesarle tenía un componente económico.

Fruncí el ceño, sin terminar de entenderlo.

—Tendría que haberlo pillado en el momento en el que pidió la carta de cócteles y eligió el más caro. Del que se dejó la mitad, por cierto, antes de pedir una copa del segundo más caro.

—Vaya. Y supongo que no habéis pagado a medias.

Luca me dedicó una mirada. Tenía un lado bastante tradicional. Si una mujer insistía en pagar la mitad, no montaba ningún numerito, pero por lo general su razonamiento era que había sido él quien la había invitado a salir, así que le parecía justo hacerse cargo de la cuenta. Él era así. Pero me daba en la nariz que la cita de esta noche no se había ofrecido a pagar a escote.

—Luego dijo que tenía el gusanillo y que lo que de verdad le apetecía eran unas ostras.

—A mí con una bolsa de patatas fritas al punto de sal me suele bastar, pero para gustos, los colores.

—Ya, salir contigo sale mucho más barato.

Hice una mueca.

—Voy a intentar tomármelo como un cumplido. En algún momento de mi vida.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Lo era.

—Pues tal vez no sea el mejor piropo para tu próxima cita, en caso de que surja la ocasión. Otra mujer podría no ser tan comprensiva como yo.

—Es cierto. Tú eres única en tu especie —se echó a reír—. ¡En el buen sentido! —añadió rápidamente.

—Buena salvada.

—Gracias.

—Y bien, ¿qué pasó después de las ostras? Supongo que las pediste.

—Sí. Las pedí. Probó una, se puso verde y anunció que, a fin de cuentas, no tenía hambre.

—Ah... —Una imagen empezó a formarse en mi cabeza—. Te ha buscado en internet y se cree que eres rico.

—Intentaba ser generoso y no pensarlo, pero empecé a llevarme esa impresión también. Aun así, que dijera que no tenía hambre me dio la excusa perfecta para terminar la cita antes de tiempo con educación.

Para ser justos, a Luca le iba bastante bien, y unos cuantos cócteles, aunque fueran de los más caros, y un plato de ostras no iban a hacerle un agujero en la cartera, pero odiaba que alguien se hubiera fijado solo en esa faceta suya. Que su dinero y su éxito fueran lo único que había visto en él. A ver, vale, no era lo único que habría visto. Pero aun así, dejando a un lado su atractivo, su físico y su dinero, Luca tenía muchísimo más que ofrecer. Se estaba riendo de su desastrosa cita con la cazafortunas, pero había algo en sus ojos: una sombra, una duda. ¿Sería por eso por lo que nunca duraba mucho con las mujeres? ¿Por miedo a que eso fuera lo único que buscaban? ¿Acaso temía empezar a sentir algo más, solo para descubrir que, en realidad, de lo que estaban enamoradas era de su cuenta bancaria y su pisazo, y no del verdadero Luca Donato?

—¿Estás bien? —pregunté, invadida por la preocupación. Odiaba la simple idea de que alguien pudiera utilizarlo.

—Sí. Estoy bien. ¿Y qué tal tú? ¿Has mirado ya esos mensajes?

—Sí. Hasta he respondido a un par de ellos.

—¿Ah, sí? ¿Y te han contestado?

—La primera respuesta que abrí era una fotopolla. Así que me estoy tomando un momento para recuperarme antes de abrir la siguiente.

El semblante de Luca se oscureció, lo que le dio un aire aún más italiano y un pelín amenazador. Obviamente, yo sé que es un trozo de pan, así que no me inmuté, pero para los que no lo conocen, podía resultar sin duda intimidante, aunque no fuera su intención.

—¿Que ha hecho qué?

—No pasa nada. Menos mal que estaba en casa, así que cuando tiré el móvil aterrizó en un sitio blando. Y ya está, ya lo he borrado.

—Esa no es la única cosa que habría que borrarle del mapa —gruñó.

Solté una risita.

—No me dio tiempo a fijarme mucho, gracias a Dios, pero, por lo poco que vi, me sorprende que esté tan dispuesto a ir enseñándola por ahí tan alegremente, la verdad.

Esta vez fue el turno de Luca de reírse, y me alegré al ver cómo su rostro se despejaba, dejando paso a esa expresión relajada que tan bien conocía.

—Tendrás cuidado con todo esto, ¿verdad, Bee? O sea, no asumas ningún riesgo. Asegúrate de que alguno de nosotros sepa adónde vas si quedas con alguien y todo eso.

—Lo haré. Tia ya me ha dado instrucciones estrictas exactamente sobre lo mismo.

—Vale. Bien. ¿Lo has denunciado en la aplicación?

—Sep. Hecho.

—Me alegro. Menudo...
—¿Gilipollas?
—Exactamente.

* * *

Después de hablar con Luca y husmear en los armarios y la nevera en busca de comida, volví a la aplicación de citas. Relegué mi aprensión a un rincón de la mente y abrí la respuesta del señor Amante de los Animales. Afortunadamente, no apareció ninguna foto; solo unas cuantas líneas de cháchara amena. Me descubrí respondiéndole y, a medida que avanzaba la tarde, estuvimos charlando a ratos durante un par de horas, lo que culminó, para mi sorpresa, en que conseguí una cita para comer juntos al día siguiente, domingo. Como era mi deber, le escribí a Tia para darle los detalles y luego respondí a la avalancha de preguntas que me lanzó, intercaladas con lo que fuera que estuviera viendo en el concurso de talentos de esa noche, su entretenimiento supremo de los sábados por la noche. Me había sorprendido descubrir que Jono también era fan de esos programas, pero décadas de influencia por parte de Tia aún no habían logrado convertirnos ni a Luca ni a mí en adeptos.

* * *

¿Se suponía que tenía que sentir náuseas antes de una cita? ¿No se suponía que debía estar emocionada o algo así? Tenía el estómago como si estuviera compitiendo en la prueba de suelo de gimnasia en los Juegos Olímpicos, con la cantidad de volteretas y piruetas que estaba dando. Lo último que me apetecía hacer era comer, a pesar

de los deliciosos olores a asado dominical que, sin duda alguna, emanaban del pub frente al que me encontraba. Había dudado si encontrarnos dentro, pero llegué a la conclusión de que, si me daba plantón, sería menos humillante irme de la puerta de un local que levantarme de una mesa preparada para dos en un ajetreado domingo.

—¿Beatrice?

Me di la vuelta para ver cómo se acercaba un hombre que, sorprendentemente, se parecía mucho a su foto. Iba arreglado, aunque su estilo era más propio de una finca en el campo que de la ciudad de Londres; sin embargo, tenía una sonrisa agradable y, al hacerme un gesto para que pasara yo primero por la puerta, parecía gozar de buenos modales. Hasta ahí, nada tan terrible como había imaginado.

—Hola. Todo el mundo me llama Bee.

Pensé en tenderle la mano, pero me pareció un poco formal, y darle dos besos se antojaba excesivo, así que me hundí las manos en los bolsillos e intenté no parecer tan incómoda como me sentía. Oliver sonrió, me hizo de nuevo un gesto cortés para que entrara al pub y me siguió.

Para cuando llegó nuestra comida, había empezado a relajarme un poco y, para mi asombro, me lo estaba pasando bien. El pub tenía un ambiente cálido y animado, y Oliver resultaba ser buena compañía. A lo mejor Tia y Jono tenían razón. Quizá no todas las citas por internet fueran para salir huyendo.

—Entonces, ¿el perro de tu foto de perfil es tuyo? —pregunté mientras me llevaba a la boca otro trozo de patata asada perfectamente crujiente con el tenedor.

Oliver dio un largo sorbo al vino tinto que había pedido —y que yo había rechazado— antes de responder.

—Ah, no, solo es uno de los sabuesos. Sé que son perros de trabajo y que uno no debería tener favoritos, pero, en fin, a veces es inevitable. ¿Sabes a lo que me refiero?

Hice un esfuerzo por tragarme la patata ardiendo sin provocarme quemaduras de segundo grado en el paladar.

—Mmm... ¿sabuesos?

—Sí —respondió él, cargando de nuevo el tenedor.

Me quedé mirándolo sin expresión justo cuando él levantó la vista. Un destello de algo le cruzó la cara. Si tuviera que ponerle nombre, habría dicho que se parecía asombrosamente al hastío.

—Perdona... no lo entiendo —empecé a decir—. ¿Te refieres a sabuesos de caza?

Esta vez estaba completamente segura de que era hastío.

—Por supuesto. ¿Qué otra clase iba a ser?

Lo dijo soltando una carcajada, pero su expresión anterior ya había dejado clara su opinión sobre mi lentitud para pillar el tema.

—¿Cazas?

—Cuando estoy en la casa de campo, obviamente. ¿Tú no?

—No tengo una casa de campo y, aunque la tuviera, ¡pues no! Por supuesto que no.

Se le vio sinceramente consternado ante mi respuesta.

—¿En serio?

—Sí, en serio. ¿Te refieres a cazar de verdad?

Su mirada me dio la respuesta.

—¡Pero si es ilegal!

Me guiñó un ojo.

—Hay un montón de vacíos legales para sortear esa ridícula prohibición.

—¡No es ridícula! ¡La caza del zorro es cruel y salvaje!

Oliver dejó caer los cubiertos sobre el plato con un ruido metálico.

—Ay, por el amor de Dios. No serás una de esas abrazaárboles, ¿verdad? Parecías bastante normal en tu perfil.

—¡Soy normal, muchas gracias! Y sí, me gustan los árboles. ¡Y también me encantan los animales, lo cual, te recuerdo, es algo que habías puesto en tu perfil y formaba parte de tu atractivo!

—Y me encantan. Adoro a mi caballo y ya te he hablado de mi sabueso favorito. —Soltó un suspiro.

—¡Un perro al que adiestras para perseguir, aterrorizar y luego matar a un animal indefenso! Y que conste que no le echo la culpa al perro. Eso te lo reservo a ti en exclusiva.

—Sinceramente, Beatrice. Estás haciendo una montaña de un grano de arena con esto. La gente que no comprende la caza monta tanto jaleo, precisamente, porque no la comprende. Es pura ignorancia.

Alargó el brazo y me dio unas palmaditas en la mano.

—No pasa nada. Yo te lo explicaré todo y entonces lo entenderás y verás que estás equivocada.

Retiré la mano de un tirón, volcando mi vaso de agua en el proceso, que chocó estrepitosamente contra el plato; el contenido empapó el mantel y empezó a caer al suelo en un constante goteo. Oliver me dedicó una mirada tensa antes de chasquear los dedos con fuerza, haciéndole una seña a un camarero que estaba cerca para luego señalarle la mesa. Sentí que las mejillas me ardían ante su falta de educación. Al parecer, aquellos modales iniciales no se

hacían extensivos al personal, ni tampoco a mí, ahora que había decidido a todas luces que yo estaba por debajo de él.

—Lo siento mucho —le dije al camarero, ofreciéndole una sonrisa de disculpa.

Él me devolvió la sonrisa, evitando ostensiblemente mirar a Oliver mientras limpiaba el desastre.

—No se preocupe. Pasa muy a menudo.

Oliver soltó un bufido. El camarero clavó la mirada en mí un instante.

—¿Le importaría traer la cuenta? —le pregunté.

—Yo no he terminado —bramó Oliver.

—¿Le importaría traer la cuenta de lo mío, por favor? —corregí mi petición.

—Por supuesto, señorita. —El camarero asintió, me dedicó una sonrisa cómplice y se dirigió a la caja.

—¿Te vas a marchar a mitad de la comida? —La voz de Oliver sonaba baja, y la atractiva sonrisa de antes se había torcido en algo que se parecía más a una mueca de desprecio.

—Sí.

—Hay gente que no tiene modales. —Lanzó la servilleta a un lado.

—Tienes razón —dije, clavándole la mirada—. No los tienen. Y, solo por ahorrarle a cualquier otra mujer que pierda su tarde, tal vez deberías ajustar todo ese rollo de «amante de los animales» en tu perfil. Es engañoso.

—Solo para la gente inculta como tú.

Se me quedó la boca entreabierta, lo cual he de admitir que no pegaba en absoluto con la imagen sofisticada y calmada que estaba intentando proyectar.

—Que disfrutes del resto de la comida. Procura no atragantarte.

Con eso, empujé la silla hacia atrás, intercepté al camarero a mitad de camino y fui con él hasta la caja para pagar allí. Le dejé una propina generosa, tratando de compensarlo por el hecho de que Oliver fuera un capullo tan maleducado, salí del pub y puse rumbo a la estación de metro más cercana. Al final, apenas había comido nada, así que compré un Twix tamaño gigante en un Smith's y bajé al andén para coger el tren a casa. Engullendo chocolate con una mano, tecleé un mensaje para Tia con la otra.

De camino a casa.

Unos instantes después, mi móvil pitó con la respuesta.

¿Ya? Entonces, ¿no es el Señor Perfecto?

Definitivamente no. Es el Señor Completamente Equivocado.

Oh, lo siento, cielo.

No te preocupes. Estoy bien. Solo quería avisarte de que ya iba de vuelta.

Gracias. Llámame cuando llegues y me cuentas todos los detalles.

Envié un pulgar hacia arriba, aunque en realidad no estaba de humor para remover la catástrofe que había sido mi primera cita en años. Si este era el panorama que me esperaba, ojalá las Navidades llegaran cuanto antes para poder borrar la cuenta y olvidarme de todo el asunto. Por no mencionar ganarle el reto a Luca. Suponiendo que él no hubiera encontrado a su Señorita Perfecta para entonces. Ese pensamiento se me quedó incrustado en el cerebro durante un instante hasta que el tren entró a toda velocidad en la estación, empujando un muro de aire caliente que me arrancó la idea de la cabeza de un soplido.

Capítulo 8

A las cinco y media ya estaba en pijama, calentando un plato precocinado que había encontrado en el congelador. Me había desmaquillado y llevaba el pelo recogido de cualquier manera con una pinza, luciendo mi típico estilo de «estar por casa». Mientras el microondas zumbaba, estuve bicheando Netflix sin prestar mucha atención, buscando algo que me enganchara. Me decanté por un documental sobre el monte Everest y le di al *play* justo cuando el microondas pitó; hice malabares para colocar el plato caliente sobre una bandeja para el regazo. Llamadme Señorita Sofisticación. Estaba a punto de dar el primer bocado cuando sonó el móvil con una videollamada. Era Luca. Mi mirada vagó un instante hacia mi plato precocinado y luego volvió al teléfono, que seguía sonando. Pausé la tele, solté un suspiro y descolgué.

—Antes de que digas nada, tengo hambre y esto es lo único que tengo ganas de cocinar ahora mismo. —Luca y yo no opinábamos lo mismo sobre mi afición a los platos precocinados.

—Deberías haber venido a mi casa después de tu cita. Podría haberte preparado algo comestible.

—Es comestible —dije, dándole un bocado. Vale, no era ni remotamente sabroso, pero sí mayormente comestible—. Salí a comer fuera.

—Cierto. Pero como no pudiste terminar de comer, deberías haber venido a verme.

—¿Y tú cómo sabes que no terminé?

—Todos sabemos que no terminaste —me sonrió—. A estas alturas ya sabes cómo funciona la fábrica de cotilleos del grupo.

Suspiré y me metí otro bocado en la boca.

—¿Qué es eso? —preguntó Luca, arrugando la nariz.

—Canelones.

—A otro perro con ese hueso.

—No los has probado.

—No me hace falta. Sé qué cara pones cuando estás disfrutando de la comida y no se parece en nada a esa.

—¿Llamabas por algo o solo para darme la tabarra con mis elecciones culinarias?

—Solo quería ver si estabas bien.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Tia ha dicho que era un... bueno, no repetiré lo que ha dicho que era, pero me da la impresión de que no fue la mejor compañía.

—Al principio iba bien. Enterarme de que era un fanático de la caza y de saltarse la prohibición a la torera amargó un poco el momento. A partir de ahí, la cosa fue cuesta abajo.

—De todos modos, no merecía tu compañía.

—No. Eso mismo pensé yo. Por muy inculta que sea.

—¿Perdona?

—Me dijo que la razón por la que no estaba de acuerdo con sus decisiones era porque yo era una inculta.

El rostro de Luca volvió a adoptar esa expresión a lo *Uno de los nuestros*.

—No te preocupes. Estoy bien.

Luca no parecía nada convencido. No era ningún secreto que me acomplejaba no haber terminado la carrera y ser la única del grupo

que no tenía título universitario. El accidente de papá había cambiado muchas cosas.

—De verdad que lo estoy, Luca. Te lo prometo. Comentarios así dicen más de él que de mí.

—Es cierto. Siempre y cuando te lo creas de verdad.

—Me lo creo —dije, apartando el envase de plástico casi vacío.

—¿Qué tal los supuestos canelones?

—No te pongas esnob con la comida.

Él sonrió.

—Entonces, ¿qué haces en casa? Pensaba que a estas alturas ya estarías en otra cita. No es propio de ti quedarte tirada en casa.

Enarcó levemente una de sus cejas oscuras y se acomodó mejor en su sofá.

—Hoy no estaba de humor.

—¿Tienes más citas programadas?

Obtuve un gruñido evasivo por respuesta.

—¿Y tú?

—Tengo a otro posible —dije vagamente, abriendo el portátil con una mano y entrando en la versión de escritorio de la página web—. Y, por lo visto, tengo un par de mensajes más. Obviamente, hay gente aburrida por ahí un domingo.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Menospreciarte.

—Estaba bromeando.

—Deberías, pero te conozco desde hace demasiado tiempo. Y no era una broma.

Me rasqué la pierna por hacer algo y para evitar quedarme enganchada en la intensa mirada de «te conozco de sobra» de Luca; una mirada que usaba a menudo y que a veces resultaba increíblemente inoportuna.

—En fin...

—Y bien, ¿cómo son los otros?

—Aún no lo he mirado.

—Míralo ahora.

—No, ya lo miraré luego. Para serte sincera, mi entusiasmo no está en su punto álgido después de lo de hoy, y para empezar tampoco es que estuviera rebosante de ilusión con todo esto.

—Me parece justo. —Se movió de nuevo—. Si quisieras una segunda opinión sobre alguno de ellos, no me importaría dártela. O sea, si quisieras preguntarme a mí, por supuesto.

Volví a mirar la pantalla de mi teléfono.

—¿Te estás ofreciendo a hacer una criba de mis opciones?

—Dicho así suena a que soy un prepotente.

—No lo decía con esa intención. Y gracias. Si no estoy segura con alguien, puede que te tome la palabra.

—Aunque estoy bastante seguro de que encontraré un montón de cosas que criticar.

—Desde luego, en el pasado ya lo has hecho.

Se encogió de hombros, sin rastro de arrepentimiento.

—Nunca eran lo bastante buenos para ti.

—Eso lo dirás tú.

—Sí. Y tenía razón. Todas y cada una de las veces.

—Debe de ser una carga inmensa esto de tener que llevar razón todo el tiempo.

—Me apaño.

—Quiero postre —dije, cambiando de tema.

—Queda conmigo mañana después de trabajar. Yo cocinaré y me aseguraré de que haya postre. De paso, también puedo ayudarte a evaluar a tus candidatos.

—¡No he dicho que fuera a enseñártelos seguro! De todos modos, ¿no tienes tú una cita mañana por la noche?

—Sí. Contigo.

—Oh, ja, ja. Me refiero con la posible Señorita Perfecta.

—Prefiero pasar el tiempo contigo.

—Nunca la conocerás si malgastas tu tiempo libre quedando conmigo.

—El tiempo que paso contigo nunca es tiempo perdido.

—Creo que mi cita de antes no estaría muy de acuerdo contigo en eso.

—Creo que él y yo no estaríamos de acuerdo en muchas cosas.

—Cierto. Bueno, si estás seguro de que no te importa.

—Claro que no. Ah, y hoy mamá preguntaba cuándo vas a volver a venir a cenar. Te echan de menos.

Le sonreí a la pantalla.

—Yo también los echo de menos.

Y era verdad. Los Donato me habían hecho sentir como una más de la familia, y su cariño y atención jamás habían flaqueado. Al contrario que los de mis propios parientes.

—Iré cuando les venga bien. Diles que siento no haberme pasado por allí desde hace tiempo. El trabajo ha sido una locura.

—¿No hay mejoras en ese frente, entonces?

Se me escapó un suspiro.

—Tomaré eso como un no. ¿Todavía no has contratado a nadie para ayudarte?

—Nop. Melissa no cree que sea necesario.

—Melissa no sabe hacer la o con un canuto.

—Esa es la pura verdad.

Melissa era mi jefa directa. Yo tenía más experiencia, más conocimientos y más destreza que ella. Ella, en cambio, tenía un título universitario y unas tetas estupendas. Ambos atributos habían impresionado a nuestro jefe supremo, aunque cuando el puesto quedó vacante (un puesto para el que yo estaba más que capacitada y que, de hecho, llevaba desempeñando gratis durante los últimos ocho meses), el jefe solo había mencionado su título como el factor decisivo para dárselo, pese a que para toda la oficina era obvio que otros factores, con toda seguridad, habían influido.

—Ya sabes la respuesta.

Dejé caer la cabeza hacia un hombro.

—No voy a ir a trabajar para ti.

—¿Por qué no? Eres la mejor informática que conozco, y me frustra muchísimo no poder convencerte de que te vengas a trabajar con nosotros.

Luca llevaba intentando ficharme para su empresa desde que la fundó. Sobre el papel, parecía una decisión más que obvia. Siempre que visitaba sus oficinas, se respiraba un ambiente genial y relajado. Tenía una rotación de personal muy baja y, cuando surgía alguna vacante, les llovían las solicitudes, no solo por el buen sueldo y las excelentes condiciones, sino porque la empresa tenía fama de ser un lugar de trabajo fantástico. Él había levantado el negocio de la nada y contrataba a la gente no solo por sus títulos, sino que realmente

tenía en cuenta su experiencia, tanto laboral como vital. Yo sabía que quería que dirigiera su departamento de informática. El encargado actual llevaba un tiempo hablando de jubilarse, y yo podría hacer su trabajo con los ojos cerrados. Era mucho más dinero del que ganaba ahora, tenía un paquete de beneficios que nada tenía que ver con el de mi puesto actual, y no tendría que rendirle cuentas a Melissa ni cargar con las culpas cuando algo que ella no había hecho nos acabara estallando en la cara.

—Porque...

Él se quedó esperando.

—¿La frase sigue? —preguntó al final.

—Tú ya sabes por qué.

—No. Lo único que sé es que eres la persona más capacitada para el puesto, que es lo único que quiero para mi empresa, y que te niegas a aceptarlo.

—¡Serías mi jefe!

—¿Y?

—Y sería rarísimo.

—¿Por qué?

—¡Porque sí!

Puso los ojos en blanco y me hizo un gesto circular con la mano para que continuara.

—¡Porque sí! Tendría que rendirte cuentas a ti. ¿Y si algo saliera mal? ¿O si no estuvieras contento con algo que yo hiciera? ¿Y si discutiéramos?

—Llevamos discutiendo desde que teníamos cinco años. Me sacas de quicio. Te saco de quicio. Es lo que hay. Y nos va estupendamente.

Ahí tenía razón.

—Pero no es lo mismo en un entorno laboral.

—Entonces... pongo a otra persona en medio como jefe de equipo. Así no tendrás que tratar conmigo directamente, si ese es el problema.

—Seguirías siendo mi jefe, Luca. ¡Eres el dueño de la puñetera empresa!

Luca masculló algo en italiano y soltó un suspiro.

—Odias tu trabajo. Se aprovechan de ti en tu trabajo. Mándalos a paseo y vente a trabajar conmigo. Por favor.

—No.

—Aarg. ¡Mujer insoportable! ¿Por qué te quedas en un trabajo que no te gusta cuando tienes una oportunidad mejor servida en bandeja de plata? Especialmente en una empresa donde en la cocina suele haber un montón de cosas ricas servidas en bandeja para los empleados.

—En circunstancias normales la aceptaría. ¡Claro que sí!

—¿Y entonces?

—Eres tú, Luca. Si metiera la pata, no me lo podría perdonar nunca.

—Bee, eres la persona más aplicada que conozco. Pero todos metemos la pata de vez en cuando. En el trabajo. En la vida. En el amor.

—Sí, pero eres tú —repetí—. Es distinto. Me importaría muchísimo más.

Abrió la boca para decir algo, pero lo detuve.

—De verdad que te lo agradezco, Luca. Sabes que sí. Y me muero por dentro al saber que podría estar trabajando en un sitio tan

genial y no tener que escuchar ni mirar a la neumática de Melissa nunca más. Pero no puedo. No puedo arriesgar nuestra amistad. Eso me importa más.

—¿Y si te prometiera que nada afectará jamás a eso?

Mi mirada se desvió hacia la web de citas, que seguía abierta en mi pantalla.

—No puedes prometerme eso. Por mucho que creas que sí. Las cosas pasan. Las cosas cambian. Pero gracias.

Sus ojos oscuros me escrutaron durante un largo rato.

—No voy a hacerte cambiar de opinión con esto, ¿verdad?

Negué con la cabeza, sintiendo una mezcla de tristeza y otras emociones a las que no lograba poner nombre.

—Creo que me voy a ir yendo a la cama, si no te importa. No me encuentro muy bien.

—Seguro que ha sido aquel plato precocinado de dudosa procedencia.

Le dediqué una sonrisa acuosa.

—Tal vez.

—¿Quedamos entonces mañana después del trabajo?

Asentí.

—Vale. Gracias.

—Descansa, Bee.

Me despedí con la mano, le lancé un beso como de costumbre y colgué.

¿Por qué nada era nunca sencillo?

* * *

En mi octava cita en tres semanas, mi mente empezó a divagar mientras el tío que tenía enfrente seguía dándome la chapa sobre sí mismo. Llevábamos en el bar más de hora y media y aún no me había hecho ni una sola pregunta sobre mí. Visto en retrospectiva, debería haberme largado hacía un buen rato. Mi primera pista fue que apareció aparentando diez años más que en su foto de perfil y vistiendo como si tuviera quince menos. La segunda pista llegó cuando sugerí pedir algo de comida y me dijo que él ya había cenado, así que no hacía falta. Para ser sincera, no estaba del todo segura de por qué seguía sentada allí. El hecho de que fuera estuviera diluviando y allí dentro estuviéramos secos era, siendo realistas, el argumento de mayor peso que se me ocurría.

Ninguna de las citas anteriores había ido mucho mejor. Un chico que en su foto parecía un armario empotrado resultó serlo en la vida real, lo cual era un buen comienzo. Por desgracia, resultó que no era nada más que eso. Por mucho que intentara desviar la conversación hacia otros temas, enseguida rebotaba de vuelta a lo que en la práctica era una adicción al gimnasio. Preguntas como cuánto levantaba en el *press* de banca recibían miradas inexpresivas por mi parte. Y no porque no entendiera la pregunta, sino porque no entendía a cuento de qué me lo preguntaba. En ninguna parte de mi perfil había mencionado yo (o más bien, Tia) que pisara el gimnasio. En la vida. A ver, intentaba mantenerme más o menos en forma. Londres tenía unos parques estupendos en los que perderse, y mi piso estaba a veinte minutos andando de la estación, lo que me ayudaba a acumular una cantidad decente de pasos cada día; vamos, que hacía lo que podía por mantenerme ligeramente activa.

—¿Has oído lo que he dicho?

La voz interrumpió mis pensamientos y me trajo de vuelta al presente... y al rugido de mi estómago. ¿Quién cenaba antes de una cita a la hora de cenar, para empezar?

—Ehm... no. Lo siento. No te he escuchado.

Mi cita se reclinó en la silla. Una postura nada favorecedora para su incipiente panza. Si tenía treinta y cinco años, yo me comía el sombrero. De hecho, a estas alturas estaba tan famélica que me comería el sombrero de cualquiera.

—No parece que le estés mostrando mucho interés a esta cita, si te soy sincero.

—¿Ah, no? —respondí, a falta de algo mejor que decir.

—No. Y, para ser sincero, me parece un poco de mala educación.

Una cosa de la que me había dado cuenta era de su tendencia a usar la palabra «sincero» en la mayor cantidad posible de variaciones de frases, lo cual resultaba irónico para alguien que se promocionaba con una foto de hacía por lo menos una década.

Me enderecé en la silla.

—¿Perdona?

—He dicho que es un poco de mala educación. —Habló más despacio, como si a mí me estuviera costando comprender sus palabras. En realidad me costaba, pero no por el motivo que él pretendía—. Tal vez lo mejor sea dejarlo aquí para que no siga perdiendo mi tiempo intentando impresionarte.

¿Impresionarme?

Llamó al camarero con un gesto brusco.

—¿Me traes la cuenta?

El camarero asintió y se dio la vuelta.

Un silencio tenso se instaló entre nosotros. El primero de la noche, pero solo porque por fin había dejado de hablar de sí mismo. Su acusación de que tenía mala educación daba vueltas y más vueltas en mi cabeza hasta que al final se me escapó de la boca.

—Lo siento, pero creo que estás siendo bastante injusto y, si alguien ha tenido mala educación esta noche, has sido tú.

El asombro tensó los músculos de su cara.

—¿Qué?

—Me has acusado de tener mala educación —dije, intentando mantener la calma y la dignidad—. Y creo que eso es injusto.

Soltó un bufido de desdén.

—Ah, conque sí, ¿eh? —dijo, arrebatándole la cuenta al camarero y echándole un vistazo rápido—. Pues a mí me parece injusto haber tenido que sentarme aquí con alguien tan sumisa y sosa y que no da palique, y encima tener que pagar por el privilegio.

Tiró unos billetes sobre la barra. Sentí que me hervía la sangre. Deslicé los billetes por la barra hacia mi cita antes de que el camarero pudiera cogerlos, y en su lugar le entregué mi tarjeta de débito al empleado.

—Por favor, cóbrate todo de aquí. Gracias.

Sonreí con toda la naturalidad de la que fui capaz. La expresión de la cara del chico de mi cita me indicó que no había ganado del todo aquella partida, pero que al menos había hecho un intento valiente.

Me volví hacia mi cita.

—Para tu información, no soy nada sosa y tengo mucho palique siempre que la persona con la que esté tenga los modales de molestarse en intentar darme algo de conversación. Tal y como ha

ido la cosa, no has hecho absolutamente nada en toda la noche más que sentarte ahí y dar la turra sobre ti mismo y sobre un montón de gente a la que no conozco de nada y que jamás conoceré. Y, sinceramente, a juzgar por tus «divertidísimas»... —levanté los dedos e hice el gesto de las comillas para dar énfasis— historias, espero no conocerlos nunca. Para serte sincera, en realidad no tienen ninguna gracia. De hecho, en el mejor de los casos son aburridas y, en el peor, ofensivas.

»Además, si invitas a alguien a quedar a la hora de cenar, por lo general se da por sentado que os despediréis después de tomaros algo o que pasaréis a cenar. Tal y como ha sido, te has preocupado mucho de venir ya cenado. Yo, en cambio, estoy muerta de hambre. Algo de lo que claramente te habías dado cuenta, pero no has hecho ni el más mínimo amago de sugerir que pidiéramos comida, incluso si tú no querías nada. ¡Llevo todo el día trabajando, apenas he comido al mediodía y he acabado cenando un bol de cacahuetes! Así que, antes de ir por ahí acusando a la gente de tener malos modales, a lo mejor deberías mirarte al espejo. Ah, y ya que te miras al espejo, intenta hacerte una foto más actual para la web en lugar de usar una de lo que, a todas luces, consideras que fueron tus años dorados.

Se me quedó mirando boquiabierto, como un besugo. Con cautela, el camarero empujó el datáfono hacia mí. Pagué y lo miré a los ojos un instante. ¿Acaso aquello era una sonrisa?

Capítulo 9

Me di la vuelta, salí del bar y me metí de lleno en un aguacero. En cuestión de instantes, el pelo se me quedó pegado a la cabeza y el vestido se me pegó al cuerpo. Ninguna de las dos cosas me favorecía. Me puse el abrigo fino a toda prisa sobre el vestido empapado. Si no hubiera estado tan en racha, igual lo habría pensado mejor y me lo habría puesto antes de salir a la calle. Aunque el propio abrigo ahora también estaba calado, así que parecía ser uno de esos casos de lo comido por lo servido.

Me abrí paso bajo el diluvio en dirección a la estación de metro. Pasó una furgoneta Transit que corrigió su trayectoria de manera muy evidente para pillar el enorme charco que se había formado en el bordillo, lo que provocó que un arco perfecto de agua asquerosa surcara el aire y diera en el blanco, es decir, en mí. Genial. Ahora no solo estaba mojada, sino sucia y mojada. Y hambrienta. Y por lo visto, era una aburrida, según mi cita. Menudo día completito llevaba. Al menos no podía ir a peor.

Sentí el móvil vibrar contra mi cuerpo dentro del bolso. Me refugié en el soportal de una tienda que todavía no estuviera ocupado por nadie esa noche y lo saqué. Era Luca.

—Hola.

—Hola. Oye, ¿interrumpo algo?

—No.

—Vale... ¿estás en casa, entonces?

—No. Voy de camino al metro.

—Tu línea está cortada. Por eso te llamaba. Ha habido algún tipo de incidente.

Solté un quejido. Había ido a peor.

—¿Dicen si han puesto autobuses en su lugar? —Me pegué más a la puerta mientras un camión de reparto levantaba otro surtidor de agua cerca de mí.

—La cosa está un poco en el aire por el momento, pero deberían hacerlo.

Dejé escapar un suspiro.

—Vale, gracias. Bueno, iré a la estación a ver de qué me entero. Gracias por el aviso.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Te están castañeteando los dientes?

—Mmm... puede. Es solo porque he dejado de moverme. Cuando ando, se me pasa.

—No hace tanto frío, Bee. ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien. Solo me he mojado un poco.

—¿Dónde estás?

Se lo dije.

—Quédate ahí. Voy a buscarte.

—No, Luca. De verdad, estoy bien. Ya estoy empapada de todos modos. No creo que sea físicamente posible mojarse más. No salgas con la que está cayendo.

—Ya estoy fuera. Hoy tenía una reunión en Devon. Vuelvo de camino y estoy a unos diez minutos de ti. Dios sabe cuánto rato te

tirarías esperando si aún no han organizado los autobuses. Te morirás de frío. Tu madre nunca me lo perdonaría.

—Mi madre ni se enteraría ni le importaría lo más mínimo —respondí con sinceridad.

—Entonces mi madre nunca me lo perdonaría.

Probablemente ahí sí tenía razón.

—Llego en unos minutos. ¿De acuerdo?

—No me importa ir a la estación. Seguro que no pasa nada.

No estaba segura en absoluto de que no pasara nada. Ya había pasado por eso, me conocía la historia de sobra y la espera de tres horas por un autobús o tren fantasma era la prueba, pero bueno.

—Bee. Oigo cómo te giran los engranajes del cerebro desde aquí. Ya estoy en la calle. No es ninguna molestia y la verdad es que preferiría que no te murieras de hipotermia.

—Vale, gracias, entonces. Sería genial.

—Al menos no hasta que yo gane este reto y te demuestre que te equivocas. Otra vez.

—Ja, ja. Solo trae tu dichoso coche hasta aquí, o la palmaré solo por fastidiarte.

Su risa profunda y melódica flotó a través del teléfono y me envolvió en un cálido abrazo de amistad.

—Puede que necesites poner un plástico o algo en el asiento. Estoy goteando literalmente.

—Es de cuero. Se limpia fácil.

—Si tú lo dices. ¡Pero luego no me pases la factura!

—Lo prometo. Venga, intenta no espicharla según nuestro trato. Nos vemos en nada.

—Chao.

Colgó, guardé el móvil en el bolso y me crucé de brazos en un vago intento de entrar en calor. No estaba funcionando. Entorné los ojos al mirar los coches que se acercaban, pero solo veía faros. No lograba distinguir los colores hasta que los tenía casi encima, que era más o menos mi límite habitual con los coches de todas formas. El coche de Luca era negro. Qué útil.

Diez minutos y una propuesta un tanto incómoda después, un coche negro y elegante encendió las luces y se arrimó al bordillo. No podía ver el interior, pero tenía una silueta vagamente similar a la del coche de Luca y de verdad esperaba que fuera él; de lo contrario, había bastantes posibilidades de que aquello se convirtiera en otro momento humillante para rematar la noche del todo. La ventanilla bajó con un zumbido, apareció la cara de Luca y corrí hacia el coche. Él se inclinó y empujó la puerta para abrirla.

—¡Joder, Bee! ¡Estás algo más que un poco mojada!

—Bastante mojada, entonces.

—Suenas como esos dientes de dar cuerda que no paran de castañetear.

—Gracias. Esta noche no paro de recibir piropos.

Luca se reincorporó al tráfico y me dedicó una mirada de reojo.

—No ha ido muy allá, ¿eh?

Sacudí un poco la cabeza y duché a Luca sin querer.

—Uy. Perdón. Pero no, no ha sido lo mejor del mundo.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ahora mismo no, si no te importa.

Frunció el ceño.

—¿Qué ha sido eso?

—Mi estómago.

—¿No has cenado?

—No. Mi cita ya había cenado.

—¿Y por qué te ha impedido eso comer a ti?

—No sé. Me habría sentido rara.

—Vale. Este es el plan. Uno: necesitamos meterte en una ducha de agua caliente y ponerte ropa seca, a lo que seguirá rápidamente una buena cena.

—Para serte sincera, creo que ya se me ha pasado el hambre.

—Odio llevarte la contraria...

—Mentira. Te encanta.

—Es cierto. Pero aun así. Tu propio estómago está en claro desacuerdo con tu última afirmación.

Ahí me había pillado.

* * *

Luca aparcó en su bloque de apartamentos, encontró un hueco en el aparcamiento subterráneo oculto bajo el edificio, y yo caminé chapoteando a su lado hasta el ascensor.

—Siento que la cita no haya funcionado. Parece un desperdicio de un buen vestido.

Me miré de arriba abajo.

—Quedaba mejor cuando no estaba calado.

Luca hizo un gesto con la cabeza como queriendo decir «sí y no» y sonrió.

—No te queda tan mal ahora como tú te crees.

—Ya, a lo mejor en mi próxima cita debería adoptar el *look* de rata ahogada desde el principio. Igual tengo más suerte.

—No te perdiste nada. No quería decir nada antes, cuando me dijiste dónde habíais quedado esta noche, pero ese sitio tiene unas críticas pésimas sobre su comida de todos modos.

—¿Ah, sí? —pregunté, aceptando su invitación de entrar al ascensor antes que él mientras se abrían las puertas para recibirnos. Dudé y levanté la vista hacia él—. Voy a dejar un charco.

—El trayecto es corto, y ¿a quién le importa?

Seguí dudando. Con un suspiro, Luca me empujó hacia dentro junto a él y se inclinó para pulsar el botón de su planta. Le dirigí una mirada fulminante.

—¿Qué?

—¡Estaba pensando!

—En algo que no merecía ser pensado. Y tengo hambre, igual que tú. No tengo tiempo para que te quedes ahí parada preguntándote si vas a dejar un par de gotas en el suelo. Además, vas a coger una pulmonía si no te quitas eso pronto.

—Ah, no sabía que te importaba —dije, con toda la madurez de una niña de doce años.

Me lanzó una rápida mirada de reojo antes de volver a clavar la vista en los números que cambiaban en la pantalla del ascensor.

—A veces me pregunto para qué me molesto.

—Gracias. —Le dediqué una sonrisa, pero una vocecita minúscula en mi cabeza me pinchó. ¿De verdad pensaba eso?

El ascensor frenó educadamente en la planta correcta y las puertas se abrieron casi en silencio. Luca me indicó con la cabeza que saliera y empecé a deambular despacio por el pasillo hacia su apartamento.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras caminaba a mi lado, habiendo aminorado su zancada habitual para que pudiera seguirle el ritmo con mis zapatos de tacón absurdamente altos. Eran absolutamente preciosos, pero se habían desperdiciado por completo esta noche. Creo que mi cita ni siquiera se había fijado en ellos.

—Nada, ¿por qué?

—Porque te conozco y puedo oír el engranaje de tu cerebro trabajando.

—No es nada.

—Es lo bastante importante para mantenerte en silencio, así que es algo.

—¡Tampoco hablo tanto!

—Conmigo, sí.

Tenía razón. Yo no siempre era buena para sacar temas de conversación, pero nunca había sido un problema con Luca ni con su familia. Un intento muy de aficionada de hacer de psicóloga me llevaba a suponer que tenía algo que ver con lo relajada que me sentía con todos ellos.

—No es nada. Probablemente solo le esté dando demasiadas vueltas a las cosas porque tengo frío y hambre.

—No sería la primera vez —respondió él, abriendo la puerta y haciéndome un gesto para que entrara. Levanté un pie, apoyándome en el brazo con el que él sujetaba la puerta abierta mientras me quitaba el calzado empapado.

—Bonitos zapatos. —Luca sonrió con aprobación.

—Repito, quedaban mejor cuando no estaban chorreando.

—Te preocupas demasiado. Podrías haber entrado en ese bar con la pinta que tienes ahora mismo y desde luego no te habría faltado

atención con ese vestido y esos zapatos.

—Gracias. Para ser sincera, tampoco creo que mi cita se haya fijado en ninguno de los dos.

—Entonces era un imbécil que de todas formas no se merecía tu compañía. Venga, entra y caliéntate.

Me agaché y dejé los zapatos en el felpudo una vez que Luca hubo cerrado la puerta. Me cogió el abrigo, que había demostrado ser de escasa protección contra el clima, y lo colgó al lado del suyo en una percha al calor de un elegante armario cuya puerta se mimetizaba con la pared. La primera vez que vine de visita, me pidió que cogiera su chaqueta cuando fui a por la mía al salir a cenar y tardé varios minutos en localizar la dichosa puerta. Por supuesto, Luca no fue de ninguna ayuda y, cuando se dio cuenta de que yo no volvía, se acercó a apoyarse en la pared para divertirse viéndome intentar encontrarla.

—Creo que hoy me siento un poco... invisible.

Luca negó con la cabeza, me colocó suavemente las manos a ambos lados de las mejillas y me besó la frente.

—Tú, Bee, no eres invisible nunca. Digas lo que digas. Es solo que hay gente que no sabe apreciar lo bueno cuando lo tiene delante.

Esbocé una media sonrisa y sentí que algunas de las inseguridades que las últimas citas me habían reavivado empezaban a desmoronarse como acantilados de tiza a punto de caer.

—¿Quieres ducharte para entrar en calor?

El baño de Luca era como los que encuentras en los hoteles de cinco estrellas: todo sutil y elegante, con una gran alcachofa de ducha efecto lluvia, toallas suaves y esponjosas, y litros y litros de agua caliente.

—¿Seguro que no te importa? Es evidente que has tenido un día largo y se está haciendo tarde.

—¿Y qué? Quédate a dormir. ¿A menos que tengas planes mañana por la mañana?

Negué con la cabeza y envié otra pequeña ráfaga de gotitas.

—Huy. Perdón.

Él le restó importancia con un gesto de la mano.

—Ve a entrar en calor. Tienes algo de ropa en la habitación de invitados. Ya sabes dónde está todo.

Como había habido un montón de noches que acabé quedándome a dormir sin planearlo a lo largo de los últimos... a saber cuántos años, poco a poco había ido dejando algunas cosas allí. Le había propuesto llevármelas de vuelta, pero Luca me dijo que tenía sentido dejar un par de mudas.

—¿A las mujeres no les parece raro que tengas todo esto en tu armario?

Se encogió de hombros mientras se quitaba la chaqueta del traje y la colgaba en el respaldo de una silla. Llevaba una camisa de un blanco inmaculado, que seguía impecable a pesar de habérsela puesto todo el día, y que hacía maravillas con su piel y sus ojos oscuros.

Me dirigió una mirada inescrutable.

—La mayoría de las mujeres, a menos que sean mis hermanas o tú, no se quedan en la habitación de invitados...

—Ah... claro. No. Por supuesto.

Sonrió, ofreciendo una demostración perfecta de por qué las mujeres no se quedaban en la habitación de invitados.

—¿Estás seguro de que no es molestia?

—Que no. Venga, voy a preparar algo de comer. ¿Te apetece algo en especial? —preguntó mientras se remangaba el algodón caro de las mangas justo por debajo de los codos, dejando a la vista unos antebrazos fuertes y bronceados que podrían hacer que la imaginación de cualquier chica se desviara hacia lugares peligrosos.

—¿Vas a cocinar con esa camisa blanca? —pregunté, un poco horrorizada. Gracias a haber crecido en una casa donde la comida se veneraba y se disfrutaba, Luca había recibido buena formación y era un cocinero experto, pero aun así.

Miró hacia abajo y volvió a levantar la vista con una sonrisa maliciosa en su atractivo rostro.

—¿Prefieres que me la quite?

Puse los ojos en blanco, me di media vuelta y puse rumbo al cuarto de baño.

* * *

Me senté con las piernas cruzadas en el sofá de Luca, justo terminando mi segunda copa enorme de vino, y dejé escapar un suspiro.

—Ese ha sido sonoro. ¿Algún motivo en especial?

—¿Por qué las citas no pueden ser como esto?

Cambió un poco de postura para quedar más de frente, con una expresión seria en sus ojos de largas pestañas.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, relajado. Interesante. Divertido. Sentir que a la persona con la que estás le hace la más mínima ilusión que estés ahí para empezar.

—¿Tan malas han sido todas?

Lo miré.

—Supongo que las tuyas no lo han sido.

Solté otro gran suspiro.

—Por supuesto que no.

—Si hubieran sido tan estupendas, no estaría aquí contigo, ¿no?

Antes de que pudiera abrir la boca, Luca ya se había inclinado hacia mí.

—Ha sonado fatal.

Me encogí de hombros, intentando ignorar los sentimientos que aporreaban la puerta de mi cerebro exigiendo que los dejara entrar. *La gente solo se fija en ti cuando le conviene...*

—No pasa nada. Es la verdad.

—No en el sentido en el que ha sonado.

No estaba segura de que hubiera otra manera de tomárselo, pero Luca parecía decidido a que yo la encontrara y no soportaba la expresión de preocupación en su rostro, así que hice un esfuerzo consciente por demostrarle que lo entendía y le quité hierro al asunto con un gesto.

—¿Entonces no han ido bien?

—Algunas han estado bien. Pero solo eso. Bien. Otras han sido un poco raras. Una mujer se pasó toda la noche sin hablar de otra cosa que no fuera su gato. Literalmente, era su único tema de conversación. Si yo intentaba desviarme hacia otra cosa, al final acabábamos volviendo a lo mismo.

—Supongo que querrá mucho a su gato. —Levantó las manos y se encogió de hombros de una forma muy italiana mientras respondía.

—A mí me encantan los animales, pero aun así...

—¿Un poco exagerado?

—Un poco exagerado.

—¿Alguna otra cita desastrosa?

—Una mujer estaba tan nerviosa que se pasó casi toda la noche en silencio.

—¿No se relajó una vez que empezasteis a hablar?

—La conversación fue, por decirlo suavemente, un poco forzada.

Levanté una ceja.

—¡Tú hablas por los codos!

—Gracias.

—De nada.

—Sigue siendo un poco complicado cuando no recibes casi ninguna respuesta.

—Sí, entiendo que eso pueda hacerlo todo un poco más difícil.

—Me dio pena. Parecía un encanto de verdad, así que espero que encuentre la forma de estar menos ansiosa, o a alguien con quien realmente se sienta cómoda.

—Sí. Yo también. Es una situación estresante hasta en el mejor de los casos.

—Puede serlo.

Solté un bufido sarcástico.

—Luca Donato, a ti tener una cita no te ha estresado jamás de los jamases.

Se irguió un poco.

—¿Quién lo dice?

—Ah, no sé. ¿Todo el mundo? A ti no te estresa nada. Simplemente lo haces. Te lanzas. Coges al toro por los cuernos. Todas esas metáforas.

—¿Qué otra opción hay? Eso no significa que no me sigan poniendo nervioso ciertas cosas.

—Nunca dices que lo estás. Y desde luego no lo parece.

Se encogió de hombros.

—Supongo que a veces las apariencias engañan.

El silencio flotó a nuestro alrededor por un instante. El ruido de la calle que teníamos debajo quedaba silenciado por el caro y eficiente doble acristalamiento. El disco que había puesto a reproducir en su altavoz inteligente hacía un rato ya había terminado. Todo estaba en calma.

—¿Por qué nunca me lo habías contado? —pregunté.

—Porque intentarías solucionármelo.

—¿Y?

—Y no puedes. Igual que yo no pude solucionárselo a mi cita. Algunas cosas tienes que arreglarlas tú misma.

—Eso no significa que no me habría gustado saberlo.

Me sostuvo la mirada.

—No quería que te sintieras mal por mí o que me tuvieras lástima.

—¡Créeme, no te tendría lástima! Eres demasiado guapo y tienes demasiado éxito como para entrar en esa categoría, me temo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces, ¿cuándo dejé de cumplir los requisitos para eso, según las normas de Bee?

—Oh, más o menos cuando tenías cinco años y medio.

Se rio y se estiró para darme un achuchón.

—Aun así, me habría gustado que me lo contaras —dije cuando se echó hacia atrás, con la mirada clavada en la mía al levantar yo la

vista hacia él. Las pestañas largas y tupidas que yo llevaba décadas envidiando proyectaban sombras sobre sus mejillas a la luz tenue.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—No pasa nada. Supongo que a veces se me olvida que tienes a tu familia para hablar. Imagino que ellos lo saben.

Hizo una pausa, sosteniéndome la mirada un instante más antes de apartar la vista.

—Sí, ellos lo saben todo.

Capítulo 10

Luca ya estaba despierto y trasteando por ahí cuando salí del dormitorio a la mañana siguiente. Siempre había sido un madrugador. A mí me sacaba de quicio en las vacaciones que habíamos hecho juntos, cuando me apetecía quedarme en la cama, pero, para ser justa, probablemente había visto muchos más de los lugares que visitábamos de los que habría visto en caso contrario. Ahora lo llevaba mejor, pero, entre las copas que me tomé en el restaurante con el estómago vacío y las dos copas enormes de un tinto con cuerpo que disfruté con la deliciosa cena de Luca, dormí mucho más profundo de lo habitual. Además, el cuarto de invitados de Luca transmitía las mismas vibraciones de hotel de cinco estrellas que su cuarto de baño. Siempre dormía bien allí. No sabía con exactitud cuál era el ingrediente mágico, pero ojalá lo supiera para meterlo en un frasco, llevármelo a casa y usarlo en las noches en las que me quedaba despierta en la oscuridad, deseando que el sueño viniera a reclamarme.

—Buenos días. ¿Zumo?

—Buenos días. Sí, por favor.

—¿Alguna preferencia?

—No.

Asintió y dos minutos más tarde estaba yo sentada en la isla de cocina cubierta de cerámica negra veteada con un vaso grande de zumo fresco y frío de naranja sanguina, mientras unas jugosas lonchas gruesas de beicon se freían de forma tentadora en la sartén, listas para convertirse en la pareja perfecta del pan de molde blanco,

recién hecho y untado con mantequilla, que ya descansaba frente a mí sobre una gruesa tabla de cortar de madera.

—Me sorprende que las mujeres que se quedan a dormir aquí se vayan alguna vez —dije unos minutos más tarde, mientras daba buena cuenta del sándwich con absoluta felicidad.

Luca me lanzó una breve mirada interrogante mientras terminaba de prepararse el suyo. Agité el mío en su dirección.

—Ah. Por un momento pensé que te referías a mi encanto y a mi compañía irresistibles.

—Lo siento. Te conozco desde hace demasiado tiempo para pensar que era por eso.

Esbozó una sonrisa tensa.

—Qué graciosa. Y mi afición a los sándwiches de beicon los fines de semana no es que haya sido muy bien recibida por algunas de mis citas.

—¿De verdad? —pregunté, saboreando la perfección del beicon, frito hasta alcanzar el punto exacto de crujiente, y el suave pan de molde blanco con la consistencia ideal—. Me casaría contigo solo por esto.

El sándwich de Luca se detuvo a medio camino de su boca.

Puse los ojos en blanco.

—Tranquilo. No te estaba pidiendo matrimonio. Puedes relajarte, solo era un decir. No hace falta que pongas esa cara de pánico.

—No he puesto cara de pánico. Ya te dije que estaba buscando algo más serio. ¿No se trata de eso este maldito reto?

Tragué el bocado.

—Vale. —Fruncí el ceño—. ¿Qué te pasa? Si no quieres seguir con el reto, dilo, por favor. A mí tampoco es que me haya llenado de

alegría hasta ahora y lo dejaría encantada. Pensaba que querías hacerlo..., para encontrar a la mujer de tu vida.

Hice todo lo posible para que no se me notara ni una pizca de sarcasmo en la voz mientras le daba otro mordisco. A juzgar por la expresión que cruzó el rostro de Luca, no lo logré del todo.

—Sí que quiero —dijo.

Esperé a que dijera algo más, pero resultó que eso era todo. Nos quedamos sentados en silencio durante unos minutos, disfrutando de la comida. Luca todavía tenía una sutil arruga en el entrecejo.

—Sigues con el ceño fruncido.

—No es verdad.

—Sí lo tienes. Te estoy viendo la cara.

—Pues te equivocas. ¿Está bueno el sándwich?

—Perfecto, como siempre. Gracias.

—De nada.

—¿Pasa algo malo?

—No. —Me devolvió la mirada mientras llenaba el lavavajillas y el ceño fruncido había desaparecido. O casi. A lo mejor solo estaba cansado después del largo día de ayer. Fuera lo que fuese, sabía por experiencia que a Luca no se le podía sacar nada a la fuerza. Si quería contarme algo, lo haría. Pero solo cuando estuviera preparado.

—Entonces, ¿qué querías decir con que la comida espanta a algunas mujeres?

Parecía una estrella de cine, era amable, divertido y cocinaba de maravilla. No estaba muy segura de qué más querían. ¿Quizás que lo bañaran en oro?

—Ah, algunas que estaban haciendo dietas que parecían bastante extremas y no eran precisamente fans de la cantidad de parmesano que le pongo a la pasta.

—Pero lo que tú comas no es asunto suyo. No les estabas pidiendo a ellas que se lo comieran.

Se encogió de un hombro.

—Hubo una vegetariana que me exigió que no pidiera nada de carne cuando la llevé a cenar.

—Vaya. ¿Y cómo acabó la cosa?

—Bueno, no pedí carne, pero no me hace gracia que me digan lo que puedo o no puedo hacer, sobre todo cuando se trata de comida, que me encanta, así que, obviamente, la cosa no iba a ir a ninguna parte. Y, por supuesto, estuvo el momento incómodo con la vegana. Para ser sincero, cuando le ofrecí un sándwich de beicon, en realidad no sabía que era vegana. No había salido el tema.

—Huy.

—Nos conocimos en un bar una noche. Y... —hizo un gesto con las manos—, una cosa llevó a la otra.

—Lo que llevó a que le ofrecieras un sándwich de beicon.

—Lo que llevó a que me montara un pollo monumental por mi falta de consideración y mi egoísmo antes de salir echando chispas del piso.

—Ah.

—Tiene gracia, porque un rato antes me había dedicado bastantes cumplidos sobre mi generosidad. —Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja y subió y bajó sus oscuras cejas.

Le dirigí una mirada fugaz en la que mezclé la cantidad justa de infinita paciencia y resignación.

—Supongo que la gente puede ser muy apasionada con sus creencias.

—Como tiene todo el derecho a serlo. Lo que me molestó fue que intentara imponérmelas, o que ella actuara como si yo estuviera siendo cruel a propósito cuando no me había dado toda la información.

—Sí, lo entiendo. Bueno, si alguna vez te sobra comida que nadie sepa apreciar, ya sabes adónde mandarla. Y que conste que, si se hubieran tomado la molestia de conocerte, se habrían dado cuenta de que tú jamás menospreciarías los sentimientos o las creencias de nadie de esa manera.

Asomó una versión más tenue de su deslumbrante sonrisa.

—Gracias, Bee.

Me encogí de hombros.

—Es la verdad.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó mientras yo empujaba nuestros taburetes bajo la isla de la cocina.

—Buf, no lo sé. Probablemente debería limpiar un poco el piso y luego, a lo mejor, hago algo útil y enriquecedor para la mente, como pegarme un atracón de alguna serie en Netflix.

Sonrió.

—¿Quieres venir a cenar a casa? A papá y a mamá les encantaría verte.

—Oh, Luca, sería estupendo. Pero no puedo presentarme así de sopetón sin que tu madre lo sepa.

—Se lo digo ahora.

—Ya sabes a qué me refiero. Ya estará preparando la cena para un número exacto de personas.

Me hizo una mueca.

—Bee. Llevas viniendo a casa de mis padres desde que tenías cinco años. ¿Cuándo no ha habido comida de sobra?

En eso tenía razón.

—¿Seguro que no les importará?

Luca estaba mirando el móvil. Justo cuando terminé de hablar, sonó otra voz.

—Hola, tesoro. ¿Vienes a cenar al final?

La madre de Luca había nacido en Inglaterra, pero su voz seguía teniendo ese deje cantarín propio de la cadencia italiana.

—Sí. ¿Te parece bien que venga Bee?

—¡Claro que sí! ¡Oh, sería maravilloso! Ya sabes que no tienes ni que preguntarlo.

—Lo sé. Pero Bee estaba preocupada.

—¿Está ahí contigo ahora?

—Sí. Tuvo una cita de mierda anoche y acabó quedándose a dormir aquí.

—Vaya... Bueno, espero que ya esté bien. Será un placer verla. ¿Habéis desayunado los dos?

—Sí, mamá. —Luca se rio—. Nos vemos en un rato, entonces.

—Vale, cariño. Conduce con cuidado. Dale un beso a Bee. Estamos deseando volver a verla. Ha pasado demasiado tiempo.

Se despidieron y él colgó.

—¿Satisfecha?

—Sí. Gracias.

—Ya sabes que siempre eres bienvenida, Bee. Aquí o allí.

—Lo sé —dije, apoyándome en la ventana a la que me había acercado, contemplando Londres desde las alturas mientras la

ciudad despertaba a su mañana de sábado.

—No suena a que estés muy convencida. —Se acercó para ponerse a mi lado.

Levanté la vista. A los siete años, yo había dado el estirón y hubo un momento fugaz (probablemente de una semana y media) en el que fui más alta que Luca. No duró mucho y, ahora, midiendo uno noventa y tres, me sacaba casi treinta centímetros.

Lo miré.

—No, en serio. Lo sé.

—¿Por qué me cuesta tanto creerlo, entonces?

Devolví la mirada a la calle.

—Bee, sé que tus padres siempre te decían que no molestaras en nuestra casa, pero nunca lo hiciste. Y nunca lo harás. Allí no. —Inclinó la cabeza, obligándome a mirarlo a los ojos—. Y aquí tampoco.

Le esbocé una breve sonrisa.

—Gracias. Aunque puede que tu próxima cita tenga algo que decir al respecto.

—Entonces no habrá una segunda cita. Eres parte de mi vida. Siempre lo serás.

—Ya.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué me da la sensación de que no estás convencida?

—Las cosas cambian, Luca. No sabemos qué nos depara el futuro ni cuánto tiempo libre nos quedará. O qué acabará siendo importante.

Se apartó de la ventana.

—Tú siempre serás importante para mí, aunque tú no sientas lo mismo.

Empezó a alejarse.

—Luca, no me refería a eso.

—No pasa nada, Bee.

—Sí pasa. No quiero que pienses eso. No es lo que quería decir.

—¿A qué te referías, entonces?

—A que... la gente se ocupa. Acaba teniendo otros intereses. Por mucho que digan, las cosas pueden cambiar.

—No soy tu madre, Bee. —Sus ojos se clavaron en mí—. Nunca estaré demasiado ocupado para ti.

Tragué saliva y aparté la vista de él, volviendo a mirar por la ventana.

—Deduzco que has sabido algo de ella.

—Ayer.

—No va a volver por Navidad, ¿verdad?

—No.

—¿Te ha dado alguna razón?

—Algo de un viaje con su marido para ver a la familia de él.

Nunca había sido capaz de considerar al segundo marido de mi madre como mi padrastro. Solo lo había visto un par de veces y había mostrado un interés nulo en convertirse en cualquier tipo de figura paterna. Tenía una familia de un matrimonio anterior y, por lo visto, eso era todo lo que necesitaba; igual que era todo lo que mi madre necesitaba, según parecía. Incluso en Navidad.

Luca había vuelto adonde yo estaba de pie, junto a la ventana.

—Lo siento, cariño. No te merece. —Me pasó los brazos por detrás de la espalda y me dio un abrazo.

—No. Probablemente tengas razón. —Forcé un tono de convicción en la voz. Él tenía razón. Ella no me merecía. Pero el dolor me seguía quemando por dentro, incluso después de todos estos años.

—Obviamente, te vendrás con nosotros.

—No, Luca. Está bien. De todas formas, solo es un día. —Apoyé brevemente la cabeza contra su ancho pecho—. Pero gracias de todos modos.

—No era algo que estuviera abierto a debate, pero, si lo prefieres, podemos hablarlo cuando se acerque la fecha para guardar las apariencias.

Me eché a reír y le di un suave golpecito hacia atrás con la cabeza contra su robusto pecho.

—Eres todo un macho alfa.

Oí y sentí su risa vibrar en el pecho cuando me dio un rápido apretón de respuesta antes de que yo me girara y sus brazos me soltaran.

—En fin, si esto de las citas sale bien, puede que lleves a la Mujer Ideal a casa de tus padres. A fin de cuentas, Tia ya dejó claro que la fecha límite era Navidad.

Luca guardó silencio. Levanté brevemente las cejas.

—¿Y quién sabe? A lo mejor para entonces yo también he conocido al Hombre Ideal.

Me miró desde arriba durante un instante antes de apartarse.

—Sí, a lo mejor. Y bien, ¿quieres pasar por tu casa a cambiarte o tienes algo aquí?

—Preferiría ponerme algo un poco mejor que lo que tengo aquí. ¿Es mucho lío?

—Para nada. ¿Quieres ducharte antes de irte o en tu casa?

Todavía llevaba puesta la camiseta que me había prestado para dormir, lo cual se había convertido en una especie de costumbre, y, a diferencia de mi piso, el moderno apartamento ecológico de Luca siempre resultaba muy agradable y cálido. Nuestra diferencia de altura y de talla hacía que fuera imposible que la camiseta enseñara más de la cuenta, por lo que yo estaba más que encantada de gandulear por ahí llevándola puesta. En casa, estaría embutida en mi enorme y esponjosa bata. Sopesé las opciones. Mucha agua caliente con un gel de ducha de olor celestial bajo una alcachofa con efecto lluvia aquí, o agua que con suerte saldría caliente, aunque lo más probable era que estuviera tibia, de una alcachofa normal y corriente parcialmente obstruida por la cal en mi casa.

—¿Puedo hacerlo aquí?

Sonrió.

—¿Aún no has arreglado la caldera?

—Está en la lista de cosas pendientes.

—Lleva en esa lista desde que te mudaste.

—Ya lo sé. Iba a arreglarla con el bonus de aquel año.

—El año que dejaron de dar bonus.

Le hice una mueca.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué te quedaste? Puedes aspirar a mucho más que a ese sitio. Allí estás superinfravalorada, por no hablar de lo mal pagada que estás.

—El dinero no lo es todo.

—Eso es verdad. Y sabes que no pienso así.

Sabía que no, a pesar de que le sobraba de todo para vivir «desahogado» (como suele decir la gente cuando lo de

«desahogado» se queda bastante corto, que es como decir que hace un poco de brisa en medio de un huracán de categoría cinco). Y, por supuesto, la gente con dinero siempre dice que el dinero no lo es todo. Pero, ah, intenta quitarle un poco...

—Si estuvieras siguiendo tu verdadera vocación o en un puesto que te encantara, podría entender que te quedaras, pero no es el caso; ni una cosa ni la otra.

—Me gustan los ordenadores y creo que ya hemos tenido esta conversación —dije, enderezándome de donde estaba apoyada, en el respaldo del taburete, y poniendo rumbo a la ducha.

—La hemos tenido. Y todavía no has dado ni una sola razón decente de por qué te quedas ahí, sin que te valoren y cobrando una miseria.

—Me voy a duchar.

—Bee...

—¿Qué? —respondí, dándome la vuelta pero sin dejar de alejarme.

Luca no dijo nada, pero su mirada lo decía todo.

Capítulo 11

Bajo el maravilloso chorro de la ducha, le di vueltas a la pregunta. Luca tenía razón. Él lo sabía y yo lo sabía. Era todo lo que había dicho y más. Entonces, ¿por qué me quedaba? *Porque es más fácil...*, susurró una vocecilla en mi cabeza.

—No es por eso —espeté en voz alta. Para mi desgracia, tragué agua y acabé balbuceando y tosiendo al mismo tiempo.

—¿Estás bien ahí dentro? —llegó la voz lejana de Luca a través de la puerta.

—¡Sí! —grité una vez que me recuperé.

—¿Con quién hablas? —Podía escuchar la diversión y casi ver la sonrisa en su voz.

—Conmigo misma. Es la única manera de tener una conversación decente en este sitio.

—Te recuerdo que me cuesta muy poco ir a tirar de la cadena...

—No te atreverías.

Se atrevería sin dudarlo, pero también sabía que tenía unas tuberías tan elegantes que, si tirabas de la cadena o abrías un grifo en otra parte, no traumatizabas de por vida a quien estuviera en la ducha; muy distinto a la fontanería de mi casa. Se me encogió el estómago al pensar que todo esto cambiaría, posiblemente pronto, sin importar lo que dijera Luca sobre tener siempre tiempo para mí. Las cosas cambiaban. Así era el mundo. Era solo que, a veces, sentía que el mundo me estaba dejando atrás. Alcé la cara hacia la alcachofa y dejé que el agua me empapara para limpiar los pensamientos y aquellos miedos secretos.

Luca estaba esperando cuando salí de la ducha con unos vaqueros viejos y una camiseta que tenía guardados en su piso. Nos dirigimos a los ascensores y bajamos a la planta baja envueltos en un silencio amortiguado y lujoso.

—Menos mal que tenía esto aquí —dije, tirando de la ropa limpia mientras nos dirigíamos al coche, después de que Luca se hubiera detenido en la recepción para revisar el correo—. Aunque no creo que a tu conserje le sorprenda mucho que otra mujer salga de tu piso con la misma ropa con la que llegó el día anterior.

Luca desvió la mirada y me miró con paciencia.

—Qué graciosa.

—¿Qué? —Apretó el botón de la llave y las luces de su BMW parpadearon dos veces mientras nos acercábamos a él.

—Tú.

—¿Yo qué? —Esperé, pero Luca se limitó a inclinarse sobre mí para abrirme la puerta. Me quedé donde estaba.

—¿Vas a subir?

—¿Vas a responder a mi pregunta?

Él soltó un suspiro.

—Solo digo que estoy bastante seguro de que te crees que soy mucho más donjuán de lo que en realidad soy.

—No lo creo. Soy bastante astuta.

Luca no contestó, pero la manera en que evitó mi mirada sugería que no estaba de acuerdo. En su lugar, se echó hacia atrás, con una mano en la puerta del coche, esperando a que subiera. Dudé un momento y luego entré en el vehículo.

Había poco tráfico, y el trayecto hasta mi piso fue sorprendentemente tranquilo para ser Londres. Incluso Luca estaba

callado.

—¿Va todo bien? —pregunté mientras se metía a duras penas en una plaza de aparcamiento para visitas, diseñada para coches de hace unas cuantas décadas y, por lo tanto, mucho más pequeños. Por suerte, uno de mis vecinos no estaba, lo cual facilitó las cosas.

—Sí. Te esperaré aquí por si vuelve tu vecino y tengo que mover el coche.

—Vale —dije, poco convencida—. No tardaré.

Él asintió sin levantar la vista y sacó el móvil de la chaqueta, concentrándose de inmediato en otra tarea.

En menos de diez minutos volví a salir, enfundada en un vestido informal pero femenino, y con la persistente y molesta sensación de que Luca estaba cabreado conmigo. Me deslicé de nuevo en el asiento de cuero y me eché hacia atrás para coger el cinturón.

—¿Podemos parar en algún sitio para comprarle unas flores a tu madre?

—No hace falta que lo hagas.

—Ya sé que no hace falta, pero me apetece. Si es posible.

Luca pulsó el botón del salpicadero para arrancar el coche y un ronroneo gutural brotó del tubo de escape.

—Vale. Conozco un apartadero en el camino que tiene mucha variedad.

—Siempre me llevas a los sitios más distinguidos.

Tenía la cara medio vuelta hacia el tráfico mientras esperaba para incorporarse, pero pude ver la sonrisa.

—Recuérdalo siempre.

* * *

Había acertado con el vendedor de flores. Mientras aparcábamos frente a la casa de sus padres, justo detrás del coche de una de sus hermanas, volví a olfatear el ramo que había elegido. El aroma de las fresias, unas de las favoritas de María, me embriagó los sentidos. El resto del viaje había transcurrido en el mismo silencio, y cuando Luca apagó el motor, me volví para mirarlo.

—¿Estás seguro de que no pasa nada?

Hizo una pausa, con la mano en el tirador de la puerta.

—Seguro.

—Entonces, ¿por qué casi no has hablado en todo el camino?

—No había mucho de qué hablar.

Se encogió de hombros e hizo ademán de moverse otra vez. Le puse una mano en el brazo.

—Te conozco desde hace demasiado tiempo para creerme esa excusa, Luca Donato. Tú siempre tienes algo que decir.

Giró lentamente su cabeza morena; sus ojos, del color del chocolate derretido, se encontraron con los míos. El humor bailaba en ellos, pero había algo más. Algo que no lograba descifrar. Y que, por lo visto, no quería compartir conmigo. Volví a sentir el nudo en el estómago. Parecía que el cambio que tanto me preocupaba ya había empezado.

Caminamos hasta la puerta de entrada y Luca me miró de reojo mientras separaba la llave correcta del manojo.

—Deja de darle vueltas a las cosas. Vas a prenderle fuego a algo ahí dentro. Todo está bien.

—No le estoy dando vueltas a nada.

—Sí que lo haces. Tienes esa cara de «mi cerebro ahora mismo está en la fase de centrifugado».

Me detuve.

—Vale, de acuerdo. Es solo que... ¿seguro que estamos bien? Pareces un poco... distante esta mañana, desde que salimos de tu casa.

Me miró desde arriba durante un instante antes de rodearme con un brazo musculoso, acercándome a él para depositar un beso en mi sien.

—No estoy distante. Solo que ayer fue un día muy largo. Supongo que me está pasando factura, eso es todo.

—¿Seguro?

—¡Sí! —exclamó, tomándome la cara con sus dos manos grandes y con sus ojos oscuros clavados en los míos—. Te lo prometo. ¿Cómo podría estar yo distante contigo? ¿A quién tendría para sacarme de quicio y mantenerme con los pies en la tierra?

—Bueno. Tienes razón. —Intenté sonreír.

—¿Quieres intentarlo con un poco más de ganas, a ver qué sale?

—Lo siento. Es que me siento un poco... rara. Seguro que es por todo el desastre de las citas. No es que le esté sentando muy bien a mi autoestima.

—La persona adecuada cambiará eso. Será quien siempre esté ahí para ti. Quien te haga sentir que eres capaz de lograr cualquier cosa.

—Un poco como lo que siempre ha hecho tu familia por ti.

Sonrió y asintió, pero vi la tristeza que se escondía detrás.

—No me mires así. No necesito que me compadezcas. Estoy bien.

—Sé que lo estás. Y ya sabes que siempre serás parte de esta familia, quieras o no.

—¿Por qué no iba a querer? —le pregunté, genuinamente confundida.

Se encogió de hombros.

—No sé. Tú eres la que dice que las cosas cambian.

—Pero ¿y si no queremos que cambien?

Me miró largamente antes de dar un paso hacia mí, de modo que nuestros cuerpos casi se rozaron.

—Mira, Bee, tengo que...

—¡Aquí estáis! —El rostro radiante de la madre de Luca apareció cuando la pesada puerta de entrada se abrió de golpe hacia el interior—. Me pareció ver tu coche. ¿Qué hacéis ahí pasmados? ¡Pasad, pasad!

Nos hizo pasar a empujones y se desató una ráfaga de abrazos y besos mientras más miembros de la familia salían al pasillo para saludarnos. Liberados ya de los abrigos, la marea nos arrastró hacia el interior, llevándose consigo cualquier cosa que Luca hubiera estado a punto de decir. La inusual seriedad de su expresión me hizo preguntarme si, en el fondo, no había sido mejor así.

* * *

La mirada seria que le había ensombrecido el rostro justo antes de que entráramos en casa de sus padres se había disipado, al menos por el momento, para dar paso a esa sonrisa fabulosa con la que la naturaleza lo había bendecido, acompañada de un montón de carcajadas. Era la escena típica a la hora de cenar en esta casa, y me encantaba. Siempre me había encantado. La gente se estiraba para alcanzar las cosas pasando los brazos por delante de los demás, hablaban unos por encima de otros mientras discutían de broma y disfrutaban de la comida excelente y de la compañía con una naturalidad absoluta. Pensé que la familia de Luca era perfecta

desde la primera vez que me invitaron, aunque, en aquella ocasión, me limité a quedarme sentada en silencio, maravillada por cómo se hacían las cosas allí, tan distintas de las comidas que de vez en cuando compartía con mis padres. Allí todo era ordenado, silencioso y rígido. Aquí había ruido, caos y era una absoluta maravilla.

Llena de comida deliciosa, salí al jardín después de cenar con Frank, que me estuvo hablando de las verduras que había cultivado durante el verano y de las que aún crecían en el invernadero. El tiempo había dado un giro brusco, y el calor de finales de verano del que habíamos estado disfrutando definitivamente había dicho *arrivederci*, dejando a su paso una brisa helada y un aire frío que cortaba la cara.

—Entra y ponte calentita —dijo el padre de Luca, instándome a salir del invernadero—. Solo me quedaré charlando un rato con algunas de estas plantas. Para asegurarme de que saben lo que espero de ellas. —Me guiñó un ojo—. Enseguida entro yo también. Anda, ve. Tómate algo caliente. A estas alturas, seguro que María ya tiene hecho el café. Dile que me guarde una taza.

Le prometí que lo haría y volví a paso ligero por el sendero del jardín, con los brazos cruzados sobre el pecho para entrar en calor, e ingresé por la puerta lateral del cuarto de la colada, que conectaba con la cocina. Mientras me agachaba para bajarme las cremalleras de las botas, escuché voces altas en la cocina. Cuando era pequeña, esto me habría asustado, pero pronto aprendí que, en esta casa, las voces altas no significaban necesariamente una pelea, como sí ocurría en la mía. Me quité la segunda bota y me detuve al reincorporarme, aguzando el oído. Algo no cuadraba. Había demasiado alboroto. Y, aunque apenas hablaba unas diez palabras

de italiano, conocía a Luca lo bastante bien para reconocer su tono. No era el suyo habitual, relajado y risueño. Dudé un instante, sin saber muy bien qué hacer. Pero no podía quedarme allí plantada toda la tarde, así que avancé desde el lavadero hasta la amplia y cálida cocina, todavía envuelta en los deliciosos olores y en el vaho de la comida.

Luca y su madre movían las manos en el aire mientras hablaban rápidamente en italiano, pisándose el final de las frases ya que, por lo visto, cada uno exponía sus argumentos. No había sonrisas de por medio, y cuando se fijaron en mí, la conversación se cortó a media frase. Tenían las caras rojas, los dos claramente disgustados. Por un segundo, nos quedamos todos ahí de pie, en absoluto silencio.

—¿Va todo bien? —pregunté, dándome de patadas mentalmente por soltar una pregunta tan estúpida. Incluso en otro idioma, estaba bastante claro que las cosas estaban muy lejos de estar bien.

María se apartó el pelo de la cara con el dorso de la mano y me dedicó una inmensa sonrisa fingida.

—Perfectamente —respondió, cogiéndome de la mano—. Madre mía, estás helada. ¿En qué estaría pensando Frank para sacarte ahí fuera con este tiempo?

Me frotó las manos entre las suyas, que estaban calentitas. Luca se mantuvo en silencio y me evitó la mirada.

Si yo fuera una persona desconfiada, pensaría que a Frank se le ocurrió quitarme de en medio mientras vosotros dos teníais esta charla... El pensamiento se coló en mi cerebro antes de que lo descartara. La tensión que su madre ahora intentaba por todos los medios disipar no tenía nada que ver conmigo. Solo había entrado de sopetón en medio de una discusión y, aunque siempre me habían

tratado como a un miembro más, la realidad era que no lo era, y acababa de interrumpir lo que a todas luces era una pelea de familia.

—Frank me ha pedido que le guardes café, por favor, y ha dicho que entrará cuando acabe de darles una charla a las plantas. —Había empezado a balbucear por culpa de los nervios. Habría ayudado que Luca me mirara, pero no lo hizo. En vez de eso, se dio la vuelta y empezó a sacar tazas de los armarios, preparándolo todo para el café, la tarta y los *biscotti*.

—Por supuesto. Y ahora, ¿por qué no pasas al salón y buscas a los demás? Creo que Anthony quería pedirte consejo sobre un portátil que estaba pensando en comprarse. ¿Te importaría?

Esbocé una sonrisa y asentí, con esa extraña sensación una vez más de que me estaban echando disimuladamente de la habitación. Como si le hubieran dado pie, Anthony apareció y empezó a acribillarme a preguntas sobre capacidad de almacenamiento, tarjetas gráficas y resolución de pantalla. Lo escuché mientras salíamos de la estancia. Luca me había dicho muchas veces que le daba demasiadas vueltas a las situaciones. Tal vez tuviera razón. Pero, al mirar hacia atrás, todavía escuchando al hermano de Luca, vi a Luca y a su madre con las cabezas juntas, hablando muy rápido, gesticulando y con rostros sombríos. Si intentaba soltarme ese cuento en esta ocasión, sabría que me estaba mintiendo.

—¿Va todo bien? —pregunté mientras conducíamos de camino a casa. Llevábamos un buen rato sentados en silencio, lo cual ya era inusual en sí mismo. Para ser justos, los días con la familia Donato podían resultar bastante agotadores, en el buen sentido, así que

podía ser por eso. Pero, aun así, mi sentido arácnido no dejaba de zumbar.

—Ajá.

Lo intenté otra vez.

—¿Todo bien entre tu madre y tú?

—Sí. —Mantuvo la vista clavada en la carretera.

Resultaba evidente que no quería hablar del tema... pero yo sí, así que insistí.

—Es solo que la cosa parecía un poco tensa cuando entré del jardín.

Me miró un instante antes de devolver los ojos al asfalto. Me apresuré a añadir:

—Eso es bastante raro en vosotros dos. Y ahora estás en plan silencioso y enfurruñado, lo que tampoco te pega, así que da la sensación de que ha pasado algo, y, normalmente, ya me habrías hablado del tema, así que...

Luca fue frenando hasta detenerse en un semáforo y se giró hacia mí.

—No hay nada de qué hablar.

—La gente siempre dice eso cuando hay algo gigantesco de lo que hablar, pero, sencillamente, no le apetece.

—Pues, a lo mejor es que no me apetece, entonces. —Su tono era una mezcla de cansancio con un toque de brusquedad impropio de él.

—Ah. —Tragué saliva, intentando no sentirme dolida.

Extendió la mano y me tocó brevemente la pierna.

—Lo siento, Bee. No quería contestarte mal. Es que estoy cansado, ¿vale? Y de verdad que no hay nada de qué hablar. A

veces, mamá malinterpreta algunas cosas y puede resultar un poco frustrante.

—Vale. —Asentí. Sentí que sus ojos se demoraban en mí un poco más, como si esperara algo antes de que el semáforo cambiara y tuviera que volver a prestar atención a la carretera.

No lo creí. La madre de Luca era tan aguda como el enorme cuchillo que usaba para cortar tomates como si estuvieran hechos de aire. No se le escapaba ni una, y desde luego no era de las que malinterpretaban las cosas. Pero Luca claramente no quería compartirlo conmigo, así que giré la cara hacia la ventanilla y me quedé mirando la oscuridad, viajando en silencio el resto del trayecto.

Capítulo 12

—¡Hola! —me saludó Tia con la mano cuando contesté a la videollamada mientras terminaba mis Frosties el lunes siguiente.

Tenía un ojo cerrado mientras se ponía una tira de pestañas postizas, lo que hacía que sus ojos verdes resultaran aún más llamativos de lo que ya eran. Yo nunca le había pillado el truco a las pestañas postizas. La única vez que lo intenté fue en una cita con un chico al que de verdad quería impresionar. Había puesto toda la carne en el asador y, hasta yo tenía que admitirlo, estaba rompedora. Él me había llenado de cumplidos y me encantaba cómo sus ojos no dejaban de recorrer mi cuerpo mientras estábamos sentados en el restaurante pijo al que me había llevado.

La cosa se empezó a torcer cuando llegó la sopa. Llevaba un par de cucharadas de aquella deliciosa creación de berros cuando vi que algo nadaba dentro. ¡Una oruga! O, al menos, eso fue lo que pensé antes de que volviera a sumergirse bajo la superficie. Horrorizada, llamé al camarero y le expliqué, en voz baja, que había un bicho repugnante nadando de espaldas en mi plato. Mi cita, que hasta entonces me había colmado de halagos, se quedó sospechosamente callada y parecía mirar a cualquier parte menos a mí. El camarero se deshizo en disculpas y se llevó el cuenco de un plumazo, ofreciéndome otra cosa. Llegados a ese punto, mi acompañante recuperó la voz y pidió la cuenta. A mí me pareció un poco exagerado, pero también había algo ligeramente sexi en su forma de tomar las riendas de la situación. Estaba claro que el restaurante no

le parecía lo bastante bueno si ese era su nivel de servicio, y no pensaba tolerarlo.

Sin embargo, no hubo nada sexi en la forma en que me dejó tirada en la acera en cuanto salimos a la calle, alegando que no valía la pena alargar la velada porque no creía que fuéramos compatibles, o alguna excusa cutre por el estilo. He olvidado sus palabras exactas, no es que importe. El resultado iba a ser el mismo, dijera lo que dijera. Y entonces se largó, sin molestarse siquiera en fingir que le importaba si yo llegaría bien a casa. Solo cuando entré en casa, solté las llaves en el cuenco de la entrada y me miré en el espejo que colgaba encima, me di cuenta de que solo uno de mis ojos seguía adornado por pestañas postizas. Toda la noche pasó ante mis ojos medio desnudos como un relámpago. La repentina falta de interés de mi cita, que entonces comprendí que era vergüenza, el exceso de educación del camarero, la oruga... que a todas luces no había sido una oruga. ¡Había sido mi puñetera y carísima pestaña postiza! Si me hubiera dado cuenta, la habría pescado sin dudarlo, aunque solo fuera por la satisfacción de tirarla a la basura de forma dramática.

Por supuesto, a Luca le pareció graciosísimo. Al menos, la parte de la pestaña. Le hizo menos gracia que el tipo me dejara tirada en medio de Londres sin asegurarse de que tenía cómo volver a casa sana y salva.

De ahí que ahora estuviera mirando a Tia con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes que hacer eso delante de mí? Ya sabes que me trae recuerdos traumáticos.

Tia terminó de ponerse las pestañas y sonrió.

—No seas tan teatrera. De todas formas, no te merecía. ¿De verdad querrías estar con un hombre incapaz de verle la gracia a que tu pestaña postiza se caiga para darse un baño en la sopa?

Tenía razón, claro.

—Esa no es la cuestión.

—Por supuesto que es la cuestión. ¿Qué tal tu fin de semana?

—Bien, supongo. El sábado fui a cenar a casa de los padres de Luca.

—Ah, qué guay. Entonces ya no necesitas comer en toda la semana.

Sonreí mientras jugueteaba con el mango de la cuchara.

—¿Has hablado con él?

—¿Hoy? Qué va. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Es que lo noté un poco raro.

—¿Le preguntaste qué le pasaba?

—Sí. No quiso hablar del tema.

Tia interrumpió su tarea.

—¿En serio?

—Ya. Lo sé. Raro, ¿verdad?

Se apoyó la barbilla en la mano.

—A lo mejor solo le daba vueltas a algo.

—Aun así. Normalmente me contaría qué son esas cosas —volví a encogerme de hombros, con una sensación extraña por dentro—. Simplemente es raro.

Tia ladeó un poco la cabeza.

—Supongo que las cosas pueden cambiar.

Ahí estaba otra vez. Todo estaba cambiando.

—¿Y si no queremos que lo hagan? —pregunté, intentando no sonar ni infantil ni aterrorizada.

—No estoy segura de que siempre podamos elegir. Pero, sinceramente, sois Luca y tú. Estoy segurísima de que lo vuestro está grabado a fuego. No te preocupes por eso. Verás cómo hoy vuelve a ser el de siempre.

Esbocé una sonrisa forzada; de repente me sentía incómoda al darme cuenta de que estaba sonando como una niña quejumbrosa.

—Sí, seguro que tienes razón. Bueno, ¿qué te depara el día de hoy?

—Pues tengo una reunión a las diez, de ahí mi necesidad de estar absolutamente divina —hizo un gesto con la mano por delante de su rostro.

—Como siempre, obvio.

Me guiñó un ojo.

—Gracias, cielo. ¿Y a ti, ¿qué clase de día te espera?

Me encogí de hombros para dar a entender que «lo de siempre», sin mojarme mucho.

—Normalito, supongo —dije mientras cogía el móvil y alargaba la mano hacia la chaqueta y el bolso.

—¿Has vuelto a pensar en irte de allí?

—La verdad es que no.

—¿Por qué no?

Llevaba años escuchando esa misma cantinela por parte de todo el grupo, con dosis extra de Luca.

—Lo haré cuando vea algo por lo que sienta que vale la pena el cambio. No es tan malo como lo pintáis.

—Sí que lo es.

Tia tenía razón, pero esa no era la cuestión.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Sip. Y la seguiremos teniendo hasta que veas la luz, aceptes la oferta de Luca y por fin trabajes con gente que sepa valorarte.

—¡Me tengo que ir! —canturreé, dedicándole una enorme sonrisa y despidiéndome de la pantalla.

—¡Esto no ha acabado! —me advirtió, apuntándome con un dedo elegante y de manicura impecable.

Por desgracia, me daba en la nariz que también tenía razón en eso.

* * *

—Así que, en conclusión, estoy seguro de que podrá entender por qué, por desgracia, y muy a nuestro pesar, este año nos es imposible ofrecerle el *bonus* que nos habría encantado poder darle.

—¿Y el aumento de sueldo que me prometió, ya que el año pasado tampoco me lo subieron?

Mi jefe empezó a frotarse las manos otra vez, mirándome con una mezcla de lástima y condescendencia.

—Como ya le he explicado, la empresa...

Desconecté. Era el tercer año consecutivo que me denegaban tanto el aumento como el *bonus* a pesar de que algunos de mis compañeros sí los recibían. Compañeros que, y de eso estaba completamente segura, trabajaban infinitamente menos que yo.

—Espero que lo entienda.

Volví a conectar en el momento en que mi jefe terminaba su discurso.

Pues no. No lo entendía. Me dejaba los puñeteros cuernos todos los días por aquella empresa y siempre lo había hecho, solo para ver cómo a otros menos cualificados y dedicados les daban ascensos, *bonus* y aumentos de sueldo mientras yo seguía estancada exactamente en el mismo lugar. No era justo.

Al ver que no respondía, noté que mi jefe miraba el reloj de reojo y se removía en la silla.

—Si pudiera decirle a Colleen que pase cuando salga, se lo...

Levanté la vista y me encontré con sus ojillos de cerdo. Su expresión era una mezcla de aburrimiento y petulancia. Algo empezó a hervir en mi interior y, antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, me había puesto de pie, las palabras brotaban a borbotones de mi boca y mi jefe me miraba fijamente, abriendo y cerrando la boca por la sorpresa como una trucha asustada.

—¿Le van a subir el sueldo a Colleen? —pregunté.

Colleen había entrado en la empresa hacía poco más de seis meses, le habían subido el sueldo apenas un mes después y, a juzgar por cómo mi jefe se acababa de poner tan rojo como los gallos que se pavoneaban en su corbata, intuí que estaba a punto de recibir otro aumento. Colleen era preciosa, alta y con unas piernas largas que no le importaba enseñar, y, sinceramente, si yo hubiera tenido esas piernas, también habría estado orgullosa de ellas. Pero también era un desastre en su trabajo. Motivo por el cual yo pasaba buena parte de mi tiempo haciendo tareas que debería haber hecho ella, o arreglando las que había intentado hacer. Y, sin embargo, yo era a la que ninguneaban constantemente. Hasta ahora, me había quedado ahí sentada y lo había aceptado. Sin decir ni pío. Había inventado excusas para defender a la empresa cuando, de forma

inevitable, Luca o alguno de los demás empezaba a darme la tabarra sobre por qué me infravaloraban tanto. Por lo visto, acababa de decidir compensarlo. Y con creces.

* * *

Luca no cogía el móvil. En circunstancias normales no me habría preocupado. Estaría en alguna reunión o algo así. Pero, desde el sábado, había algo que me reconcomía, y esa mañana había sido la primera vez en años que no me daba los buenos días, ni en persona, ni por videollamada, ni por mensaje. Hoy no había habido nada de nada. Y, por si fuera poco, mi jefe había elegido precisamente ese día para, una vez más, demostrarme lo gilipollas que era.

Aunque, por lo visto, eso ya no era algo por lo que tuviera que preocuparme, puesto que acababa de dimitir. Y no de forma sutil, precisamente. Lo había hecho de una manera dramática, en plan «métase el trabajo por donde le quepa», algo completamente impropio de mí. ¿En qué demonios estaba pensando? Y ahora ni siquiera podía hablar de ello con la única persona con la que quería hacerlo. Por no mencionar el pequeño detalle de que ya no tenía ingresos. ¡Ay, Dios mío! Estaba mareada. ¿Tal vez podría recuperar mi puesto? Decirles que había tenido una reacción alérgica al sándwich de gambas del almuerzo y había afectado a mis capacidades cognitivas. Eso es algo que puede pasar, ¿no? Me dejé caer en un lado del destartalado sofá de cuero de la cafetería que solía frecuentar y me escondí la cara entre las manos. Nunca me aceptarían de vuelta y, en el fondo, si una se abría paso a través de todo el miedo, el pánico y las náuseas, había una minúscula parte de mí que saltaba de alegría por haber abandonado al fin un trabajo

que llevaba años odiando. Pero el otro noventa y siete por ciento de mi ser solo quería vomitar.

—¿Estás bien?

Aquella voz grave y cargada de preocupación me hizo dar un respingo. Levanté la cabeza de golpe y vi a Luca soltando el maletín del portátil junto al sofá y sentándose a mi lado, escudriñándome el rostro.

—He tenido una reunión a primera hora. Quien inventara las reuniones de desayuno necesita una lobotomía. Intenté llamarte al salir, pero llevas horas con el móvil apagado.

Se dejó caer en el asiento a mi lado.

—Eso no es propio de ti.

Cuando intenté localizar a Luca y no obtuve respuesta, apagué el teléfono en cuanto salí del edificio. No tenía las ideas lo bastante ordenadas como para hablar con coherencia con nadie más sobre lo que acababa de hacer y sabía que, si alguien me llamaba, me haría la misma pregunta que yo llevaba haciéndome desde el instante en que puse un pie fuera de la oficina. *¿Y ahora qué vas a hacer?* Y, sinceramente, ¡no tenía ni puñetera idea! Mientras mi boca iba a toda velocidad y por libre, mi cerebro y mi sentido común habían salido corriendo detrás, intentando hacerle un placaje digno de rugby para someterla antes de que soltara alguna estupidez. Por desgracia, habían sido demasiado lentos y mi boca se había marcado un ensayo en toda regla. Un ensayo que, tal vez, había servido para que yo saliera de allí con la dignidad intacta, pero con el que era muy improbable que consiguiera una carta de recomendación.

Le di a Luca una respuesta vaga diciendo que estaba bien y volví a centrar mi atención en el escasísimo café que me acababan de

servir. La mirada de Luca pasó a la taza y luego volvió a mí. Por lo general, se habría burlado de mi «leche caliente» (me gustaba la idea de tomar un café, pero no soportaba el sabor, así que me echaban apenas una miseria de café y lo rodeaban de leche espumada). Pero hoy no hizo ningún comentario al respecto y me dejó en paz para que diera un sorbo. El cálido y reconfortante líquido me bajó por la garganta, aliviándome por dentro. No solucionaba nada, pero era un principio.

—Bueno, ¿qué pasa? Tienes el móvil apagado. Tu teléfono del trabajo salta al buzón de voz de inmediato y estás sentada en una cafetería en plena jornada laboral.

Ladeó la cabeza hacia mí antes de agradecerle con un leve gesto a la camarera que le acababa de dejar delante su pedido habitual. Me quedé mirándola. Era evidente que a ella le habría gustado un poco (o un mucho) más de reconocimiento por parte de Luca, y sus ojos se posaron en mí un instante antes de que se alisara la falda, ya de por sí perfectamente lisa, sobre sus muslos perfectamente torneados y se marchara. En el pasado, este tipo de situaciones me resultaban divertidas: cuando me sentaba con Luca y las mujeres que estaban interesadas en él me ignoraban de forma silenciosa pero obvia. Luca solía quitarle hierro al asunto y los demás del grupo eran comprensivos y amables, diciendo que esa clase de mujeres ignorarían a cualquiera que no fuesen ellas mismas y que no les hiciera caso. Y no se lo hacía. Hasta ahora. No de verdad. Pero ahora, sumado a mi crisis nerviosa, aquello se me clavaba en el pecho, escarbaba en mis inseguridades y hurgaba en la herida.

—Creo que tienes una admiradora. Deberías ir a hablar con ella.

Volví a levantar la taza, aún sin mirarle a los ojos.

—¿Eh?

Hice un breve gesto con la barbilla hacia la barra, donde la mujer se estaba riendo con otro cliente, pero desviando la mirada hacia Luca con una frecuencia tan calculada que parecía estar suplicando que se fijara en ella. Cuando él siguió mi indicación, los ojos de la camarera se clavaron en los suyos y una sonrisa amplia y blanquísima le iluminó el rostro. Luca volvió a mirarme a mí. Por el rabillo del ojo, vi cómo su sonrisa se desvanecía y clavaba la vista en mí. A juzgar por su expresión, decidí que sería más seguro no pedir más cafés mientras siguiera en su turno.

—No me interesa —dijo Luca.

—¿Por qué no?

—Demasiado joven, demasiado coqueta y demasiado obvia. Y supongo que no es muy políticamente correcto decir ninguna de esas cosas, pero tú has preguntado y yo he contestado.

Giré la cara hacia él.

—Hablando de preguntar y contestar, ¿por qué no me quieres contar por qué discutisteis tu madre y tú el fin de semana?

Su rostro se tensó y su ceño oscuro se ensombreció.

—Porque no es nada.

—Normalmente eso no te impide contármelo.

Su continua evasiva ante la pregunta, sumada a los acontecimientos del día, me estaba poniendo más beligerante y con más ganas de discutir. Debería haberlo dejado estar. Aceptar el reajuste en nuestra amistad. Pasar página. Mis padres siempre me habían dejado a mi aire, y cuando mi padre murió, las cosas no hicieron más que empeorar. Me las había apañado entonces, y también lidiaría con que Luca empezara a distanciarse, si eso era lo

que quería. Sentir que verme se estaba convirtiendo en una obligación sería muchísimo peor. Tal vez los sucesos de hoy fueran, en realidad, una oportunidad. La ocasión de hacer algo diferente. Irme de Londres. Era condenadamente caro y yo apenas vivía en las afueras. Podía sacar más provecho a mi dinero en cualquier otra parte y casi todo el mundo usaba ordenadores. Los trabajos de mi sector desde luego no se limitaban a Londres... siempre y cuando no se pusieran muy tiquismiquis con mis referencias. Respiré hondo. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Y tal vez el estanque de posibles pretendientes fuera un poco más variado en otro lugar y, después de todo, lograra conseguir esa cita perfecta para Navidad.

Si mi mente tuviera cejas, las habría arqueado en ese momento. Nada de todo aquello sonaba propio de mí. Pero, pensándolo bien, ser «yo» no me estaba funcionando tan bien. Así que quizás había llegado el momento de que hubiera una nueva yo. Podía buscar un trabajo temporal hasta que encontrara algo, y algún lugar, al que quisiera mudarme, y, mientras tanto, iba a tomarme esto de las citas más en serio. Que mis padres, mi ahora exjefe y un abanico de relaciones y citas efímeras no me hubieran sabido valorar, no significaba que yo no fuera digna de que me valorasen. La vocecilla que había estado saltando de alegría porque por fin había dejado mi trabajo sin futuro se hizo un poquito más fuerte, y un cosquilleo de emoción, aunque todavía mezclado con una buena dosis de náuseas, se arremolinó en mi interior.

—¿Y bien? ¿Me vas a contar qué pasa? —volvió a preguntar Luca.

—Qué va. No es nada.

Le di la vuelta a sus propias palabras y se las devolví. Sabía que no podía (ni debía) depender de que Luca estuviera siempre ahí para

mí. No podía esperar, ni pedirle, que acudiera cada vez que yo tuviera una crisis, o siquiera algo que quisiera compartir, y, evidentemente, había cosas que él sentía que ahora no podía compartir conmigo. Tenía que aceptarlo de una vez en lugar de agobiarme por ello. No podía evitar preguntarme si, en caso de que las cosas hubieran sido distintas el fin de semana y no me hubiera hecho tantísima mala sangre con todo el asunto, hoy habría actuado de otra manera. No me había sentido yo misma y desde luego no había actuado como tal. ¡Maldita sea! ¡No tenía trabajo y todo era culpa de Luca Donato!

Recogí mis cosas e hice ademán de levantarme. Luca me puso una mano con suavidad en el brazo.

—Bee. ¿Qué te pasa? Sé que ocurre algo. ¿Por qué no me lo quieres decir?

Sus cejas gruesas y oscuras ahora prácticamente se tocaban por la severidad de su ceño fruncido, y sus ojos, de un marrón profundo, se clavaron en los míos en busca de una respuesta.

Porque sé que no siempre vas a estar aquí para contármelo...

—Bee, venga. Solo...

—¿Os pongo algo más?

La camarera de antes apareció en escena; era todo labios carnosos y curvas suaves. Probablemente usábamos la misma talla de cintura, pero la suya estaba flanqueada de una manera más llamativa que mi figura más «atlética», como diría mi madre. A lo largo de los años, otras personas habían sido menos amables... incluida una cita reciente que me había dicho sin tapujos que en mi foto de perfil no parecía tener tan poco pecho. La velada no se recuperó en ningún momento. Pero hoy le había dado muchas

vueltas a las cosas durante mi paseo sin rumbo tras salir de la oficina. Los pensamientos se habían agolpado y corrido por mi cabeza a toda velocidad; pensamientos sobre todo. Y sobre todos. Y la principal conclusión a la que había llegado era que, a la hora de la verdad, estaba sola. Así que más me valía sacarle el máximo partido.

—No —espetó Luca distraído, antes de volverse de inmediato hacia la chica y suavizar su respuesta—: Gracias.

Ella asintió, claramente aún ofendida, antes de recoger mi taza vacía y marcharse pisando fuerte.

—Creo que acabas de perder a tu admiradora —dije, colgándome el bolso al hombro.

Él negó con la cabeza.

—En serio, no es lo que me preocupa ahora mismo.

—No. Bueno, supongo que, tratándose de ti, siempre habrá más de donde salió esa. —Se suponía que tenía que sonar gracioso, pero incluso a mis oídos sonó mal. Los ojos de Luca se oscurecieron.

—¿Qué demonios te pasa hoy? Apagas el teléfono, te niegas a hablar conmigo y ahora haces comentarios maliciosos.

—No pretendía ser malicioso —repliqué, dolida y avergonzada—. Tampoco es que te falten las ofertas precisamente. Solo me refería a eso.

—Y antes nunca te había molestado.

—¡Tampoco me molesta ahora! —dije, abriendo los brazos con las palmas hacia arriba—. Solo ha sido un comentario que ha sonado mal. Eso es todo. Olvida que he dicho nada.

—No será muy difícil. Apenas has dicho dos palabras.

—Quizá esté tomando clases tuyas.

—¿Qué quiere decir eso?

—El sábado apenas me dirigiste la palabra de camino a casa y no recuerdo ninguna otra ocasión en la que «no quisieras hablar de ello».

—¿Todo esto es por eso? ¿Estás cabreada porque no hablé contigo el sábado?

—No. Eso no es todo. Pero sí, si quieres saber la verdad, me molestó. Por primera vez sentí que estorbaba en casa de tus padres. Como una intrusa.

—No seas ridícula.

—¡No lo soy! ¡Y no me llames ridícula!

—No lo he hecho. He dicho que lo que dices es ridículo. Es distinto.

—No, no lo es, Luca. Ni siquiera me importa de qué estabais hablando. Solo vi que estabas alterado, quería ayudarte y me cerraste la puerta en las narices.

—¡No te cerré ninguna puerta! Es que... es complicado.

—¿Y desde cuándo nos ha detenido eso?

Él no dijo nada.

—Dios sabe que tuve bastantes complicaciones con mis padres y siempre hablamos de ello. Problemas de tíos. Problemas de tías. Problemas familiares. Problemas del mundo en general. Siempre hemos hablado. Fuera lo que fuera, siempre hablábamos de ello. Hasta ahora.

—Era un tema familiar.

Tragué saliva, intentando alejar del precipicio las traicioneras lágrimas que me escocían en los ojos.

—Entonces supongo que todo ese rollo de que yo era parte de la familia tanto como cualquiera de tus hermanos solo eran palabras.

—Alcé un poco más la barbilla—. Gracias por la aclaración.

Dicho esto, di media vuelta e hice amago de salir de la cafetería, consciente de repente de que todo el mundo nos estaba mirando de forma abierta o disimulada. Obviamente, jamás podría volver a esta cafetería.

Un viento gélido se abría paso por el túnel creado por los bloques de cristal y acero que dominaban esta zona de la ciudad; una ráfaga cortante y afilada me dejó sin aliento al salir a la calle, alejándome del ambiente cargado y cálido del interior. Dudé un momento, recuperando el aliento, antes de dirigirme hacia la estación de metro más cercana para irme a casa. Una vez en la relativa tranquilidad de mi piso, tal vez podría empezar a desentrañar cómo era posible que, en cuestión de unas pocas horas, sintiera que mi vida había implosionado. No tenía trabajo y, de repente, una amistad que creí que duraría toda la eternidad ya no parecía la roca en la que siempre me había apoyado.

Capítulo 13

Luché contra el viento un par de minutos, con la cabeza gacha y los ojos medio cerrados hasta que, de repente, amainó y choqué con algo. Levanté la vista, dispuesta a disculparme, pero entonces vi que el obstáculo era Luca, así que no lo hice. Su comentario sobre la «familia» aún me daba vueltas en la cabeza.

—No había terminado.

—Pues yo sí. —Hice un amago de esquivarlo. Él dio un paso lateral para cerrarme el paso.

—Está claro que tenemos que hablar.

—Ah, ¿así que ahora sí quieres hablar? —espeté.

—¿De esto? —Luca agitó una mano grande entre ambos—. Sí.

—Creo que ya has dicho todo lo que tenías que decir.

Frunció el ceño; su mente estaba repasando sus propias palabras. Yo no tenía paciencia para esperar.

—Mira. Las cosas entre nosotros nunca iban a seguir siendo iguales. Eso es un hecho. Sobre todo cuando encuentres a tu chica ideal y se la presentes a tu familia.

Abrió la boca para decir algo, pero seguí hablando de carrerilla.

—Y así es como debe ser. Quieres a alguien con quien construir una vida, Luca. Te mereces tener eso. Y creo que yo también.

—¡Claro que sí! —estalló él, incapaz de esperar, y me cogió la mano.

Yo la retiré con suavidad.

—Entonces tal vez tengamos que centrarnos en hacer precisamente eso. Ya sabemos que el hecho de que tengas a una

mujer como mejor amiga te ha traído problemas en relaciones anteriores. Ya no quiero ser ese obstáculo, Luca. Ahora no. No cuando es algo tan importante para ti.

—¡Tú eres importante para mí! —dijo, pasándose una mano por su corto pelo de color negro azabache.

—Lo sé. Y tú lo eres para mí. Pero algo ha cambiado.

—¡No, no lo ha hecho! —Lo intentó de nuevo—. Lo del sábado fue... complicado. Ha sido algo puntual.

Negué con la cabeza suavemente, viéndolo todo más claro ahora.

—No, Luca. Solo ha sido el principio de algo que se veía venir desde hace mucho tiempo.

Pensé en contarle que, por fin, me había largado pegando un portazo del trabajo que llevaba pidiéndome que dejara desde una semana después de haber empezado. Y cualquier otro día lo habría hecho, pero ahora mismo no me parecía el momento.

Dio un paso atrás para mirarme y vi comprensión en su expresión. Luca me conocía de toda la vida y sabía interpretar la mirada que tenía en ese momento. No iba a cambiar de opinión.

—¿Así que en qué lugar nos deja eso? —preguntó. Su rostro había adoptado una expresión indescifrable, pero yo sabía que estaba ocultando su dolor. Ya éramos dos.

—En el mismo lugar.

—Pues obviamente no —espetó—. Ayer eras la amiga más íntima que he tenido en la vida y hoy te estás alejando.

—No me alejo. Solo te doy el espacio que necesitas.

—¡No quiero ningún maldito espacio! ¡Te quiero a ti!

Dos transeúntes giraron la cabeza y abrieron los ojos de par en par al escuchar nuestro intercambio de palabras. Luca me agarró de

la mano y nos guió a ambos hacia el umbral de una puerta para darnos un poco de privacidad frente a los curiosos. A decir verdad, la que ahora estaba mirando con cara de boba era yo. Cerré la boca de golpe.

—A juzgar por la cara de horror que tienes, supongo que eso ha sonado mal, pero, por favor, recuérdame que nunca te pida matrimonio.

—Perdona. No quería... No estoy horrorizada. Solo me he quedado...

—No importa.

A juzgar por su cara, sí que importaba, y mucho, pero su expresión no admitía discusión alguna. Sentí que algo se me encogía en el estómago.

—Luca...

—Bee, está bien. A lo que me refería es a que yo no estaba pidiendo espacio, pero puede que no sea mala idea.

Tragué saliva y vi cómo sus facciones se suavizaban.

—Siento no haber podido hablar contigo antes. Todo el asunto de mamá... Es algo que necesito aclarar en mi cabeza antes de poder hablar de ello. Con nadie. Siento no haberme dado cuenta hasta ahora de cómo te hizo sentir.

—No pasa nada. —Intenté quitarle importancia con un gesto—. A lo mejor estaba exagerando, como dijiste. Creo que el hecho de que mi madre haya vuelto a escaquearse de la Navidad me ha afectado más de lo que creía y me tiene más sensible ahora mismo.

—Creo que tienes todo el derecho a estar sensible por eso.

Me encogí de hombros antes de ceñirme más el abrigo al cuerpo.

—Creo que ha llegado la hora de imponerme unas cuantas reglas nuevas. La primera de ellas es dejar de permitir que la falta de interés de mis padres me siga afectando hoy en día.

—Parece un buen punto de partida.

—Gracias. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo—. Será mejor que vuelva a casa antes de que me muera de frío. Tengo algunas cosas que hacer.

Como encontrar un trabajo nuevo...

—Sí, claro.

Se quedó allí plantado, mirándome desde arriba.

—¿Qué?

—No lo sé. De repente, todo resulta raro.

—¿El qué?

—Todo.

Sabía a qué se refería.

—No pasa nada. —Intenté restarle importancia—. Además, vas a estar lo suficientemente ocupado intentando ganar esta dichosa apuesta como para notarlo.

—Créeme, lo notaré.

Negué con la cabeza.

—Me tengo que ir.

Rápidamente, me puse de puntillas y lo abracé. Por un instante quise quedarme allí. A salvo entre los brazos de mi amigo, para desahogar todo lo que sentía. Pero no podía. Tenía que hacer esto por mi cuenta. Le di un beso rápido en la mejilla, un último apretón, y luego me giré de nuevo para enfrentarme al viento, en dirección al metro.

* * *

—¿Por qué estás en pijama? —Tia me miraba entrecerrando los ojos a través de la pantalla—. ¿Estás mala?

—No.

—¿Entonces qué? ¿Por qué no me dijiste que estabas de vacaciones? Podríamos haber quedado para tomar un café.

—No estoy de vacaciones. Estoy...

—¿Estás qué? —me apremió Tia cuando vio que no terminaba la frase.

—Desempleada.

Abrió mucho los ojos y sus labios carnosos, pintados de fucsia, empezaron a formar una «O» que se iba haciendo más grande por segundos.

—No es para tanto.

—¡Claro que es para tanto!

—No. No lo es. Y por el amor de Dios, no se lo digas a Luca.

La «O», y sus ojos, se agrandaron aún más.

—¿No se lo has contado a Luca?

—No.

Juntó los labios de golpe.

—Vale. ¿Qué os pasa a vosotros dos? Él está rarísimo y distante, y ahora resulta que tú no le has contado un acontecimiento importante de tu vida. Es como si todo el universo estuviera patas arriba.

—No seas dramática.

—Es dramático. Sois como... la Tierra y la Luna. Simplemente estáis ahí. Juntos. Y ahora todo va a implosionar como una estrella moribunda. —Hizo una pausa—. Las estrellas moribundas implosionan, ¿verdad?

—Sí.

—Vale, pues eso, es justo así.

—No, no lo es.

—Si vosotros dos implosionáis, los demás somos como los demás planetas que os rodean: saldremos disparados hacia los confines más remotos del espacio para no volver a vernos nunca más. O seremos absorbidos por algún agujero negro. O lo que sea que pase en esas situaciones. El caso es que sé que es malo.

—Creo que estás llevando esta metáfora un poco lejos.

Tia se recompuso un poco.

—A lo mejor. Pero mi argumento sigue siendo el mismo.

—No podemos ser inseparables para siempre.

—¿Por qué no?

Le dediqué una mirada que ella ignoró encogiéndose de hombros.

—De todas formas, la mayoría de nosotros pensábamos que a estas alturas ya estaríais juntos. Ya me hiciste perder veinte libras por no liaros en Nochevieja.

—¿Habéis estado apostando sobre nosotros?

No se mostró nada arrepentida.

—Tenéis muchísimas cosas en común.

—Discutimos literalmente a todas horas.

—No. No estáis de acuerdo. Eso es distinto.

—No, no lo es.

—Sí que lo es. Pero incluso aunque discutierais, piensa en el sexo de reconciliación...

—¡Tia!

—¿Qué? Oh, vamos. Incluso siendo su mejor amiga, no puedes ignorar que está más bueno que... —Miró por encima del hombro

hacia un compañero que acababa de entrar en la sala de descanso de la oficina—. Que algo que no puedo decir ahora mismo.

—Ni siquiera voy a dignificar eso con una respuesta.

—O sea que sí. Lo que yo pensaba.

—No lo estoy pensando. Es Luca. Sería... rarísimo.

—No creo que «rarísimo» sea precisamente la palabra, pero como tú digas.

—De todas formas, nunca ha habido nada de eso. Ya has visto la clase de mujeres con las que sale.

—Sí, y nunca le duran. Tú, sin embargo, le has durado décadas.

—Es diferente. Y, además, las cosas cambian.

—Con vosotros dos no. Vosotros sois... tú y Luca.

—Lo sé.

—¿Y quieres que cambien? —preguntó en un tono de voz bajo y suave. Se había echado sus largas y lisas extensiones hacia delante como si fueran una cortina que la separaba del resto de la sala.

—Como has dicho, no estoy segura de que siempre seamos nosotros quienes decidimos. A veces solo nos toca subirnos a la montaña rusa y ver adónde llegamos.

—Esa respuesta es un escaqueo total.

—Pero es sincera.

Tia soltó un suspiro.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con lo del curro? Y, por cierto, ¿cómo demonios me estoy enterando de esto ahora? ¿Te han despedido?

Me puse a la defensiva.

—¡No, no me han despedido!

—¡Vale! —Levantó la mano que le quedaba libre, con la palma hacia fuera—. Solo preguntaba. Es que... bueno, todos llevábamos tanto tiempo dándote la tabarra para que dejaras ese trabajo y nunca lo hacías, así que me preguntaba si te habían... digamos que obligado.

—Nop. Ha sido todo obra mía, me temo.

—¿Y a qué ha venido eso entonces?

¡Buena pregunta!

—Supongo que todo el mundo tiene un límite. Incluso quienes nos dejamos pisotear, como yo.

—Tú no te dejas pisotear.

—Bueno, supongo que, al fin y al cabo, ya da igual. El resultado final es que sigo sin trabajo.

—¿Y qué ha hecho que esta semana sea distinta de cualquier otra?

—No lo sé. Ya de por sí me sentía un poco descentrada y de repente me llamaron al despacho del jefe para hablar sobre mi bonus y mi aumento de sueldo. Lo que resultó, una vez más, en que no hubiera ni bonus ni aumento debido a un sinfín de factores que, por lo visto, no se aplican si eres un tío bocazas o una rubia de piernas infinitas, y, simplemente... digamos que exploté un poquito.

La expresión de preocupación de Tia se transformó en una sonrisa de oreja a oreja.

—No estoy muy segura de cómo se explota «un poquito». Por lo general, las explosiones suelen ser a lo grande.

Me mordí el interior del labio.

La sonrisa de Tia se ensanchó.

—Solo tengo que decirte algo: sé que probablemente estarás agobiada por lo de no tener curro y todo eso, pero, tía, ¡estoy superorgullosa de ti!

Capítulo 14

No pude evitar la carcajada que acompañó a la cálida sensación que me invadió por completo.

—¿Lo estás?

—¡Pues claro que lo estoy, joder! Todos sabemos que en ese sitio no te han valorado durante años y que podrías estar ganando el doble de lo que te pagaban.

Ahora que había echado un vistazo más en serio a las ofertas de empleo, había descubierto que todos tenían razón, y aunque era algo que en cierto modo ya sabía, no había tenido las narices de dar el paso. Al parecer, era algo que mi jefe también debía de saber, de lo contrario, supongo que habría estado menos dispuesto a seguir ignorándome a la hora de darme un bonus o un ascenso. Yo no era de las que se echaban flores a sí mismas, pero en este caso, un poquito de autobombo de vez en cuando no habría venido mal, aunque solo fuera para demostrarle que era consciente de mi propia valía.

—¿Bee?

—¿Sí?

—Sabes que Luca lleva años intentando contratarte como su jefa de informática.

—Lo sé.

—Las condiciones que ofrece a sus empleados son buenísimas.

—También lo sé.

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho antes. Sería raro y punto.

—Últimamente todo parece ser raro entre vosotros dos.

—No lo es. Es solo... diferente. Estamos... madurando.

—Ajá. —Tia me dedicó esa mirada que dejaba clarísimo que no se tragaba ni una sola palabra—. No sé de qué va el asunto. Pero sí sé que no me gusta un pelo.

—Ni siquiera lo vas a notar. Para empezar, tienes una boda que planear.

—Claro que lo notaré. ¿Y acaso toda esta... —agitó las manos en el aire— rareza significa que la apuesta de las citas se cancela?

—¡Por supuesto que no!

—¿Sigues creyendo que vas a ganar?

Me puse a jugar nerviosa con un hilo de mis pantalones de pijama. Y sí, como Tia había señalado, seguía en pijama y sabía que habría quien me juzgara por ello, pero tenía mayores preocupaciones.

—¿Bee?

—¿Sí? —Evité mirar a la pantalla.

—¿Qué te pasa?

—Nada en realidad.

—Te conozco desde hace demasiado tiempo como para que me sueltes bolas, Bee. Venga, suéltalo.

—¿Es raro que quiera ganar esto?

—No. Qué va. No recuerdo ni una sola vez en la que no quisieras ganar cuando se trataba de un reto contra Luca.

—Cierto. Pero... la única manera de que yo gane esto es que termine sola. Hay algo que no está bien en eso, ¿verdad?

El rostro de Tia se suavizó.

—Ay, cariño.

—O sea, cuando empezamos, no lo había pensado de esa manera. Supongo que ahora he tenido más tiempo para analizarlo y... —Me encogí de hombros, sin estar segura de cómo terminar la frase. Ni siquiera lo tenía del todo claro en mi propia cabeza, así que tratar de explicárselo a otra persona no era precisamente fácil.

—Entonces a lo mejor deberías olvidarte de que es un reto. Olvídate de ganarle a Luca por una vez. Céntrate en ti para variar. Claramente has dado un paso de gigante esta semana con lo del trabajo. Tal vez sea hora de replantearse esto también. Sé que no eres precisamente fan de las citas *online*, y te doy la razón en que siempre hay un montón de cosas odiables al respecto.

—Dímelo a mí.

—Pero a veces salen cosas buenas de ahí. No es del todo imposible que a ti también te pasen cosas buenas.

—Tal vez.

Ella sonrió.

—Ese «tal vez» es toda una mejora en comparación con cómo lo veías hace unas semanas, así que me doy por satisfecha.

—Aunque creo que probablemente Luca siga llevándome ventaja, incluso si me vuelco de lleno en ello.

—¿Por qué dices eso?

—Oh, vamos, Tia. Lo más probable es que el servidor se caiga cada dos por tres por la cantidad de mensajes que le bombardean la bandeja de entrada.

—¿Y qué si es así? Tú solo tienes que encontrar a uno.

—Sí. Al Indicado. Algo que es más fácil de decir que de hacer.

—Pero sigue siendo uno solo.

—Las probabilidades son mucho mayores si tienes mucho donde elegir.

—O a lo mejor es más difícil. Tener tanto donde elegir no siempre es bueno.

—Supongo. —Me froté la cara con las manos—. No lo sé, Tia. Lo siento. Simplemente me siento un poco descentrada. No he estado en el paro en mi vida.

—¿Has visto algo que te guste?

—He tenido cinco entrevistas en los últimos dos días.

Tia se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué?

—¡Tú! Ahí estás, estresándote y haciendo que me preocupe por ti cuando ya te están lloviendo las ofertas de trabajo.

—No son ofertas. Solo eran entrevistas.

Tia se dio golpecitos en los labios, pintados de un color vivo, con una uña larga cuyo tono se daba de patadas con ellos.

—Sabes que Luca se va a cabrear si aceptas un trabajo en otro sitio cuando lleva siglos ofreciéndote un puesto.

—Se le pasará. Eso solo era Luca siendo Luca. A ninguno de vosotros os gustaba que trabajara en ese sitio, pero él tiene la capacidad de tomar las riendas y solucionarlo.

—Sabes que no se trata de eso.

Me tocó a mí echarle *la* miradita.

—Vale, puede que se trate un poquito de eso, pero en su mayor parte es porque Luca siempre quiere a la mejor persona para el puesto y, si hablamos de informática, esa eres tú. Por eso no para de ofrecerte el trabajo —hizo una mueca—. Esto podría sentarle como un jarro de agua fría.

—Y por eso precisamente nunca podría aceptar un trabajo con él. ¡Porque solo estaría cambiando un sitio del que sentía que no podía irme por falta de confianza, por otro del que nunca podría irme por miedo a herir los sentimientos de Luca! Mezclar los negocios con el placer nunca acaba bien.

Tia esbozó una sonrisa maliciosa.

—Conozco un armario del material de oficina de hace tres trabajos que no estaría de acuerdo contigo.

Negué con la cabeza, riendo.

—Menos mal que por fin has encontrado a Jono, entonces, y ahora los armarios del material de todo el país están a salvo.

—Oh, venga, no me digas que nunca has robado un momento o dos en uno.

—¡Pues no! Pero bueno, yo no soy tan emocionante como tú.

—Pues es una pena, y no eres menos emocionante que yo ni que nadie. Está claro que simplemente eres más tiquismiquis.

Me dedicó una amplia sonrisa y me guiñó un ojo.

—Que no te oiga Jono decir eso.

Echó la cabeza hacia atrás, con una carcajada sonora, clara y feliz.

—Él está bien. Me he vuelto más exigente con la edad. Ya he superado toda esa fase de los rollos de una noche. Y, para ser sincera, los armarios no son el sitio más cómodo para un encuentro romántico.

Tia me miró con picardía antes de teclear en su móvil.

—Ay, mierda, ¿ya es tan tarde? Tengo una reunión. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Estoy bien.

—Y, ¿Bee?

—¿Sí?

—Tienes que decírselo a Luca. Pase lo que pase entre vosotros dos, querrá saberlo, ¿y enterarse por otra persona? No creo que se merezca eso.

Tenía razón.

—Sí. Lo sé. Se lo diré, lo prometo.

Ahora solo tenía que averiguar exactamente cuándo y cómo decírselo.

—Vale. Bien. Me tengo que ir volando. ¡Te quiero! Hablamos luego.

Me lanzó un beso enorme a través de la pantalla y desapareció.

Me quedé mirando el móvil unos instantes, dándole vueltas a sus palabras. Lo que había dicho Tia era verdad. Había dado un paso bastante importante. Había gente que cambiaba de trabajo como de ropa interior, pero yo desde luego no era así. Por seguir con la metáfora, esto equivalía a pasar de unos pololos victorianos a un tanga. (Y, en serio, ¿quién inventó eso? Si me dieran a elegir, creo que me quedaría con los pololos). Tenía que contárselo a Luca antes de que lo hiciera otro. Tia era una amiga maravillosa, pero no sabía guardar un secreto ni aunque le fuera la vida en ello. Si no se lo decía pronto, de una forma u otra, Tia lo haría. Ahora solo tenía que decidir cuál era la mejor manera de hacerlo.

Cogí el móvil, jugueteando con él, deslizando el dedo por los contactos sin rumbo fijo. Mientras cogía aire, a punto de pulsar el nombre de Luca, el teléfono empezó a sonar, lo que me hizo dar un respingo y cayó al suelo. Menos mal que aterrizó en la alfombra y siguió sonando. Un móvil con la pantalla reventada no era

precisamente lo que necesitaba en ese momento. Me agaché, lo recogí, volví a respirar hondo y deslicé el dedo para aceptar la videollamada.

—Justo iba a llamarte.

—Las grandes mentes piensan igual.

Me sonrió desde la pantalla del móvil, pareciéndose más al de siempre. Pero había un deje de vacilación.

—Bee, tengo que pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por lo del otro día. En casa de mis padres y después.

—No, no pasa nada. De verdad que no...

—Sí que pasa. Entiendo que te hiciera sentir excluida. Aunque, créeme, esa no era en absoluto la intención. Puede que tengas un apellido distinto, pero, sin duda, eres parte de esta familia y no quiero que pienses nunca lo contrario. ¿Vale?

—Vale.

—Y no es que no quiera hablar de las cosas. Es que esto es algo con lo que nadie más que yo puede lidiar. A pesar de lo que piense mi madre.

Hizo una mueca y frunció sus cejas oscuras.

—Seguro que solo quiere lo mejor para ti.

Luca soltó un suspiro.

—Sí. Pero a veces quiere lo que ella cree que es mejor, y la vida no siempre es así de blanca o negra, ni así de sencilla.

Le dediqué una sonrisa comprensiva, sin saber muy bien qué más decir.

—Y tú, ¿qué tal estás? ¿Has tenido más citas?

—No, pero tengo una prevista para mañana por la noche.

Su expresión apenas reveló nada.

—No suenas muy entusiasmada.

—Parece majo, pero es difícil que mi experiencia hasta ahora con todo esto no influya en mis expectativas.

—Es comprensible.

—¿Sigues pensando que es buena idea?

—¿El qué?

—Todo este rollo del reto.

—Sí.

Su respuesta fue rápida y tajante.

—Ah.

—Pareces decepcionada.

Me encogí de hombros.

—Al menos te está dando la oportunidad de conocer gente. De ver lo que podrías estar perdiéndote.

—Muy poco, a juzgar por mis citas hasta ahora.

—Alguien podría sorprenderte. A veces tienes que obligarte a salir de tu zona de confort, Bee.

—Me gusta mi zona de confort. De eso se trata. La pista está en el propio nombre.

Sonrió, negando con la cabeza con cariño. Me alegraba que hubiera llamado. Odiaba esa sensación de tensión entre nosotros, algo a lo que no estaba nada acostumbrada. Por supuesto, aún tenía que confesarle que, en ese preciso momento y en lo que respectaba al trabajo, estaba tan lejos de mi zona de confort que necesitaría un telescopio con la potencia de los de la NASA para siquiera verla a lo lejos.

—En realidad, hay algo que tengo que...

Me interrumpió el teléfono: entraba una llamada normal. El nombre de la agencia de colocación en la que me había apuntado apareció en la pantalla.

—¿Te llamo luego? —dije, haciendo la forma de un teléfono con el pulgar y el meñique junto a la oreja.

Luca asintió, colgué la videollamada y cambié al modo profesional para descolgar.

—Ah, Beatrice. Bien. Te he pillado. Soy Camilla, de Top People.

Intenté no rechinar los dientes al oír que usaba mi nombre completo, a pesar de que le había pedido que no lo hiciera. Nunca me había gustado, pero al parecer me habían concebido en medio de una buena borrachera, después de que mis padres hubieran ido a ver una adaptación especialmente buena de la obra de Shakespeare favorita de mi madre, y me habían puesto el nombre de una de las heroínas. Creo que, para romper una lanza a su favor, al principio les hizo ilusión mi llegada a su mundo, hasta que se hizo evidente que les exigía mucho más tiempo y energía de lo que esperaban o estaban dispuestos a ceder. En cualquier caso, me había quedado atascada con ese nombre.

—Por favor, llámame Bee —le recordé.

—Ah, sí. Por supuesto.

Si la hubiera tenido delante, estaba bastante segura de que habría podido ver cómo la petición le entraba por un oído y le salía directamente por el otro. Imaginé que trataba con un montón de gente al día, y era comprensible que no se acordara de los apodos que le pedían.

—Tengo un puesto absolutamente perfecto para ti. Es temporal para empezar, pero si eres la persona adecuada, y estoy convencida

de que lo eres, derivará en un puesto fijo. Ya les he dicho que encajas a la perfección. Espero que no te importe. Sabía que no rechazarías esto. Una chica sensata como tú. Con la cabeza bien amueblada. Unas condiciones fantásticas, un sueldo excelente y unas oficinas preciosas. Casi nunca surgen vacantes ahí porque a todo el mundo le gusta demasiado como para irse. Pero alguien se jubila de este puesto, así que voy a colarte mientras haya oportunidad. Empiezas el lunes. No te importa empezar a trabajar durante tu *gardening leave*, ¿verdad? Ya me imaginaba que no.

—No, en absoluto. Suena genial, Camilla.

Si mi permiso para hacer «jardinería» de verdad hubiera implicado tener un jardín, un par de semanas libres habrían estado bien, pero, tal y como estaban las cosas, que entrara un dinero extra aliviaría algunas preocupaciones.

—Acabo de enviarte los detalles. Ya deberías tenerlos. ¿Vale?

Cambié de pantalla en el móvil al correo electrónico y vi el de la agencia.

—Recibido —respondí, mientras hacía clic en el enlace para abrir los detalles—. ¡Anda!

—¿Pasa algo?

Sonaba distraída, como si ya estuviera pasando a la siguiente tarea.

—¿La empresa es Donato Solutions?

—Sí. Siempre tengo a un montón de gente suplicándome que la meta ahí, pero supe en el momento en que me llegó la oferta que eras la mejor persona para el puesto. ¡Les encantarás! Me tengo que ir. Hablamos pronto.

Y colgó.

—No puedo aceptarlo... —dije, sin mucha convicción, hacia el silencio de la habitación.

Capítulo 15

—¡Tienes que aceptarlo! —dijo Tia cuando la llamé—. ¿Cuál es el problema?

—Sabes perfectamente cuál es el problema. Es la empresa de Luca.

—¿Y? Si no recuerdo mal, una de tus preocupaciones era que los demás pensaran que habías conseguido el trabajo solo por ser amiga del jefe.

—Exacto.

—Bueno, teniendo en cuenta que aún no sabe que te largaste dando un portazo de tu último trabajo ni que estás en la lista de una agencia, puedes tachar ese motivo de la lista, ¿no?

—No me largué dando un portazo.

En realidad, sí que había dado un buen portazo. La única vez que había hecho algo así en mi vida, pero eso no venía al caso.

—Claro que sí. Y si no lo hiciste, deberías haberlo hecho. En fin. Al menos pruébalo, Bee. Te mereces algo bueno después de haberte dejado la piel en ese sitio sin futuro durante tantos años.

—Gracias por el cumplido.

—De nada.

Le hice una mueca a la pantalla, pero Tia le restó importancia con un gesto.

—¿Se lo vas a decir a Luca ahora?

—Supongo que tendré que hacerlo. —Me encogí de hombros otra vez—. Estaba hablando con él cuando llamó la agencia, así que tengo que devolverle la llamada de todas formas.

La llamada sonó durante un buen rato antes de que Luca descolgara. Hubo un breve destello de su cara antes de que se apartara otra vez; dejó el móvil apoyado en la lámpara de su mesilla de noche, lo que me ofreció una vista de él mientras iba de un lado a otro de su dormitorio y metía varias cosas en una bolsa de viaje.

—¿Interrumpo? —pregunté—. No sabía que te ibas a algún sitio.

—Cosa de última hora —me gritó desde el otro lado de la habitación—. Un par de colegas han organizado una escalada en el Peak District.

—¿Cuándo te vas?

Le vi echar un vistazo rápido a la esfera de su carísimo pero sorprendentemente sencillo reloj. Sabía que se lo cambiaría antes de irse por uno mucho más complicado que parecía hacer de todo menos preparar el té. (Esa omisión por parte de los fabricantes era un grave error, si me preguntabas a mí).

—En unos cinco minutos. ¿Todo bien?

Cinco minutos no eran suficientes para explicar la última semana. En teoría, podría decir: «Sí. Solo quería avisarte de que por fin me largué de mi curro de mierda la semana pasada y empiezo en tu empresa como empleada temporal el lunes» dentro de ese tiempo, pero sabía que Luca se detendría y querría los detalles, y no estaba dispuesta a fastidiarle el viaje.

—Sí. Nada que no pueda esperar. Te dejo con el equipaje. Pásatelo bien e intenta no caerte de ningún sitio ni dentro de él.

—Haré lo que pueda.

Luca se acercó al teléfono, me dedicó su característica sonrisa y me lanzó un beso solo ligeramente sarcástico. Me despedí con la mano y colgué.

Rápidamente, le mandé un mensaje a Tia.

Lo he llamado para contárselo. Se va de viaje a otra de sus estúpidas aventuras, así que no he tenido ocasión. Se lo diré en cuanto pueda. Por favor, ¡no te vayas de la lengua si hablas con él!

Casi de inmediato, vi que estaba escribiendo una respuesta.

¡Yo no soy una bocazas!

Tres emojis con cara de sorpresa acompañaban a esta declaración.

Vale. Solo aviso de que aún no se lo he dicho por si pensabas que sí xx

Me envió un pulgar hacia arriba seguido de un par de besos. Veinte minutos más tarde, me mandó una foto de un almuerzo que tenía una pinta deliciosa, acompañado de una copa alta de champán helado, a juzgar por la condensación del cristal. Le contesté con un gif de «ñam» y seguí con las tareas mucho más triviales y aburridas que se acumulaban a la espera de mi atención.

* * *

Me removí en mi asiento e intenté relajarme mientras Adrian hacía una pausa para servir el excelente vino que había elegido. Le había dejado elegir a él porque, al figurar solo los nombres en la carta, mi

método habitual de guiarme por la etiqueta más bonita era un poco más difícil de aplicar.

Volvió a colocar la botella de blanco con cuidado en la cubitera antes de clavar sus ojos azul pálido en mí.

—No te lo estás pasando bien, ¿verdad?

—¡No! O sea, ¡sí! Me lo estoy pasando bien.

Sentí cómo la sangre me subía a la cara, y experimenté una segunda oleada de calor al avergonzarme por estar avergonzada.

Puso una cara de desconcierto que resultó adorable.

—Vale. Esto puede sonar raro.

Cruzó las manos sobre la mesa.

—Vale.

—Es solo que estoy disfrutando y parece que la cosa va bien. O al menos eso creo...

Si mis mejillas se ponían más rojas, corría el riesgo de distraer a los aviones que aterrizaran en Heathrow.

—Yo también lo creo. —Me sonrió.

—Ah. Claro. Bien. Qué bien —atropellé las palabras, dándome una bofetada mental—. Es solo que últimamente he tenido unas cuantas citas a través de la *app* y nunca han ido tan bien.

Él enarcó una ceja inquisitiva.

—Eso es quedarse corta, la verdad.

Adrian empujó la copa ya llena hacia mí.

—Suena a que esto puede ser interesante...

Dos horas más tarde, iba traqueteando en el DLR, mirando por la ventanilla los cuadraditos de luz de los edificios de oficinas y apartamentos, y contemplando las luces brillantes del aeropuerto de London City, antes de envolverme bien con el abrigo a medida que el

tren entraba en la estación término, lista para enfrentarme al frío que se había colado durante la tarde y que ya se había asentado para pasar la noche. Durante todo el trayecto estuve pensando en Adrian, e hice todo lo posible por disimular la cara de boba de campeonato que estaba segura de tener pintada en el rostro.

Habíamos hablado, reído y comido bien. El vino había fluido con la misma facilidad, pero por suerte la comida del restaurante italiano que él había elegido había hecho un buen trabajo absorbiendo gran parte del alcohol. O al menos lo suficiente para dejarme relajada pero no borracha. Adrian era interesante y divertido, y parecía pensar lo mismo de mí; me escuchaba cuando hablaba y me hacía preguntas. Había sido... bonito. Y, tenía que admitirlo, una sorpresa. Me había acostumbrado a sentirme como una extra o, más a menudo, invisible. Eso era hasta que alguien quería algo. Entonces, por supuesto, ahí estaba yo: cuando podía ser de utilidad.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez sí tenía algo que ofrecer al mundo después de todo. Adrian se había mostrado con muchas ganas de volver a verme y se había despedido con un suave, y muy casto, beso en la mejilla. En secreto, yo había esperado algo más y desde luego no habría puesto pegas. Algo me decía que él sentía lo mismo, pero había sido un perfecto caballero... lo cual, en cierto modo, lo hacía muchísimo más sexi.

* * *

—¿Entonces le vas a volver a ver? —chilló Tia emocionada por teléfono mientras yo caminaba a paso ligero hacia el metro para empezar mi primer día como trabajadora temporal en Donato Solutions.

—Así es.

Volvió a chillar y me separé un poco el móvil de la oreja hasta que terminó.

—¿Ya has acabado? —me reí.

—Seguramente no —me devolvió la carcajada—. Me alegro muchísimo por ti, Bee.

—Solo fue una primera cita, Tia —le recordé, intentando que la emoción que burbujeaba en mi interior no se filtrara en mi tono de voz.

—Ya, pero puedo escucharlo en tu voz.

Hasta ahí llegó esa táctica, entonces.

—Estás emocionada. Y, sin ofender, pero eso es bastante inusual en ti.

—No estoy del todo segura de si ofenderme por eso o no, porque me hace parecer terriblemente aburrida, pero, como estoy de buen humor, te daré el beneficio de la duda.

Volvió a soltar esa risa tan genial que tenía.

—Gracias. ¿Cómo te sientes con respecto a hoy?

Un pequeño nudo de ansiedad se formó en mi estómago.

—Un poco nerviosa, si te soy sincera. Pero necesito un trabajo y es lo que ha salido. Al menos me dará la oportunidad de ver qué tal es trabajar allí sin necesidad de comprometerme del todo.

—Hala.

—¿Qué?

—Nada.

—Bueno, obviamente es algo. Has dicho «hala».

—Es que suenas... no te lo tomes a mal.

—Eso no suena bien.

—Lo digo con buena intención.

—Suéltalo ya, anda.

—Es que suenas un poco menos aterrorizada por todo. Como si por fin estuvieras asomando un dedo del pie por fuera de esa mantita de seguridad a la que sueles aferrarte con tantas ganas.

No dije nada, pero el hecho de que Luca hubiera hecho un comentario muy similar sobre mí y las zonas de confort estaba revoloteando por mi cerebro.

—¿Bee? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Estás enfadada?

—No. Es solo que... no me había dado cuenta de que así es como me veía todo el mundo.

—No es malo. Se llaman zonas de confort por algo. Nos gustan. Es solo que todos sabemos que tienes muchísimo más que ofrecer de lo que te estabas permitiendo. Y ahora parece que tú también te estás dando cuenta de eso. Te queremos, y es difícil verte no exprimir tu potencial. Este es un gran paso y estoy muy orgullosa de ti.

—¿Estás llorando?

—¡No! Claro que no —dijo, sorbiéndose los mocos de forma ruidosa—. Es fiebre del heno.

—Estoy bastante segura de que vas con varios meses de retraso para usar esa excusa en concreto.

—Alergia, entonces.

Sonreí de oreja a oreja.

—Te quiero, Tia.

—Y yo a ti, nena. Arrasa hoy.

—Haré lo que pueda.

—Avísame de qué tal te va con Luca.

—Mmm. Sí. Serás la primera en saberlo.

Colgamos y me dirigí hacia la entrada de la estación, pasé mi tarjeta Oyster por el lector y me subí a uno de esos trenes sin conductor que se dirigían a la City.

* * *

—Este es tu escritorio —me indicó Jo, la mujer de Recursos Humanos, mientras me acomodaba con una sonrisa y comprobaba si necesitaba algo más.

Era una experiencia nueva para mí, ya que, aunque estaba segura de que había un montón de gente agradable en Recursos Humanos por el mundo, la mayoría de aquellos con los que mis amigos y yo nos habíamos topado parecían andar un poco escasos de simpatía y empatía y, en ocasiones, hasta de humanidad. Cualidades que, en teoría, deberían ser requisitos indispensables para esos puestos. Pero parecía que Luca había encontrado para su propio departamento a alguien que reunía todas esas virtudes y más. Faltaría más.

—Normalmente el señor Donato estaría aquí para darte la bienvenida, pero hoy está fuera.

De hecho, yo ya lo sabía, y por eso estaba un pelín más relajada. Bueno, todo lo relajada que se puede estar cuando eres la chica nueva. Al salir de la estación, cuando mi móvil recuperó la cobertura, me había entrado un mensaje de Luca diciendo que se iban a tomar un día más para seguir escalando y que, sí, seguiría haciendo todo lo posible para no caerse. Le había mandado una respuesta rápida

deseándole que se lo pasara bien, justo antes de empujar una pesada puerta de cristal para entrar en el vestíbulo de su edificio.

—Ah, no pasa nada —respondí.

—Seguro que viene a verte en cuanto vuelva —añadió Jo—. Se empeña en conocer a todo el personal nuevo. Es un jefe fantástico. Siempre tiene tiempo para todo el mundo.

Sonreí, sintiéndome un poco incómoda. ¿Debería decirle que lo conocía? Si no lo decía ahora, ¿se preguntaría por qué me lo había callado cuando se enterara? Pero también quería demostrar que había conseguido el puesto, aunque fuera de *temp*, por mis propios méritos y no solo por ser colega de Luca. Por muy amable que fuera la gente, la naturaleza humana tiende a pensar que no importa lo que sabes, sino a quién conoces. ¡Uf! ¿Qué debería hacer?

—¿Te apetece un té o un café?

—¡Ah! Mmm, no. Estoy bien, gracias. Llevo agua en el bolso.

—Vale. Bueno, no olvides que hay una gran variedad de bebidas y tentempiés en la cocina. Sírvete tú misma.

—Gracias, lo haré.

—Ah, aquí está Colin. Él te preparará todo lo necesario para trabajar. Colin, esta es Bee, nuestra salvadora informática —rio ella, tocándome el hombro—. Le he dicho que tú la instalarías.

Colin sonrió y me estrechó la mano mientras Jo se volvía hacia mí.

—Mientras tanto, estoy en la extensión 232. Si tienes cualquier duda, dame un toque.

—Gracias, Jo. Lo haré.

—Muy bien —dijo Colin mientras Jo se alejaba, con su impecable moñito rebotando alegremente—. He visto tu currículum, así que

estoy bastante seguro de que ya podrías darme mil vueltas, pero te prepararé todo para que puedas empezar.

—Seguro que no es para tanto. —Sonreí, sintiéndome un poco incómoda.

Colin rio con naturalidad.

—De verdad que sí, pero no pasa nada. Me gusta lo que hago y lo hago bien, así que todos contentos.

—Me parece justo.

Sonrió, acercó una silla y se dispuso a enseñarme los entresijos del sistema.

* * *

Las cinco llegaron mucho más rápido de lo habitual y, por una vez, no estaba deseando salir corriendo por la puerta, suspirando de alivio porque otra jornada laboral hubiera terminado. La verdad es que lo había disfrutado, lo cual era una sensación novedosa. Me había concentrado y había sacado el trabajo adelante, pero no me sentía exhausta como de costumbre mientras caminaba de vuelta a la estación para coger el tren a casa. Un torbellino de emociones burbujeó en mi cuerpo al pensar que había desperdiciado todos esos años en un trabajo sin futuro que odiaba, simplemente porque, como había dicho Tia, era demasiado insegura como para poner un pie fuera de mi zona de confort. Ya me encantaba lo que estaba haciendo en Donato Solutions, pero seguía siendo consciente de que aún no le había dicho a Luca que había dejado mi antiguo trabajo, y mucho menos que había empezado a hacer de *temp* en su empresa. Además, todos habían sido superamables... ¿Cambiaría la cosa cuando se enterasen de que era íntima de Luca? Estaba claro que

era muy popular, pero no dejaba de ser el jefe; no quería que pensaran que era una espía infiltrada.

—Le estás dando demasiadas vueltas —dijo Tia cuando se lo solté mientras preparaba algo de pasta para cenar. Por una vez, no me estaba atiborrando de un plato precocinado al microondas. Vale, solo era pasta con salsa, pero no dejaba de ser un avance.

—¿Tú crees?

—Sep. Como siempre.

—Gracias.

—De nada. ¿Has hablado ya con Luca?

—No. Me ha mandado un mensaje diciendo que nos pondremos al día mañana, ya que no volverán hasta tarde esta noche.

—Ah.

—Sí. Ah. No creo que espere ponerse al día conmigo en su propia oficina.

—Se lo tomará bien.

—Es que no quiero que sienta que he hecho algo a sus espaldas.

—Ya estás otra vez. Deja de preocuparte. Y ahora, ¿cuándo vuelves a ver al tal Adrian?

Capítulo 16

Luca parpadeó y volvió a mirarme, en una reacción casi cómica, cuando me vio sentada en el escritorio de sus oficinas a primera hora de la mañana siguiente. Le hice un pequeño saludo con la mano, un tanto avergonzada, y esbocé una sonrisa forzada mientras él cambiaba de rumbo y echaba a andar hacia mí. Alguien lo interceptó y pude ver cómo intentaba concentrarse en la charla, pero no dejaba de mirarme de reojo, como si quisiera clavarme en el sitio con la mirada hasta obtener una explicación de qué estaba haciendo allí. Le dio una palmadita en el brazo al chico con el que estaba hablando y reanudó sus largas zancadas hacia mí.

—Hola —dije con toda la normalidad que fui capaz de aparentar.

—Hola —respondió él, con una expresión a medio camino entre una sonrisa y la más absoluta de las confusiones.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien —contestó distraído—. Muy bien.

—Excelente.

Se hizo una larga pausa y Luca se inclinó un poco sobre mi escritorio; bajó la voz.

—No te lo tomes a mal, pero ¿qué demonios haces aquí?

—Trabajar.

Pestañeó, frunció el ceño y volvió a pestañear.

—Pero... tú no trabajas aquí.

—Ahora sí. Bueno, al menos durante las próximas dos semanas.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Se irguió.

—Vale. Estoy muy confundido. ¿Quieres venir a mi despacho y explicarme las cosas con un poco más de claridad?

Eché un vistazo a mi alrededor con disimulo.

—¿No va a quedar un poco raro que metas a la *temp* en tu despacho a los dos minutos de conocerla?

—Bee. Te conozco desde que tenías cinco años, no desde hace dos minutos.

Hizo un gesto señalando su despacho, un enorme cubo de cristal al fondo de la sala.

—Además, siempre intento conocer a todo nuestro personal. No quedará raro.

—Entonces, ¿por qué está todo el mundo intentando no mirarnos fijamente?

—No lo están haciendo. Solo estás paranoica, como de costumbre. Venga. No me obligues a despedirte en tu segundo día.

—Ja, ja. Qué gracioso.

Estaba claro que lo decía en broma, pero no pude evitar que el estómago me diera un vuelco al resurgir mis antiguas reticencias sobre trabajar para Luca.

—Estaba bromeando. —Luca suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Ya lo sé.

—Pues intenta decírselo a tu cara. —La sonrisa de Luca asomaba de nuevo.

Tenía que trabajar mi indiferencia.

Luca cerró la pesada puerta de cristal a mis espaldas y me señaló la silla frente a su escritorio mientras él se sentaba en la suya, una

butaca grande de cuero suave como la mantequilla, y echaba un vistazo rápido a los memorandos y el papeleo apilados cuidadosamente sobre la mesa de madera de fresno pálido.

—Bueno, ¿de qué me he perdido? ¡Solo he estado fuera cuatro días!

—Mmm... Bueno, digamos que dejé mi trabajo.

—¿«Digamos que dejaste» tu trabajo o lo dejaste de verdad?

—Lo dejé de verdad.

—¿Cuándo?

—Hace poco más de una semana —solté sin tapujos. Ya no tenía sentido andarse por las ramas.

Las cejas se le dispararon hasta la raíz del pelo.

—¿Hace una semana? Y me entero ahora.

—Parecías distraído con tus cosas últimamente.

—Habría tenido tiempo para esto.

—Estuve a punto de decírtelo el viernes, pero cuando te devolví la llamada, después de que me avisaran de que querían a alguien temporal aquí, estabas saliendo a toda prisa por la puerta y no quise retrasarte.

—Deberías haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Porque esto es importante.

Me encogí de hombros.

—No es para tanto. —Le miré a la cara—. A menos que te parezca mal que esté aquí.

—Me lo parece.

—Ah.

—Pero no por el motivo que estás pensando, a juzgar por tu cara. Ya sabes que llevo años intentando traerte aquí y siempre te has negado. Solo tengo curiosidad por saber qué suceso trascendental ha ocurrido para que dejaras ese trabajo sin futuro y te vinieras aquí.

Dejé escapar un profundo suspiro.

—Me llamaron al despacho de la jefa para decirme que, una vez más, no me iban a dar un aumento de sueldo ni un plus. Varios de mis compañeros sí lo recibieron, a pesar de que siempre era yo la que arreglaba sus desastres y les sacaba las castañas del fuego.

—Deberías haber dejado que limpiaran sus propios desastres.

—Ya lo sé. Pero no soy así. Además, de alguna manera, todo habría acabado salpicándome a mí.

—Pero, corrígeme si me equivoco, esa situación lleva dándose bastante tiempo. Ni siquiera recuerdo la última vez que te dieron un aumento o un plus. Así que, ¿por qué ahora?

—Supongo que simplemente tuve un mal día.

Luca ladeó la cabeza y levantó una ceja. A veces, que la gente te conozca tan bien puede resultar increíblemente fastidioso.

—Vale. Estaba disgustada porque nos habíamos peleado...

—No nos habíamos peleado —afirmó Luca con rotundidad.

—Pues a mí me lo pareció.

Negó ligeramente con la cabeza.

—¡Pues sí! En fin, yo ya no estaba en mi mejor momento y luego pasó eso, y supongo que fue la gota que colmó el vaso.

—Me alegro.

—¿Que te alegras? —repetí—. ¡Pues no es para tanto! Dudo mucho que vayan a escribirme una recomendación decente a corto

plazo después de haberme largado dando un portazo.

Sus dientes blancos resaltaron contra el suave tono oliváceo de su piel cuando esbozó una amplia sonrisa.

—¿Pegaste un portazo?

Intenté no sonreír, pero con Luca mirándome así, era difícil no hacerlo.

—Puede que sí.

—Lo hiciste. ¡Te largaste dando un portazo!

Su carcajada llenó el despacho y, al otro lado de las paredes de cristal, vi a unas cuantas personas girar la cabeza con un disimulo bastante fingido.

—¡Chist! Estás llamando la atención.

—¿Acabas de mandar callar a tu nuevo jefe?

—No. He mandado callar a mi viejo amigo. Es completamente distinto.

Luca volvió a reírse.

—Pero ¿cómo has acabado aquí? O sea, obviamente siempre tuviste la puerta abierta, pero...

—¡En la agencia no saben que te conozco! No lo he conseguido así. La semana pasada fui a un montón de entrevistas para puestos fijos y luego, cuando hablaba contigo el viernes, me llamaron de la agencia y me dijeron que tenían un puesto de *temp* aquí para un par de semanas.

—Cuando no contrato directamente a alguien, me he dado cuenta de que es una buena manera de poner a prueba a la gente y ver si encajan.

—Tiene sentido. —Dudé.

—Estuve a punto de no aceptarlo.

—¿Por qué?

—Por todas las razones que te he enumerado a lo largo de los años.

—¿Y qué tiene de diferente esta vez?

—Que tengo facturas que pagar y no tengo trabajo. A falta de pan, buenas son tortas.

No dijo nada.

—Eso ha sonado fatal.

—No estoy seguro, pero lo dejaré pasar. Lo importante es que estás aquí. Solo que ojalá me hubieras contado que dejaste tu otro trabajo cuando pasó. Como dijiste el otro día, creía que nos contábamos todo.

—Y lo hacemos. Casi todo. —Le dediqué una mirada significativa y un leve rubor le tiñó las mejillas.

—Entendido. Pero esas eran circunstancias especiales.

Me encogí de hombros.

—Estas también. Sabía que querrías arreglarlo dándome un puesto aquí y nunca sentiría que me querían por lo que valgo y por mis habilidades.

—¡Precisamente por eso te quiero aquí! —exclamó Luca, levantando los brazos justo en el momento en que una mujer alta y esbelta, con un cabello rojo fuego y un cuerpo de infarto, llamó a la puerta y entró sin esperar a que la invitaran. Mantuvo un semblante inexpresivo, pero yo había visto cómo sus ojos iban de mí a Luca al escuchar semejante declaración. Genial. Fantástico.

—Siento interrumpir, Luca. Solo quería recordarte que a las once tienes una reunión con el señor Takahashi sobre el proyecto de Tokio.

—Sí. Gracias, Carrie.

Ella asintió, me dedicó una breve sonrisa y luego se dio la vuelta para salir de la sala, dejando entrever el destello rojo de la suela de sus tacones de diez centímetros.

—Guau.

—¿Qué?

—Es espectacular.

—Es una buena asistente personal. Eso es lo único que me importa.

—Y da la casualidad de que es un cañón. ¿Cómo es que nunca habéis estado juntos?

—Sería demasiado complicado. Además, nunca mezclo los negocios con el placer.

Le saludé con la mano, irónica.

—Tú eres diferente —se justificó.

—¿Por qué?

—Porque...

—Espero que seas un poco más erudito en tu reunión de las once.

—Sabionda.

—Entonces, ¿por qué es diferente?

—Porque lo es. Eres excelente en lo que haces y te conozco de toda la vida. No es lo mismo que...

Buscó las palabras adecuadas.

—¿Amigos con derecho a roce?

—Algo así.

—Pero ¿y si es la mujer de tu vida?

—No lo es.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Está prometida con un tipo con pinta de vikingo llamado Olaf.

—¿Olaf?

—Olaf. ¿Podemos cambiar de tema?

—Sí, supongo. Tengo que irme y seguir con mi trabajo antes de que me despidan.

—No te van a despedir.

—Solo llevo aquí dos días. Aún hay tiempo de sobra.

—¿Para que te largues dando un portazo?

—No sería la primera vez.

—Bueno. Me alegro muchísimo de que por fin reunieras el valor para pegar ese portazo y les dijeras por dónde se podían meter su trabajo. Me daba muchísima rabia ver cómo se aprovechaban de ti durante tanto tiempo. Pero espero que aquí no encuentres ningún motivo para marcharte, ahora que por fin hemos conseguido que entres por la puerta. ¿Te está gustando lo que haces?

—Obviamente todo es nuevo pero, por lo que me han enseñado y las tareas que tengo ahora mismo, sí —respondí con sinceridad—. La verdad es que sí. Sienta muy bien poder volver a usar la cabeza en el trabajo.

Sonrió y echó la silla hacia atrás. Yo también me levanté y me di la vuelta para ir hacia la puerta. De repente me giré de nuevo, sin darme cuenta de que Luca me había seguido, y reboté contra su ancho pecho. Unas manos grandes y cálidas me agarraron por la cintura y me estabilizaron por un segundo.

—Siento no habértelo contado todo antes. Fue muy raro no hacerlo. Es que ha sido una semana un poco extraña.

—Lo sé. Y sé que gran parte de la culpa es mía. Lo siento.

Fui a tirar de la puerta de cristal, pero Luca se adelantó y me la abrió.

—Gracias.

—Luego nos ponemos al día.

—Vale. Suerte con la reunión.

—Gracias.

Levantó la mano con los dedos cruzados y yo sonreí antes de volver a mi sitio. Por inercia, agaché la cabeza intentando no llamar la atención. Pero algo hizo clic en mi cabeza. No había hecho nada malo. Vale, conocía al jefe. ¿Y qué? No era así como había conseguido el puesto. Haciendo un esfuerzo monumental, levanté la barbilla, fijé la vista en mi escritorio y caminé hacia él. Me había pasado años siendo invisible en el trabajo. Ya iba siendo hora de que eso cambiara.

* * *

—¿Te vienes a cenar a casa? —preguntó Luca mientras yo recogía mis cosas al final de la jornada. Los escritorios de alrededor estaban vacíos, ya que me había quedado un rato más para terminar una tarea pendiente.

—Me encantaría. —Le sonreí y Luca me devolvió la sonrisa; el brillo de sus ojos destacaba bajo la cálida luz ecológica de la oficina. Los horribles tubos fluorescentes de mi anterior trabajo, junto con los dolores de cabeza que solían provocarme, eran otra de las cosas que no echaba de menos en absoluto—. Pero tengo una cita.

—¡Ah! —Su sonrisa se apagó por un instante—. Claro. En otra ocasión será.

—Sin duda. Aunque me sorprende que tú no tengas planes, la verdad.

—Nadie me ha llamado la atención.

Le dediqué una mirada de incredulidad mientras metía el móvil en el bolsillo lateral del bolso.

Se encogió de hombros.

—Es la verdad.

—Estoy segura de que tendrás otra legión de posibles candidatas en cuanto vuelvas a mirar tu bandeja de entrada dentro de unos cinco minutos. —Sonreí de oreja a oreja.

—Ja, ja. ¿Y con quién has quedado?

—Se llama Adrian.

Luca arrugó la nariz.

—¿Qué pasa?

—Que no te veo con un Adrian.

—¿Ah, no? ¿Y con quién me ves?

Se encogió de hombros.

—Menudo argumento.

—¿A qué se dedica?

—Sector financiero.

—Eso abarca muchos pecados.

Capítulo 17

—Vale. Es bróker.

Luca les tenía cierta manía a los brókeres desde que uno corrupto había desviado un montón de dinero de varias cuentas, incluidas la suya y las de algunos amigos suyos, y se había fugado a Río de Janeiro con el botín. Los intentos de extradición seguían siendo complicados y prácticamente ya se había despedido de su dinero. Por suerte, no había perdido gran cosa en términos generales, pero otro amigo suyo lo había perdido casi todo, incluida su prometida poco después, a la que claramente no le hacía gracia la vida que le esperaba en comparación con la que había planeado. Luca y los demás habían intentado consolarlo diciéndole que era mejor descubrir ahora las verdaderas motivaciones de la chica, pero el asunto le había dejado un mal sabor de boca.

—¡Precisamente por eso no te lo había dicho!

—¿Qué? Si no he dicho nada.

—Ni falta que hace. Lo llevas escrito en la cara.

—¿Primera cita?

—No. La tercera.

La segunda había sido hacía unos días, cuando quedamos para comer algo después de que él saliera de trabajar y nos pasamos toda la tarde charlando y riendo. Cuando me propuso la tercera cita, me sorprendió lo ilusionada, y emocionada, que estaba.

—Vaya. Ya veo.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—Claro que significa algo, pero voy a llegar tarde y, de todos modos, lo más seguro es que no quiera oír lo que crees que significa, así que mejor me voy.

—¿Dónde has quedado con él?

—En el Bar Rodin.

Asintió.

—No es una mala elección.

—Cuánto me alegro de que lo apruebes.

Se dignó a esbozar una sonrisita.

—Aunque gracias por la invitación.

—Faltaría más. Ya sabes que eres bienvenida cuando quieras.

Miré el reloj de pared, le di un abrazo rápido a Luca, ya que la oficina estaba vacía en ese momento, y me dirigí hacia la puerta.

—Avísame cuando llegues a casa, ¿vale?

Me despedí con la mano para confirmarlo y me marché.

* * *

—Y bueno, ¿qué tal el nuevo trabajo? —preguntó Adrian mientras me sentaba en el taburete a su lado, esta vez de una forma que no le enseñó las bragas a todo el bar.

—Bien. A ver, solo llevo dos días, pero por ahora bien.

—Mejor que el sitio anterior, entonces.

—Sin duda. Aunque seguramente sería difícil encontrar un sitio que no lo fuera.

—Ese tal Donato parece tener la cabeza muy bien amueblada. Parece que tiene el toque del rey Midas.

—Ha trabajado duro para llegar a donde está.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Solo que parece demasiado bueno para ser verdad.

—Te aseguro que no lo es.

Adrian me miró.

—Pareces bastante fan.

—En realidad, es mi amigo.

—Ah, ¿sí?

—Pero no fue así como conseguí el trabajo. Ni siquiera sabía que me habían dado el puesto hasta que llegó hoy a la oficina.

Adrian sonrió. Era una bonita sonrisa. No era despampanante, de esas de estrella de cine como la de Luca, pero poca gente tenía el privilegio de nadar en esa zona vip de la piscina genética. Pero la sonrisa de Adrian me gustaba. Adrian me gustaba, y punto.

—Mejor hablemos de ti —dije, apoyando la barbilla en la mano. Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada antes de inclinarse hacia mí.

—He estado pensando en ti todo el día. —Su voz sonó grave e íntima, muy cerca de mi oreja.

Sentí que me ruborizaba, y un calor burbujeante me inundó todo el cuerpo.

—¿Ah, sí?

—Oh, sí —respondió, con los labios todavía cerca de mi oreja, antes de apartarme el pelo suavemente con una mano y rozar sus dedos contra mi mandíbula. El burbujeo aumentó y, sin pensarlo, me incliné más hacia él. Sentí su sonrisa contra mi cuello.

—¿Nos vamos a otro sitio?

Hablar parecía estar temporalmente descartado, así que asentí y le oí reír por lo bajo. Cogiéndome de la mano, dejó unos billetes

sobre la barra y esperó mientras yo me bajaba del taburete. Por el destello en su rostro, supongo que no logré mantener exactamente el mismo nivel de decoro que había tenido antes.

—Si hubiera sabido que iba a haber taburetes altos de por medio, me habría puesto un vestido más largo.

Adrian sonrió de oreja a oreja.

—Créeme, no me quejo.

Choqué con él y su otra mano se deslizó hasta mi cintura.

—¿Adónde quieres ir?

—Me da igual.

Y, por una vez, era verdad. Por una vez, no sentí la necesidad de planearlo todo. De prepararme para cualquier eventualidad. Me dejé llevar por el momento, y me encantaba.

* * *

Lo que no me encantaba era la resaca monumental que ahora mismo me rebotaba en el cerebro. El champán había parecido una buena idea mientras me relajaba en aquel restaurante de lujo con Adrian. Él había señalado con la cabeza a un grupo de personas en una mesa cerca de la ventana.

—Estrellas de *realities* —comentó, con un tono de voz que no ocultaba que no lo aprobaba precisamente.

—Ah, ¿sí? La verdad es que no veo nada de eso.

—Sabía que me gustabas por algo. —Sonrió.

—Espero que no sea la única razón —repliqué, envalentonada por el cóctel de antes, al que ahora estaba dando alcance con una copa de Cristal helado.

Un destello de calor asomó a sus ojos y, por debajo de la mesa, una mano cálida me tocó el muslo con cautela. ¿Debería apartarla? La cuestión era que no quería hacerlo. Quería esto. Nunca había sido de las que disfrutan siendo el centro de atención, y seguía sin serlo. Pero ser el centro de atención de una sola persona, de alguien por quien empezaba a sentir cosas de verdad, resultaba embriagador y maravilloso. Me hacía sentir *sexy*. Ni siquiera estaba segura de saber que podía sentirme así. Siempre me había parecido que no terminaba de dar la talla. Pero esta noche, aquí, ahora, sí me sentía así. Puse mi mano sobre la suya y entrelacé nuestros dedos. Su mano subió un poco más.

—Desde luego que no.

* * *

—Madre mía. Tienes un aspecto de mierda.

La voz de Luca rompió la burbuja de silencio que estaba intentando construir a mi alrededor en la oficina.

—¿No ibas a avisarme cuando llegaras a casa para que supiera que estabas a salvo?

Levanté la vista del escritorio y me encontré con sus ojos oscuros, donde se mezclaban la irritación y la preocupación. Sus labios carnosos formaban una línea severa y llevaba la camisa gris hielo abierta por el cuello, dejando a la vista un triángulo de piel suave y bronceada.

—Ah. Sí. Claro. Lo siento. Se me olvidó. Se me hizo un poco más tarde de lo que pensaba.

¿Estaba gritando? A mí me lo parecía. Me daba la sensación de que todo el mundo estaba gritando.

—Ya veo.

No respondí.

—No creo que sea muy buena idea presentarte en tu tercer día en un trabajo nuevo con una resaca de campeonato, Bee.

Levanté la cabeza de golpe, un movimiento del que me arrepentí al instante, ya que, por lo visto, mi cerebro se había soltado de sus amarras en algún momento durante la segunda botella de champán y ahora rodaba sin sujeción por el interior de mi cráneo.

—Exactamente por esto es por lo que no quería trabajar aquí —susurré—. Pero no te preocupes. Soy más que capaz de hacer mi trabajo. Siento tener dolor de cabeza, pero no me hace gracia que des por hecho que es resaca.

Evidentemente, era una resaca de proporciones épicas, pero no pensaba admitirlo.

—Ya veo —dijo Luca, viendo claramente lo que le daba la gana, que, en realidad, probablemente fuera la verdad. No tenía intención de emborracharme. Nunca me había presentado a trabajar con resaca. Simplemente... pasó. Pero, claro, tenía que pasarme hoy. Aquí—. A lo mejor sería preferible que te cogieras el día libre para recuperarte.

—No. Estoy bien. Gracias. Me he tomado unas pastillas para el dolor de cabeza y seguro que hacen efecto enseguida.

Me arriesgué a levantar la vista y me encontré con los ojos de Luca clavados en mí. Se inclinó sobre el escritorio un momento.

—Si así es como te deja este tío, no creo que te convenga. En cualquier otro sitio podría haber hecho que te despidieran.

—¡Él no me obligó a beber! —le solté, olvidando por un momento que se suponía que estaba negando lo de la resaca.

—Ese no es el problema. Sabe que acabas de empezar en un trabajo nuevo y las primeras impresiones cuentan. —Dejó un vaso grande de agua en mi escritorio—. Bébete esto y tómate más paracetamol en cuanto puedas. Y come algo. Hay de todo en la cocina. Te ayudará.

Dicho esto, giró sobre sus caros zapatos y caminó a grandes zancadas entre los escritorios de vuelta a su despacho. Cerró la puerta sin mirar atrás y se sentó. Tenía la mandíbula apretada e irradiaba tensión. Le había decepcionado. La fe que había depositado en que yo sería un miembro valioso para su equipo claramente se había tambaleado y, al ver mi reflejo en un panel de espejo de la pared que había cerca, la verdad es que apenas podía culparle.

Luca estaba hablando por teléfono cuando me marché esa tarde y, tras intercambiar unos cuantos mensajes con Adrian —un par de los cuales me pusieron tan roja como el pequeño tren rojo del DLR en el que iba ahora mismo—, apagué el móvil, entré en mi piso y me fui directa a la cama.

* * *

Cuando encendí el teléfono a la mañana siguiente, sintiéndome bastante más humana, vi que me habían llegado varios mensajes perdidos de Luca. Cerré la puerta de la calle a mis espaldas y marqué su número.

—Hola.

—Hola.

—He visto tus mensajes. Lo siento. Tenía el móvil apagado.

—No pasa nada. No pretendía interrumpir tu velada. Solo quería saber cómo estabas.

—No interrumpiste nada. Llegué a casa y me fui directa a la cama.

—Ah. —Hizo una pausa—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias. Voy de camino al trabajo. Suponiendo que aún tenga un puesto ahí.

—Por supuesto que lo tienes.

—Menos mal.

—Simplemente creo que es un poco irresponsable por parte de Adrian... —dijo con cierto retintín al pronunciar su nombre— ...poner en peligro tu trabajo.

—Simplemente nos dejamos llevar un poco.

Se hizo el silencio por un momento.

—Ya.

—Luca, ¿te pondrías así si estuviera trabajando en otro sitio?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Vale. ¿Pero puedes dejarlo ya? Fue un error, lo sé, pero tú tampoco eres perfecto.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Lo sé, pero ya me sentía mal y lo estás empeorando.

Me dirigí hacia un asiento libre justo cuando una mujer con un bolso gigantesco, y el móvil en altavoz, se me cruzó y se dejó caer en él.

—Será posible...

—¿Qué pasa?

—Parece que esta mañana llevo puesta la capa de invisibilidad otra vez.

—Pues quítatela.

Esa era siempre la respuesta de Luca cuando decía algo así. Nunca se lo tomaba en serio, y me frustraba que pensara que era tan fácil cambiar. Él nunca había sido invisible para la gente. Su familia se había encargado de ello, y su confianza tenía unos cimientos muy sólidos. Mis cimientos, en cambio, estaban construidos sobre arena, deslizándose bajo mis pies cada vez que intentaba afianzarlos. Pero quizá algún día eso cambiara. Había probado un pedacito de ello con Adrian. A lo mejor eso era lo que hacía falta. Que alguien creyera que valía la pena fijarse en ti. A ver, Luca siempre lo había dicho, pero le conocía desde hacía tanto tiempo que era diferente. Estaba claro que él diría algo así. Pero Adrian era imparcial y se había fijado en mí. Se había fijado de verdad, y cuando estaba con él, por primera vez, sentía que me veían. Aunque Luca no le diera el visto bueno, lo haría en cuanto le conociera. Estaba segura.

* * *

—No me gusta —dijo Luca en cuanto Adrian desapareció para contestar a una llamada.

Unos cuantos habíamos improvisado una quedada rápida en el pub antes de separarnos cada uno por nuestro lado. No era un encuentro planeado, y le había pedido perdón a Adrian antes de que llegara demasiada gente, diciéndole que nos podíamos ir si quería.

—No quiero que pienses que te estoy forzando a conocer a mis amigos —me había agobiado yo, dudando en la puerta.

Él le había restado importancia con un gesto, me había apartado el pelo de la cara y, en lugar de contestar, me había besado, tirando de mí hacia él al hacerlo. ¿Qué pensaría mi madre de mí, ahí plantada a plena luz del día (vale, debajo de una farola con el frío de finales de otoño), morreándome con un hombre? Pensé que probablemente estaría horrorizada, y sonreí contra sus labios.

—¿De qué te ríes? —me preguntó.

—De nada —respondí, apoyándome en él, dispuesta a sonreír de nuevo.

—Buenas noches.

El tono grave de Luca rompió el momento y me eché hacia atrás, un poco sobresaltada.

—¡Luca, hola!

Sus ojos estaban fijos en mí; sonrió, pero había algo raro en esa sonrisa. Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Ehm, este es Adrian.

—Me lo había imaginado —dijo, tendiéndole la mano, que Adrian aceptó—. Luca Donato. Un amigo de Bee.

—Hola. —Adrian asintió—. Encantado de conocerte. Estábamos a punto de entrar. ¿Te pido algo de beber?

—Claro.

Luca dio un paso adelante, nos sujetó la puerta a los dos y entró detrás de nosotros.

* * *

—¿Por qué no? —pregunté, bajando el tono todo lo que pude hasta convertirlo en un susurro en medio de aquel ruidoso pub.

—No lo sé. Tiene algo.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio. Ten cuidado.

—Sé lo que me hago, Luca.

Se recostó en la silla, asintió y levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Es que no le conoces lo suficiente.

Volvió a asentir y yo me di por vencida, poniéndole una mueca a Tia justo en el momento en que Adrian volvía a unirse a nosotros, mirando el reloj.

—Será mejor que nos vayamos si queremos llegar a esa reserva en Nobu.

Por el rabillo del ojo, vi que Luca ponía los ojos en blanco.

—¡Genial! —dije, levantándome y cogiendo el bolso. Abracé a Tia y me despedí de los demás con la mano. Tia le dio un codazo a Luca, que se había girado en la silla y estaba charlando con una rubia de piernas kilométricas de la mesa de al lado.

—Adiós, Luca.

Se despidió con un gesto rápido de la mano y volvió a su conversación. Miré a Tia, que parecía tan incómoda como me sentía yo. Luca nunca dejaba que sus amigos se marcharan sin darles un abrazo o un beso en la mejilla.

Cuando salimos a la calle, miré el mensaje que me había llegado al móvil.

> Pasa de él. Solo está distraído. A esa tía le llegan las piernas a las axilas y siguen para arriba.

Bendita fuera Tia por intentar suavizar la situación, pero las dos sabíamos que Luca no estaba actuando como él mismo, y ninguna

de las dos sabía por qué. Sin embargo, no pensaba dejar que eso arruinara mi velada. En su lugar, me giré hacia alguien que sí tenía el tiempo y las ganas de estar conmigo, y me acurruqué contra Adrian mientras paraba un taxi y nos subíamos en él.

Capítulo 18

—Pareces nerviosa —dijo Adrian en voz baja, deteniéndose mientras sus manos se movían con destreza, bajando despacio la cremallera de mi vestido—. No tenemos que hacer esto, ¿lo sabes, verdad?

Me giré, tiré de él hacia mí y lo besé, dándole todas las indicaciones necesarias para continuar.

Justo cuando sus manos empujaban la tela vaporosa de mis hombros, una melodía estridente y odiosa empezó a resonar por todo el apartamento.

—Es el teléfono del trabajo. Voy a ignorarlo —dijo, agachando la cabeza para besarme el hombro, pero había tensado la mandíbula y se notaba que su mente no estaba centrada en la tarea. El sonido cesó y la paz volvió a reinar. Pero el momento duró poco, ya que el ruido no tardó en empezar de nuevo.

—Deberías cogerlo —dije, dando un paso atrás.

—De verdad que no quiero —rebatió. Sus ojos, por no mencionar otras partes de su anatomía, me dejaron claro que lo decía en serio.

—Lo sé. Pero parecen bastante insistentes. Podría ser importante. —Adrian me sostuvo la mirada un instante, luego cruzó a grandes zancadas el salón de concepto abierto y cogió el teléfono de una mesita auxiliar de cristal.

—¿Sí? —espetó.

Me quedé donde estaba mientras hablaba, soltando preguntas a gritos y algún que otro improperio. Sintiéndome un poco incómoda y expuesta, me volví a subir sutilmente los tirantes del vestido.

—Llegaré lo antes posible. ¡No hagáis nada más! —Apretó la pantalla del teléfono con brusquedad para colgar y se giró hacia mí.

—No pasa nada —dije antes de que pudiera abrir la boca.

—Bee, lo siento muchísimo. Alguien ha metido la pata en los mercados extranjeros y puede que le acabe de hacer perder varios millones a uno de mis clientes.

—Entonces sí que tienes que irte de verdad. —Sonreí—. En serio, no te preocupes. Espero que consigas arreglar el desastre.

—Joder. ¡Yo también! —Se abrochó los pocos botones que yo había deshecho, se atusó un poco la ropa y cogió la chaqueta de donde la había tirado antes sobre el respaldo de una silla, asomándose a uno de los grandes ventanales que, imaginaba, inundarían de luz el apartamento en los días despejados—. Está cayendo la del pulpo. Deja que al menos te pida un coche. —Adrian disfrutaba de un servicio exclusivo de limusinas como beneficio de empresa.

—Gracias, sería genial. Aunque tal vez un paseo me ayude a refrescarme un poco. —Me reí, sintiendo cómo se me teñían de rosa las mejillas.

Se detuvo un instante, me rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí.

—Prefiero que estés caliente —susurró en mi oído, y el tono rosado evolucionó hasta convertirse en un rojo buzón intenso. Al separarse, me miró a los ojos—. Retomaremos esto en otro momento, ¿vale?

Asentí, sintiéndome algo cohibida y deseando poder mostrarme mucho más segura y confiada, contraatacando con alguna réplica ingeniosa. Adrian me soltó y recogió nuestros abrigos del suelo,

donde los habíamos tirado antes, ayudándome a ponerme el mío mientras salíamos a toda prisa del apartamento.

—Tu coche debería llegar de un momento a otro —dijo, al ver que el que había pedido a través de su *app* exclusiva se acercaba por la calle.

—Gracias. Suerte con los millones. —Me besó en la mejilla, levantó los dedos cruzados y salió corriendo desde el resguardo de la marquesina hacia el coche que lo esperaba.

Me abracé a mí misma mientras veía cómo las luces traseras desaparecían tras la cortina de lluvia y se perdían al doblar la esquina. Agradecía que Adrian me hubiera ofrecido pedir el coche. El viento estaba arreciando y la lluvia caía casi de lado cuando me apresuré hacia el elegante vehículo negro que se detuvo, cuyo conductor me informó de a quién venía a recoger. El recuerdo de mis padres resoplando si necesitaba que me llevaran a alguna parte seguía rondando por el fondo de mi mente; nunca había sido capaz de quitármelo de encima. Siempre había sentido que era un estorbo en sus vidas y ellos no habían hecho el menor esfuerzo por disipar esa idea. Me había apuntado a un par de clubes extraescolares, pero la vuelta a casa en autobús siempre corría por mi cuenta.

Si era uno en el que también estaba Luca, sus padres me recogían y me llevaban a casa, repitiéndome una y otra vez que no era ninguna molestia. Cuando tuve mi recital de ballet a final de curso, mis padres no asistieron. Me asomé a su calendario y vi que ya tenían un compromiso esa noche. Era solo una cena informal con amigos que fácilmente se podría haber pospuesto de haberlo querido así, pero para entonces ya había aprendido que si había algo anotado en el calendario, la decisión era inamovible. En las raras

ocasiones en las que tenían el día libre, mi madre solía estar descansando. Por lo visto, llevar una vida social ajetreada era agotador. Los Donato, sin embargo, habían venido todos. Hasta el último de ellos, animando y gritando de alegría cuando salí al escenario. Les mandaron callar, lo que nos hizo reír a todos, relajándome y dando como resultado, según mi profesora, una de mis mejores actuaciones.

Aquello me había animado a continuar con las clases al entrar en la universidad, cosa que hice, y me encantaba. Por supuesto, aquello se frenó en seco, junto con el resto de mis estudios, cuando volví a casa después del accidente de papá. A veces sentía como si alguien hubiera puesto mi vida en pausa aquel día y yo todavía siguiera intentando encontrar el botón de reproducir. Quizás esta noche, todo esto con Adrian, fuera un comienzo. Pero había algo que me rondaba la cabeza y no terminaba de descifrar. Lo aparté, descartándolo como simples nervios, y puse rumbo a casa.

* * *

—¡Madre mía! ¡Vaya tela con el don de la oportunidad! —exclamó Tia cuando la llamé desde el coche.

—Lo sé. Aunque supongo que podría haber sido peor. —Dejé que su imaginación rellenara esos huecos en concreto.

—¡Prefiero ni pensarlo! —Me reí por lo bajo.

—Y bien, ¿qué tal iba la cosa antes del *phonus interruptus*?

—Estaba siendo… agradable.

—Ay, no.

—¿Qué pasa?

—¿Agradable? Tienes que admitir que ha pasado bastante tiempo desde la última vez que llegaste tan lejos con alguien, ¿y lo único

que se te ocurre decir es que estaba siendo «agradable»? No suena exactamente a una tensión sexual de infarto ni a tirar las paredes abajo a base de gritos.

—No llegamos a la fase de los gritos. —Tia volvió a reírse.

—Me parece justo. Pero ¿qué hay del resto?

—De verdad que me gusta.

—Siento que se avecina un «pero».

—Pero…

—Lo sabía.

—Chis. Pero… ¿es muy raro que haya sentido una especie de alivio cuando lo han llamado para irse?

—Un poco. O sea, no necesariamente raro, pero, Bee, no tienes que llegar tan lejos si de verdad no te sientes cómoda con alguien. —Ahora había preocupación en su tono de voz—. Este reto no iba sobre sexo. Por favor, no me digas que te sientes presionada a…

—No. No es eso. No sé. Supongo que estoy nerviosa sin más. Hace tiempo que no hago esto.

—Cariño, no te preocupes por eso. Saldrá bien. Pero solo si quieres y cuando tú quieras. Ya sabes cómo son los hombres con su ego. Cualquier tío que se crea que es el primero con el que te apetece acostarte desde hace tiempo se pondrá a pasearse como un pavo real luciendo sus plumas. En serio, no te agobies. Y si de verdad es tan buen chico como necesitas, lo tendrá en cuenta y se asegurará de que te sientas a gusto con todo.

—Sí, supongo. Es solo que no quiero hacer el ridículo.

—Cariño, no lo harás. Madre mía, tía, de verdad tienes que dejar de preocuparte tanto por lo que piensen los demás.

—No siempre es tan fácil como parece, ¿verdad?

—Ya, lo sé. Tus padres te hicieron mucho daño, pero tienes que recordar que vales mucho más que eso. Los demás pueden ver lo que vales y apreciarte. Solo necesitas creértelo, y la única persona que puede ayudarte con esa parte eres tú. —Las lágrimas asomaron a mis ojos de forma inesperada.

—¿Bee?

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Vale… —Alargué la palabra con incertidumbre y se me erizó el vello.

—¿Qué le pasa a Luca? Creía que os habíais reconciliado después de vuestra peleílla o lo que quiera que fuese.

—No creo que fuera una peleílla en realidad, pero ya lo hemos hablado y estaba bien. Hasta que me presenté en el trabajo con resaca, claro. Sé que no fue muy profesional por mi parte y que podía ponerlo en un compromiso, pero me extrañaría mucho que él no haya hecho lo mismo alguna vez.

—Las dos sabemos perfectamente que lo ha hecho.

—Exacto.

—Entonces, ¿cuál es su problema? Intenté preguntárselo cuando te fuiste, pero se cerró en banda.

—Supongo que estaría demasiado ocupado tirándole los trastos a la rubia. Desde luego estaba demasiado ocupado para despedirse en condiciones.

—Ya, me di cuenta. No es propio de él. No sé qué le pasa últimamente. En cuanto te fuiste, se volvió hacia nosotros y ella se marchó poco después. Tampoco es que hablara mucho cuando volvió a prestarnos atención.

—Yo tampoco lo entiendo. Está claro que no le cae bien Adrian; por lo visto cree que es una mala influencia para mí. Pero me da que se debe más a los prejuicios que tiene contra los brókeres que a otra cosa.

—Ya ves. De todas las profesiones que podías elegir… —Tia soltó una carcajada.

—Lo sé —dije, rebuscando las llaves en el bolso mientras aparcábamos delante de mi piso—. Aunque, para ser sincera, no creo que hubiese importado a qué se dedicase. Luca seguiría encontrando algo que criticar. Sé que no es que haya tenido un sinfín de novios, pero cada vez que conozco a alguien, tiene algún defecto, según la Ley de Luca.

—Eso es verdad —contestó Tia en tono pensativo—. Pero, por otro lado, a ti tampoco te ha entusiasmado nunca ninguna de sus novias.

—No es eso. Me dan igual. Es más bien que, siempre que estoy al lado de una de ellas, automáticamente parezco una pordiosera. Seguro que, en el fondo, son buenas chicas.

—¡Tú no pareces una pordiosera!

Cerré la puerta principal a mis espaldas, me miré en el espejo y esbocé una sonrisa en la intimidad ante mi aspecto ligeramente desaliñado. Con un poco de suerte, el conductor se lo habría achacado al mal tiempo.

—Gracias. Me voy a meter en la ducha y directa a la cama.

—Vale. Siento que se te haya interrumpido la noche, pero bueno, tal vez por lo que has dicho, haya sido lo mejor después de todo.

* * *

—Hola. —La voz grave a mis espaldas me hizo dar un respingo y derramar el agua caliente que estaba vertiendo sobre una bolsita de infusión de ruibarbo dulce en la cocina del personal.

—¡Mierda! —Me giré a medias al mismo tiempo que cogía un buen fajo de papel de cocina para limpiar el desastre. Luca estaba de pie en el umbral—. Ah. Hola. Perdona, estaba en la inopia.

—Ya lo veo. ¿Estás bien? ¿Te has quemado? —Cruzó la sala y se plantó a mi lado, intentando cogerme la mano. Pude oler el caro gel de baño que usaba y me fijé en un minúsculo cortecito en la cara que se había hecho al afeitarse esa mañana.

—Estoy bien —dije, apartándolo con delicadeza y cogiendo más papel—. Ha caído en la encimera, no encima de mí. —Levanté la vista un instante y me encontré con su mirada cargada de preocupación—. En serio. Estoy bien.

—Siento lo de anoche.

—¿El qué? —Me sonrojé y tomé nota mental de no contarle a Tia nada más sobre Adrian y sobre mí.

—Sé que fui un maleducado cuando te despediste.

—Ah. Eso. —Ladeó la cabeza.

—¿Qué te pensabas que quería decir?

—Nada —respondí, demasiado deprisa.

—Bee. ¿Qué ha pasado? —Su expresión se había ensombrecido, las facciones de su rostro se habían endurecido y un músculo le temblaba en el lado derecho de la mandíbula.

—No ha pasado nada, Luca.

—¿Por qué no te creo? ¿Qué me estás ocultando?

—Luca, deja de estar en modo supermacho alfa. Estoy bien. Y sí, fuiste bastante borde anoche. ¿Qué mosca te ha picado? —Volví a

poner el foco en él con la esperanza de que abandonara la otra línea de interrogatorio.

—Nada.

—¿Por qué no te creo? ¿Qué me estás ocultando? —Arqueé una ceja, devolviéndole sus propias preguntas.

—Listilla. —Hice una mueca, indicando que quizá tuviera razón, pero no añadí nada más, dejando que fuera él quien llenara el silencio. Luca miró a su alrededor, comprobando que no tuviéramos compañía de más—. Simplemente no me cae bien.

—¿Quién?

—Adrian.

—Empezaste a comportarte raro antes de eso, pero vayamos por partes. ¿Por qué no te cae bien?

—No lo sé. Hay algo en él que no me cuadra.

—¿El hecho de que sea bróker, quizás? —Luca tuvo al menos la decencia de encogerse de hombros.

—Admito que eso no ayuda precisamente a que me gane.

—¿Y lo demás?

—Como ya te he dicho, no lo sé. No creo que sea lo suficientemente bueno para ti.

—Ni siquiera lo conoces, Luca. Y anoche tampoco hiciste el menor esfuerzo por conocerlo. Parecías más interesado en conocer a la mujer de la mesa de al lado.

—Era interesante.

—Sí, ya se veía —dije secamente—. Habría sido un detalle que al menos lo intentaras. Me gusta y yo le gusto. ¿No debería ser suficiente para ti?

—No si no es lo bastante bueno para ti. —Lo soltó con total naturalidad, como si ya existieran pruebas irrefutables de ello.

—¿Y tú cómo puedes saber eso?

—Para empezar, te emborrachó en un día laborable, justo después de que empezaras en un trabajo nuevo. Eso no me grita «respeto» precisamente, ni me indica que le importe lo más mínimo tu bienestar.

Tiré el papel mojado a la papelera con más fuerza de la necesaria.

—Ya hemos hablado de esto. Me he disculpado. Beber aquella noche fue decisión mía. No me obligó a tragarme las copas. Igual que tampoco me obligó a irme a casa con él anoche.

El rostro de Luca perdió algo de color. No tenía ni idea de por qué le había soltado aquello, pero ya estaba harta de su desaprobación en lo que a mis novios se refería, y a Adrian en particular. Soltarle esa bomba probablemente no había jugado a mi favor, pero, Dios, a veces conseguía sacarme de quicio. El silencio se prolongó.

—¡Buenos días! —El tono alegre de Jerry rompió el silencio mientras entraba en la cocina dando saltitos de felicidad. Jerry siempre me recordaba a un golden retriever por su pelo cobrizo y su sonrisa casi permanente. Invariablemente, siempre parecía encantado de ver a la gente y derrochaba entusiasmo por todo. Pero hasta él se quedó paralizado al entrar en la estancia. La tensión entre Luca y yo se había fusionado hasta formar un campo de fuerza casi físico.

—Hola, Jerry —respondí, forzando la sonrisa más natural posible, aunque, por la cara que puso, debió de parecerle más una mueca forzada de lo que pretendía.

—Jerry. —Luca asintió a modo de saludo. Me dedicó una última mirada y luego salió, caminando a grandes zancadas hacia su despacho.

—¿Todo bien? —preguntó Jerry.

Me encogí de hombros.

—Creo que esta mañana se ha levantado con el pie izquierdo. —*O de la cama equivocada…*

Jerry sonrió y asintió, pero me di cuenta de que no se lo había tragado en absoluto.

—Bueno, será mejor que me ponga en marcha —dije, cogiendo mi té y dirigiéndome a mi escritorio. Enterrándome en el trabajo, mantuve la cabeza gacha y avancé a buen ritmo con mi proyecto actual durante el resto del día. Luca había salido a las diez y media y no había regresado al final de la jornada laboral, y no podía decir que aquello no me aliviase. Eché un vistazo a la oficina al salir. De verdad me gustaba estar allí. El trabajo era interesante y la gente era encantadora. Pero si Luca y yo no éramos capaces de arreglar qué demonios era lo que estaba pasando entre nosotros, sabía que tendría que despedirme de todo aquello.

Capítulo 19

Al doblar la esquina hacia la estación de tren, vi que el coche de Luca estaba al ralentí sobre una doble línea amarilla. Salió del vehículo y nuestras miradas se cruzaron.

—En las noticias de tráfico acaban de decir que tu línea está cerrada. Han informado de que hay una persona en las vías o algo así. Te puedo llevar a casa —hizo una pausa—. Suponiendo que no tengas otros planes.

Como la mayoría de las cosas en la vida, el metro era excelente cuando funcionaba, pero cuando algo se torcía, era un verdadero coñazo, y últimamente yo no estaba teniendo mucha suerte con mis trayectos. Esa era otra de las desventajas de vivir más lejos del centro que los demás: siempre había muchas más posibilidades de acabar sufriendo un caos en el transporte.

—No, ningún otro plan.

Adrian iba a estar fuera unos días y mis únicos planes eran llegar a casa, comer y acurrucarme con un libro nuevo.

—Te pilla bastante a desmano.

—No me importa.

Miró hacia el cielo justo cuando empezaron a caernos unos goterones enormes a nuestro alrededor.

—Venga, Bee. Por favor. Además, me van a multar si me quedo aquí mucho más tiempo.

En ese instante, una furgoneta blanca le pitó, acompañando el sonido con un gesto con la mano. De forma sabia, y por suerte, Luca ignoró ambas cosas.

—Seguro que hay autobuses de sustitución.

Me clavó una mirada inexpresiva. Nadie en su sano juicio querría coger un autobús de sustitución si existía una alternativa mejor. Y el coche de Luca, calentito, cómodo y con servicio de puerta a puerta, era, sin duda, una alternativa mejor.

—Vale. Si estás seguro...

—Lo estoy —dijo, rodeando el coche para abrirme la puerta del copiloto.

Me deslicé sobre el suave cuero, poniéndome a salvo de la lluvia, y metí el bolso en el hueco para los pies.

Luca volvió a subir, cerrando la puerta para dejar fuera el ruido de Londres, y se incorporó al tráfico, uniéndose a la lenta y serpenteante cola de vehículos que salían de la ciudad. De fondo sonaba bajito *Classic FM*, y por una vez nos quedamos sentados en silencio, sin saber muy bien qué decirnos.

—Menos mal que la situación no es nada rara ni nada parecido —dijo por fin, y se me escapó una carcajada que rompió la tensión.

—No. Eso sería terrible.

Me miró de reojo un segundo cuando el tráfico volvió a detenerse y puso una mano sobre la mía. Su mano grande y bronceada hacía que la mía, pequeña y pálida, pareciera la de una niña.

—Lo siento, Bee.

—¿Por qué?

—Sé que las cosas han estado un poco raras y no debería haber dicho nada sobre que tenías resaca en el trabajo el otro día.

—Era dolor de cabeza, no resaca.

Me lanzó una mirada rápida y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa. Incluso con la luz tenue del

interior del coche, pude ver cómo sus oscuros ojos brillaban de diversión.

—Era una resaca como una catedral.

—Vale, de acuerdo. Lo era. Pero tampoco es que lo tenga por costumbre. Y si me hubiera pasado en mi antigua empresa, no habrías dicho ni pío.

—Ya sé que no lo tienes por costumbre. Simplemente me pareció... que no era propio de ti, y supongo que eso me molestó. Sé que el tipo ese te gusta, pero... —Se recostó contra el reposacabezas, con la mirada clavada en la fila de luces rojas que teníamos delante.

—¿Pero qué? —pregunté.

—Supongo que no quiero que cambies. Me gustas tal y como eres.

—¿El qué? ¿Triste y sola?

El tráfico seguía parado y Luca se volvió hacia mí.

—¿De verdad te sientes así?

—¡Claro que no! —dije, esforzándome por quitarle hierro con una carcajada.

A juzgar por la expresión de su cara, Luca no estaba del todo convencido. Y, a decir verdad, yo tampoco. Las palabras simplemente se me habían escapado. A la ligera y sin pensar. ¿De verdad era así como me sentía?

—Deja de mirarme así. Era solo una broma.

Sostuvo la mirada un instante más antes de volver a mirar a la carretera y avanzar un par de metros.

—No voy a cambiar, Luca. Solo me dejé llevar un poco. No volverá a pasar en un día de diario. Lo prometo.

Negó con la cabeza, pero le vi sonreír.

—Y bueno, ¿dónde está esta noche?

—Fuera. En la despedida de soltero de un amigo. Pero ya sabes cómo va esto. Hoy en día nunca es solo una noche, ¿verdad?

—Rara vez. ¿Por cuánto tiempo se ha ido?

—Cinco días, creo.

—¿A algún sitio chulo?

—A Las Vegas.

Luca no dijo nada, pero claro, tampoco le hacía falta.

—Sé lo que estoy pensando.

—Lo dudo.

—Un puñado de tíos en una despedida de soltero y todo ese rollo de «lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas».

—Vale. Entonces sí sabes lo que estoy pensando. Lo que probablemente significa que tú estás pensando exactamente lo mismo.

—Para nada. —Me encogí de hombros—. Tampoco es que vayamos en serio ni nada de eso. Solo hemos salido un par de veces.

De repente, Luca desvió el coche hacia una calle lateral.

—A la mierda con esto. Vente a mi casa. Podemos cenar allí y te llevo a la tuya luego, cuando el tráfico se haya calmado. ¿Te parece bien? Nos vamos a hacer viejos sentados aquí.

—Sí. ¿Por qué no? Con suerte, mi línea de metro ya estará funcionando para entonces. Siempre puedo cogerlo y así te ahorro tener que volver a salir.

—Prefiero llevarte yo.

Luca podía ser un auténtico coñazo a veces, pero tenía un corazón de caballero.

—Gracias, Luca. Sería genial.

Dio la vuelta con el coche y se dirigió hacia el elegante y moderno bloque de pisos donde vivía.

* * *

—Entonces, ¿lo de Las Vegas de verdad no te molesta? Ya sabes cómo es.

Estaba echando ingredientes en una sartén mientras removía.

—Toma, prueba esto. Cuidado, que quema.

—Mmm. ¡Qué rico! ¿Cuándo estará listo? —Me asomé a la sartén desde mi posición privilegiada en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

—En una media hora. Pero tengo esto para que vayas aguantando.

Sacó una pequeña bandeja de antipastos de la encimera y la puso delante de mí antes de bajar el fuego y tapar la sartén. Una vez hecho eso, dio la vuelta a la isla, se sentó a mi lado y se unió a mí para picotear.

—De verdad que me sorprende que no estés casado ya —me reí, pinchando un trozo de salami con el tenedor.

—¿A que sí? Soy todo un partidazo.

Mantenía un gesto serio en los labios, pero sus ojos brillaban de júbilo.

—Una lástima lo del ego.

Me hizo una mueca y pinchó un poco de rúcula.

—¿Qué les pasa a los tíos con Las Vegas?

—No sé. Dímelo tú, que eres el tío. Yo fui a la que casi empujaron a un lado para que los relaciones públicas pudieran darte tarjetas de prostitutas cuando fuimos nosotros.

—Sí, la verdad es que fue un poco raro. Quiero decir, podrías haber sido mi novia o mi mujer, y los tipos pasaban por encima de ti para intentar encasquetarme las tarjetas en las manos. ¿Quién hace algo así? —Negó con la cabeza, pinchando un tomate asado relleno de queso—. Un sitio muy raro.

—Obviamente, pensaron que yo no jugaba en tu misma liga como para estar contigo.

—¡Ja, ja, ja! No fue por eso. Y de todas formas, toda esa mierda de las ligas es una estupidez. Lo sabes.

—Eso lo dice el hombre que solo sale con mujeres que podrían protagonizar la portada de una revista de lujo.

—Eso no es verdad.

Le dediqué una mirada de reojo.

—Que no lo es.

—¡Claro que sí!

—Te estás imaginando cosas por culpa de tus propias inseguridades.

—Ni de coña. Vale. Espera. —Me incliné, rebusqué en mi bolso y saqué el móvil. Apoyándolo delante de los dos, hice una videollamada a Tia.

—¡Hola, cariño! ¿Todo bien? Hola, Luc.

Tia estaba recostada contra Jono en su sofá. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera, iba con la cara lavada e increíblemente seguía estando guapísima. Luca la saludó con la mano y me dejó hablar.

—Sí. Una pregunta rápida. Le acabo de decir a Luca que solo sale con mujeres que parecen recién salidas de la revista *Vogue*, un hecho que él niega rotundamente. ¿Estarías de acuerdo con mi afirmación?

Jono miró un segundo a la pantalla, sonrió y volvió a centrarse en lo que fuera que estuvieran viendo en la televisión.

Tia hizo una mueca.

—Lo siento, Luc, cariño. La verdad es que un poco sí. Tienes un tipo muy marcado, y ese tipo son las mujeres superglamurosas, de piernas largas y aspecto de modelo.

—Yo no tengo un tipo.

—Tío. Tienes un tipo —intervino Jono.

Luca resopló un par de veces.

—Gracias por la solidaridad, colega.

Jono se encogió de hombros y sonrió.

—Vosotros habéis preguntado.

—En realidad, la que ha preguntado ha sido Bee —replicó Luca, poniéndose tiquismiquis, y Jono se limitó a reírse antes de volver a su programa.

—¿En serio no te habías dado cuenta? —preguntó Tia.

Luca frunció el ceño, juntando sus oscuras cejas. Ambas esperamos a que dijera algo, pero parecía perdido en sus propios pensamientos.

—Gracias a los dos. Siento la interrupción.

Se despidieron con la mano y colgué.

—Guau. De verdad que no te habías dado cuenta, ¿eh?

Él negó con la cabeza.

—Oye, nadie te está criticando. No pasa nada. Mucha gente tiene un tipo.

No contestó. En su lugar, se levantó, dio la vuelta hasta el otro lado de la isla, se acercó a la placa y removió la sartén.

—¿Qué pinta tiene? —pregunté, intuyendo que necesitaba un cambio de tema.

—Buena. Entonces, este tío te gusta, ¿no?

Levanté la vista hacia Luca.

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? Bee, te has acostado con él. A menos que hayas cambiado de personalidad en las últimas semanas, me imagino que te gusta de verdad. No es propio de ti meterte en la cama a la primera de cambio.

Me sonrojé furiosamente, y el color se intensificó al enfadarme conmigo misma por haberme puesto colorada en primer lugar.

—No me hagas parecer una mojigata.

—¡No lo hago! ¡Estoy diciendo que eres selectiva, no frígida!

—Ah. Pues sí, sí que me gusta. Pero, si tienes que saberlo, no me he acostado con él.

La frente de Luca se arrugó al levantar la vista de la sartén.

—Creí que habías dicho que habíais vuelto a su casa. Di por hecho que eso significaba que la cosa había... —Hizo un movimiento giratorio con la mano que no estaba ocupada removiendo la cena —... pasado al siguiente nivel. Lo cual, como te digo, parece bastante precipitado para ti.

—Solo porque yo no me acueste con mis citas el primer día como hacen algunos... —Lo fulminé con la mirada, pero era inútil intentar

que Luca Donato pareciera arrepentido por ese escenario en particular.

—No lo hago siempre. Simplemente no quiero que pienses que tienes que hacer algo para lo que no estás preparada solo para conseguir gustarle a este tío.

Me enderecé.

—¿Te crees que la única razón por la que yo le gustaría a un tío sería si fuera una chica fácil? Muchas gracias por la parte que me toca.

Podía sentir mis mejillas ardiendo por una mezcla de rabia, dolor y vergüenza.

—¡No! No quería decir eso. —Luca dejó caer la cuchara de madera en la sartén y caminó a zancadas hasta donde yo estaba bajándome del taburete. De repente, había perdido el apetito.

—Pues ha sonado igualito que eso.

Luca me agarró por los brazos, con suavidad pero con la firmeza suficiente como para obligarme a mirarle.

—Bee. En serio. No quería decir eso. Sabes que pienso que eres increíble, preciosa, divertida, inteligente y un montón de cosas más. Lo que pasa es que no estoy seguro de que tú te des cuenta siempre, y no quiero que te sientas presionada a hacer nada que no quieras.

—Quería hacerlo —dije en tono desafiante, levantando la barbilla para sostenerle la intensa y oscura mirada.

Por un momento, una sombra cruzó las facciones de Luca. Pero luego desapareció. Tal vez fue un efecto de la luz. Tal vez solo me lo imaginé, pero me soltó los brazos, se metió las manos en los bolsillos del pantalón de su traje y dio un paso atrás.

—Vale.

—Pero resultó que hubo una emergencia de trabajo y se tuvo que ir antes de que pasara gran cosa.

—Ya.

¿Debería decirle que me había sentido aliviada por aquello? ¿Y que no sabía por qué?

—¿Y cómo te sentiste al respecto?

—¿Respecto de qué? —pregunté, ganando tiempo y maldiciendo el hecho de que Luca Donato me conociera demasiado bien.

La expresión paciente, medio divertida y frustrada, volvió a asomar a su rostro. Ladeó ligeramente la cabeza, dejándome claro que sabía exactamente lo que yo estaba intentando hacer.

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

—¿Eso es todo? —dijo, repitiendo mi gesto.

—Supongo.

—Interesante.

Hizo el amago de volver hacia la placa, pero le agarré del brazo.

—No. No —le corregí—. No es interesante. No es interesante en absoluto, al menos no en el sentido que sugiere tu tono.

—Discrepo.

Ahora estaba casi sonriendo.

—¡Que no lo es! Es exactamente lo contrario a interesante.

—Eso sería carente de interés.

—¡Exacto! Carece completamente de interés.

—Si tú lo dices.

—¡Agh! ¡Odio cuando haces esto!

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Sé que me voy a arrepentir de esto, pero ¿por qué es tan interesante?

—¿De verdad quieres saberlo? —Levantó hacia mí la mirada a través de sus largas pestañas mientras sus labios saboreaban la salsa—. Casi está.

—Menos mal. Me muero de hambre. Y sí. Quiero saberlo de verdad.

En el fondo no estaba tan segura de querer saberlo, pero a esas alturas no me quedaba otra.

Luca dejó la cuchara y volvió a rodear la isla de la cocina, contra la que yo me estaba apoyando ahora.

—Porque tu reacción me dice algo.

—Ah, ¿sí, de verdad?

—Sí. Me dice que no estás tan lista para comprometerte con ese tipo como creías.

—¡No me voy a comprometer con nadie! Iba a ser solo sexo.

La mirada de Luca se clavó en la mía e intenté apartar la vista, pero algo me mantuvo allí retenida, como los rayos tractores de *Star Trek*.

—Contigo nunca es solo sexo, Bee. No estás hecha de esa pasta. Si estás así con alguien, es porque significa algo para ti. Y debería ser recíproco, de lo contrario, ese tipo no merece la pena.

—Tal vez esté cambiando. ¡Tal vez me haya hartado de ser la de siempre, la Bee sosa y calladita, destinada a ser la tía solterona y la madrina de los hijos de los demás!

El rostro de Luca se ensombreció.

—Cielo, no eres nada de eso. La única persona que piensa eso eres tú. Y, aunque antes he dicho que no quería que cambiaras, a lo

mejor tengo que corregirme. Porque la perspectiva que tienes de ti misma está muy equivocada. Eres fuerte, inteligente y preciosa, y el hombre con el que estés debería hacerte sentir todas esas cosas. Sé que a lo mejor no soy imparcial y le tengo manía al Bróker, pero si no te hace sentir todo eso, entonces ahí falla algo.

—Él sí que me hace sentir... cosas.

—Yo solo sé que no habría llamada telefónica en el mundo que me hiciera renunciar a una oportunidad así.

—Era importante. Estas cosas pasan. Lo sabes.

Luca estaba muy cerca de mí ahora, y me llegó el aroma tenue y almizclado de su loción para después del afeitado. Nunca se echaba mucha. Solo la justa para tentar a los sentidos.

—Hay cosas que son más importantes.

—Alguien estaba a punto de perder millones de libras. —Noté el temblor en mi propia voz y pasé una mano por detrás, apoyándola en el respaldo de las sillas altas de la isla, sintiéndome repentinamente mareada.

Se me aceleró el pulso y una oleada de calor inundó mi cuerpo. Luca me miraba desde arriba, muy de cerca ahora, sin pronunciar palabra. Mi cerebro, en cambio, iba a mil por hora. *Es solo porque no has comido y no tiene absolutamente nada que ver con Luca Donato*.

Por supuesto que tenía razón. Debía tenerla. Había estado así de cerca, o más, con Luca un montón de veces. Habíamos compartido cama en alguna que otra ocasión cuando habíamos viajado. Nunca había pasado nada; simplemente nos ahorraba dinero y nos hacíamos compañía. Teníamos a alguien con quien charlar una vez

que se apagaban las luces. Pero justo ahora... ¿Estaba pasando algo entre nosotros?

—Si hubiera sido tu dinero, seguro que habrías preferido que contestara a la llamada.

Mi voz sonó más ronca de lo habitual, y Luca ladeó la cabeza imperceptiblemente.

—Oh, definitivamente querría que él contestara.

Sostuvo mi mirada un segundo más y luego me dio un suave beso en la frente antes de dar un paso atrás para volver a la reluciente placa de inducción donde se cocinaba aquella delicia a fuego lento.

—Esto ya está. ¿Lista para comer?

Parpadeé, palpé el borde del taburete con las manos a mis espaldas y me subí a él. Pues no. Ningún momento. Solo falta de comida. Luca era simplemente Luca. Lo cual era algo bueno. Obviamente.

—Por supuesto —logré articular, recuperando la voz—. Creo que no he comido suficiente a mediodía. Me siento un poco mareada.

Luca levantó la mirada y la clavó en la mía por un instante, pero no dijo nada.

Capítulo 20

Las semanas siguientes pasaron en un suspiro. El puesto temporal de dos semanas en Donato Solutions se había ampliado a cuatro, pero ayer Jo, de Recursos Humanos, me había entregado una carta en la que me ofrecían formalmente el puesto de forma permanente. El sueldo era una mejora abismal respecto a mi trabajo anterior, y además tenía ventajas. ¡Nunca antes había tenido ventajas! Seguro médico privado, aportación al plan de pensiones, cinco días extra de vacaciones y la opción de ganar más cuantos más años te quedaras, por no hablar de la cocina completamente abastecida, que ya me había permitido empezar a almorzar de forma más sana todos los días. También me había ayudado a almorzar de verdad, lo cual a veces seguía pareciéndome toda una novedad. La política de la empresa exigía que todo el mundo se tomara su hora de descanso lejos de su escritorio. Además de la cocina, había una zona de sofás con muchísima luz natural donde sentarse, así como una selección de libros que rotaba a medida que la gente los leía y los intercambiaba. Un cortés cartel en la pared rogaba que cualquiera que estuviera viendo películas o similares usara auriculares para no molestar a los demás. No estaba segura de cuándo se había puesto de moda toda esa cultura de «voy a ser un capullo y poner mi vídeo/música a todo volumen para que lo oigan todos quieran o no», pero a mí me sacaba de quicio, y era un alivio ver que allí todo el mundo acataba aquella sencilla norma. Ahora solo faltaba que el resto del mundo hiciera lo mismo.

Luca y yo parecíamos haber vuelto a nuestra vieja dinámica, y la rareza que había empezado en casa de sus padres aquel día, por suerte, parecía haberse esfumado. Aunque los dos estábamos sin duda más ocupados últimamente. Luca estaba trabajando en un proyecto importante para un prestigioso cliente japonés y, por lo que se veía, volvía a salir con casi todas las mujeres de la *app* en la que nos habíamos registrado.

—¿Aún no has encontrado a la Definitiva? —le pregunté en tono de burla al pillarle mirando perfiles en la cocina mientras esperábamos a que hirviera el agua.

Solo estábamos él y yo allí, así que hablé en voz baja. A estas alturas, el resto del personal ya sabía que éramos amigos y estaba bastante segura de que había rumores y sospechas de que éramos algo más, pero ninguno de los dos daba pie a esa idea ni dejaba que nos molestara. No habría sido la primera vez que la gente malinterpretaba nuestra amistad. En un hotel al que habíamos ido a pasar un fin de semana de senderismo, la recepcionista nos había registrado y luego nos avisó con una sonrisa de que nos había dado la suite nupcial, anunciando con orgullo que ella siempre sabía distinguir a una pareja enamorada. Yo estaba a punto de corregirla cuando ella siguió con su monólogo, diciéndonos que invitaba la casa y que nos iban a subir unas fresas y una botella de champán frío. Yo había apoyado la cabeza en el brazo de Luca y él me había apretado la cintura mientras ambos sonreíamos y le dábamos las gracias. Vale, puede que debiéramos haberla corregido, pero no habíamos querido hacerla sentir incómoda y el champán estaba delicioso.

Luca levantó la vista hacia mí y luego la volvió a clavar en la pantalla.

—Soy exigente.

Solté un bufido en mi cabeza. Bueno, la intención era que se quedara en mi cabeza.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó.

—Perdona. Se suponía que no debías oír eso.

—Pero lo he oído. Así que explícate. —Le di un empujoncito para que se apartara y preparé una taza de té para cada uno—.

—No significa nada.

—Está claro que sí.

—Vale —dije, dejándole la taza delante—. Supongo que cuando alguien dice que es «exigente», la gente…

—O sea, tú.

—La gente —reiteré— tiende a asociar «exigente» con quienes tienen una lista específica de requisitos antes de salir con nadie. Y eso no pega mucho contigo en estos momentos.

—Es difícil saber cómo es alguien de verdad por un par de líneas en una biografía. ¿De qué otra forma se supone que voy a averiguarlo?

—En eso tienes razón. Y no te estoy criticando. Solo lo digo.

—Pues yo podría decir que tú no eres lo bastante exigente.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Solo has salido con un par de tíos de la *app* y luego te has conformado con el Bróker ese. ¿Cómo sabes que es el adecuado para ti? El hecho de que sintieras alivio cuando le llamaron justo cuando estabais a punto de acostaros indica que no estás segura.

Agité las manos, ¡mandándole callar!

—Ya sabía yo que no tenía que haberte contado eso —dije, empujando su taza hacia él antes de coger la mía—. Y no me he «conformado», como tú dices. Simplemente me gusta.

—Podría gustarte más otra persona.

Luca se encogió de hombros y luego me observó por encima del borde de su taza.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Que trate la *app* como si fuera una tienda de chucherías y pruebe una de cada, como haces tú? —Dejé la taza sobre la encimera—. Yo no soy como tú, Luca. Lo sabes. No disfruto del proceso de las citas ni en el mejor de los casos, y ahora que nos hemos enzarzado en esta maldita competición, ya estoy muy fuera de mi zona de confort.

—Te obligaste a salir de tu zona de confort con el trabajo, por fin, y mira lo que ha pasado. Ya se te ve más feliz y realizada, y desde luego aquí te valoran muchísimo más que en tu antigua empresa. Las zonas de confort están bien, pero salir de ellas puede traerte cosas que nunca habrías imaginado.

—¿Qué es lo que te molesta tanto de Adrian y de mí?

—Nada. Excepto que no es lo bastante bueno para ti.

—Siempre piensas lo mismo. Tendría que ser una maldita monja para que estuvieras contento, y ni siquiera estar casada con Dios te parecería suficiente.

Luca sonrió con malicia.

—Te gusta mucho *Sonrisas y lágrimas*. Quizá en el fondo tengas vocación de convento.

—Si no recuerdas mal, María dejó el convento y se casó. Así que adiós a ese argumento.

—¿Y tú quieres casarte?

—¡Ay! ¡Oh, lo siento muchísimo! ¡No quería interrumpir!

Gloria, de Contabilidad, estaba de pie en el umbral, sonrojada como un tomate, arrastrando los pies con nerviosismo y haciendo un pésimo trabajo a la hora de disimular la sonrisa que se le había dibujado en la cara.

Luca me miró, desconcertado por su reacción, hasta que cayó en la cuenta.

—Oh, Gloria. ¡No! No has interrumpido nada. Solo estábamos charlando sobre la vida en general.

—Entonces… ¿no he interrumpido una proposición de matrimonio? —La decepción ensombreció sus facciones.

—Eh, no.

—Oh.

Luca volvió a mirarme, con los ojos suplicando ayuda. Yo me encogí de hombros.

—Lo siento —añadió él, encogiéndose también ligeramente de hombros.

Gloria sonrió, pero era evidente que no le ponía muchas ganas.

—Ay, no seas tonto. Es que me encantan las bodas y ver a dos personas enamoradas dando ese paso. Supongo que soy un poco anticuada hoy en día.

Entró ajetreada en la cocina y sacó del armario una taza con la foto de un perro.

—No, en absoluto. —Luca sonrió—. En eso estoy de acuerdo contigo.

Ella se volvió, le sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Ya va siendo hora de que encuentres a alguien que te cuide, cielo.

—Que le aguante, querrás decir —murmuré por lo bajo.

Luca me lanzó una mirada y, por encima de la cabeza de Gloria, puso cara de «qué graciosa».

Ella miró de uno a otro, incluyéndome en la conversación.

—Eso también está un poco anticuado hoy en día, supongo, pero ya me entendéis.

—En realidad, creo que lo ideal es que ambos se cuiden mutuamente.

—Toda la razón —dijo, sonriéndome—. ¿Y tú tienes a alguien? —preguntó con un tono inocente, pero para ambos era bastante obvio que estaba tirándonos de la lengua descaradamente.

—Está saliendo con un bróker. —Luca respondió por mí.

—¡Ah! —Gloria removió su chocolate caliente, bajo en grasa, bajo en azúcar y probablemente también sin sabor, haciendo un claro esfuerzo por no parecer decepcionada—. Qué bien.

La vi echarle una miradita furtiva a Luca, pero el rostro de él permaneció impasible.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo antes de que me despidan. —Le sonreí a Gloria, que me devolvió la sonrisa, esta vez de forma más natural.

—No sé por qué, pero me da que eso no va a pasar.

—Uy, no sé yo. He oído que el jefe de aquí puede ser un auténtico tirano cuando se lo propone.

—Qué graciosa eres. —Luca levantó una ceja hacia mí.

—Lo sé. Lo puse en mi currículum. Estoy casi segura de que eso me garantizó el puesto.

—Te voy a garantizar yo una cosa en un minuto. Vuelve al trabajo y deja de causar problemas.

Me sonrió y regresé a mi escritorio, té en mano. Al mirar atrás, vi que Gloria había acorralado a Luca contra una de las paredes y su conversación parecía bastante intensa. De vuelta en mi mesa, llamé a su móvil.

Me recosté un poco en la silla para poder ver el interior de la cocina.

—Luca Donato.

—Pensé que a lo mejor necesitabas un rescate —susurré por el teléfono.

—Sí. Exacto. Vale. Me parece una idea genial, la verdad. Déjame buscar el papeleo. Si me das un minuto, ahora mismo no estoy en mi mesa, pero te devuelvo la llamada enseguida. Gracias por llamar. Hablamos pronto.

Colgué y, unos instantes después, Luca pasó por delante de mi escritorio en dirección al suyo. Un minuto más tarde, apareció un mensaje en mi teléfono.

Me has salvado la vida. Xxx

* * *

Llevaba ya varias semanas saliendo con Adrian y la situación de hacía un par de semanas no había vuelto a repetirse. Había mencionado que quizá había sido lo mejor, que las cosas habían ido bastante rápido y que le daba la sensación de que yo no estaba del todo preparada. Me había sentido incómoda y avergonzada, pero él le había quitado importancia, diciendo que, en realidad, le ponía bastante y que la espera lo hacía todo más excitante. Pero esa noche, las cosas parecían distintas. Dijera lo que dijera Luca, yo no

quería probar a salir con un montón de hombres distintos si me sentía lo bastante feliz con el que estaba. Con él podía relajarme, y cuanto más lo veía, más me relajaba con él. Por eso, aquella noche me había puesto mi ropa interior más sexi y había metido un cepillo de dientes en el bolso...

—Guau. —Adrian me repasó de arriba abajo con la mirada cuando nos encontramos en el bar—. Estás espectacular.

—Gracias —dije, aceptando su beso y adorando el tacto de sus manos en mi cintura mientras me estrechaba contra él.

Cerca de allí estalló un grito lascivo y me aparté. Adrian mantuvo el brazo a mi alrededor y, con la otra mano, les hizo un gesto maleducado a los del grupo para que se largaran.

—¿Los conoces? —pregunté.

—Sí. —Se echó a reír, volviendo a mirar al grupo de hombres y negando con la cabeza—. Colegas del curro. Solemos venir aquí a desconectar un poco. Pensé que sería más fácil si quedábamos aquí. No te importa, ¿verdad?

—Eh, no. Claro que no.

Adrian seguía con su traje del trabajo y era evidente que llevaba allí desde el cierre de la jornada.

—¿Quieres que vayamos ya al restaurante? —le pregunté, pensando que tal vez algo de comida le ayudaría a absorber parte del alcohol que ya había empezado a consumir.

—Sí. Claro. Si tú quieres.

Miré el gran reloj de estación que colgaba de la pared.

—Es solo que pensaba que teníamos la reserva a las siete.

Sus ojos siguieron a los míos.

—Oh. Mierda. ¿Ya es esa hora? Sí, claro. Será mejor que nos vayamos. Ja, el tiempo vuela cuando te diviertes, ¿eh?

—Sí —le dije a su espalda mientras retiraba el brazo y me dejaba plantada en medio del bar para ir a despedirse de sus colegas.

Supuse que todavía no estaba preparado para presentármelos. Me parecía bien. Lo entendía. Los hombres eran diferentes en ese sentido. Vi que un par de ellos miraban hacia nosotros y luego de vuelta a Adrian, diciendo algo a lo que siguió una sonora y ebria carcajada. Me cerré más el abrigo y esperé. Un grupo de personas que entraba de la calle chocó conmigo y me empujó hacia delante. Trastabillé y recuperé el equilibrio. Nadie más parecía haberse dado cuenta. Me acerqué un poco más a la puerta, apartándome de la marabunta principal de los viernes por la noche, y esperé.

Diez minutos después, Adrian apareció por fin de entre la multitud.

—¿Lista para irnos?

Llevaba lista más de un cuarto de hora, pero me mordí la lengua, esbocé una sonrisa que sentí demasiado tirante en la cara y abrí la puerta, perdiendo el aliento ante el gélido mordisco del viento del norte en el aire nocturno. Adrian hizo señas a un taxi y empezó a parlotear sobre algo que había dicho uno de sus colegas y que, por lo visto, era desternillante. Yo no lo pillé del todo, pero le seguí la corriente con una sonrisa y miré de reojo la hora en mi móvil. Ya llegábamos casi media hora tarde a nuestra reserva para cenar. Mis tripas rugieron con fuerza, por suerte ahogadas por el traqueteo del típico taxi negro londinense, y recé para que el restaurante no hubiera regalado ya nuestra mesa.

Lejos ya de sus ruidosos amigos, Adrian se volvió más atento y miró su Rolex.

—Creo que vamos un poco tarde.

Me pasó un brazo por los hombros y me plantó un beso en el cuello. Como sus labios se quedaron ahí, me removí sutilmente para apartarme, sonriendo casi a modo de disculpa. Lo último que necesitaba ahora que me estaba instalando en mi nuevo trabajo era presentarme con un chupetón gigante en el cuello. Nunca había sido muy fan de ellos y más bien pensaba que habían pasado de moda, pero la fugaz expresión en el rostro de Adrian demostró que él opinaba de otra manera.

—Lo siento —dije, sintiendo de pronto que debía darle una explicación—. Trabajo nuevo y todo eso.

Él se encogió de hombros.

—Me parece justo.

El taxi se detuvo, él pagó antes de bajarse y esperó a que yo la siguiera. Al atraparme mientras lo hacía, un brazo posesivo se aferró a mi cintura, atrayéndome hacia él. Pude oler la cerveza que había estado bebiendo antes de que yo llegara. Hasta el momento, no estaba siendo exactamente la velada que había imaginado, pero aún había tiempo para que mejorara.

—Supongo que tendré que buscar un sitio que quede menos a la vista...

Sus palabras fueron un susurro suave en mi oído y, de repente, pareció que las cosas podían estar mejorando. Definitivamente seguía sin ser fan de los chupetones, pero apretada contra Adrian en la fría noche, con su aliento cálido y lleno de promesas, había muchas posibilidades de que me convenciera de lo contrario.

El restaurante estaba abarrotado y parecía estar al límite de su capacidad cuando Adrian me sujetó la puerta. Pasé primero y él entró detrás de mí. Nos recibió el *maître*.

—¿Desean algo los señores?

—Hola. Sí. Tenemos una mesa reservada a nombre de DeVere. —Adrian hizo un teatro de volver a mirar su caro reloj—. Sé que llegamos un poco tarde.

Le tendió la mano para estrechársela al otro hombre y me di cuenta del sutil intercambio de un billete de alto valor entre los dos.

—Espero que no sea un problema.

—En absoluto, señor. ¿Me permiten sus abrigos y enseguida les acompaño a su mesa?

Me miré los zapatos y cambié el peso de un pie a otro, un poco incómoda por toda la transacción y deseando que, en lugar de eso, simplemente hubiéramos podido llegar a tiempo, saltándonos así toda la necesidad de montar aquel teatro.

Me quité el abrigo y se lo entregué a otro servicial miembro del personal, que había aparecido mágicamente de la nada, dándole las gracias al hacerlo. Adrian entregó el suyo, pero apenas miró al hombre, paseando la mirada por el local antes de posarla en mí.

—Guau. Qué vestido más sexi.

Ladeó la cabeza detrás de mí y observó el pronunciado escote de la espalda, totalmente al descubierto gracias a que me había recogido el pelo. Le había dado mil vueltas tanto al vestido como al peinado durante más de una hora, antes de llamar por fin a Tia y que me dijera: «Sí, ponte eso sin dudarlo» y «Pelo recogido. Así luces el vestido, y luego puedes soltártelo de forma sexi». No estaba muy convencida de poder conseguir ese rollo de sacudirme el pelo

de forma sexi. Por lo general, cuando intentaba hacer algo así, parecía que trataba de esquivar a una avispa. Tia, sin embargo, tenía un talento natural y, ante la cara que puse, me había dado un par de instrucciones rápidas y una demostración. Seguía sin estar muy segura de mi potencial como seductora y decidí que, llegado el momento, simplemente me soltaría el pelo como una persona normal y con eso bastaría. Mejor eso que humillarme por completo. La última vez que lo había intentado, el hombre en cuestión había puesto cara de preocupación y lo único que conseguí fue darme un tirón en la espalda. No era exactamente el efecto que buscaba y el incidente me amargó bastante las actividades posteriores de aquella velada.

Pero, de momento, ahora que la atención de Adrian parecía haber vuelto a nosotros, al menos el vestido estaba logrando en cierta medida el efecto deseado. Seguí al camarero que nos llevaba a nuestra mesa, haciendo todo lo posible por apartar de mi mente la imagen de otros comensales que no estaban en posición de comprar su impuntualidad (¡como yo!) que eran desterrados de «nuestra» mesa y relegados a una al lado de los baños.

—¿Estás bien? —me preguntó Adrian cuando el camarero se desvaneció en un segundo plano, dejándonos elegir.

—Sí. Por supuesto.

—No pareces la de siempre.

Miré de reojo a la mujer de la mesa de al lado. Un enorme diamante engarzado en una alianza de platino descansaba en su mano izquierda, y varios anillos variados atrapaban la luz de las velas, destellando a cada movimiento que hacía. Sospeché que solo con sus anillos podría comprar mi piso, y aún sobraría para el

cambio. Escondí mis manos desnudas bajo la mesa, en mi regazo, e intenté no sentirme tan fuera de lugar. Y tan sobrepasada.

—Estoy bien. —Sonreí y empecé a hojear la carta.

—¿Es porque hemos llegado tarde o porque le he pasado dinero a ese tío? —Adrian se había inclinado sobre la mesa, con voz grave y un ceño más oscuro que un momento antes.

Levanté la vista de la carta. —¿Eh? —Pareces cabreada por algún motivo. —Me removí en la silla, consciente de que la mujer de la mesa de al lado había dejado de hablar, jugueteaba con el tallo de su copa e intentaba que no se notara que estaba escuchando a escondidas nuestra conversación.

—Estoy bien, de verdad. Es solo que... estoy acostumbrada a sitios más informales y no quiero meter la pata. —Ya estaba. Lo había dicho. Podía reírse de mí o compadecerme. Pero no iba a mentir. Me sentía incómoda. Había estado en sitios elegantes. Luca tenía dinero y le gustaba la buena comida, pero nunca me había sentido tan observada, tan preocupada por decir o hacer algo malo y dejar a Adrian en evidencia. Una vez, mis padres salieron a cenar y, por raro que parezca, me dejaron acompañarlos. Era el favorito de mis padres: un restaurante francés muy pijo escondido en un rincón de Londres. El silencio que se hizo en el momento en que entré esta noche me había recordado a aquella velada, transportándome de nuevo allí y sacando a relucir todas mis inseguridades. Pero, en el fondo, ¿qué esperaban, sirviéndole caracoles a una niña de doce años sin consultarle ni explicarle cómo se comen? Tampoco fue culpa mía que uno se me escapara de las pinzas y golpeara a otro comensal. El brusco movimiento de su cabeza hizo que su peluquín se desprendiera y cayera sobre el romántico centro de mesa con

velas que compartía con su jovencísima acompañante. Observé con una especie de horror fascinado cómo lo recuperaba de un tirón, apagaba a toda prisa las llamas con una servilleta de lino y se lo volvía a colocar en la brillante coronilla mientras unas volutas de humo se elevaban en el aire por encima de él. Nunca volví a salir a cenar con mis padres.

Por supuesto, cuando se lo conté a Luca, se partió de risa, me hizo pasar a su casa y me suplicó que le repitiera la historia al resto de su familia, que reaccionó de la misma manera, lo que por fin me permitió ver lo ridícula que había sido toda la situación. Mientras estaba con los Donato, la tensión que había sufrido durante la comida —que, obviamente, se había multiplicado por diez tras el lanzamiento del caracol— se esfumó. Me hicieron ver que no había sido culpa mía. Pero la sensación había vuelto en cuanto regresé a casa. Y justo ahora, esos mismos sentimientos volvían a asomar la cabeza. De repente, volvía a sentirme como si tuviera doce años y estuviera aterrorizada por la posibilidad de ponerme en evidencia a mí misma y a los demás.

—Estarás bien. —Adrian sonrió y me apretó el brazo antes de inclinarse hacia mí de nuevo—. Además, mirarte con ese vestido me hace dudar de que vayamos a quedarnos mucho tiempo aquí. —Sentí que me subían los colores a las mejillas e intenté esconderme tras la carta—. Es muy tierno que te sonrojes. Me da la impresión de que vas a hacerlo a menudo... —¿Pedimos? —pregunté, con la voz un poco más aguda de lo habitual.

Adrian me observó un momento, luego sonrió y asintió. —¿Caracoles de primero? —sugirió, estudiando la carta—. Te gustan, ¿verdad? —Sentí un vuelco en el estómago.

Capítulo 21

—¿Bee? —Me volví y vi a Luca, que estaba a punto de sentarse en otra mesa con dos caballeros de aspecto elegante. Uno tenía una cara agradable y sonriente, mientras que el otro parecía haber empezado la mañana pisando una babosa descalzo y, a partir de ahí, el día había ido cuesta abajo. Luca se disculpó y se acercó a nosotros. Se inclinó, me dio un beso en la mejilla y luego tendió la mano para estrechar la de Adrian.

—Me alegro de volver a verte, Aidan. —Adrian. —Sonriendo, Luca hizo un gesto de disculpa y yo le di una patada por debajo de la mesa, sabiendo de sobra que conocía el nombre de mi cita y que no lo hacía por otro motivo que no fuera sacarme de quicio.

—¿Caracoles? —preguntó, bajando la vista hacia los platos, ahora vacíos—. No pensé que volverías a comerlos nunca después del *SnailGate*. —Sonrió de oreja a oreja.

—¿*SnailGate*? —preguntó Adrian, ladeando la cabeza con curiosidad.

Agité la mano en el aire. —Una tontería de cuando era niña. No te preocupes. Ahora me encantan los caracoles. Obviamente. —En realidad, había odiado cada bocado, rezando para que el siguiente supiera mejor. No fue así.

Luca me estudió un momento. —Obviamente. —¿Qué haces tú por aquí? —pregunté en un tono alegre, lanzándole al mismo tiempo una mirada furtiva que desmentía mis palabras.

—Negocios. Nada emocionante. —Intentando impresionar a tus clientes —señaló Adrian, asintiendo con aprobación.

—En realidad, ellos intentan impresionarme a mí —replicó Luca.

Jugueteé con el pelo y aparté la mirada.

—Bonito vestido, Bee. Estás preciosa. —Umm, gracias. —Mi mano volvió a juguetear con nerviosismo.

—Me alegro de ver que la tratas bien. —Luca le sonrió a Adrian, pero pude ver la frialdad bajo esa sonrisa. Ah, perfecto. Luca siempre me sobreprotegía —siempre lo había hecho—, pero justo en este momento no necesitaba a ningún caballero con armadura de Savile Row.

—¿Qué te hace pensar que no lo haría? —No lo decía en ese sentido —intervine rápidamente—. ¿No deberías volver con tus invitados, Luca? —Como dice Bee, no quería ofender. —Luca levantó las manos en son de paz—. Es solo que se ha topado con cada joyita desde que empezamos con este reto. —Adrian frunció el ceño y me miró—. ¿Este reto? —Sí. Seguro que Bee te lo ha contado. Nunca ha creído en todo esto de las citas por internet. No cree que se pueda encontrar nada con sentido. —¡Luca! Creo que tus acompañantes te esperan. —Le puse una mano en el brazo y le di un sutil empujón. Por desgracia, entre la corpulencia de Luca, mi tamaño mucho menor y la posición en la que me encontraba, no sirvió absolutamente de nada.

—En fin, yo creo que sí se puede, así que nuestra amiga nos retó a descubrirlo. Bee ha tenido tan mala suerte hasta ahora que pensé que iba a quitarme la razón y a ganar, pero... —nos miró a los dos—, parece que ha encontrado a alguien que podría hacerle cambiar de opinión sobre todo el tema de las citas *online*. —Ya veo —dijo Adrian, dedicándole a Luca una sonrisa tensa—. Supongo que eso significaría que tú perderías, al fin y al cabo. —Tal vez. —Luca le

devolvió su característica sonrisa encantadora y la mujer de la mesa de al lado tiró su copa. Puse los ojos en blanco y le di otra patada—. Bueno, será mejor que vuelva. Hablamos mañana, Bee. Me alegro de volver a verte, Adrian. —Dicho esto, se dio la vuelta y regresó a su mesa. En cuestión de instantes, incluso el tipo con cara de amargado tenía un atisbo de sonrisa. Luca podía engatusar hasta a las piedras. A mí, sin embargo, no me hacía ninguna gracia en ese momento.

—Siento lo de hace un momento. —No pasa nada. En realidad, no le caigo bien, ¿verdad? —Por supuesto que sí. Bueno, lo haría si te conociera, quiero decir. Pero eso no importa, ¿no? O sea... —Apreté las manos sobre el regazo y miré a Adrian a los ojos—: Me gustas tú. Eso es lo principal, ¿verdad? —Adrian sonrió de medio lado y, por debajo de la mesa, deslizó la mano hasta mi muslo—. Eso es, sin duda, lo principal. —Aunque estaba enfadada con Luca por interrumpirnos y luego decir el nombre equivocado a propósito, su aparición, curiosamente, parecía haber centrado aún más la atención de Adrian en mí. Sin quererlo, me había hecho un favor.

El plato principal estaba riquísimo y, a pesar de la insinuación anterior de Adrian, sí que pedimos postre. Yo estaba a reventar, pero él insistió en que el camarero trajera dos cucharas y, como buena persona que soy, accedí a ayudarle a dar buena cuenta de un *coulant* de chocolate caliente perversamente delicioso que se derretía en el centro, derramando aún más exquisitez sobre el plato y mezclándose con el foso de nata líquida que rodeaba la creación.

—Así que no eras muy fan de las citas *online*, ¿eh? —Me di unos toquecitos en la cara con la servilleta e intenté comprobar

sutilmente, en el dorso de una cucharilla sin usar, si ahora lucía una sonrisa de chocolate alrededor de la boca.

—La verdad es que no. Quiero decir, sé que a algunas personas les puede funcionar, pero también había oído un montón de historias de terror. —Ay, Dios, ya te digo —asintió Adrian mientras pagaba la cuenta, rechazando mi oferta de aportar algo de dinero, e hizo un gesto a un camarero para que nos trajera los abrigos—. O sea, he tenido mujeres que no me dejaban en paz. Parecen pensar que, solo porque salís un tiempo, de repente es algo superprofundo y con mucho significado. Pero estoy contigo en eso. —A pesar de que acababa de abrocharme el cálido abrigo de invierno, de repente sentí que me recorría un escalofrío.

—¿Estás conmigo en eso? —repetí, sin entenderlo del todo. O, al menos, esperando no haberlo entendido.

—Sí —dijo, haciéndome un gesto para que saliera por la puerta que el portero nos mantenía abierta. Le di las gracias y Adrian me siguió—. En lo de que las citas *online* no son para encontrar nada serio. Se trata más bien de conocer a gente diferente y pasarlo bien. Como estamos haciendo nosotros. —Sonrió, pero con un matiz de algo más, mientras me pasaba un brazo por los hombros y paraba a un típico taxi negro londinense con el otro—. La gente como Luca, que cree que se puede encontrar algo con sentido a través de todo esto, se engaña un poco a sí misma, la verdad. Sin ofender. —Negué con la cabeza, aunque por dentro me daba vueltas todo.

—Quiero decir, hay gente a la que le funciona, claro. Pero es como tú decías. No se trata de buscar algo profundo. Se trata de divertirse, ¿no? —Se acercó más a mí y empezó a acariciarme el cuello con la nariz, subiendo una mano por mi muslo.

—No era exactamente eso a lo que me refería —dije, apartándome un poco. Adrian se enderezó, estudiándome un momento a la tenue luz del taxi.

—¿No quieres divertirte? —Claro que quiero divertirme. ¿No quiere todo el mundo? Pero... con algo más. O sea, a la larga. —Me pasé una mano por la frente un momento y luego volví a juguetear con el pelo—. Así es como empezó esta estupidez del reto con Luca en primer lugar. Él cree que puedes encontrar ambas cosas (juntas) usando aplicaciones de citas. —Y tú no. —Levanté la mirada, que se había desviado hacia donde me estaba toqueteando el principio de un padrastro del pulgar con el dedo anular—. No, antes no creía... —Dejé la frase en el aire, sin saber cómo terminarla ni cómo se la tomaría Adrian.

—Hasta que... —me instó, cogiéndome suavemente la mano y apartándola de donde ahora estaba arruinando poco a poco mi recogido, para envolverla entre las suyas.

Seguí sin contestar. Sentía frío y calor a la vez, y deseé no haberme dejado arrastrar nunca a esta estupidez de las citas. Era demasiado duro, demasiado complicado y demasiado... —Si te sirve de algo, yo pensaba lo mismo que tú. —Le miré a los ojos.

—Yo solo buscaba diversión, como he dicho. Lo admito. Y algunas mujeres querían algo más, pero a mí no me interesaba. Pero entonces entraste tú e, increíblemente, quisiste volver a verme. Si te soy sincero, las que son guapas e inteligentes no suelen querer hacerlo cuando se trata de mí. Sé que a veces puedo ser un poco áspero en las formas. Como al hacer que llegáramos tarde esta noche, por ejemplo. Pero... —Me cogió la otra mano y las sostuvo ambas entre las suyas. Su voz sonaba grave y muy cerca de mí—.

Conocerte me hace pensar que podría haber algo más. —Soltó una risita ahogada—. Por mucho que odie admitir que Luca Donato podría tener razón, por la simple razón de que, claramente, no le caigo bien, me temo que tendré que hacerlo. Hay un montón de historias de terror por ahí, como has dicho, en torno a las citas por internet. Supongo que unas cuantas me involucran a mí, si soy brutalmente sincero, pero eso es porque nunca me lo tomé en serio. Nadie me había hecho querer tomármelo en serio antes. —Hizo una pausa, levantó una mano y me la colocó suavemente bajo la barbilla, inclinándome la cara hacia la suya—. Pero me gustaría hacerlo ahora. Contigo... si me dejas. —La cabeza me daba vueltas. Me embargó todo un torrente de emociones: emoción, miedo, asombro, desconfianza. ¿Lo decía en serio? ¿Por qué yo iba a ser la especial? Sonaba como si hubiera podido elegir a la que quisiera.

—No me crees, ¿verdad? —Sonaba divertido.

—No es eso... —Era exactamente eso y ambos lo sabíamos.

—¿Es porque no confías en mí o porque crees que no lo vales? —Levanté la cabeza de golpe. Nadie había sido nunca tan directo conmigo. Bueno, aparte de Luca, pero eso no contaba.

Adrian se movió y me dejó un beso suavísimo justo debajo de la oreja. —No sé qué te pasó para que pienses eso, pero me gustaría saberlo. Lo que sí sé ahora mismo es que tú lo vales con creces. Deberías tener confianza en el hecho de que eres una mujer guapísima, inteligente y con muchísimo que ofrecer. —Sus dedos recorrieron mi pelo hasta encontrar la horquilla, soltándola con destreza para que mi cuidado recogido cayera en cascada. Enredó los dedos en él y tiró de mí suavemente. Si me hubiera acercado más, habría acabado sentada en su regazo, aunque en ese momento

probablemente no me habría importado, salvo por el hecho de que seguíamos en el taxi. Pero, a lo mejor, era hora de que me soltara un poco. De que empezara a vivir de verdad, a lo grande. De empezar a creer a quienes creían en mí y de dejar de dudar tanto de ellos como de mí misma. Había hecho el cambio en mi vida laboral y, a pesar de todos mis miedos y reservas, me estaba yendo francamente bien. A lo mejor, había llegado la hora de intentarlo también en mi vida personal...

—Siento haber hecho que llegáramos tarde antes, por haberte dejado ahí plantada esperándome. Te prometo que no volverá a pasar. —No pasa nada. —Sí pasa —dijo, mientras deslizaba una mano por mi espalda y me apretaba contra su muslo—. Vaya si pasa. Fue una grosería y te pido disculpas. No te habría culpado si te hubieras dado media vuelta y me hubieras dejado tirado en ese maldito bar. —Bueno, pues no lo hice —dije, con una voz que no parecía la mía, grave y con un deje tembloroso, mientras Adrian me besaba la parte delantera del cuello.

—Gracias a Dios —respondió, con voz ronca, volviendo a subir hacia mis labios y rozándolos suavemente con los suyos—. Y, francamente, de haber sabido entonces lo que había debajo de este abrigo, créeme, ¡ni de broma habría perdido el tiempo con todas esas! —Apretó su boca contra la mía, con suavidad al principio, antes de aumentar la presión; su brazo me apretó más fuerte mientras nuestros labios se separaban y él empezaba a explorar con su lengua. Deslizó una mano más arriba por mi muslo hasta encontrar el liguero, y un profundo gruñido retumbó en su garganta al empezar a avanzar más todavía.

—Ya hemos llegado, amigo. —El taxi se detuvo y Adrian se recostó en el asiento, ajustándose sutilmente la ropa mientras cogía la cartera. Me miró mientras yo me arreglaba también y me dedicó una sonrisa perversa que, sin poder controlarlo, le devolví.

—Quédese con el cambio —dijo, al tiempo que le pasaba otro billete grande.

—Gracias, amigo. Que pasen una buena noche. —Por el espejo retrovisor, capté la mirada de unos ojos sonrientes y sentí que me ruborizaba. Pero no hubo tiempo de pensar en lo que el taxista pensaría de mí, ya que Adrian me estaba ayudando a salir del taxi hacia el frío aire de la noche. El coche volvió a arrancar y sus luces desaparecieron por la esquina, dejándome sola en la acera con Adrian. Solo entonces me di cuenta de que no tenía ni la más remota idea de dónde estaba.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando los edificios que me rodeaban.

—En mi casa. —Adrian volvió a acercarse—. ¿Te parece bien? —Cerré la minúscula distancia que quedaba entre nosotros.

—Me parece perfecto —susurré, con voz grave y ronca. Él me respondió con una lenta sonrisa y me cogió de la mano.

* * *

A última hora de la tarde del día siguiente, estaba sentada en mi cafetería favorita, bebiendo un chocolate caliente con todos los extras y mirando cómo la lluvia se deslizaba por los grandes ventanales de cristal. Tenía un libro abierto en el regazo, pero de momento apenas había leído media página, hipnotizada por las gotas de lluvia y, para qué engañarnos, un poco falta de sueño por

la noche anterior. Mi teléfono, apoyado en el cojín del sofá a mi lado, empezó a vibrar. Rechacé la videollamada de Luca y le envié un mensaje en su lugar.

No puedo hacer videollamada. Estoy en la cafetería.

Inmediatamente, el teléfono empezó a sonar. Lo cogí.

—Hola. —Hola. —Al principio me había enfadado con Luca por comportarse de forma tan infantil con Adrian, equivocándose de nombre en el restaurante a propósito, pero el resto de la noche había provocado que todo eso pasara a un segundo plano, perdiendo importancia. De hecho, a Luca le había salido el tiro por la culata con su mezquindad, teniendo el efecto contrario al poner sobre la mesa el tema de las citas *online* y de lo que tanto Adrian como yo queríamos de ellas. Había forzado la conversación... que había desembocado en la noche anterior. Intenté no sonreír demasiado al pensar en ello.

—¿Dónde te habías metido? Llevo siglos intentando localizarte. —He tenido el móvil apagado un rato. —Toda la mañana —me corrigió Luca—. Estaba preocupado. —No tenías por qué. Ya soy mayorcita, Luca. Tengo derecho a apagar el móvil si quiero. —Pero nunca quieres. —Bueno, pues anoche sí. —Esto ha sido esta mañana. —Lo de anoche se alargó hasta esta mañana. —Ya veo. —¿No era increíble cuánto peso se podía cargar en dos palabritas de nada? Se hizo un largo silencio—. Pero ¿estás bien? —Sí. Solo estoy aquí sentada, leyendo. —¿Dónde estás? —En el sitio de siempre. —Vale. —Otra larga pausa.

—¿Qué estás haciendo? —Poca cosa. —¿Ninguna cita ardiente? —pregunté, intentando inyectar un tono de broma en lo que se había

convertido en una conversación inesperadamente incómoda por motivos que no tenía del todo claros.

—No. —No había ningún trasfondo de risa en sus palabras, como solía haberlo cuando hablábamos del tema. Si alguien iba a guardar rencor por algo, esa sería yo hasta que él consiguiera hacerme reír, lo cual nunca tardaba mucho en ocurrir; pero parecía que hoy era Luca quien tenía un palo metido por el culo. Rememoré la noche anterior. Adrian y yo nos habíamos ido antes que Luca y sus posibles clientes. Yo había levantado la mano brevemente a modo de despedida cuando él se había girado, viéndonos marchar, pero justo entonces Adrian se había puesto detrás de mí, por lo que no estaba segura de si Luca me había devuelto el gesto o no.

—¿Qué tal fue la reunión de ayer por la tarde? —*Quizá ese era el motivo de su mal humor.*

—Sí, muy bien, la verdad. —De repente, su voz sonó un poco más animada—. Vienen a la oficina el lunes a firmar el papeleo final.

—Oh, Luca, qué bien. Me alegro muchísimo.

—Sí. Intenté llamarte anoche para contártelo, pero... bueno. Da igual.

Se hizo otro silencio incómodo.

—¿Luca?

—¿Sí?

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Tú no pareces tú. Y nosotros no parecemos nosotros.

Luca dejó escapar un largo suspiro.

—Bueno, supongo que, como tú dijiste, las cosas cambian. Queramos o no.

De fondo, oí sonar el telefonillo de su edificio.

—Jez ya está aquí para ver el rugby. ¿Estás libre luego o vas a salir?

—No, estoy libre.

—Vale. Quizá hablemos luego, entonces.

—Vale.

Y colgó. La conversación me dejó un sabor raro en la boca y una sensación extraña en el estómago; ninguna de las dos cosas me gustó. Solté un suspiro y abrí los contactos del móvil. Busqué el número de Adrian y marqué, solo para saludar. Dio un par de tonos y luego se cortó. Me quedé mirando el teléfono un momento y lo dejé de nuevo a mi lado. Igual probaría más tarde. Justo cuando volvía a mi libro, el móvil empezó a sonar y el número de Adrian apareció en la pantalla. Sonreí y descolgué.

—Hola.

—Hola.

Había mucho ruido de fondo y me costaba oírle con claridad.

—Perdona. Pensaba que esta tarde estabas trabajando en casa. Solo quería saludarte.

De repente me sentí un poco incómoda. No quería que pensara que era una lapa. Mi mente voló hacia esas mujeres de las que me había hablado, las que no le dejaban en paz después de salir juntos. Pero, por otro lado, también había dicho que yo era diferente. Así que eso significaba algo... ¿no? *Mierda*. No tenía ni la más remota idea de qué se suponía que debías y no debías hacer en estas situaciones. Las normas de etiqueta en el mundo de las citas parecían cambiar cada cinco minutos y, como yo llevaba un tiempo fuera de circulación, no sabía si llamarle ahora entraba en la

columna de lo aceptable según las reglas. Para entonces, la calma que sentía antes se había evaporado por completo y noté que la camisa se me pegaba al cuerpo. *Genial*. Debería haberlo dejado estar. Dejar que me llamara él. Si es que iba a hacerlo. Al menos yo...

—Sí —dijo Adrian al otro lado de la línea, alzando la voz para tapar el clamor de lo que sonaba como un pub muy ruidoso—. Al final terminamos más rápido de lo que pensaba, así que me he venido por ahí con los chicos.

—Ah. Vale. Qué bien. Me alegro de que lo hayas terminado.

—Sí.

El sonido del teléfono se ahogó y oí voces seguidas de unas risas antes de que Adrian volviera a ponerse.

—¿Todo bien?

—Sí. Por supuesto. Te dejo para que sigas a lo tuyo.

—Genial. Te llamo.

—Claro —respondí, asegurándome de inyectar toda la naturalidad posible en esa única palabra para compensar cualquier posible metedura de pata que hubiera cometido al llamarle—. Adiós.

Capítulo 22

—No te preocupes por eso —dijo Tia con aire despreocupado cuando la llamé más tarde para ponernos al día y pedirle su sabio consejo.

—Pero ¿y si lo he fastidiado por llamar tan pronto? ¿Llamé demasiado pronto?

—No hay reglas, Bee.

—Claro que hay reglas. ¡Todo el mundo habla siempre de las reglas! Tiene que haber reglas.

—El amor no entiende de reglas.

—¡No creo que estemos en esa fase todavía!

—No, pero tiene que gustarte mucho para acostarte con él. Así eres tú.

—¿Por qué todo el mundo sigue diciendo eso? Hace que suene como una mojigata.

—Tonterías. Lo que pasa es que tienes gusto y clase, y eres un poco tímida. Ninguna de esas cosas es mala. No pasa nada. Deja de preocuparte tanto y cuéntamelo todo sobre anoche.

En la pantalla de la videollamada, vi cómo ahuecaba un cojín detrás de su espalda, se servía una copa de vino blanco de la botella que tenía en la mesa de centro y se ponía cómoda.

—Estuvo... bien.

Tia hizo una mueca.

—Cariño. Tengo una botella entera aquí y me faltan horas para que mi prometido vuelva a casa. Este es el primer hombre con el

que te acuestas en a-a-a-a-a-ños. Voy a necesitar mucho más que un «bien».

Negué con la cabeza, medio riendo y medio sonrojada, y Tia señaló la pantalla.

—¡Eso! Eso es lo que busco. ¡Venga, suéltalo ya!

* * *

No vi a Adrian en unos días e intenté no darle muchas vueltas. Había sido sincero y dulce, e incluso se había disculpado por lo que consideraba sus defectos. Tenía un trabajo muy absorbente y, aunque Tia y Jono habían estado hablando y mandándose mensajes a todas horas cuando empezaron a salir, eso no significaba que todo el mundo procediera así. ¿Verdad?

—¿Sales con Aidan otra vez esta noche? —La profunda voz de Luca me hizo dar un respingo mientras escudriñaba la nevera buscando algo de comer.

Saqué una especie de barrita energética de frutas y cerré la puerta; detrás me encontré con su imponente figura, enfundada en un traje gris marengo oscuro que le hacía parecer el modelo de la marca que lo había diseñado. Me erguí. Ese día llevaba tacones, así que contaba con diez centímetros de ventaja sobre mi estatura habitual.

—Es muy infantil por tu parte insistir en decir mal su nombre cada vez que le mencionas, ¿sabes?

Luca se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa.

—Lo sé. Pero te saca de quicio y eso siempre es divertido.

—¿Cómo puedes ser el director general de una empresa de tanto éxito cuando en realidad eres un inmaduro total?

—Se me da muy bien engañar a la gente.

—Por lo que parece, sí.

—A lo mejor no soy el único.

Ya estamos. No le sigas el juego. No entres al trapo...

—¿Y qué se supone que significa eso? —*A la mierda el plan.*

Levantó las manos.

—Tranquila. Solo quería decir que me alegro de que por fin hayamos conseguido ficharte para la empresa después de pasarte años fingiendo que eras feliz en tu anterior trabajo, eso es todo. Jo me acaba de decir que has firmado el contrato. Creo que hasta ha dado un gritito de emoción. Me parece que tienes a una fan.

—Solo le caigo bien porque conseguí que le trajeran un ordenador nuevo.

—Le hacía falta. No sé por qué no me lo pidió a mí. —Se encogió de hombros con esa bendita ignorancia que resultaba a la vez dulcemente entrañable y tremendamente irritante, dependiendo de tu estado de ánimo.

—Porque la gente no hace esas cosas. Sobre todo las personas calladas y dulces como Jo. La gente como tú puede intimidar a la gente como ella.

—Tú eres callada y dulce. Y yo no te intimido.

—No, pero yo sé lo friki y lo capullo que eres en realidad. La gente de aquí solo ha visto tu brillante fachada. No te conocen de verdad. Y no soy dulce.

—Ya veo. Y sí, sí que lo eres.

—Que no.

—Apuesto a que Adrian te ha dicho que eres dulce.

Me di la vuelta y me puse a trastear, preparándome una taza de té que en realidad no quería.

—¿Qué te ha hecho a ti esa bolsita de té?

—¿Quieres uno?

—No estoy seguro de querer ser cómplice del maltrato de una segunda bolsita.

Le fulminé con la mirada mientras lanzaba otra bolsita de té a una taza, reconozco que con más fuerza de la necesaria o de la que se merecía.

—Mala suerte. Ahora ya estás metido hasta el cuello.

—Entonces menos mal que tengo un abogado excelente. —Posó una de sus grandes manos en mi brazo y detuvo mi furioso ahogamiento de bolsitas de té—. ¿Qué pasa?

—Nada.

Me echó la mirada que me llevaba echando desde que éramos pequeños. La mirada de «y un cuerno». Aunque, la verdad, probablemente en aquel entonces no la catalogaba así. Por aquel entonces era más bien una mirada del tipo «eres una trolera».

—Vale. Está bien. Me ha llamado dulce.

—Va-a-a-a-a-a-le. Y eso es un problema porque...

Eché un chorrito de leche en las tazas y salpiqué la encimera. Agarré un trozo de papel de cocina, limpié el estropicio y sequé la taza de Luca antes de tendérsela. Él no hizo ningún intento de llenar el silencio. Era una técnica que supuse que habría aprendido en una de las muchas conferencias de negocios a las que había asistido a lo largo de los años, una con un título como «Cómo ser un director general de la hostia» o algo por el estilo, porque, viniendo de la familia de la que venía, rara vez quedaba algún silencio que llenar, y

si de forma momentánea se producía una pausa en la conversación, el alboroto de risas y ruido se la tragaba de inmediato. El silencio no era un concepto con el que Luca Donato hubiera crecido, pero estaba claro que ahora lo manejaba sin problemas. Cedí. Más o menos.

—Da igual.

—No —afirmó en voz baja—. No da igual. Si te pone así de nerviosa, importa mucho. A mí, al menos.

Luca dio un paso hacia mí y levanté la vista. La preocupación arrugaba sus facciones y su boca, que solía estar siempre sonriendo, formaba ahora una línea que no revelaba nada. *Más técnicas*. Cuando éramos pequeños, yo podía leer a Luca como a un libro abierto, igual que él todavía podía leerme a mí.

—De verdad que no importa, Luca. —Pero, hasta para mí, mis palabras no sonaron con la fuerza que pretendía.

—Cuéntamelo. —Su voz era suave, grave y firme. Apoyó un brazo con naturalidad en la pared, junto a mi cabeza, dejando su cuerpo tenso y tonificado a escasos centímetros del mío. Si las circunstancias hubieran sido otras, podría haber imaginado fácilmente que semejante postura haría brotar los secretos más profundos de cualquiera como si metieras un Mentos en una botella de Coca-Cola. Me encontré con su mirada. Y empecé a sonreír.

—¿Qué?

—Esas tácticas no funcionan conmigo, ¿recuerdas? —dije, escabulléndome por debajo de su brazo.

—¿Qué tácticas? —Se volvió, con cara de estar genuinamente confundido. ¿De verdad no sabía que lo estaba haciendo?

No estaba muy segura de cómo describirlo, así que agité las manos señalándole y le solté:

—Eso.

Evidentemente, aquello aclaró muchísimo las cosas, pero Luca siguió mirándome fijamente.

—No estoy haciendo nada.

Oh, vaya. De verdad que no lo sabía.

—Vale —dije, dándole la razón ahora que me daba cuenta de que no lo estaba haciendo a propósito.

—¿Podemos volver a centrarnos en ti? ¿Qué ha dicho Adrian que te haya molestado?

—¡Uf! —Eché la cabeza hacia atrás y miré al techo un momento —. Nada. Soy yo, no él.

—Segurísimo que es él.

—Ni siquiera sabes de qué se trata.

—Y, aun así, sé que es él.

—Solo tienes prejuicios.

—Probablemente. Pero cuéntamelo de todos modos.

Solté un suspiro.

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad?

—Ni de broma. —Se sentó a la mesa, frente a mí, llenando la silla y el espacio.

—Es solo que... —Hice una pausa y eché un vistazo alrededor—. Se me hace raro hablar de esto contigo.

Luca volvió a fruncir el ceño.

—¿Desde cuándo?

Buen apunte.

—No lo sé. Simplemente, las cosas han estado un poco... raras.

—Lo sé.

—¿Es por el estúpido reto?

Se tomó un segundo antes de contestar.

—No. Y te lo contaré todo. Lo prometo. Es solo que ahora no es el momento adecuado. Espero que lo entiendas.

—Sí. —*Más o menos*.

—¿Y bien? ¿Adrian te ha llamado dulce? Eso es bueno, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Vas a tener que darme más detalles.

—Es solo que... «dulce» no era la reacción que buscaba.

Luca volvió a emplear su técnica del silencio y, como un lemming, me tiré de cabeza por el precipicio.

—La gente siempre me llama dulce, o seria, o estudiosa o... Bueno, hubo un chico que hasta me dijo que le recordaba a una bibliotecaria. Evidentemente, me gustan las bibliotecarias. Les gustan los libros y les gusta la tranquilidad, y a mí me chiflan las dos cosas.

—En ese caso, no veo el problema. Y, créeme, teniendo en cuenta que hablamos de El Bróker, me encantaría ver el problema. ¿A lo mejor el tío que te dijo lo de la bibliotecaria lo decía en plan sexi? Ya sabes... —Movió las cejas de arriba a abajo de forma sugerente—. Mirando con desaprobación por encima de las gafas. Ese rollo.

—No uso gafas.

—Quizá deberías. —Luca esbozó una sonrisa de oreja a oreja y luego se detuvo de golpe al darse cuenta de que yo no sonreía—. Perdón.

—No lo decía en ese sentido. Me mandó un mensaje más tarde aquella noche y me dijo que yo era «dulce», pero demasiado

callada.

—Entonces es gilipollas.

Di un sorbo a mi té, poco convencida.

—Pero ¿qué pasa con Adrian? Porque... —se aclaró la garganta y jugueteó con el asa de su taza un instante—... os vi salir a los dos la otra noche. Ese vestido es de infarto y él te miraba como si fueras el postre.

—Ya habíamos tomado postre.

—Entonces quería repetir.

Mantuve la vista clavada en mi taza.

—Yo también lo pensé, en cierto modo. Y, por una vez... —Levanté la mirada hacia Luca y bajé la voz a un susurro—: Por una vez en mi vida, sentí que alguien se fijaba en mí. Que alguien pensaba que era sexi. No solo callada o dulce o inteligente, sino sexi, además de todo eso. Y me doy cuenta de que probablemente estoy rompiendo como un millón de reglas feministas, pero me sentí bien. La verdad es que me hizo sentir bastante empoderada que alguien pensara eso de mí. Sobre todo alguien que me gusta mucho.

—Bee, te garantizo que la gente piensa eso de ti.

—No, no puedes.

—Te aseguro que sí.

—¿Quién?

Luca esbozó una sonrisa tensa y ladeó un poco la cabeza.

—Me temo que no puedo revelar mis fuentes.

Puse los ojos en blanco y di un buen trago al té.

—Sí, eso pensaba.

—Entonces, ¿a Adrian no le pareciste sexi con ese vestido? Necesita que le revisen la puñetera vista.

—No, sí que le parecí sexi. Es solo que... después... —Tragué saliva y Luca se escondió tras su taza de té—. Dijo que yo era muy dulce, lo cual es bonito, por supuesto. Pero supongo que, en realidad, quería que dijera algo... distinto.

—¿Como qué?

Le dediqué una mirada y una media sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—A lo mejor simplemente no se le dan bien las palabras. Lo suyo son más los números, supongo. —Se frotó la cara con una mano—. No me puedo creer que esté defendiendo a un bróker.

Yo sabía lo difícil que le resultaba aquello a Luca y sonreí.

—Gracias.

Se encogió de hombros, aunque se le veía un poco tenso. Teniendo en cuenta que no le caían bien ni Adrian ni los brókeres en general, agradecía de verdad que estuviera haciendo aquel esfuerzo.

—¿Crees que de verdad es eso? Es que estaba pensando que a lo mejor no soy tan...

—Sea como sea que vayas a terminar esa frase, no lo hagas. Tienes que dejar de compararte con otras personas, Bee. Tú eres tú, y eres brillante, divertida, amable y dulce... —Puso cara de circunstancias al decir eso—... y es indiscutible que eres sexi. Esta mañana ya he tenido que apartar un par de lenguas babeantes del suelo cuando has pasado con esos zapatos.

Luca les echó otro vistazo.

—No recuerdo la última vez que te vi con tacones, aparte de la otra noche con Aidan.

Dejé pasar la puya del nombre y me encogí de hombros.

—En la otra empresa siempre llevaba las mismas cosas. De todas formas, no creo que nadie se fijara en lo que me ponía, y había llegado a un punto en el que me daba igual. —Volví a levantar la vista—. Es terrible, ¿verdad? Que tuviera tan pocas ganas de ir a un sitio al que volvía día tras día que ni siquiera me importara la ropa que me ponía.

—Es fácil caer en la costumbre. En la rutina. Abrir un camino nuevo a menudo puede dar miedo, pero tú lo has hecho.

—Lo he hecho. Y supongo que lo de la ropa es solo una parte de todo esto. Intentar salir de la rutina.

—Me alegra oírlo.

—Entonces, ¿cómo salgo de la rutina de ser «dulce»?

Luca negó con la cabeza, sonriendo.

—No sales, Bee. Eres como eres. Pero el hecho de que seas dulce no significa que no seas también todas esas otras cosas. Las personas son complejas. No somos solo una cosa u otra, somos una mezcla de todo. Eso es lo que nos hace interesantes.

—Lo dice alguien a quien jamás le han dicho que es aburrido. —Le guiñé un ojo.

Levantándose, Luca soltó un suspiro antes de coger las tazas ya vacías y meterlas en el lavavajillas. Le seguí y me dirigí hacia la puerta. Cuando llegamos, me agarró del brazo y me hizo retroceder con suavidad. En la intimidad de la esquina que quedaba detrás de la puerta, Luca tomó delicadamente mi rostro entre sus manos y clavó en mí su profunda mirada de color chocolate.

—Créeme, a mí me han llamado muchas otras cosas, pero tú no eres, ni has sido nunca, aburrida. No dejes que nadie te diga lo contrario. Te diría que, si alguien lo intenta, me lo mandes a mí,

pero sé que eres perfectamente capaz de patearle el culo tú sola. Solo necesitas creer un poco más en ti misma, porque, cuando lo haces, pasan cosas buenas.

Dicho esto, depositó un fugaz beso en mi frente y se apartó.

—¿Vale?

Sonreí.

—Vale.

—Bien. Ahora vuelve al trabajo. No te pago por estar aquí sentada cotilleando.

—Le estaba haciendo compañía al jefe. Pensé que sería de mala educación irme y dejarte tirado.

—Buena respuesta. ¿Ves? Sabes reaccionar rápido... —bajó la vista y sonrió de oreja a oreja moviendo una oscura ceja con picardía—... sobre esos tacones.

—Sabes que puedo quejarme a Recursos Humanos de que acoses a mis zapatos con la mirada.

—No los acosaba. Los admiraba desde un punto de vista estético. Solo me alegro de que hayas empezado tu programa de patear culos aquí. De que vayas a por lo que quieres. Esos zapatos... —les echó otra rápida mirada de apreciación—... son el símbolo de todo eso. Es normal que tengas altibajos, pero sigue creyendo en ti misma como yo creo en ti. Igual que hace Tia. Y, desde luego, cualquiera que no lo haga no merece que pierdas el tiempo con él.

—Vale. —Asentí, con más convicción esta vez.

—Vale.

Empecé a salir, me detuve y me di la vuelta, encontrándome más cerca de Luca de lo que esperaba.

—Uy. Solo quería darte las gracias.

Al estar yo más cerca, él inclinó la barbilla un poco más hacia abajo para mirarme a los ojos.

—No hay de qué.

Capítulo 23

—¿Pasa algo? —le pregunté a Adrian mientras paseábamos por el Embankment tras una cena que había sido agradable, pero no exactamente llena de... chispa.

—¿Eh? —Guardó el teléfono en el que había estado tecleando furiosamente—. Ah, no. Perdona. Cosas del trabajo.

—Se te ve un poco distraído esta noche.

—¿Yo? No. Para nada. —Se detuvo y me cogió la mano, apoyándome de espaldas contra la balaustrada—. Solo por ti.

Sonreí. Vale, sí, era la frase más cursi del mundo y, si lo pensaba demasiado, tampoco estaba del todo convencida de que fuera cierta. Durante casi toda la noche, había parecido más interesado en su móvil que en mí. Pero la gente tenía vidas ocupadas y trabajos exigentes. Lo entendía y lo aceptaba. No pensaba convertirme en una de esas mujeres que él había mencionado, de las que exigen todo su tiempo. Pero que me dedicara un poco cuando estábamos juntos estaría bien. *Estaba* bien. Pareció interpretar mi silencio como algo distinto a que mi cerebro estuviera teniendo una conversación absurda consigo mismo.

—Vale, eso ha sonado cursi. —Me eché a reír.

—Un poco.

—Pero lo siento. Y por muy cursi que sea, la verdad es que eres toda una distracción.

Un fuerte *pip, pip* sonó desde su bolsillo. Ninguno de los dos se movió.

—Aunque puedo entender perfectamente por qué creerías que tengo la cabeza en otra parte esta noche.

—¿Tienes que irte? ¿Tienes algún fuego que apagar?

¿Eran imaginaciones mías o pareció aliviarse un poquitín? Vale, eran imaginaciones mías. Seguro que sí. Recuerda lo que dijo Luca. Soy feroz. Soy mujer. ¡Escuchad mi rugido!

Ñic, ñic.

—¿Ese has sido tú?

—Ha sido mi móvil.

—¿Tu móvil hace *ñic, ñic*?

Normalmente ponía el móvil en silencio en las citas, pero esa noche iba con retraso y, después de escribirle a Adrian para decirle que llegaría un poco tarde, había estado tan concentrada intentando arreglarme y llegar lo más puntual posible que, obviamente, se me había olvidado.

—Me pareció mono. En su momento.

—Es tierno. Como tú.

Pensaba cambiar el tono de las notificaciones a la primera oportunidad que tuviera, de eso no cabía duda.

Se hizo un silencio.

—¿Tienes que mirarlo? —preguntó.

—Qué va. Estoy aquí contigo. Si fuera urgente, me llamarían.

—¿De verdad alguien sigue llamando hoy en día?

—Mis amigos y yo sí llamamos.

—¿En serio? ¿No os mandáis mensajes y ya está?

—Bueno, también lo hacemos. Pero sí, hablamos por teléfono y por videollamada.

—Interesante.

No estaba muy segura de qué quería decir con aquello, así que me quedé callada.

—¿De verdad no te importaría si me voy? A ver, me siento como un capullo yéndome antes, pero, como tú has dicho, es un poco un incendio.

—¡Ah! Claro. —Cuando lo dije, creo que no me esperaba que de verdad me dijera que sí—. No. Por supuesto que no. Las emergencias son las emergencias.

—Exacto. Eres genial. Te llamaré.

Me dio un beso fugaz en la mejilla y empezó a alejarse. Puede que no fuera ninguna experta en esto de las citas, pero hasta yo sabía cuándo algo no cuadraba. Al menos, a mí no me cuadraba. Levanté la vista al oír unos pasos que se acercaban a toda prisa. Me preparé para pegar mi mejor grito. Pero era Adrian.

—¡Hala! ¿Se ha cancelado la emergen...? —No pude terminar la palabra porque su boca atrapó la mía y sus manos se colaron bajo mi abrigo, apretándome contra él, mientras su lengua exploraba mi boca de forma apresurada.

Cuando se apartó, parpadeé mirándolo hacia arriba.

—Perdona. Sabía que se me olvidaba algo. Te llamo luego, ¿vale?

—Vale.

* * *

Cuando dijo «luego», no me imaginé que se refería a *muy* luego. Sobre las doce menos cuarto, me sonó el móvil y el nombre de Adrian parpadeó en la pantalla. Me había duchado, me había puesto el pijama y estaba a punto de meterme entre unas sábanas recién lavadas. ¿Quería cogerlo? ¿Debería siquiera planteármelo si de

verdad era El Definitivo? Era nefasta para ignorar llamadas. Hasta cogía las de publicidad y una vez me pasé unos diez minutos intentando explicarle educadamente a la persona al otro lado que no me interesaba un plan de mantenimiento para mi decodificador de Sky; siendo el motivo principal que no tenía, ni nunca había tenido, un decodificador de Sky.

Había mejorado un poco desde entonces. Había conseguido ignorar a mi madre la única vez que llamó por mi cumpleaños. Digo «por» mi cumpleaños y no «en» mi cumpleaños porque lo hizo con dos días de retraso, algo que sí admitió en el mensaje que dejó, contándome que había estado superocupada. Demasiado ocupada para felicitar el cumpleaños a su única hija. Bueno, estaba bien ver que había cosas que no cambiaban. Aunque bueno, ignorar su llamada había sido más fácil desde que me di cuenta de que mi madre no me caía precisamente bien. Ese concepto todavía me encogía un poco el estómago, pero creía que la mayor parte era por tristeza más que por arrepentimiento. Adrian, por otro lado, sí que me gustaba.

—¡Ey! —Sonaba mucho más animado que antes.

—Hola. ¿Has solucionado la emergencia?

—Oh, sí.

—Me alegro.

—¿Aún estás despierta?

—Bueno, a menos que sea una sonámbula muy erudita, supongo que sí.

Silencio.

Había intentado ser graciosa, pero ahora no estaba segura de si solo había sonado sarcástica.

—Sí, lo estoy —empecé de nuevo—. Aunque justo iba a acostarme.

—¿Quieres compañía? —Su voz había bajado una octava. Sin venir a cuento, de repente me pregunté si Luca hacía alguna vez ese tipo de cosas. Nunca le había oído cambiar la voz, pero, por otro lado, Luca ya hablaba de por sí desde el subsuelo, así que habría sido bastante complicado que la bajara todavía más.

De verdad que quería verle, pero...

—Supongo por la pausa que eso es un no. —No sabría decir si estaba cabreado o no, pero, para ser justos, él era el que se había esfumado a mitad de la cita.

—No es que no quiera. Es solo que tengo una presentación que preparar y es la primera que hago en este sitio, así que quiero asegurarme de estar al cien por cien.

—Y crees que te voy a distraer. —Me eché a reír.

—Sé que me vas a distraer.

—Bien. Entonces aún no perderé la esperanza. Será mejor que te deje para que duermas tu sueño reparador. Aunque no creo que tengas que preocuparte por eso.

De nuevo, un poco cursi, pero, de nuevo, bastante tierno.

—Gracias.

—Además, no creo que Donato te vaya a despedir, ¿verdad? No te preocupes por eso.

—Conseguí este trabajo por mis propios méritos —le repetí lo que ya le había contado una vez.

—No, ya lo sé. Solo bromeaba. —Claramente no era broma, pero intenté que no me molestara. Era inevitable que la gente pensara que había habido enchufismo al estar Luca y yo tan unidos, y siendo

Donato Solutions una empresa tan cotizada. Aunque habría estado bien sentir que el hombre con el que salía tenía un poco más de fe en mí... A lo mejor solo estaba cansada y le estaba dando demasiadas vueltas a las cosas. La noche no había salido exactamente según lo planeado, con él largándose a mitad de la cita, así que probablemente eso tampoco ayudaba. Le había dicho a Adrian que lo entendía, y era verdad. Pero eso no significaba que me hiciera especial ilusión.

—Lo sé. Solo estoy cansada.

—Vale. Espero que la presentación vaya bien.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches. —Y entonces colgó.

* * *

—¡Madre mía! Tuviste una llamada para un revolcón. —Tia se rio mientras me sentaba con ella en el pub a la noche siguiente.

Mis nuevas cejas perfiladas en HD se dispararon hacia arriba mientras dejaba mi copa.

—¡No fue una llamada para un revolcón!

A su lado, Jono hizo un ligerísimo asentimiento con la cabeza.

—Uy, ni se te ocurra unirte a ella. —Le apunté con una uña recién pintada y él sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué me he perdido? —El tono grave de Luca se unió a la conversación desde detrás de mí mientras se inclinaba y dejaba la pinta que llevaba en la mesa junto a mi bebida, antes de quitarse el abrigo y dejarlo a un lado, soltando encima la bufanda que llevaba enrollada al cuello. Había estado de viaje de negocios el par de días anteriores y hasta arriba de negociaciones; también había estado

muy callado en línea, así que era la primera vez en unos días que nos podíamos poner todos al día.

—De nada —respondí rápidamente al mismo tiempo que Tia anunciaba con regocijo sus conclusiones erróneas.

—No fue eso —repetí.

Luca expulsó aire por la nariz.

—Lo fue totalmente.

—¡Que no!

—El tío te llama de repente a las tantas de la noche y te pregunta si puede pasarse... —Dejó la frase en el aire mientras tomaba asiento a mi lado.

—No fue de repente. Habíamos salido antes por la tarde.

Luca frunció el ceño, sin entenderlo.

—Se tuvo que ir pronto. Una emergencia del trabajo.

Una ceja oscura tembló.

—¿Qué? —pregunté, girándome.

—Que parece que tiene muchas emergencias de trabajo para ser un bróker.

—No sabes nada ni sobre ellos ni sobre él, salvo que a ti y a tus amigos os hicieron perder dinero, lo que significa que los odias automáticamente. Lo cual —añadí—, es completamente comprensible. Pero creo que, tal vez, podrías juzgar a las personas por sus propios méritos en lugar de como a un grupo entero solo por su trabajo.

—Créeme, lo estoy juzgando por sus propios méritos. Desaparece a mitad de vuestras citas y luego te llama más tarde esperando rascar tema, clarísimamente.

—¡No fue así! —reiteré, pero un rápido vistazo a las caras de mis amigos me demostró que esta no era una batalla que fuera a ganar. Y supongo que, planteado así en blanco y negro, no sonaba genial. Pero en la vida siempre había grises, pensaran lo que pensaran los demás.

—¿Entonces cómo es que estás aquí un viernes por la noche rebajándote a estar con nosotros en vez de camelándote a la Señorita Posible Definitiva? —preguntó Tia.

—He quedado con ella aquí.

—¡Ah! —Tia me lanzó una mirada. Se la devolví y volví a concentrarme en la carta. Ahora que mi sueldo había subido, mis opciones a la hora de cenar fuera también habían aumentado. Ya no tenía que pedir solo una guarnición y fingir que no tenía hambre. Ninguno de los demás decía nunca nada, pero sabía que no me creían cuando les decía que solo quería algo ligero. Luca me pedía a menudo que compartiera parte de su comida, diciendo que había comido fuerte al mediodía y que siempre comía por los ojos. Sabía que era mentira. Luca podía acabarse cualquier cosa que le pusieras delante si quería. A menudo me sorprendía que no estuviera como una vaca; pero claro, era bastante activo, con tantas rutas en bicicleta por la montaña, carreras de las Tres Cumbres y eso de quedarse colgado de paredes rocosas, así que suponía que quemaba casi todas las calorías que se zampaba.

Pero esa noche podía elegir lo que quisiera. Ya se me habían abonado los dos primeros pagos de la agencia de empleo y había firmado el contrato con *Donato Solutions*. Pensar que me había quedado tanto tiempo en mi antiguo trabajo, forzándome a situaciones así, me fastidiaba un montón ahora. Todo aquel tiempo

perdido. Pero pensar así no me llevaba a ninguna parte, y ya llevaba bastante tiempo estancada. Por fin, había empezado a avanzar y ahora solo tenía que mantenerme en el buen camino.

—Hola, Luca. —Una voz suave y grave detrás de nosotros interrumpió mi lectura de la carta. Luca se giró. En realidad, nos giramos todos porque así de cotillas éramos.

—Aneeka. ¡Hola! —La mujer esbozó una sonrisa deslumbrante mientras él se ponía en pie y ella le quedaba casi a la misma altura. Para alguien que mide uno noventa y tres, eso ya era decir. Miré hacia abajo con disimulo. Sus tacones eran de quince centímetros y sus piernas constituían la mayor parte del resto. Probablemente eran, de forma bastante literal, el doble de largas que las mías y estaban embutidas en unos *leggings* negro mate y ajustadísimos que lucían un culo perfecto, valga la redundancia, a la perfección, y las agujas de sus tacones deberían haber sido catalogadas como armas letales. Fuera, el tiempo amenazaba con bajar de los cero grados y yo había pensado que mis botas hasta la rodilla y de tacón bajo eran una buena elección. Pero tal vez llevar unos zapatos que también pudieran servir como piolets para el hielo fuera también un buen enfoque. Habló en voz baja con Luca un momento mientras él le cogía el abrigo y creí captar un acento escandinavo, lo que podía explicar la reluciente cascada de pelo rubio casi blanco que se balanceaba al moverse. A diferencia de la mayoría de las mujeres, aquello era lo único que se movía. Todo lo demás se mantenía firme, y respingón, en su sitio.

—Perdona por llegar un poco tarde —le estaba explicando a Luca —. Se suponía que la sesión de fotos iba a terminar antes, pero el fotógrafo no lograba conseguir la toma que quería ni a la de tres.

Sentí que las cejas me daban un respingo. Si un fotógrafo no conseguía sacar una buena foto de esta imagen de perfección, entonces tal vez necesitaba una cámara nueva. O una nueva profesión. Dios no quiera que alguna vez tenga que hacerles fotos a personas normales.

—¿Quieres algo de beber?

—Claro. Te acompaño. —Y allá que se fueron, con su pelo y su trasero balanceándose perfectamente.

Me volví hacia Tia.

—¿No se supone que el trato es que encontremos a alguien por internet? ¡Es imposible que la haya conocido en una *app* de citas! Solo míralos. ¡Hay un reguero de babas siguiéndola solo con ir hacia la barra!

Tia se encogió de hombros.

—Pero esas son las reglas, ¿no? El objetivo de este estúpido reto es demostrar que el amor se puede encontrar en internet.

Tia frunció el ceño.

—Si te parece tan estúpido, ¿por qué aceptaste?

—Porque no me quedó mucha opción.

—¿Y porque estás harta de estar sola?

—No. Soy más que feliz yo sola.

Tia empezó a olfatear el aire.

—Sí. Vale. Estaría bien tener a alguien, pero tiene que haber reglas. ¿Digo yo?

—No hay nada que te impida ligarte a un modelo —añadió Jono, asumo que con la intención de ser útil.

—Sí, espera. Tengo a David Gandy en marcación rápida. Está pillado, pero a lo mejor tiene un amigo.

—¡Bee! —me reprendió Tia.

Dejé escapar un suspiro.

—Lo siento. Perdona, Jono. —Me levanté, me incliné sobre la mesa y, de forma estúpida, se me llenaron los ojos de lágrimas—. No quería ser tan zorra. No lo decía en ese sentido.

Jono estiró los brazos y aceptó el abrazo.

—No pasa nada. Sé que no.

Me volví a sentar y Tia me hizo una mueca.

—¿Todo bien? —preguntó Luca, regresando a la mesa.

—Sep. —Tia sonrió y tendió la mano a la mujer que estaba a su lado—. Soy Tia. Este es mi prometido, Jono, y esta es Bee.

—Hola, encantada de conoceros a todos. —Dobló sus piernas de Bambi con elegancia y ocupó el asiento que había junto a mí. Me aparté un poco para dejarle más espacio. Aunque, para ser justos, tampoco ocupaba gran cosa. Tia, presintiendo que mi habitual maniobra de «aléjate del pibón» estaba a punto de entrar en acción, me dio una patada por debajo de la mesa. Solo que no me la dio a mí.

—¡Ay! —exclamó Aneeka, agachándose para frotarse la espinilla.

—Ay, Dios mío, lo siento muchísimo. Llevo un tiempo con un problema en la rodilla y el nervio me da espasmos —improvisó Tia rápidamente, mientras Jono hundía la nariz en su bebida y yo la mía en la carta—. ¡Normalmente la que se lleva el golpe es Bee! —añadió con retintín.

Levanté brevemente la vista, asentí con la cabeza y volví a fijarme en el menú, haciendo todo lo posible por no estallar a carcajadas. De verdad que no quería que Aneeka pensara que nos estábamos riendo de ella.

—No te preocupes. Conozco a un fisioterapeuta maravilloso. Le daré el número a Luca para ti. Seguro que podrá ayudarte con esa rodilla.

—Oh, qué amable por tu parte. ¡Gracias!

—¿El qué? —preguntó Luca, que se metió a medias en la conversación, tras haberse distraído con un conocido.

Aneeka se lo explicó.

—¿Rodilla chunga? —preguntó él, arrugando la cara—. Tú no tienes ninguna rodilla chunga.

Me eché un poco hacia atrás en el taburete, estirándome de forma ostensible y, a espaldas de la cabeza de Aneeka, le hice una mueca a Luca. Me miró sin comprender durante un instante.

—¡Ah! Claro, sí, la rodilla. Perdona. Lo había olvidado por un momento.

—Y bueno, ¿cómo os conocisteis? —preguntó Tia, yendo directa a la yugular.

Aneeka sonrió y se rio.

—En una *app*, ¿os lo podéis creer?

Yo sí me lo creía. Solo que no necesariamente en la *app* que se suponía que usábamos ambos. ¿Pero habíamos estipulado que solo podía ser a través de esa *app* en concreto? ¿Podría haberme dedicado a deslizar el dedo en Tinder y todas las demás para aumentar mis posibilidades? Se me escapó un escalofrío involuntario. Lidiar con una sola *app* ya era bastante malo.

—¿Una *app* de citas? —Luca se dio cuenta de por dónde iban los tiros—. Sí. En la que Bee y yo nos apuntamos —dijo, con segundas.

—Hala.

—¿Qué pasa? —Aneeka se giró; unos dientes perfectos asomaron entre unos labios perfectos ligeramente entreabiertos. Si su top hubiera sido holgado, que definitivamente no lo era, me habría consolado con el razonamiento de que probablemente escondía una chepa ahí o algo así, pero estaba claro que no tenía tanta suerte.

—Emm... Es que. Bueno... —Ahora todos me miraban a mí. Luca tenía una ceja levantada con expresión inquisitiva y una sonrisa a medias divertida en los labios. Intenté ignorarlo—. Es solo que no pensé que alguien como tú usaría *apps* de citas.

El impecable entrecejo se frunció un poco.

—¿Alguien como yo?

—Sí —añadí a toda prisa, preocupada de que se estuviera preparando para ofenderse—. Me refiero a que catorce tíos te habrían pedido salir si no hubiera sido por ese bulto —señalé con la cabeza hacia Luca—, y eso solo de camino a la barra. Supongo que me sorprende que tengas problemas para conocer gente.

Noté la cara caliente y de verdad esperaba que fuera porque la temperatura del pub había subido y no porque ahora estuviera brillando como un faro de puerto, pero sabía por cuál de las dos cosas apostaría mi dinero.

Aneeka me observó durante un momento y luego sonrió.

—Qué detalle más dulce por tu parte. Supongo que tienes razón. Conozco a gente en mi trabajo, pero no siempre son el tipo adecuado de persona. Yo busco...

Hizo una pausa por un instante.

—Algo más, supongo que dirías. La gente que conozco suele querer solo fiesta y más fiesta, pero yo no soy muy así. La familia es importante para mí. Echo de menos a la mía y vuelvo a casa a verla

siempre que puedo. Muchas de las personas que conozco no entienden eso. —Se volvió hacia Luca y le dedicó una sonrisa que podría anunciar dentífrico—. Luca sí lo entiende.

Sonreí.

—Sí. Me lo puedo imaginar. Su familia es muy importante para él.

—Eso tengo entendido.

—Bee se sabe todos los secretos familiares.

Recordé aquel sábado en que me lo había encontrado a él y a su madre discutiendo acaloradamente en italiano. *No todos...*

Capítulo 24

Luca y Aneeka se terminaron las bebidas y se marcharon.

—Parece maja —dije.

—Mmm, sí —respondió Tia, con la cabeza claramente en otra parte.

—¿Qué?

—¿Qué? Oh, nada. Es que... —Agitó la mano—. Da igual. ¿Has decidido ya qué vas a pedir de comer?

Intrigada por la expresión de Tia mientras observaba cómo Luca y su cita se alejaban, estuve a punto de interrogarla un poco más, pero un fuerte rugido de mi estómago nos interrumpió a ambas. Tras recopilar lo que íbamos a pedir de comer, me dirigí a la barra.

Tratándose de una de las típicas noches ajetreadas, el local estaba hasta los topes. Me abrí paso por un par de huecos (ser bajita a veces tenía sus ventajas) y llegué a la reluciente barra de granito. Puse un pie en la barandilla plateada que la bordeaba a unos palmos del suelo para auparme y ganar un poco de altura. Un camarero pareció fijarse en mí y se acercó caminando con toda la parsimonia del mundo. Allí siempre caminaban con parsimonia, estuviera el local vacío o a rebosar. Aunque, para ser justos, rara vez estaba vacío. No sabía si era una directriz de la empresa (caminar sin prisas para parecer guays) o si se debía a que casi todo el personal estaba compuesto por australianos muy relajados y la parsimonia era simplemente su estado natural. Le sonreí y abrí la boca para pedir.

—¡Ponme un *Sex on the Beach*! —se me adelantó una voz con un marcado y ruidoso acento de las afueras.

A esto le siguió una risa aguda y penetrante mientras la mujer se giraba hacia sus cinco amigas, que estaban apiñadas al borde de la multitud, y les levantaba el pulgar. Para ser justos, el camarero era guapo y no creía que fuera la primera vez que le hacían esa petición. Él sonrió con amabilidad y me señaló a mí.

—Me temo que esta señorita estaba antes, cielo. —Volvió a centrar su atención en mí, ampliando su sonrisa—. ¿Qué le pongo? —Por el rabillo del ojo, vi cómo a la mujer se le desencajaba la mandíbula.

Le pedí la comida al sonriente australiano y pagué con mi tarjeta. La mujer a la que había ignorado seguía esperando a que la atendieran y ahora daba golpecitos con su propia tarjeta sobre la barra, visiblemente irritada, irradiando molestia. Al entregarme el recibo, el camarero desvió la mirada hacia ella, luego volvió a mirarme a mí y sonrió.

—Se ha buscado un buen problema ahí —dije en un tono lo bastante bajo para que no resonara, pero lo suficientemente alto para que él me oyera.

—¡Ja! No se preocupe. Llevo aquí el tiempo suficiente como para saber evitar los problemas.

—Seguramente sea una táctica inteligente —dije, guardándome el recibo doblado en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Aunque no la había visto antes por aquí.

Levanté la vista, sorprendida tanto por que siguiera frente a mí como por su comentario. Llevábamos años viniendo a ese pub y yo, desde luego, sí que me había fijado en él. Tenía una de esas

estupendas sonrisas australianas (relajada, natural y sexi), aunque ese último adjetivo podía ser de mi propia cosecha.

—¡Ah! Pues... he estado aquí un montón de veces.

—¿De verdad? Quizá sea que nunca he tenido el placer de servirle. —Yo sabía que, de hecho, me había atendido en infinidad de ocasiones.

—Debe de ser eso. —Sonreí.

—Bueno, será mejor que siga trabajando. A lo mejor tengo la oportunidad de volver a servirle luego.

Me sonrió, esta vez con un guiño incluido, y se volvió hacia la mujer, que seguía esperando y ya prácticamente echaba humo por las orejas.

Animada por varias cosas, entre las que destacaba que me hubieran atendido a la primera, me di la vuelta para abrirme paso entre la multitud y volver con Tia y Jono. Olvidé que había apoyado el pie en la barandilla y me caí de bruces. O eso habría pasado si no me hubiera estampado de cara contra un pecho amplísimo y, a juzgar por el tacto al despegarme de él, increíblemente musculoso. Dos brazos a juego me ayudaron a recuperar el equilibrio.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. ¡Perfectamente! —dije, sintiendo que me ponía roja de la vergüenza—. Lo siento muchísimo. No estoy borracha. Es que me he tropezado con mis propios pies. —*Como si eso lo arreglara todo*.

Levanté la vista y me encontré con un rostro sonriente que estaba a la altura de los músculos.

—No hay problema. Me alegro de haber estado aquí.

—¡Pues yo no! —Me eché a reír y su sonrisa flaqueó—. ¡Quiero decir! Yo también, obviamente —dije, alzando la voz por encima del

ruido—. Solo pensaba que habría sido menos vergonzoso si no hubieras estado.

—¿Caerte de boca contra el suelo es preferible a caer en mis brazos?

El hombre cruzó dichos brazos y mi estómago dio un saltito de alegría. Su sonrisa había vuelto con toda su intensidad.

—¡No! Claro que no. Solo quería decir que, eh...

Se inclinó hacia mí.

—Sé lo que querías decir. Pero es divertido tomarte el pelo.

—¿Ah, sí? —respondí, esbozando una sonrisa. *Dios mío, ¿estaba coqueteando? Yo nunca coqueteaba. Se me daba fatal coquetear*.

Pero esa noche parecía diferente. ¿Había luna llena o algo así? La gente estaba actuando de manera rara. ¡Se estaban fijando en mí! Vale, de acuerdo. El chico que tenía delante no podía evitar fijarse en mí porque, literalmente, había caído en sus brazos. Ay, Dios. Esperaba que no creyera que lo había hecho a propósito.

—Lo es... —respondió, dejando la frase en el aire mientras esperaba a que le dijera mi nombre.

Estaba a punto de decírselo cuando nos interrumpió una mujer alta y esbelta, con un pelo envidiable y unos enormes ojos oscuros. Unos ojos que ahora estaban clavados en mí como láseres.

—¿Quién es esta?

—Ah. Nadie. —Había un deje de pánico en la voz del hombre, que había subido dos octavas.

Auch.

A pesar de su tamaño, pareció encogerse ante la compañía de lo que, a todas luces, era una presencia muy imponente. Y, para ser sinceros, al fijarme ahora en el diamante que brillaba en su dedo

anular, estaba claro que necesitaba ser imponente si su prometido tenía tendencia a ponerse a ligar con mujeres al azar en los bares.

La mujer dirigió sus láseres hacia él.

—Más te vale que sea nadie. Ya te advertí de lo que pasaría si resultaba ser alguien.

Guau. Pero oye, bien por ella.

—Con permiso. —Me abrí paso tanto a través del espacio casi inexistente como de la tensión sumamente palpable, y regresé adonde Tia y Jono estaban acaramelados.

—¡Nada de eso ahora, gracias! —dije, dejándome caer en mi asiento.

Se echaron a reír y se giraron hacia mí.

—Eso ha sido rápido.

Hice una mueca.

—Ya lo sé. Me escurrí por unos huecos minúsculos y ese guapo camarero australiano me atendió casi de inmediato.

—¡Anda, muy bien!

—Y luego un tipo se puso a ligar conmigo cuando me di la vuelta para irme. —Omití la parte en la que me pegué un buen morrazo. A veces no hacía falta dar todos los detalles.

—¿Ah, sí-í-í-í-í? —Tia se inclinó hacia delante en busca de más información.

Di un trago a mi bebida y negué con la cabeza.

—Prometido.

—¿Eh?

Ladeé la cabeza hacia donde el hombre y su prometida se estaban marchando. Ella seguía con cara de pocos amigos, mientras

que él tenía una expresión muy arrepentida. No pude evitar pensar que ella se merecía algo mejor.

—Muy prometido.

Tia intentó seguir su recorrido con disimulo.

—¡Ah!

—Pues sí.

—Pero bien por ti. Por lanzarte. Parece que tienes un poco más de confianza últimamente.

—¿Tú crees?

—Sin duda. —Se volvió hacia Jono—. ¿A que sí?

Jono asintió. Recordé lo que Luca había dicho sobre el hecho de llevar tacones al trabajo. ¿Acaso me sentía ignorada porque yo misma dejaba que la gente me ignorara? Al crecer con mis padres, me había resultado bastante difícil captar su atención, hacer que se fijaran en mí y se dieran cuenta de que tenían una hija, y no solo una molestia. Los niños no tienen mucho control sobre su entorno, y yo había tenido dos opciones: aceptarlos tal y como eran y refugiarme en mi propio mundo, o tomar el camino opuesto y descarriarme de manera espectacular. La segunda opción me parecía demasiado trabajo y, francamente, no me atraía lo más mínimo.

Además, tenía a Luca y a su familia. Meterme en líos me habría parecido más una traición a su atención y su amabilidad que un acto de rebeldía contra mis propios padres. Y siempre cabía la posibilidad de que mis padres ni siquiera se dieran cuenta o, en su defecto, de que lo vieran como una oportunidad para lavarse las manos conmigo por completo y decirles a sus amigos que lo habían intentado todo, pero que simplemente no sabían en qué se habían equivocado. Con una libreta, un bolígrafo y media hora, yo podría haberles hecho una

lista. Pero eso formaba parte del pasado. Ahora ya había dado el primer paso con mamá. Estaba claro que su nueva vida y familia eran sus prioridades (al igual que lo había sido papá, incluso cuando se marchó). Incluso cuando yo renuncié a mi carrera para estar a su lado. Para que estuviéramos ahí la una para la otra. Había tenido su oportunidad y la había desperdiciado. Y, por una vez, por fin, no iba a dejar que me afectara. A veces, la vida no sale como tú quieres, y simplemente tienes que aceptarlo y no permitir que arruine ni un minuto más del tiempo que te han concedido en este mundo.

Mi vida familiar se había trasladado a mis hábitos laborales, y yo había dejado que ocurriera de nuevo. *No hagas olas. No montes un escándalo. No llames la atención*. Pero a veces era necesario hacer todas esas cosas... aunque solo fuera para que te sirvieran una copa en un bar.

—¿De qué te ríes? —preguntó Tia.

—De nada —respondí.

—Mentirosa. —Tia me devolvió la sonrisa.

Unos minutos más tarde, llegó nuestra comida y nos pusimos a cenar, charlando de todo y de nada, disfrutando de la comida, de la compañía y del ambiente de un viernes por la noche en un pub estupendo de una de las mejores ciudades del mundo.

* * *

Sentada en el DLR de vuelta a mi piso, le di vueltas a las cosas en mi cabeza mientras miraba más allá de mi reflejo, hacia la oscuridad de Londres, con sus luces parpadeando, brillando e iluminando el cielo. En algún lugar allá arriba, en el cielo despejado y frío, se ocultaban las estrellas, escondidas por la abrumadora contaminación

lumínica, pero yo las imaginaba en mi mente con la ayuda de las historias que el abuelo de Luca me había contado sobre el pueblo de Italia de donde era su familia. Cielos de color azul medianoche que se extendían sobre la bahía de Nápoles, millones de puntos de luz de estrellas parpadeando en lo más alto y hasta donde alcanzaba la vista a lo largo de la inmensa oscuridad del mar. *Millones de oportunidades para pedir un deseo*, solía decir.

Luca se quedó destrozado cuando su abuelo falleció y, aunque yo no podía ni empezar a imaginar la pérdida por la que estaban pasando él y su familia, cuando Luca me llamó, lo dejé todo y salí corriendo para estar a su lado. Yo ya estaba llorando cuando me abrió la puerta y sollozamos abrazados durante lo que parecieron horas. Cuando por fin Luca se quedó dormido aquella noche, con la cabeza apoyada en mi regazo, eché la cabeza hacia atrás contra el sofá y me pregunté qué significaba el hecho de haber sentido más dolor y más pérdida por la muerte del abuelo de Luca que por la de mi propio padre. Siempre había albergado cierto sentimiento de culpa por ello, pero ahora me daba cuenta de que no tenía por qué. A veces recibías lo que dabas. Estaba claro que no siempre era así. Yo había intentado dar y dar a mis padres, pero había recibido muy poco a cambio; aunque tal vez, en lo que respectaba a su hija, mi padre solo había cosechado lo que había sembrado. Y ya era hora de pasar página.

Sonreí al ver el reflejo de mi sonrisa en la ventanilla del tren, ahora surcada por la lluvia. Había llegado el momento de deshacerme de lo que ya no me aportaba nada, de vivir mi mejor vida y de ir a por lo que quería. Al fin y al cabo, no era invisible. Solo tenía que asegurarme de que la gente se diera cuenta.

Saqué el móvil y busqué mi conversación con Adrian.

Hola. ¿Qué tal la noche? x

Pasó un buen rato antes de recibir respuesta.

Hola. Bien. Bastante tranquila. Perdona, me he quedado traspuesto un rato. ¿Te lo has pasado bien con tus amigos?

Sí. Al final solo he quedado con Tia y Jono. Los demás tenían planes, ya sabes lo que pasa cuando hay niños.

Aquí añadí un emoticono de una carita riéndose.

Voy en el tren de camino a casa.

¿Ah, sí? ¿No hay rastro de Donato esta noche?

Puse un poco los ojos en blanco. A Luca le gustaba equivocarse con el nombre de Adrian, y me había dado cuenta de que Adrian había empezado a referirse a Luca exclusivamente por su apellido. Tal vez fuera una costumbre de colegio privado o tal vez se debiera simplemente a que sabía que a Luca no le hacía mucha gracia. Pero, con suerte, si la cosa avanzaba, eso cambiaría.

No. Tiene una cita romántica.

Lo acompañé con un emoticono guiñando el ojo.

Sorpresa, sorpresa...

Lo dejé pasar y esperé al ver que seguía escribiendo.

¿Tú estarías libre para una cita romántica la semana que viene?

Puede que sí...

¿Quedamos el viernes a las siete en el Bar Rodin? Por desgracia, tengo un curso de «team building» casi toda la semana.

Eso no me daba tiempo suficiente para ir a casa y volver a salir, pero podía remolonear un poco en el trabajo, cambiarme de ropa allí e ir directamente. Como aquel parecía ser el bar favorito de Adrian, lo más probable era que él también fuera directo desde el trabajo, aunque su piso estaba mucho más cerca del centro que el mío. Quizá ya iba siendo hora de que yo sugiriera un sitio que nos pillara a medio camino entre los dos.

Claro x Qué ganas x

El indicador de conexión desapareció; parecía que se había desconectado. Adrian no parecía muy dado a chatear ni a coger el teléfono solo para charlar un rato, ni en la vida real ni por internet. Había costado un poco acostumbrarse a eso porque mis amigos sí

que lo hacían, pero cada persona es un mundo, ¿no? Siempre y cuando estuviera de verdad presente cuando estábamos juntos, todo iba bien. Aparté de un manotazo la vocecita de mi cabeza que me recordaba las veces que no había estado presente, cuando había tenido que salir pitando o apagar tal o cual fuego. Como bien había señalado Luca, lo cierto es que parecía tener más emergencias laborales de la cuenta, pero, por otra parte, debía admitir que nunca antes había salido con un bróker (y, que yo supiera, Luca tampoco), así que podía ser lo normal. Siempre parecía pedir disculpas si los planes cambiaban, y yo estaba segura de que prefería estar por ahí antes que trabajando a las diez de la noche; yo desde luego lo preferiría, a pesar de que me encantaba mi nuevo trabajo.

El trabajo de Adrian ya conllevaba bastante estrés de por sí. Hacía unos meses había salido una noticia en el *Metro* sobre un bróker que se había tirado por la cornisa del edificio de su oficina, desde un vigésimo piso, al creer que había cometido un error en una operación. Lo más desgarrador fue que resultó que no se había equivocado y que la operación había salido adelante, haciéndoles ganar miles de millones a los inversores. Había muerto para nada. Sin embargo, para haber llegado a ese punto, era evidente que el pobre hombre estaba sufriendo una enorme presión. Yo no pensaba juzgar a Adrian. Era responsable de una cantidad bestial de dinero ajeno y no era una responsabilidad que a mí me hubiera gustado asumir, al margen de las posibles recompensas económicas, de modo que si acortar alguna que otra cita era su manera de mantenerse cuerdo y feliz, a mí me parecía más que bien.

* * *

Parece que el domingo va a hacer bastante frío y viento para salir a pasear. ¿Qué os parece si hacemos un pícnic en nuestro invernadero? Los niños pueden corretear por el jardín mientras nosotros nos quedamos calentitos dentro.

El grupo de WhatsApp emitió un pitido con el mensaje de Bella. Varios de los demás respondieron aceptando el cambio, y yo también. Estaba claro que yo había visto el mismo parte meteorológico que Bella y Jesse, y no tenía ningunas ganas de pasarme la tarde pelándome de frío, así que añadí mi voto de aprobación.

Luca: ¿Pasa algo si llevo a Aneeka?

Jesse: ¡Por supuesto! Cuantos más, mejor.

Tia me envió un mensaje privado.

¿Lleva a Aneeka, eh? Parece que la cosa va bastante en serio.

Para Luca, salir con alguien más de dos veces ya era ir en serio. Teniendo en cuenta que llevaba saliendo con aquella mujer unas semanas y que ahora la estaba incluyendo en actividades de grupo (otra cosa que no solía hacer), era, como sugería Tia, algo verdaderamente monumental.

Supongo.

La verdad es que no sabía qué más decir. Luca no me había hablado mucho de ella y yo tampoco le había preguntado. No sabía muy bien por qué.

¿Tú vas a llevar a Adrian?

No se lo he preguntado.

¿Y por qué no?

Envié el emoticono de encogerse de hombros. ¿Por qué no lo había hecho?

Se lo diría ahora.

Salí del chat de Tia y le envié uno a Adrian para preguntárselo.

Suena genial. ¿Aunque no hará un poco de frío para un pícnic?

Va a ser bajo techo. Unos amigos tienen un invernadero inmenso y un jardín grande para que corran los niños.

Ah. Pensaba que decías tú y yo solos.

Quizá por eso no se lo había preguntado. Luca no había sido precisamente la personificación de la amabilidad la última vez que había coincidido con Adrian, y tal vez una parte de mí estaba intentando evitar otra situación igual; pero, si iba a estar distraído

con Aneeka, a lo mejor no era para tanto. Los demás tenían mucho mejores modales cuando se trataba de mis novios.

Será divertido. Son muy majos, te lo prometo. Ya sé que Luca estuvo rarito la última vez, pero tiene novia nueva, así que estará muy ocupado.

Envié un emoticono de una carita graciosa después de esto, con la esperanza de que fuera suficiente para convencer a Adrian. Podría haber matado a Luca por haber sido tan maleducado y habernos hecho sentir incómodos en el pub, tanto a Adrian como a mí.

No me preocupa Donato. ¿A qué hora es?

A las doce y media. A media hora de mi casa, más o menos.

Tengo un compromiso de rugby por la mañana, pero ¿podría pasarme un poco más tarde?

Sin problema.

Le mandé el emoji de una sonrisa enorme y cursi.

Qué ganas de verte xx

Yo también. Nos vemos luego x

Se desconectó del chat y volví con Tia.

—Viene, pero nos veremos allí. Tiene un partido de rugby por la mañana.

—¡Genial! ¿Quieres que te lleve yo?

—Me vendría de perlas, gracias.

Capítulo 25

Le había mandado la dirección a Adrian y me había dicho que estaría con nosotros sobre las dos. Ya eran casi las tres, seguía sin tener noticias suyas y empezaba a preocuparme. Cogí el móvil, salí al jardín para buscar un sitio tranquilo y marqué su número. Lo cogió al tercer tono.

—Hola, Bee. Justo iba a llamarte.

—¿Va todo bien?

—Sí. Es solo que creo que hoy no voy a poder ir.

Miré hacia donde Aneeka y Luca estaban jugando con los niños. Ella había encajado a la perfección desde el momento en que llegaron juntos, como si hubiera sido parte del grupo desde el principio. Además, a pesar de parecer una diosa y de estar claramente acostumbrada a ser el centro de atención, parecía sincera y con los pies en la tierra. Creo que a veces nuestro sentido del humor se le escapaba un poco, pero cuando pasaba, ella sonreía con elegancia y, de vez en cuando, Luca se lo explicaba. Aunque la mayoría de las veces él simplemente lo dejaba estar y le rozaba la mano o le daba un apretón, cosa que parecía hacerla feliz. Siempre era difícil entrar en un grupo ya formado, pero Jono y Lucy se habían integrado tan bien que ni siquiera recordábamos que no habían formado parte de la pandilla original del instituto. Tal y como iban las cosas, Aneeka no tardaría mucho en dar ese salto también. Vi cómo Luca la atrapaba y la rodeaba con los brazos. Ella se acurrucó contra él, riendo. Parecían el anuncio de una marca de lujo cuando el sol bajo les iluminó la cara y los bañó a ambos en un

resplandor dorado. Luca giró la cabeza y me pilló mirándolos. Clavamos los ojos el uno en el otro un momento antes de que yo apartara la vista, volviendo a centrarme en lo que decía Adrian.

—Me he dado un buen golpe en el campo. No creo que sea muy buena compañía.

—No tienes que hablar mucho si no quieres. Sería genial verte, si te ves con fuerzas.

—Sí, lo siento. La verdad es que no estoy seguro. Lo mejor será que lo deje por hoy. Quería llamarte antes; estaba esperando a ver cómo me sentía, pero todavía me duele bastante.

—Oh, vaya. Vale. Sí, entonces será lo mejor. Siento que te hayas hecho daño. Espero que te mejores pronto.

—Estaré bien. Solo necesito descansar un poco.

—Sí.

—¿Te llamo mañana y quedamos para algún día de esta semana?

—Claro. Tengo ganas de verte.

Intenté que se notara una sonrisa en mi voz para ocultar la decepción que sentía porque Adrian me dejara tirada en el último momento. Obviamente, no era culpa suya haberse hecho daño, pero no podía evitar pensar que sonaba un poco aliviado. Estaba claro que la idea no le había entusiasmado desde el principio, al contrario que a Aneeka. Luca la había invitado en el pub cuando nos reunimos todos para tomar algo rápido después del trabajo y a ella le había hecho muchísima ilusión; a juzgar por la mirada que se habían cruzado, puede que se hubiera dado cuenta de que aquello era un paso más en su relación.

—Vale. Pásatelo bien, entonces.

—Adiós —dije, aunque no estaba segura de que me hubiera oído. Me quedé allí de pie un momento, intentando no darle demasiadas vueltas al asunto. Los accidentes pasan. Solo era mala suerte y, mientras Adrian estuviera bien, eso era lo más importante.

—No va a venir, ¿verdad? —Estaba absorta en mis pensamientos y Luca me dio un susto de muerte; me llevé la mano al pecho.

—No.

—Menuda sorpresa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que dudo que tuviera la más mínima intención de venir para empezar.

—Eso es injusto. No tienes ni idea. No lo conoces y tampoco has hecho el menor esfuerzo por conocerlo. Si no le entusiasmaba la idea, ¡no me imagino que tu gélido recibimiento en el pub de antes sirviera para animarle a pasar varias horas en tu compañía!

—Si fuera un hombre de verdad, le daría igual lo que yo piense de él. Lo que importa es lo que piense de ti. —Me ericé ante la insinuación que escondían sus palabras.

—Se ha hecho daño jugando al rugby, por si te interesa saberlo.

—Claro —dijo con tono de incredulidad—. Qué oportuno.

—¡Estoy segura de que no lo tenía planeado!

—No, pero tampoco estaba precisamente entusiasmado con venir hoy, ¿a que no?

—¿Y tú qué vas a saber? —Luca se encogió de hombros.

—Tú se lo dijiste a Tia. Tia me lo dijo a mí.

Había olvidado que era casi imposible tener algún secreto dentro del grupo a menos que se pidiera expresamente.

—Aun así, pensaba venir, a pesar de tus groserías de antes.

—Pero no está aquí, ¿verdad? —Luca echó un vistazo exagerado a su alrededor, como si fuera un dibujo animado.

Negué con la cabeza.

—De todos modos, ¿a ti qué más te da? ¿No deberías estar con Aneeka en lugar de abandonarla solo para venir a darme la lata?

—Yo no soy el que te está dando la lata.

—¡Ja! Pues cualquiera lo diría.

Luca ignoró la puya.

—De todos modos, ella está bien. Se lleva a las mil maravillas con todo el mundo.

—Sí. Me he dado cuenta. —Decidí mantener un tono conciliador —. Parece encantadora.

Miró hacia atrás, al invernadero, de donde salía una carcajada.

—Sí, es simpática. Parece que le cae bien a todo el mundo.

—Desde luego, a ti te lo parece. Esto es todo un récord para ti, ¿verdad?

Volvió a encogerse de hombros.

—Como te dije, ahora busco algo más; ella es buena persona y tenemos objetivos en común.

—Y además está buena que te...

Se limitó a ladear la cabeza a modo de concesión.

—Eso también.

Esbocé una pequeña sonrisa al percibir la tregua.

—Siento que Adrian te haya fallado hoy.

—Los accidentes pasan. —Luca no dijo nada.

Miré hacia el cielo pálido.

—Sigues sin querer admitirlo, ¿verdad? ¿Y qué tal si te disculpas por haber sido quizá, en parte, el motivo por el que no ha querido

venir, suponiendo que eso haya tenido algo que ver?

—No lo siento. Ese es su problema, no el mío.

—Excepto que, en realidad, es mi problema, ¿no crees, Luca? Que tú te comportes como un capullo con él significa que me acaba rebotando a mí.

—Pues debería tener más pelotas. Si a mí de verdad me gustara alguien, me importaría una mierda lo que pensaran los demás. Estaría donde hiciera falta por ella, y solo por ella.

—¡Dios, debe de ser genial ser tan perfecto!

—Nunca he dicho que sea perfecto. Simplemente no soy un gilipollas como él y, sinceramente, me parece increíble que estés perdiendo el tiempo con él.

—¿Sabes qué, Luca? Estaría bien que, por una vez, pudieras mostrarme un poco de apoyo en lo que se refiere a las citas. Lo único que haces es sacarle punta a mis elecciones. Fuiste tú el que quería que siguiéramos adelante con este reto y, ahora que he encontrado a alguien que de verdad me podría gustar, lo único que has hecho es portarte como un capullo arrogante.

—Tiene narices la cosa. Crees que yo soy el capullo y, sin embargo, eres tú a quien han dejado plantada.

Las lágrimas asomaron a mis ojos ante su respuesta fría y cruel.

—Bee, no quería decir...

—Olvídalo, Luca.

Alargó la mano hacia mi brazo y yo me aparté de un tirón.

—¡No me toques!

Empecé a alejarme, pero tras un par de zancadas rápidas, me di la vuelta.

—No siempre tienes razón, ¿lo sabes? Que a ti te resulte fácil hacer todo esto no significa que a todo el mundo se lo parezca, y por una vez estaría bien que pensaras en eso en lugar de despreciar inmediatamente cada decisión que tomo.

—¡No lo decía en ese sentido!

—¡Me da igual, Luca! Es lo que parece y cómo lo ven todos los demás. Fuiste un maleducado imperdonable con Adrian en el pub y me hiciste quedar en ridículo por la forma en que nos ignoraste cuando intentamos despedirnos. Si tú eres la razón por la que no ha querido venir hoy, no le culpo. Quizá no sea tan chulito como tú, que esperas caerle bien a todo el mundo y no te importa cuando no es así. Algunos sí que tenemos miedos y sentimientos. —Me di la vuelta y le di la espalda.

—¿Y te crees que yo no los tengo? —me gritó a mi espalda.

—No, Luca. Ahora mismo, no creo que tengas ni idea. —Me giré de nuevo hacia la casa y seguí caminando, sonriéndole a Aneeka mientras venía en dirección contraria, claramente buscando dónde había desaparecido su novio.

—¿Va todo bien? —preguntó, aminorando el paso.

—Sí. —Sonreí, esperando que le echara la culpa al frío por mis ojos llorosos—. Luca está por ahí, si le estabas buscando. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, la verdad. Gracias. Todos son muy amables y me hacen sentir parte del grupo.

—A veces puede imponer un poco todo esto, ¿verdad?

—Desde luego. —Miró a su alrededor—. ¿Tu novio viene al final?

—Ah. No. Al final no va a poder venir.

Puso cara de compasión, al contrario de lo que había hecho su novio.

—Cuánto lo siento.

—No pasa nada. —Le quité importancia—. Estas cosas pasan, ¿no?

—Sí. Yo no estaba segura de poder venir, pero logré reorganizar algunas cosas y me alegro mucho de haberlo hecho. ¡Aunque parece que ahora he perdido a Luca! —Se echó a reír, pero reconocí un poco de inseguridad en su risa. A pesar de toda su belleza y elegancia, en el fondo Aneeka era como muchas de nosotras. Le había hecho falta tener cierto valor para venir hoy, pero había hecho el esfuerzo. Me pregunté si Luca lo valoraba, o si siquiera se daba cuenta.

—Está allí, junto al estanque. —Le señalé la dirección correcta.

—Vosotros dos... ¿estáis bien? Yo... no, no debería decir nada.

—No pasa nada. —Esbocé una sonrisa que esperaba que fuera tranquilizadora.

—Es que... vosotros dos estáis muy unidos, ¿verdad?

Oh, Dios, esperaba que esto no fuera a suponer un problema. A Luca de verdad parecía gustarle aquella mujer y yo no quería que me viera como la manzana de la discordia otra vez. Aunque, con la actitud que tenía últimamente, ahora mismo no tenía ninguna gana de estar cerca de él.

—Sí. La mayor parte del tiempo.

Esbozó una media sonrisa, sin entenderlo del todo. Resté importancia a mi comentario con un gesto, indicándole que daba igual.

—Me alegro. Pareces una buena amiga para Luca.

Vale, eso era nuevo... y todo un soplo de aire fresco.

—Es solo que me pareció que estabas disgustada cuando te vi antes y creí oír gritos.

—Ah, no. No pasa nada. Es que Luca y yo... a veces nos sacamos un poco de quicio.

Y, en aquel preciso instante, Luca estaba acabando con mi paciencia.

—Ah, entiendo. Espero que no estés molesta.

—No, no. Para nada. Es solo por el frío. Siempre me lloran los ojos con el frío. ¿A ti no? —pregunté, mirándole la cara perfecta casi con esperanza. Hoy no llevaba casi nada de maquillaje y aun así estaba deslumbrante. Era la encarnación misma del *hashtag* «Me he despertado así», salvo que, a diferencia de todos esos montajes preparados, Aneeka probablemente de verdad se había despertado así.

—A veces, sí. —Me dedicó una sonrisa, pero parecía que era tan buena diciendo mentirijillas como yo; estaba claro que nunca en la vida le había pasado eso, pero fue un detalle por su parte que fingiera para que yo me sintiera mejor. De verdad me caía bien y, por muy cabreada que estuviera con Luca en ese momento, me alegraba de que la hubiera encontrado. Solo esperaba que bajara esos humos lo suficiente para no espantarla.

—De todos modos, estamos bien, no te preocupes. No le he empujado al estanque. Todavía.

Se echó a reír; fue un sonido tintineante y dulce, nada que ver con mi risa mucho más escandalosa.

—Aún estás a tiempo, ¿no?

—Oh, sin duda. Por eso he pensado que lo mejor era entrar un rato a buscar algo de conversación inteligente. —Sonrió de oreja a oreja.

—Nos vemos luego.

Ella asintió y di un paso para rebasarla.

—Gracias, Aneeka.

—De nada.

Quizá pasar tiempo con aquella mujer tan dulce limaría algunas de las asperezas de Luca. Podía ser todo lo encantador que quisiera cuando la situación lo requería, pero también podía llegar a ser un capullo cabezota.

Volví a entrar a la casa y los niños se me echaron encima; me disculpé en nombre de Adrian por su ausencia, alzando a la hija pequeña de Lucy y Jack para sentármela en la cadera mientras intentaba trepar por mi pierna.

—Ay, qué pena —dijo Bella, seguida por un coro de afirmaciones dándole la razón—. Esperábamos poder conocerle en condiciones.

—Ya lo sé. Se ha pegado un buen batacazo jugando al rugby o algo así.

—¿Ah, sí? —dijo Jesse, arrastrando a uno de sus hijos por el suelo para devolverlo al sitio del que no paraba de escapar gateando, como si estuviera dando cuerda continuamente a un juguete—. Parece un poco flacucho para ser jugador de rugby. ¿En qué posición juega? ¿De ala?

Cuando íbamos al colegio, todos habíamos elegido cuál sería nuestro tema especializado para *Mastermind*. El de Jesse, como era de esperar, habían sido los deportes, y poco había cambiado desde entonces. El mío había sido la colección de libros de los *Mr. Men*.

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros, y Jesse puso cara de decepción mientras yo me sentaba en la alfombra al lado de Tia.

—¿Debería saber eso? —le pregunté en voz baja.

—¿En qué posición juega?

—Sí. ¿Es el típico dato que debería saber?

—¿Te gusta el rugby?

—No especialmente.

—¿Te importa lo más mínimo?

—No.

—Pues entonces no. Juega al rugby y con saber eso es suficiente. Jono hace todas esas cosas raras de Dragones y Mazmorras y yo no tengo ni puñetera idea del tema.

—No son cosas raras. Y no es *D&D*. Ese es un conjunto de personajes completamente distinto.

Tia extendió la mano hacia él como si el comentario de Jono le diera la razón a ella, cosa que, en cierto modo, hacía.

—¿Crees que Luca sabría en qué posición juega Aneeka? —le susurré a Tia.

—Estoy bastante segura de que ella no juega al rugby, cariño. La partirían como una ramita, pobreta. —Tia también era alta y esbelta, pero la cruzaba una veta de acero de armas tomar.

—No. Ya lo sé. ¿Pero y si jugara?

—¿Qué más da? Sé que todo esto empezó como un reto, pero no es una competición para ver quién sabe más sobre su pareja.

—Ya lo sé.

—No tenéis que compartir las aficiones del otro para interesaros por la persona. Sé que a Jono le gustan esas cosas de sus personajes, que le hacen feliz, y con eso me basta. Tú sabes que

Adrian juega al rugby, pero no hace falta que te conozcas todos los entresijos de este deporte. ¿A qué viene todo esto?

Me encogí de hombros.

—¿Luca te ha vuelto a sacar de quicio ahí fuera?

—Parece ser que se esperaba que Adrian no apareciera y estaba insoportablemente petulante al respecto.

—Espero que lo hayas empujado al estanque.

—Créeme. —Me incliné más cerca de ella cuando Luca y Aneeka regresaron al invernadero cogidos de la mano—. He estado a punto.

Tia sonrió.

—Siempre hay una próxima vez.

Me consolé con ese pensamiento y me giré hacia donde Lucy acababa de sacar una enorme tarta de chocolate y preguntaba quién quería un trozo. Aneeka fue la única que se abstuvo; en un momento dado probó un bocado minúsculo del tenedor de Luca, pero se negó en redondo a tomar más.

Capítulo 26

Necesito hablar contigo. ¿Estás libre para comer? Xx.

El mensaje de Luca apareció en la pantalla de mi teléfono. En la oficina teníamos un chat interno, pero Luca seguía usando WhatsApp cuando necesitaba preguntar algo. La costumbre, supongo. Cogí el teléfono de la suave superficie de roble y tecleé.

Lo siento. Me voy de compras con Helen. Tiene una boda el finde que viene y quiere consejo. Xx.

Eché un vistazo a su despacho. Estaba dando vueltas de un lado a otro. Esperé. Tras leer mi respuesta, se giró y me miró desde allí. Su momentánea expresión de confusión fue reemplazada rápidamente por una indescifrable, y volvió a mirar el móvil.

Vale. Qué bien. Me alegro de que estés haciendo amigos aquí. Xx.

¿¿¿Y???

¿Y qué?

Volví a levantar la vista. Para ser sincera, yo tampoco tenía ni idea de por qué Helen había pensado que yo era la persona indicada a la

que pedir consejo de moda, pero haría lo que pudiera. Al otro lado de la sala, Luca estaba de frente a mí y se encogió de hombros. Negué sutilmente con la cabeza e intenté no sonreír. Dos mesas más allá, un hombre apartó la vista de su pantalla y clavó los ojos en mí. Me quedé helada un instante. Por un segundo, él también se quedó helado, y luego me devolvió la sonrisa y me dedicó un pequeño saludo con la mano. Oh, Dios, seguro que se había pensado que estaba embobada mirándolo, ya que su mesa estaba justo en la línea de visión de las paredes de cristal del despacho de Luca. Detrás de esos cristales, ahora veía a Luca partiéndose de risa. Aporreé el móvil.

Deja de reírte. Ha sido culpa tuya.

Vaya, sí que estás haciendo amigos…

Oh, chist. ¿Para qué me querías? ¿Me lo puedes decir por aquí?

El hombre que tenía enfrente estaba ahora inmerso en lo que parecía una profunda conversación telefónica y garabateaba furiosamente en una libreta a su lado. Volví a mirar a Luca. La sonrisa se había borrado de su cara.

La verdad es que no.

¿¿ESTOY DESPEDIDA??

¡Nooooo!

Añadió una fila de emoticonos de ojos en blanco y luego empezó a escribir de nuevo.

¿Libre para cenar?

No. Lo siento. He quedado con Adrian.

Al otro lado de la sala, la puerta de Luca se abrió y él cruzó la oficina a grandes zancadas. Me fijé en que un par de mis compañeras lo observaron y luego se miraron entre sí cuando pasó, poniendo caras de lujuria. Supongo que, objetivamente, hoy estaba bastante guapo. Luca nunca tenía días malos como el resto de los mortales. Hoy llevaba un traje azul oscuro, cuya chaqueta se había quedado colgada en el despacho, combinado con una camisa azul claro de cuello abierto y con las mangas arremangadas justo por debajo de los codos, dejando a la vista unos antebrazos musculosos y permanentemente bronceados. Le sentaba bien. Y, por lo visto, también a las dos empleadas que ahora se abanicaban teatralmente a sus espaldas. Fingí no darme cuenta y me giré hacia mi pantalla.

—Hola.

—Hola. —¿Tienes un minuto? —preguntó como si tal cosa.

—¡Hola, Bee! ¿Lista? —Helen nos sonrió a los dos al acercarse a mi mesa.

—Hola. Sí, listísima. —Puse el ordenador en suspensión y eché la silla hacia atrás—. Me voy ya. ¿Quieres que me pase a verte cuando vuelva? —le pregunté a Luca, agachándome para coger el bolso.

—No. Tengo una reunión esta tarde, pero necesito hablar contigo hoy.

—Vale. Avísame cuando estés libre, entonces. —Asintió, le dedicó una rápida sonrisa a Helen, dio media vuelta y regresó con paso decidido a su despacho.

—De verdad que tiene el culo más bonito del mundo —dijo Helen, siguiéndolo con la mirada por toda la planta. De repente, giró la cabeza bruscamente para mirarme—. Oh, Dios. Por favor, no le digas que he dicho eso. —Sonreí—. Por supuesto que no. —Es solo que sé que vosotros dos sois… amigos. —Puse los ojos en blanco y le di un tironcito del brazo—. Venga, vamos. Y sí, somos amigos —dije, omitiendo la pausa tan cargada de significado que había añadido ella —. Pero, créeme, si le transmitiera cada piropo que le dedican, necesitaría una puerta de despacho mucho más grande. —Helen sonrió.

—¿De verdad sois solo amigos?

—Sip.

—¿Cómo es posible? Es un encanto. —Helen tenía una edad similar a la de la madre de Luca y estaba felizmente casada con un tío estupendo llamado Bill, pero eso no significaba que no pudiera apreciar las cosas buenas de la vida. Y Luca Donato estaba, indudablemente, de muy buen ver.

—Simplemente lo somos. Es un poco distinto cuando os conocéis desde hace tanto tiempo como nosotros. No hay absolutamente ningún misterio cuando conoces todos los secretos del otro.

—Ohh, pero sería tan romántico. Literalmente, novietes de la infancia.

—¿Helen?

—¿Mmm? —Tenía una expresión soñadora en la cara.

—La puerta del ascensor está abierta. ¿Vienes? —Yo estaba de pie en el vestíbulo. Se había quedado tan absorta en sus ensoñaciones que ni siquiera se había dado cuenta de que habíamos llegado, y mucho menos de que yo ya no estaba a su lado.

—¡Oh! Sí. Claro. —Hizo una de esas cosas de caminar-rápido-pero-sin-llegar-a-correr que haces cuando un conductor te hace señas para que cruces la calle por delante de él.

—¿Por dónde quieres empezar?

—La verdad es que no estoy segura. Había pensado en John Lewis.

—Vale. —Nos dirigimos hacia la estación de metro—. O podríamos probar en algún sitio un poco menos típico. Mi amiga Tia podría representar a Gran Bretaña en los Juegos Olímpicos de ir de compras y aplastaría por completo a la competencia. Me ha llevado a un par de sitios que tienen cosas geniales, si quieres probar ahí.

—¿Para alguien de mi edad? —preguntó Helen, dubitativa. Le abracé el brazo.

—Para cualquier edad.

—Supongo que algún sitio más estilo *boutique* reduciría las posibilidades de toparme con alguien que lleve lo mismo en la boda. —Intercambiamos una rápida mueca ante esa perspectiva.

—Eso es verdad.

—¡Pues vamos allá! —anunció Helen.

Media hora después teníamos un modelito nuevo y precioso para Helen, y la dependienta la estaba convenciendo para que se probara unos zapatos adorables (e indudablemente sexis) que no tenía pensado comprar.

—Ya tengo zapatos —le dijo a la dependienta.

—Cariño, yo también tengo zapatos, pero una chica siempre necesita más zapatos. —Un argumento válido y bien planteado.

—Bueno, creo que probablemente… ¡oh! Ohhh. Esos son bastante bonitos —arrulló cuando la dependienta sacó de la estantería un par de sandalias de tiras.

—¿Por qué no te los pruebas a ver qué te parecen? —sugerí. La dependienta asintió dándome la razón. Por supuesto, una vez puestos, Helen quedó convencida. Le quedaban espectaculares.

—No estoy segura de qué pensará Bill. —Helen se rio por lo bajo mientras la dependienta se llevaba los artículos para envolverlos. Ambas bajamos la vista hacia sus pies, ahora de nuevo metidos en sus propios zapatos. Siempre iba muy arreglada, pero estaba claro que tenía tendencia a decantarse por el lado «sensato» de la balanza en lo que respecta al calzado. Los que en ese momento estaban siendo colocados con mimo en una brillante caja dorada no entraban, ni mucho menos, en esa categoría.

—Créeme. Yo creo que a Bill le gustarán. —Volví a mirar la caja y luego a Helen—. Quiero decir que le gustarán mu-u-u-ucho. —Helen soltó una risita, me dio un codazo, se sonrojó y volvió a reír.

El despacho de Luca estaba vacío cuando, a falta de un minuto, regresamos a la planta donde residía Donato Solutions, pero la sala de juntas, también de cristal, tenía a un grupo de siete u ocho personas sentadas alrededor de la mesa con *tablets*, portátiles y una pantalla de proyección bajada. Luca estaba de pie junto a ella, hablando animadamente y señalando de vez en cuando con un puntero las distintas diapositivas. Me gustaba que siguiera siendo un poco de la vieja escuela para ese tipo de cosas.

Luca levantó la vista al terminar su presentación y me dedicó la más fugaz de las sonrisas antes de volverse de nuevo hacia los demás. Una mujer estaba sentada a su derecha, con el pelo oscuro recogido en un tirante moño bajo, un maquillaje de nivel profesional y un trazo de labios rojos; siguió la línea de visión de Luca y me estudió por un momento. Tuve la sensación de ser un espécimen de alguna criatura rara, aunque extinta, en un museo, pero algo me hizo mantener el tipo. Normalmente, una persona así me habría intimidado. Vale, reconozcámoslo. Todavía lo hacía. Pero apreté los dientes contra mi impulso natural de apartar la mirada y, en su lugar, esbocé una sonrisa amistosa. Su fría mirada se paseó sobre mí antes de volver brevemente a Luca. Tras dedicarme otro rápido escrutinio, volvió a centrar su atención en la reunión.

El teléfono interno de mi oficina sonó y me fui a arreglar un ordenador que acababa de mostrar a su usuario la temida pantalla azul de la muerte antes de apagarse por completo. Cuando volví a mi mesa, media hora después de la hora de salida, la reunión de Luca aún continuaba. Levanté la vista mientras cogía el bolso y vi que él estaba mirando hacia fuera. Levanté la mano en un breve saludo. No podía esperar más. Tenía que ir a adecentarme al baño y luego salir corriendo para reunirme con Adrian. Una huelga de metro que habían estado esperando evitar había seguido adelante en el último minuto, comenzando a las cuatro de la tarde y sumiendo la ciudad en el caos, así que ahora tenía que apañármelas con los autobuses para llegar al bar, lo cual me llevaría más tiempo, sobre todo a esta hora del día. No tenía ni idea de a qué hora terminaría realmente la reunión de Luca, y era evidente que se había alargado más de lo que esperaba. Fuese lo que fuese de lo que quería

hablarme, tendría que esperar. Apareció un pequeño surco en su entrecejo. Me encogí de hombros y me di la vuelta.

* * *

—¡Hola! —dije un poco sin aliento al terminar de abrirme paso entre la multitud hasta donde Adrian estaba de pie con sus amigos. Él se separó del grupo y vino hacia mí.

—Empezaba a pensar que me habías dado plantón. —Sonrió, inclinándose para besarme.

—Solo llego… —Había estado a punto de decir dos minutos tarde, pero me distraje momentáneamente cuando sus cálidos labios se encontraron con los míos y sus manos bajaron lentamente por mi cintura.

—Te he echado de menos —susurró, con voz grave. Mis dedos se deslizaron por su cuello y tiré de él para acercarlo más. ¡Huy! Por lo visto, sí que me había echado de menos.

—Te lo dije —dijo, leyendo mi expresión—. Vámonos de aquí.

—Me parece bien. Me muero de hambre. —Déjame que me despida de los chicos.

—Vale. ¿Quieres… eh… que te acompañe?

—Será solo un segundo. —Salió pitando.

—Vale… supongo que eso es un no —me dije a mí misma mientras desaparecía de vuelta con sus amigos. Uno estiró el cuello, me echó un vistazo y luego le habló rápidamente a Adrian, con cara seria. Otro de sus amigos le dio un empujón y lanzó a Adrian de vuelta hacia mí con una carcajada. Por un momento, me crucé con la mirada del hombre serio. Él bajó los ojos y se dio la vuelta.

—¿Quién es ese? —pregunté cuando Adrian regresó a mi lado.

—¿Quién? —preguntó, abriéndose paso a codazos entre la multitud que había salido de trabajar.

—El tipo con el que estabas hablando. Pelo oscuro. Cara seria.

—Ah. Ese es Damon. —Se detuvo y se giró—. ¿Le estás echando el ojo a mis amigos? —Se rio.

—¡No! Es solo que… no parecía muy contento de que te fueras conmigo. —Salimos de la multitud a la acera como guisantes de una vaina demasiado madura y Adrian tiró de mí hacia él.

— ¿Te importa que dejemos de hablar de mi colega? Nos corta un poco el rollo.

—Oh, no era mi intención… solo me lo preguntaba.

—¿El qué? —preguntó medio distraído mientras le hacía señas a un taxi.

—Por qué parece que no le caigo bien. —Adrian se volvió a mirarme mientras un taxi aparcaba en el bordillo. Me encogí de hombros—. En el fondo soy maja. O sea, creo que lo soy. —Adrian me atrajo hacia él.

— Eres muy maja. Pero pensaría que eres aún más maja si estuvieras pensando en mí en vez de en él.

—¿Adónde vamos?

—Esta noche inauguran un restaurante nuevo. Solo con invitación, pero he conseguido agenciarme una. ¿Te apetece?

—Suena genial.

—Y luego… ¿quizás a tu casa?

Pensé en el estado de mi piso, al que le tocaba su sesión semanal de limpieza, pero hasta mañana no. Además, estaba muy lejos, al final del DLR, lo que esta noche significaba un viaje en autobús infernal, mientras que Adrian vivía cerca del centro.

—O a la tuya —sugerí con una sonrisa. —Tengo a un amigo quedándose conmigo ahora mismo, así que… —Dejó la frase sin terminar. Me encogí de hombros dándole el visto bueno, aunque todavía un poco confusa. El piso de Adrian no era lo que se dice «cuco» precisamente, y tenía una habitación de invitados que se usaba de verdad para los invitados, y no como trastero, que es para lo que sabía que me sentiría tentada a usarla yo… si hubiera tenido una habitación de invitados. Tal y como estaban las cosas, mi dormitorio era del tamaño del baño de Adrian, así que un segundo dormitorio era algo con lo que solo podía soñar.

Nos dirigimos al restaurante y, cuando estábamos a punto de entrar, el móvil empezó a vibrarme en el bolso. Lo saqué. Luca. Rechacé la llamada y escribí rápidamente un mensaje para avisarle de que estaba a punto de entrar en el restaurante y que lo llamaría más tarde. Se puso azul, lo que indicaba que lo había leído. Entonces el teléfono volvió a sonar.

—Lo siento. —Me giré hacia Adrian—. Tengo que cogerlo. ¿Quieres ir entrando y nos vemos dentro? —Él asintió y entró. Una vez se hubo ido, aporreé la pantalla del teléfono para aceptar la llamada.

—Hola —dijo, en un tono casi casual.

—Luca. Estoy en una cita. Estábamos a punto de entrar en el restaurante.

—Lo sé. Pero te he dicho que necesito hablar contigo.

—Luca, esto va a tener que esperar. No sé qué está pasando, pero te estás comportando de una forma muy rara.

—Adrian te está engañando.

—Por un momento todo quedó en silencio, seguido de inmediato por un fuerte zumbido en mis oídos que ahogó el ruido del tráfico.

—¿Qué? —La palabra salió disparada como una ráfaga de ametralladora, corta y afilada.

—Lo siento. No quería decírtelo así. Por eso quería verte hoy. Para decírtelo en persona.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, esta vez en un tono más bajo.

—¡Porque es la verdad! Lo siento, Bee. Sé que te gusta, pero está jugando contigo. Lo vi anoche.

—Pues es imposible. Hablé con él anoche, estaba en casa y llevaba allí toda la tarde.

—¿Eso es lo que te dijo? —Hablé con él. —¿A qué hora?

—¡Joder, Luca, yo qué sé! Deja que saque mi registro minuto a minuto de los acontecimientos de ayer, ¿vale?

—Bee, sé que estás disgustada, pero creo que te estás cabreando con la persona equivocada. Solo intento ayudar.

—¿Ah, sí?

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó.

—Adrian no te ha gustado desde el principio.

—¡Y te crees que me inventaría algo así y me arriesgaría a hacerte daño solo por eso!

—¡No lo sé!

—Sí que lo sabes, Bee. ¡Me conoces muchísimo mejor que eso! Solo intento protegerte.

—No necesito tu protección, Luca. Necesito tu apoyo. ¡Necesito que te alegres por mí!

—Me alegraría si él te mereciera, pero te está mintiendo y no te mereces eso.

—Luca. No sé qué mosca te ha picado y no estoy segura de que este dichoso reto le haya hecho ningún bien a nuestra amistad. Pero ahora mismo no puedo lidiar con esto. He salido, estoy en una cita, y siento mucho si tu orgullo está herido porque a lo mejor ya no necesito depender de ti tanto como lo he hecho durante los últimos treinta años, pero las cosas cambian y me parece increíble que digas algo así solo porque no te cae bien el chico con el que estoy saliendo.

—¡Te está utilizando! —estalló Luca—. ¿Es que no lo ves?

—¡No! No lo veo. Pero está claro que tú sí. O sea, ¿por qué iba a interesarse un hombre guapo y de éxito por una mindundi como yo? Entiendo que te resulte difícil de asimilar, ya que tú solo sales con mujeres que son modelos o que podrían pasar perfectamente por serlo. Puede que yo no sea Aneeka, pero eso no significa que no tenga cosas que ofrecer. Que tú no seas capaz de verlo no significa que los demás tampoco.

—Lo estás entendiendo todo mal. No me refería a eso. Por supuesto que sé que tienes mucho que ofrecer. ¡Solo creo…, no, sé…, que se lo estás ofreciendo al tío equivocado!

Eché un vistazo al interior. Adrian estaba sentado en una mesa cerca de la ventana, examinando la carta de vinos. Como si intuyera que lo estaban observando, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos antes de ladear la cabeza a modo de pregunta. «¿Va todo bien?», articuló, frunciendo el ceño. Forcé una amplia sonrisa en mi rostro, reprimiendo las lágrimas que amenazaban con desbordarme. No me podía creer que Luca se estuviera portando así. Era mi mejor amigo. Se suponía que debíamos cubrirnos las espaldas, apoyarnos en las duras y en las

maduras y todos los demás clichés que acompañaban a eso. Y, sin embargo, desde que había empezado todo este reto, se había producido un cambio; pequeño al principio, pero, fuera lo que fuera, había ido a más. Había algo diferente en él. Tenía destellos del antiguo Luca, pero ahora había secretos, unas rencillas con Adrian que no había visto antes. Mis novios nunca le habían entusiasmado demasiado, y probablemente yo tampoco me había esforzado todo lo que debería con sus citas, pero nunca, jamás, intentaría que rompieran, por muy mal que me cayeran. Eran la elección de Luca, igual que Adrian era la mía, y se suponía que Luca tenía que apoyarme en eso. Aunque Adrian me hubiera estado engañando de verdad, seguiría estando cabreada con Luca, pero solo porque estaría matando al mensajero. Creedme, me quedarían balas más que suficientes para el hombre en cuestión. Pero Adrian había estado en casa ayer. Había hablado con él por videollamada, así que la historia de Luca tenía un agujero inmenso. Y mucho me temía que la mejor parte de nuestra amistad se estaba colando por ese mismo agujero ahora mismo.

—Tengo que dejarte, Luca. Siento que no puedas apoyarme en esto.

Aparté el teléfono de la oreja, lo oí seguir hablando y colgué. Luego lo apagué y me dirigí al restaurante, intentando tragar el enorme y doloroso nudo que tenía en la garganta mientras lo hacía.

Capítulo 27

—¿Todo bien? —preguntó Adrian mientras un camarero me apartaba la silla.

—Sí, sí. Todo bien. —Hice un gesto despreocupado con la mano, nominándome a mí misma a un Óscar cuando vi que Adrian se lo tragaba. Por dentro estaba enfadada, triste, dolida y con un sinfín de emociones que ahora mismo no podía nombrar, pero que se quedarían ahí dentro. Desde muy pequeña había aprendido a ocultar mis sentimientos cuando era necesario, y esperaba ingenuamente no necesitar esas habilidades al crecer, pensando que «todo iría a mejor». Pero otra cosa que había aprendido entonces era que aquellos en los que se supone que debes poder confiar son los que te decepcionan de la peor manera. Había una cierta sensación de *déjà vu* en toda la situación.

—¿Seguro que estás bien?

Retiré mi nominación al premio.

—Completamente. —Esta vez añadí una sonrisa enorme de oreja a oreja para ganar puntos extra—. Siento haberte hecho esperar. ¿Has encontrado un vino que te guste?

—Sí. ¿Pido ya o quieres echarle un vistazo a la carta primero?

Qué considerado por su parte. Ambos sabíamos que mis conocimientos de enología se limitaban a saber por qué extremo de la botella se servía el líquido y poco más, pero era un buen detalle por parte de Adrian seguirme la corriente.

—No, pide tú. Seguro que estará genial.

El camarero trajo el vino, Adrian lo probó, lo consideró aceptable y, a continuación, el camarero procedió a servirnos media copa a cada uno. Al terminar, hizo una leve reverencia y retrocedió, desapareciendo en el interior tenuemente iluminado del restaurante. Intenté relajarme y quitarme de la cabeza la llamada con Luca. Alargué la mano, agarré la copa de vino y me la bebí de un trago.

—¿Quieres otra? —Adrian me lanzó una mirada ligeramente perpleja.

—Ah. Eh... Sí. Gracias.

—A lo mejor quieres, esto, saborearlo un poco más esta vez. Tiene notas de miel y arándano con un fondo amaderado —explicó, mientras servía el líquido dorado con pericia.

Asentí e intenté concentrarme. En ese momento, lo único que quería era que tuviera notas de alcohol con un fondo de todavía más alcohol.

—Sí. —Le di un sorbo, resistiendo el impulso de repetir mi hazaña anterior—. Mmm, sí, puedo notarlas.

No podía, pero me pareció lo adecuado y con suerte le haría olvidar que me acababa de trincar una copa de vino de una botella que probablemente costaba más que la mensualidad de mi piso.

—Lo descubrimos en un viaje a los viñedos del valle de Napa.

—¿Descubrimos?

—Ah... íbamos en grupo. Es un sitio precioso. ¿Has estado?

Negué con la cabeza. Croydon se ajustaba más a mi presupuesto que California.

—Creo que probablemente me iré a vivir allí una temporada dentro de no mucho.

Tragué el vino que había retenido en la boca, buscando sus esquivas notas a arándano.

—Umm, ¿perdona?

—A Estados Unidos. A menudo he pensado en vivir allí. Creo que probablemente lo intente dentro de poco.

—Ah. Vale. Pero... eh...

—¿Mmm?

Sonreí.

—No importa.

—¿Pedimos ya?

Abrí la carta y me quedé mirando su contenido. Entre la llamada de Luca y el anuncio de Adrian de que probablemente se largaría a vivir a Estados Unidos en cualquier momento, mi apetito parecía haberse desvanecido. Los rugidos de estómago de antes se habían alejado como una tormenta de verano que se disipa.

—Y bien, ¿crees que sería una mudanza temporal o permanente? —Buscaba un tono de conversación desenfadado. Por lo visto, lo clavé.

—Temporal para empezar, pero, si me gustara, seguramente me quedaría. No creo que tuviera problemas con el visado.

—¿Algún sitio en particular?

—Probablemente California. Me gusta todo ese rollo y, por supuesto, está todo el tema tecnológico en el que podría invertir, así que hay buenas oportunidades sobre el terreno.

—Ya. Eso está... eh... un poco lejos de tus amigos y familiares, ¿no? ¿No te importaría?

—Papá siempre va de un lado para otro y podría pasarse a verme sin problema, y, mientras sirvieran champán en el vuelo, mamá

vendría tan a menudo como yo quisiera.

Se echó a reír e intenté unirme a él.

Quise preguntarle qué significaban esos planes para su vida amorosa. Más concretamente, para nosotros. Me había dicho que buscaba algo más. Algo especial. Me había dicho que muy bien podría haberlo encontrado conmigo, y parecía que las cosas iban bien, que yo supiera. Ignoré la acusación de Luca. Era imposible que lo hubiera visto por ahí ayer. Había echado la siesta después de un día largo y luego lo había visto en su casa por videollamada. Evidentemente, era un caso de confusión de identidad, al cual Luca estaba más que encantado de aferrarse por el motivo que fuera. Pero... si Adrian de verdad buscaba algo más profundo y significativo, ¿no debería ser motivo de discusión el pequeño tema de cambiar de continente? Yo no quería vivir en Estados Unidos. Me gustaba estar aquí. Tenía muchos defectos, pero era menos probable que me pegaran un tiro, para empezar. Y tenía más de dos semanas de vacaciones.

—Te encantaría.

—¿Perdona?

—California. Deberías ir alguna vez.

¿Alguna vez?

—Bueno, puede que lo haga... —Atrapé su mirada con la mía. La suya se quedó en blanco un instante y luego pareció pillar el mensaje. Una sonrisa asomó a su rostro.

—Genial.

Disfrutamos del resto de la cena. Bueno, Adrian lo hizo. A mí, de forma extraña, todo me sabía a cartón por culpa de la interferencia de Luca y de que Adrian estuviera, evidentemente, haciendo

grandes planes que podían o no incluirme a mí. Debido a los desorbitados precios, por supuesto, exclamé que todo estaba absolutamente delicioso.

—¿Lista para irnos? —preguntó Adrian.

Fuera, el cielo oscurecido había cumplido su amenaza de lloviznar y en realidad había tirado la casa por la ventana y encendido el interruptor para dejar caer un aguacero en toda regla.

—Cogeremos un taxi de vuelta a tu casa.

—¡Eso va a costar una fortuna!

Una vez tuve que lidiar con una emergencia en mi anterior trabajo y me quedé allí hasta la madrugada. El metro había dejado de funcionar y tuve que coger un taxi hasta casa. Cuando entregué los gastos, solo recibí quejas al respecto. Les expliqué que la próxima vez arreglaría la emergencia únicamente en horario laboral, evitando así que se repitiera tal circunstancia. Fue bastante valiente por mi parte y tuvo más que ver con haber llegado a casa a las cinco de la mañana y estar de vuelta en el trabajo a las nueve que con ninguna inclinación repentina a hacerme valer. No se volvió a mencionar el tema.

—Invito yo. —Adrian me guiñó un ojo mientras paraba un taxi.

Algo en mi interior se sentía incómodo. Esa noche me parecía rara. Sabía que era cosa mía y no de él y me sentía mal por ello, pero en ese momento solo quería irme a casa, sola, arrastrarme bajo las sábanas y no pensar en nada de eso.

—¿Adrian? —empecé a decir mientras un taxi rodaba hacia nosotros, con los limpiaparabrisas que batían al compás de la lluvia.

Se giró hacia mí.

—¿Te importa si... eh... lo dejamos por esta noche?

—Oh.

Me puse una mano en la barriga.

—No me encuentro muy allá.

—Vaya. Ya.

Tampoco estaba mintiendo exactamente. No me sentía genial, pero no tenía nada que ver con la comida.

—¿Quizá pueda ayudarte a distraerte? —Me pasó el dorso de la mano por el cuello, acariciando con los dedos el borde de mi vestido.

Posé suavemente mi mano sobre la suya y cerré los dedos sobre ella. Se detuvo en sus caricias al captar el mensaje y luego dio un paso atrás.

—Claro. Por supuesto. Coge tú este taxi. Yo pillaré otro.

—Puedo coger el autobús. —Agité la tarjeta Oyster que llevaba metida en la parte trasera de la funda del móvil.

—Te he dicho que no me importa.

Mi cerebro volvió de repente a su inesperado anuncio de que, a pesar de lo que había dicho sobre ir en serio, podría irse a Estados Unidos, posiblemente de forma indefinida, en algún momento cercano.

—La verdad es que me vendría bien, si no te importa.

Un taxi se detuvo, Adrian le entregó al taxista suficiente efectivo para cubrir el trayecto y me dejó a mí la tarea de darle la dirección exacta.

—Espero que te mejores pronto —dijo, dándome un pico en la mejilla.

—Gracias. Y siento arruinar la velada.

Negó con la cabeza.

—No lo has hecho. No te preocupes.

Cerró la puerta y el taxista se incorporó a la carretera; los limpiaparabrisas hacían un sonido hipnótico con su *zas-zas* de un lado a otro del cristal. Me recosté en el asiento y todos los pensamientos que había contenido esa noche me asaltaron de golpe.

Me sentía mal por haber acortado la velada con Adrian, pero de verdad que no estaba de humor, y fingir que sí no era justo ni para él ni para mí. Todo por culpa del puñetero Luca. Podía matarlo. No me creía sus acusaciones ni por un segundo, por supuesto. Pero ahora la duda estaba ahí y, aunque no me la creyera, me había amargado la noche, dándome vueltas en la cabeza.

Me incliné hacia delante.

—En realidad, ¿podría llevarme a otro sitio, por favor? —le pregunté al conductor.

—Donde usted quiera, cariño. ¿Cuál es la dirección?

* * *

La lluvia caía a cántaros y, al no ir vestida para la pesca de altura, tras una breve carrera desde el taxi hasta el edificio me encontré calada hasta la ropa interior y goteando sin ningún tipo de pudor en el lujoso vestíbulo del bloque de apartamentos de Luca.

—¡Señorita Bee! ¡Está usted empapada!

Igor era un ruso erguido y de aspecto llamativo al que el uniforme del complejo residencial le sentaba como un guante. Sentía un orgullo absoluto por un trabajo al que muchos en nuestro propio país le harían ascos, y se negaba a dejar de añadirle un título a mi nombre, a pesar de que se lo había pedido un millón de veces. Al final, parecía que eso le hacía feliz, así que lo dejaba.

—Está lloviznando un poco ahí fuera.

Igor me dedicó una gran sonrisa y empezó a levantar el auricular.

—Avisaré al señor Luca de que está usted aquí.

—No hace falta. Subiré directamente, si no le importa.

Igor volvió a colgar el teléfono. Había estado allí tantas veces que nada le indicaba al conserje que había muchas probabilidades de que esa noche terminara estrangulando a uno de los habitantes de aquel elegante edificio. Reflexioné sobre ello en el ascensor. Tendría que encontrar la manera de disculpar a Igor por no seguir el protocolo estricto, en caso de que ocurriera. Estar tan enfadada con Luca como para liquidarlo con gusto era una cosa, pero desde luego no quería que Igor perdiera su trabajo; él me caía bien. De Luca no estaba tan segura ahora mismo.

Al llegar a la planta correcta, salí del ascensor a grandes zancadas, me dirigí a la puerta del apartamento de Luca y empecé a aporrearla. Momentos después, la puerta se abrió en pleno golpe y perdí el equilibrio. Las manos de Luca me envolvieron y me estabilizaron de nuevo en una posición más erguida.

—¿Bee? ¿Qué haces aquí? Joder. ¡Estás completamente empapada! Pasa.

—No, gracias. —Me mantuve firme en mis trece, con el suelo mojándose más a cada segundo que pasaba—. Solo tengo algo que decir y luego me iré.

—Te irás directa a la hipotermia a este paso.

—No seas tan dramático —dije, puntuando la frase con un estornudo sonoro y muy poco femenino.

—Oh, por el amor de Dios.

Luca alargó el brazo, me agarró de la mano y me metió de un tirón en el apartamento. Desapareció un instante y volvió con una toalla de baño grande y esponjosa.

—Quítate el abrigo.

—No.

—Bee. ¡Esto es ridículo! Estás calada hasta los huesos. ¿Qué demonios haces por ahí con este tiempo? Creía que tenías planes para cenar de todos modos.

—¡Los tenía! —le espeté, sintiendo que los escalofríos empezaban a recorrerme el cuerpo—. Unos planes de cena muy agradables, de hecho, pero los arruinaste tú.

—Por favor, quítate ese abrigo. ¡Vas a enfermar de pura cabezonería!

Me quité el abrigo, pero solo porque empezaba a sentir como si una oveja enorme y mojada se me hubiera instalado sobre los hombros, y la combinación del peso y el frío me hacía sentir como si me hundiera.

Luca cogió el abrigo y lo sustituyó por la toalla de baño, que estaba deliciosamente calentita. Una abrumadora sensación de querer acurrucarme en ella empezó a invadirme.

—¿Mejor?

Levanté la cabeza de golpe.

—Más seca. Sí. Gracias.

Los modales seguían ganando incluso cuando estaba furiosa. Algunas personas eran concisas y mordaces cuando las llevaban al límite. Yo, en cambio, era excesivamente educada. No tenía exactamente el mismo impacto. Y desde luego, no el que buscaba.

—De nada.

La toalla empezó a escurrirse un poco y la mano de Luca se acercó para colocármela bien.

—No —le espeté.

Se detuvo, ladeó la cabeza apenas un milímetro, luego dejó caer la mano lentamente y se la metió en el bolsillo del pantalón de forma informal. Seguía llevando el traje de antes, lo que significaba que él tampoco llevaba mucho tiempo en casa. Probablemente había tenido su propia cita ardiente después de la reunión. Una que no había sido arruinada por amigos entrometidos. Un pensamiento me asaltó de repente.

—¿Estoy interrumpiendo algo?

Echarle una bronca monumental a Luca porque se había portado como un capullo era una cosa, pero (y tal vez esto volviera a ser por el tema de los modales) no pensaba hacerlo delante de visitas.

—No. —Se encogió de hombros, con las manos aún en los bolsillos.

—Es que... —Hice un gesto hacia su ropa— he dado por hecho que habías salido.

—La reunión terminó mucho más tarde de lo previsto. Aún no he tenido tiempo de cambiarme.

—Claro. Pero sí tuviste tiempo para llamarme e intentar sabotear mi cita.

—No estaba intentando hacer eso.

—No. —Esperé un segundo—. Solo intentabas sabotear toda la maldita relación.

—Estás exagerando.

—¿Que estoy exagerando? —Di un paso atrás y mi Louboutin de imitación hizo *chof*.

—Sí. No estoy intentando sabotear nada. Intento ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? ¿A estar sola para siempre? ¿A estar siempre ahí para que me llames cuando te aburras y no tengas nada mejor que hacer ni nadie más con quien hablar?

Los oscuros ojos de Luca brillaron de ira.

—Nunca, jamás he pensado en ti de ese modo, y lo sabes. Si de verdad piensas eso, son tus propias inseguridades las que lo generan, no la realidad.

—¡Ah, mira quién fue a hablar de la verdad! —repliqué—. ¿Qué hay de tu afirmación de que mi novio me está poniendo los cuernos? Un hombre que decidiste al instante que te caía mal única y exclusivamente porque otro bróker te la jugó hace años. Y ahora, ¿las inseguridades de quién están a la vista?

—¿Te crees que te he dicho esto por eso? —Luca dio un paso atrás, alejándose de mí.

—¿Por qué si no? Está claro que no te cae bien. Pero, en el fondo, parece que no te cae bien nadie a quien conozco. Siempre hay algo malo, ¿verdad, Luca? Nunca consigo acertar. ¿Sabes qué? ¡A veces te comportas exactamente igual que mis padres! Resulta que nunca soy lo suficientemente buena.

—¡No me parezco en nada a tus padres! —Se dio la vuelta y se alejó de mí a grandes zancadas, murmurando algo en italiano. Eso siempre era un buen indicador del mal genio de Luca. Soltar parrafadas en italiano significaba que había entrado en la zona roja. Se giró hacia mí de pronto—. No me puedo creer que digas algo así.

—Pues entonces, ¿qué? Es verdad, ¿no? La pobrecita Bee. Lo intenta con todas sus fuerzas y nunca acaba de hacerlo bien. Pero fíjate que tú nunca te has molestado en hacer el esfuerzo de

emparejarme con nadie. ¿Tan difícil habría sido? Conoces a gente continuamente, conoces a muchísima gente interesante, y si a ti te gusta pasar tiempo con ellos, tienen que ser tipos decentes. Pero supongo que tal vez yo no sea el tipo de persona adecuada para mezclarme con ellos.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Dios, es obvio, ¿verdad, Luca? Algunos de ellos tendrían que estar solteros, pero no se te ocurrió ni una sola vez pensar: «Ah, a lo mejor este chico y Bee hacen buenas migas». Pero claro, eso no encajaría muy bien con tu impresionante estatus de director ejecutivo, ¿a que no? ¡Presentar a alguien de tu círculo de negocios a una simple oficinista de entrada de datos!

—Eres la puñetera jefa de informática, no una oficinista de entrada de datos. Y en la otra empresa tampoco eras una oficinista. Allí también dirigías el maldito departamento, pero tenías demasiado miedo como para defenderte y decírselo, así que dejaste que te pagaran esas tarifas, dejaste que creyeran que eso era todo lo que valías. No me eches a mí la culpa de que no quisieras lanzarte a por las cosas cuando las oportunidades estaban ahí.

Tragué saliva, intentando no aceptar que tenía razón, pero sabiendo que la tenía. Al menos en ese aspecto.

—¿Y?

—¿Y qué? —espetó él.

—¿Por qué no era lo bastante buena para nadie?

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero tampoco has hecho nunca nada al respecto. Debe de haber un motivo, ¿no? Seguro que entre todos tus deportes y negocios y todas las otras puñeteras cosas que haces, tienes que

haber conocido a una sola persona que no pensara que soy una completa...

—¡Para ya!

—¿Qué?

—¡Tú! ¡Esto! ¡Echarte por tierra! Sabes que lo odio.

—Pues ¿cómo crees que me hace sentir todo eso a mí?

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que era al revés? —me gritó.

Lo miré inexpresivamente.

—¿Que era a ellos a los que no consideraba lo bastante buenos para ti?

Me lo pensé un instante.

—No.

—No. Claro que no se te ocurriría, ¿verdad?

—Pero ¿acaso no soy yo la que debe decidir eso?

—¿Mientras yo me quedo al margen viendo cómo te hace daño alguien que te he presentado?

—No soy tan fácil de herir como te crees.

Luca soltó una carcajada exenta de todo humor.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde siempre!

—Sí que lo eres. Simplemente crees que, como tus padres no podían, o eligieron no ver tu dolor, nadie más puede verlo. Noticia de última hora, Bee. Muestras muchísimo más de lo que crees. Así que no, no estaba dispuesto a presenciar ese dolor si alguien con quien yo te liara te hacía sufrir.

—¿Y si me hubieran hecho feliz?

Luca se quedó en silencio.

—Eso es lo que yo pensaba. Crees que soy un caso tan perdido para las relaciones que te parecía un panorama bastante improbable.

—Yo nunca he dicho eso —espetó—. Y, de todos modos, ¿por qué narices me estás gritando a mí? ¡Es obvio que estás enfadada con Adrian!

—¡Ah! Es «obvio», ¿verdad? —La mandíbula de Luca estaba tan apretada que probablemente podría haberme limado una uña en su afilado contorno, ahora ensombrecido por la barba de todo un día.

—Una vez más, no me conoces tan bien como te crees, porque no es con él con quien estoy cabreada. Es, sin ninguna duda, contigo.

—¿Por qué? ¡No soy yo el que te está poniendo los cuernos!

—¡Y él tampoco!

—Bee. ¡Lo vi!

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—¿Dónde?

—En un restaurante íntimo y carísimo de Bermondsey.

—La gente tiene derecho a salir a cenar.

—Con una mujer.

—Una amiga, una compañera de trabajo. ¡Podría haber sido cualquiera!

Él me lanzó una mirada.

—Se estaban besando, Bee. —Levantó una mano para anticiparse a mi interrupción—. Y no, no me refiero a un piquito en la mejilla. Un morreo en toda regla.

—Entonces es obvio que te has confundido de persona.

—Estaba a dos mesas de distancia. Es bastante difícil equivocarse desde tan cerca.

—¿Te vio?

—No. Estaba... ocupado. Le pedí al camarero que nos cambiara de mesa y acabamos detrás de una planta enorme.

Respiré hondo y solté el aire despacio.

—Pues debes de estar equivocado, porque hicimos una videollamada. Estaba en su casa.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Sobre las diez, supongo. Lo había llamado antes, pero estaba dormido.

—¿Dormido?

—Sí. Me dijo que había tenido un día muy largo y que se había quedado frito.

La expresión de la cara de Luca hizo que me hirviera la sangre.

—¡Basta ya! No vas a arruinar esto. No sé a quién viste, pero no era Adrian. Él no haría algo así. Y si no fuera por ti y por tu insidioso comentarito, por tu empeño en odiarlo y en malmeter, yo estaría con él ahora mismo. Íbamos de camino a mi casa y tu estúpida y cruel acusación ha estado dando vueltas y más vueltas en mi cabeza toda la noche, así que acabé echándome atrás y mandándolo a casa solo.

—Bien.

Me quedé mirando a Luca. El ambiente en el apartamento era lo bastante denso como para untarlo en una tostada y, sin embargo, daba la sensación de que no quedaba nada de oxígeno. Como si alguien hubiera puesto a máxima potencia una aspiradora carísima y lo hubiera succionado todo. Nos quedamos allí parados, sin decir una sola palabra.

—Me tengo que ir.

—Te llevo.

—No.

—Venga ya. Sé que hay huelga en el metro, que los autobuses serán una pesadilla y que será el doble de difícil encontrar un taxi con este tiempo.

—Creo que ya has hecho suficiente por esta noche, ¿no te parece? —Levanté la vista hacia él. Notaba cómo se me corría el rímel, pero no estaba segura de si era por la lluvia o por las lágrimas que se derramaban por mis mejillas. Me quité la toalla de los hombros y volví a ponerme el abrigo, frío, pesado y empapado por la lluvia.

—Nunca te he mentido, Bee, y no empezaría a hacerlo con algo como esto. Sé que te gusta. No entiendo muy bien por qué. —Se encogió de hombros de una forma que, en circunstancias normales, me habría hecho sonreír, pero ahora mismo estaba muy lejos de querer hacerlo. Todo estaba mal. Como si el mundo se hubiera desviado de su eje una fracción de milímetro. Luca y yo habíamos discutido antes, por supuesto que sí. Pero algo en esto se sentía diferente, y, al echar un vistazo a la cara de Luca, supe que él también lo notaba.

—Pero me importas. Y no quiero que vuelvas a sufrir, nunca más. Ya has pasado por más que suficiente dolor. —Inclinando la cabeza hacia arriba, me encontré con sus ojos serios. Tenía una profunda arruga en la frente, y la corbata, que tan solo se había aflojado cuando yo entré, ahora se la había arrancado de un tirón y la había tirado por ahí. Luca no solía ir desaliñado, excepto de esa manera matutina que los tíos guapos siempre saben lucir tan bien. Pero

ahora mismo, sin duda encajaba en esa categoría. Esto era diferente. En casi treinta años, la cosa nunca se había puesto así.

—Por favor, deja que te lleve.

—Creo que es mejor para los dos que no lo hagas.

—Entonces deja que le pida a Igor que te llame a un coche. —La idea de protestar también ante esto me cruzó por la cabeza, pero el sonido de mis propios dientes, que castañeteaban, estaba ahogando mis pensamientos.

Asentí. Luca descolgó el teléfono e hizo los preparativos necesarios con rapidez. Yo abrí la puerta en el momento en que él devolvía el auricular del telefonillo a su soporte. Luca la empujó con suavidad para volver a cerrarla.

—No te vayas así, Bee. Se siente mal. Lo odio.

—Yo también lo odio. Y está mal. Pero ya está hecho, estoy cansada y solo quiero irme a casa.

Él esperó unos segundos y volvió a abrir la puerta. Salí al pasillo y caminé hacia el ascensor a un ritmo mucho más lento del que había llevado al llegar. La tristeza y la confusión nublaban mis pensamientos y lo único que quería era dormir. Entré en el ascensor, que por suerte estaba abierto y esperando. Sin girarme, supe que Luca seguía allí, así que dejé que las puertas se cerraran a mis espaldas antes de darme la vuelta para mirarlas.

Capítulo 28

—El coche está fuera, señorita Bee.

—Gracias, Igor —dije, esbozando la mejor sonrisa que pude reunir. Incluso sin el leve parpadeo de su expresión, supe que había sido una imitación bastante cutre. Cogió un paraguas grande y caminó hacia la puerta con él.

—Ah, no hace falta. Puedo ir corriendo. No creo que pueda mojarme más de lo que ya estoy, pero no hay necesidad de que usted también salga con la que está cayendo. —El viento había arreciado y soplaba la lluvia en todas direcciones, así que tampoco estaba muy convencida de que el paraguas fuera a servir de mucho.

—No hay problema. —Igor sonrió y me ofreció el brazo para que me agarrara.

—Gracias —le dije, sintiendo como una idiota que iba a romper a llorar otra vez ante aquel delicado acto de amabilidad.

Caminamos hacia el coche e Igor mantuvo el paraguas sobre mí todo lo posible hasta el último segundo.

—¿Puedo decirle algo, señorita Bee? Quizá esté fuera de lugar. ¿Se dice así?

—¿De qué se trata? —pregunté en voz baja.

—Me preocupo por usted. Usted y el señor Luca. Siempre sonriendo. Riéndose. —Entrelazó los dedos—. Así. Pero esta noche es la primera vez que la veo irse tan triste. Me preocupo.

—Estamos bien, Igor. Solo una diferencia de opiniones.

Igor asintió bajo el paraguas. Sin embargo, era mucho más que eso, y estaba claro que él también lo sabía. Cerró la puerta, dio un

par de golpecitos en el techo y el conductor arrancó suavemente hacia la oscuridad, dirigiéndose hacia las afueras de Londres y hacia mi casa.

* * *

El par de semanas siguientes fueron raras. Luca y yo hablábamos, pero sin hablar de verdad. Esa era otra novedad en nuestra relación y no era algo que hubiera visto venir. Mantuvimos una actitud profesional en el trabajo e hicimos todo lo posible para que también pareciera natural. Lo último que quería, y lo último que quería para él, era que la gente estuviera cotilleando sobre «nosotros». En su mayor parte, creo que hicimos un trabajo bastante bueno, aunque pillé a Helen lanzándonos un par de miradas de reojo de uno a otro cuando creía que nadie la veía. Ya me había dado cuenta de que se subestimaba mucho el carácter de Helen. Su voz tiraba a ser un poco chillona, y sus gestos podían dar a entender que era un tanto despistada, pero yo (y claramente Luca, al haberla contratado en primer lugar) pronto me había dado cuenta de que era tan afilada como el diente de un tiburón hambriento. Habíamos ido a tomar café juntas un par de veces, pero yo siempre tenía cuidado de desviar la conversación hacia su vida en lugar de hacia la mía... o la de Luca. Al acabar de dar la bienvenida a un nuevo nieto, era fácil (y, por suerte para mí) que se distrajera y se pusiera a charlar felizmente sobre él.

Había otro motivo por el que me interesaba mantener el foco de la conversación lejos de mí. Desde la tarde en que había acortado nuestra cita, y, si lo pensaba bien, desde hacía más tiempo, Adrian había parecido estar un poco más ocupado y tener un poco menos

de ganas de quedar. Cuando nos habíamos visto, le había preguntado si pasaba algo, pero él simplemente le había quitado hierro al asunto diciendo que tenía un «horario de locos en el trabajo», así que lo había aceptado. Seguía segura de que las acusaciones de Luca eran falsas, así que las había apartado de mi mente. Pero no podía evitar preguntarme si el entusiasmo de Adrian por verme se había enfriado un poco. Llevaba unos días sin llamar y, si le mandaba un mensaje, contestaba, pero a menudo pasaban largos ratos antes de que lo hiciera. Aunque tal vez el trabajo simplemente lo estaba agotando.

Tia asintió cuando le estaba contando esto mientras dábamos buena cuenta de una botella de vino, habiendo devorado ya una pizza familiar para llevar y pan de ajo con queso.

—¿Qué?

—¿Qué? —preguntó ella—. Te estoy dando la razón.

—No. Tu gesto dice que me das la razón, pero tu cara dice algo completamente distinto.

—Claro que no.

—¡Claro que sí!

—¡Jono!

Silencio.

—¡Jono! —gritó Tia más fuerte.

Jono asomó la cabeza por la puerta de la habitación de invitados, con un pincel diminuto en la mano con el que había estado dando los últimos retoques a una miniatura de El Señor de los Anillos. Llevaba uno de los auriculares inalámbricos echado hacia atrás para poder oír los gritos de su amada. Tia había cedido a tener un par de esas miniaturas expuestas en el salón, pero me di cuenta de que

cada vez estaban más ocultas por las hojas rayadas de una cinta que caía sobre ellas. Y sospechaba que no era por casualidad.

—¿Sí?

—Bee está cuestionando mi cara de «te doy la razón».

—Ah. —Jono la miró a ella, luego a mí, y luego bajó la vista hacia la miniatura como si esta pudiera decirle cuál debía ser su próximo movimiento.

—Mira. —Se volvió hacia mí—. Cuéntamelo otra vez.

—¿El qué?

—Lo de que es totalmente normal que Adrian no esté tan comunicativo. Ya sabes, todo ese rollo de que está muy cansado.

—No.

—Sí. Venga ya.

—Déjalo. Me creo que te lo crees.

—No, no te lo crees. Venga.

Sabía por larga experiencia que no iba a dejar pasar el tema, así que solté un largo suspiro, intercambié una mirada de exasperación con Jono y repetí mi declaración anterior tal y como me había pedido Tia. Ella volvió a asentir de la misma forma.

—¿Ves?

—Sí. Y sigue pareciendo que solo me estás siguiendo la corriente.

—¡Para nada! ¿Verdad, Jono?

Él se encogió de hombros.

—Bee tiene razón. Estás asintiendo, pero esto —se hizo un círculo alrededor de la cara con el pincel— cuenta una historia muy distinta.

Tia se quedó con la boca abierta, pero, antes de que pudiera decir nada, Jono volvió a colocarse el auricular en su sitio y cerró la puerta para darle más énfasis.

—Obviamente se equivoca.

—No, no se equivoca. Se te nota. Pero da igual. De todos modos, tampoco quiero vivir pegada a nadie. Me gusta ir a mi bola.

Al levantar la vista, noté exactamente la misma expresión en la cara de Tia que antes.

—¡De verdad!

—Mentira. Solo te acostumbraste a ello porque siempre te dejaban sola. Eso es algo completamente distinto.

Esa era la parte más fastidiosa de que la gente te conociera de casi toda la vida. Era difícil colarles una mierda.

—En fin... —dije, en un intento de cambiar de tema.

—En fin, sí. Sabrías si pasara algo.

—¡Exacto! —Se me hizo un nudo en el estómago, igual que me llevaba pasando desde hacía varios días—. Y no pasa nada. Así que todo bien.

—Claro que sí.

Hubo una pausa en la conversación y las dos sabíamos que la otra estaba estirando la verdad, pero, por el bien de nuestra amistad, y a diferencia de Luca, ambas guardamos silencio.

—¿Has hablado con Luca?

—Sip. Lo he visto hoy en el trabajo.

—Me refería más bien a hablar de algo que no sea pedir folios o tinta para la impresora.

—No me hace falta hablar de eso con él. Hay un chico encantador que se llama Amir y que hace un inventario de material de oficina una vez por semana. Es una maravilla.

—Sabes a qué me refiero.

—Sí. Y no.

—¿Por qué no?

—No hay nada más que decir.

—Siempre ha habido algo más que decir cuando se trata de vosotros dos.

—Entonces, tal vez, ya lo hayamos dicho todo. —Jugueteé con el tallo trenzado de la copa de vino, atrapando la luz con él, proyectando destellos y formas por toda la habitación—. O a lo mejor los dos hemos hablado de más.

—Odio esto.

Le devolví la mirada. Yo también lo odiaba, pero lo dicho, dicho estaba. Sabía que él había intentado protegerme, pero yo no necesitaba que me protegieran. Necesitaba que me apoyaran. Eso era lo que Luca parecía no entender. O no ser capaz de ofrecer.

—Mejor que me vaya. —Tia se levantó del sofá, desplegando sus largas piernas, que seguía luciendo en pantalones cortos cortados a pesar de que nos acercábamos a paso firme a la Navidad. Me daba pánico pensar a cuánto ascendía su factura de la calefacción.

—¡Adiós, Jono! —grité. La puerta se abrió, una mano se asomó y se despidió alegremente mientras oíamos un fragmento de una charla sobre qué tono exacto de verde debían tener los calzoncillos de un Orko. No estaba segura de que hubiera dicho exactamente eso, pero desde luego era algo por el estilo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—Tú puedes con esto, ya lo sabes. —Esta vez, la expresión de Tia coincidía con sus palabras.

* * *

Me recliné en mi moderna y cara, pero sorprendentemente cómoda, silla de oficina y me desperecé. Estábamos en pleno proceso de investigación para actualizar todo el sistema informático y se me había ido el santo al cielo. Mientras había estado absorta entre catálogos y páginas web, el cielo de fuera había pasado de un azul invernal y frío a un naranja tostado, y luego a un negro medianoche oscuro, sin que apenas me diera cuenta; y cuando levanté la vista, casi todo el mundo se había ido de la oficina. En un rincón, el flexo de Luca seguía encendido, arrojando un charco de luz suave y amarilla sobre su escritorio, y pude ver que estaba echado hacia atrás en su silla, hablando por teléfono con el manos libres y gesticulando animadamente mientras lo hacía.

Mientras recogía mis cosas, me puse a pensar en qué habría en mi nevera para cuando llegara a casa. La imagen de un interior bastante triste y casi vacío inundó mi mente. De verdad necesitaba adquirir la rutina de hacer la compra en condiciones, ahora que cocinaba un poco más desde cero en lugar de meter en el microondas el plato preparado más barato que encontrase. La idea de que había estado haciendo eso y de qué podrían llevar esos platos era algo en lo que no quería pensar demasiado, así que me propuse ir a hacer la compra mañana a primera hora en lugar de quedarme remoloneando en la cama, como correspondía a un sábado perezoso.

Mientras tanto, decidí poner rumbo al bar favorito de Adrian. Así mataría dos pájaros de un tiro: lo vería a él y comería algo en la barra del bar. Nunca nos habíamos quedado el tiempo suficiente para probar la comida (o, al menos, yo no), pero Adrian me había dicho que estaba buena y, por lo que había visto desfilar junto a mí

en un par de ocasiones en equilibrio sobre las bandejas de los hábiles camareros, todo tenía una pinta bastante apetitosa. Adrian había dicho que probablemente estaría allí esta noche cuando habíamos hablado ayer, pero, como los dos estábamos a tope de trabajo ahora mismo, no habíamos hecho ningún plan definitivo. De todos modos, a veces las citas sorpresa eran las mejores.

Sabía que haberme esfumado a mitad de la última no había sido lo ideal, y tenía la sensación de que aquello había descuadrado las cosas. Quería que volvieran a su sitio y creía que Adrian también, pero todo ese rollo del orgullo masculino se estaba interponiendo en su camino como para decirlo en voz alta.

Si no quisiera, me dije, *me estaría haciendo ghosting, no llamándome*. Era algo que se podía hacer sin mucho esfuerzo, desde luego, y no habría sido mi primera experiencia recibiendo ese trato, pero esta vez no era así. A veces las cosas simplemente requerían un poco más de esfuerzo y, tras haber sentido que me había pasado casi toda la vida de brazos cruzados dejando que las cosas me pasaran a mí, ya era hora de ser más proactiva.

—Hola.

Mientras guardaba mis cosas, no me había dado cuenta de que Luca había salido de su despacho y ahora estaba de pie a poco más de un metro de mi mesa, apoyado en la que estaba justo enfrente. Tenía las largas piernas cruzadas de manera informal por los tobillos y las mangas de la camisa remangadas. Era un día de los de «sin corbata», y la impecable camisa blanca contrastaba con la piel que dejaba al descubierto.

—Hola —dije, metiendo el móvil en el bolsillo exterior del bolso.

—Estás aquí muy tarde.

Levanté la vista y le dediqué una rápida sonrisa.

—Me he liado investigando.

—Parece que lo estás disfrutando.

—Sí, la verdad. —Me encogí rápidamente de hombros antes de colgarme el bolso—. Soy un poco friki en ese sentido, pero eso ya lo sabías.

Él enarcó las cejas en un gesto que al mismo tiempo cuestionaba y admitía mi afirmación, pero lo acompañó con una suave sonrisa.

—Se te ve cansado. ¿No estás durmiendo bien? —Tenía unas oscuras ojeras que no había notado antes, y había un poco menos de... vitalidad en su actitud.

—Estoy bien.

—¿Demasiadas citas ardientes con Aneeka que te dejan agotado? —bromeé.

Hizo una mueca.

—No.

Hice una pausa.

—¿Está bien tu familia?

Él asintió.

—¿Es algo del negocio? ¿Va todo bien? —Me había acercado un poco más, con mi mano sobre su antebrazo, recayendo de forma natural en nuestras viejas costumbres sin pensar, llevada por la preocupación—. Puedes contármelo, ya lo sabes. No diré nada.

Luca me tocó las yemas de los dedos de mi mano libre, con una suave risa en la voz al responder:

—Todo el mundo en casa está bien y aquí todo va bien. No estás a punto de perder tu trabajo.

Di un paso atrás, dolida.

—No lo decía por eso.

—Lo sé. Solo intentaba tranquilizarte. —Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por un ceño fruncido al que siguió una negación con la cabeza. El momento de familiaridad se había esfumado, disuelto tan rápido como se había manifestado—. ¿Por qué todo es tan difícil entre nosotros ahora? Siento que tengo que andar con pies de plomo contigo. —Había una triste resignación en su tono de voz que me encogió el estómago y que fue mucho peor que si me lo hubiera dicho enfadado.

Levanté la vista y lo miré a los ojos; sostuvimos la mirada.

—No lo sé —respondí en voz baja. Con tristeza.

—Lo odio.

—Lo sé. Pero acusaste a mi novio de ponerme los cuernos. Eso es un pequeño problema.

Luca apartó la mirada, pero no contestó.

—Pedir perdón sería un buen comienzo.

Luca dio un paso atrás.

—No voy a disculparme cuando no he hecho nada malo.

Yo también di un paso atrás.

—¡Claro que has hecho algo malo!

—No. No lo he hecho. Te conté algo de buena fe. Que te niegues a reconocerlo y te parezca genial que él siga riéndose en tu cara es decisión tuya.

Apagué la luz de mi escritorio con una fuerza que no se merecía.

—¿Y te preguntas por qué las cosas están difíciles entre nosotros? Es increíble.

—¿Qué? ¿Porque soy sincero contigo? ¿Porque no te doro la píldora y finjo que todo va de maravilla, como hace Tia para no

disgustarte?

—¡Mientras que a ti, por lo visto, no te importa nada disgustarme a mí!

—Claro que me importa. No seas ridícula.

—¿Sabes qué? No me extraña nada que no hayas salido a tu cita de esta noche si es así como tratas a Aneeka. Si quieres ganarme en este maldito reto, te sugiero que cambies de actitud.

—Yo trato a las mujeres con el respeto que se merecen, y lo sabes de sobra. Mis relaciones no duraban porque buscaba a esa persona que me iluminara, con la que hubiera la química adecuada, con la que sintiera que puedo ser yo mismo. Por eso. No porque trate mal a nadie, y no te consiento que insinúes lo contrario.

Yo había soltado aquello movida por el enfado y el dolor, y vi ambas cosas reflejadas en su rostro. Los dos sabíamos que tenía razón en ese sentido. Luca era encantador, caballeroso y respetuoso y, sabiendo que era una acusación injusta, sentí que me ardían las mejillas ante sus palabras. Pero me quedé callada, negándome como una cría a pedir perdón solo porque él tampoco lo había hecho.

—Y me importa una mierda ganar, Bee. Solo no quería que te hicieran daño, y mucho menos un capullo como Adrian, que no te merece.

—Lo juzgaste de manera precipitada, te emperraste en ello y, cuando viste a alguien que se le parecía vagamente, diste por hecho enseguida que sin duda era él viéndose con otra.

—Era él.

—¿Te acercaste a él? ¿Lo saludaste?

—No.

—¿Por qué no?

—No creí que quisieras que lo hiciera. Además, no me fiaba mucho de mí mismo. No le he pegado a nadie desde que tenía siete años y Ben Copperthwaite te tiró por las escaleras en el colegio. Pero ese tipo tiene una cara bastante hostiable y no quería tentar a la suerte.

—¿No eres tú el héroe?

Soltó un largo suspiro.

—Su perfil de citas sigue activo. ¿Lo sabías?

—¿Qué?

—En la *app*. Sigue activo. Supongo que tú has pausado el tuyo.

Me aclaré la garganta.

—Sí. Lo he hecho.

—Pues él no. Así que sigue aceptando *matches* mientras se supone que está construyendo algo contigo porque eres «especial».

—Sabía que nunca debería haberte contado eso... Sabía que te burlarías de mí.

—No me estoy burlando. Solo creo que es un puto falso.

—Claro. Bueno. Gracias por tu profunda opinión psicológica y, por mucho que esté disfrutando de esta conversación, me tengo que ir.

—¿A dónde vas?

—¿A ti qué te importa? —espeté, a la defensiva.

Luca se me quedó mirando un momento antes de levantar las manos al cielo.

—No tengo ni la más remota idea.

Dicho esto, dio media vuelta sobre el talón de su zapato italiano hecho a medida y regresó pisando fuerte a su pecera de cristal. La puerta osciló pesadamente cuando la empujó para cerrarla.

Las lágrimas me picaron en los ojos mientras bajaba en el ascensor. Odiaba aquello. Lo odiaba todo. No tenía ni idea de por qué Luca estaba siendo tan distinto, y tan difícil. Después de décadas de estar tan en sintonía el uno con el otro, sentía como si ahora estuviéramos totalmente desfasados, como una película extranjera mal doblada. Las palabras seguían fluyendo, pero las bocas hacía tiempo que habían dejado de moverse a la vez. Pero no sabía qué hacer. Daba la sensación de que, cada vez que intentábamos dar un paso hacia lo que habíamos sido, la tierra volvía a abrirse a nuestros pies. Y ahora había empezado a preguntarme si aquello tenía arreglo. O si de verdad esto era el fin...

Capítulo 29

Me pasé un pulgar por debajo de cada ojo frente al espejo del ascensor y sorbí por la nariz. Muy atractiva. Rebusqué en el bolso, me volví a pintar los labios y me cepillé un poco el pelo. No estaba perfecta, pero sí mejor. El ascensor frenó hasta detenerse y salí al vestíbulo, que resonaba con eco; las luces del inmenso árbol de Navidad que lo dominaba ahora parpadeaban con fuerza. Salí a la fría calle de la ciudad. Hacía un frío helador que hizo que me lloraran los ojos. Al menos podría usar aquello como excusa si alguien me preguntaba por qué los tenía un poco enrojecidos. Con la cabeza gacha y la bufanda subida, caminé a paso ligero por la zona peatonal contigua al edificio de oficinas hacia la estación de metro más cercana. Un mensaje sonó en mi teléfono. Tia.

Hola, cielo. ¿Estás bien? ¿Qué haces?

Hola. Bien.

No tenía energía para meterme a explicarle otra pelea más con Luca. Además, solo conseguiría disgustarla.

Estoy yendo a sorprender a Adrian al bar.

Ah. Ya. ¿No sabe que vas?

No. No habíamos quedado en nada, pero he pensado que sería guay verle. Ha sido un día largo.

Sip. Suena genial. Vale. Hablamos luego entonces.

Vale. Te quiero.

Yo también te quiero. Ve con cuidado, besos.

Cerré el chat, volví a dejar el móvil en el bolso y me dirigí al bar favorito de Adrian.

Justo cuando estaba a punto de entrar, me sonó el teléfono. Luca. Seguía enfadada con él y no quería decirle nada más de lo que pudiera arrepentirme, así que me quedé mirando la pantalla, esperando hasta que por fin dejó de sonar. No apareció ninguna notificación, así que, obviamente, había decidido no dejar un mensaje en el buzón de voz. Lo volví a guardar en el bolso y entré en el abarrotado bar.

Abriéndome paso a empujones entre la gente, fui avanzando hacia la zona donde Adrian y sus amigos solían reunirse. Me puse de puntillas, atisbé por un hueco entre dos hombros con chaqueta de traje y vi el perfil del chico que me había mirado antes de enfrascarse en una conversación breve pero profunda con Adrian en una ocasión anterior. Damon, ¿no? Pedí perdón para poder pasar, me colé entre ellos y me detuve a su lado. Él se giró y me echó un vistazo; luego, volvió a mirarme.

—Hola.

—Hola —dijo, con una pizca de inseguridad en la suave cadencia irlandesa de su voz. Tenía el pelo castaño, corto y pulcramente cortado, y unos ojos de un azul intenso enmarcados en un rostro de aspecto amable.

—Eres Damon, ¿verdad? —Le tendí la mano—. Soy Bee.

Me la estrechó, asintiendo.

—Encantado de conocerte —dijo, pero su actitud no parecía respaldar sus palabras—. ¿Sabe Adrian, eh, que estás aquí?

—Todavía no. Salí tarde del trabajo y pensé en darle una sorpresa y cenar algo de paso. He oído que la comida aquí está buena.

Volvió a asentir.

—¿Está Adrian? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Damon me dirigió una mirada que, en cualquier otra circunstancia, habría interpretado como lástima. La había visto suficientes veces después del accidente de papá como para saber qué aspecto tenía. Damon dio un pequeño paso a un lado. A poca distancia a su espalda, Adrian estaba apoyado en el mismísimo extremo de la barra, charlando con un hombre excepcionalmente bajito, vestido con una camisa de rayas muy llamativa y unos tirantes que se daban de bofetadas con el conjunto, alguien que, a todas luces, había visto *Wall Street* demasiadas veces.

—Vale, gracias. —Le dediqué una sonrisa a Damon. Me devolvió la mirada y sonrió, pero había algo raro. Cierta incomodidad. Tal vez no se le daban muy bien las mujeres. O a lo mejor Adrian le había hablado de mi minúsculo y cutre apartamento y estaba claro que yo no vestía de diseñador de pies a cabeza. Tal vez todo aquello le indicaba que iba detrás del dinero de Adrian. Quizá el propio Damon

había salido mal parado de algo así y no quería lo mismo para su amigo.

—No voy detrás de su dinero, ni nada de eso —solté de sopetón.

Los intensos ojos azules de Damon se abrieron un poco.

—Nunca he pensado eso.

—Ah. Ya. Es solo que antes os he visto a Adrian y a ti hablar de forma un poco acalorada, y yo parecía ser el tema de conversación; y ahora no pareces muy por la labor... —Me callé, sin estar segura de a dónde iba exactamente con aquello, frenada también por la mirada de incredulidad que se estaba formando en su rostro.

—No. —Negó con la cabeza—. No tengo ningún problema contigo, en absoluto.

—Ah. Ya. Bien. Vale.

Si esto fuera una obra de teatro, las acotaciones habrían dicho *insertar pausa incómoda aquí*. Como no podía reescribir este guion en concreto, sonreí, asentí y puse rumbo hacia Adrian. El tipo bajito se fijó en mí primero y le dio un codazo a Adrian, que se giró; la risa de su rostro se borró al instante. No era exactamente la reacción que esperaba. Intenté no dar un paso en falso y seguí avanzando hacia él, con la sonrisa sintiéndose ya un poco forzada en mi cara.

—¡Hola! —saludé.

—Hola —respondió. Esperó un segundo y luego me dio un beso en la mejilla. Aquello no era precisamente material de novela romántica, pero entendía que algunas personas no siempre eran tan demostrativas delante de sus amigos—. ¿Qué haces aquí?

Abrí la boca para contestar justo cuando se acercaba una morena despampanante del calibre que Luca solía frecuentar. Unas piernas largas y torneadas se paseaban sobre unos tacones de aguja

altísimos, tan finos que estaba esperando a que se doblaran a cada paso. Un minúsculo vestido ajustado rojo de manga larga remataba aquellas piernas bronceadas e interminables. Su pelo brillante, artísticamente ondulado, caía sobre un hombro y enmarcaba un rostro maquillado a la perfección. Caminaba contoneando las caderas, dejando una estela de miradas de admiración a su paso. Adrian la observaba con intensidad y, cuando ella se dio cuenta, una sonrisa de Hollywood estalló en su rostro, que antes mostraba un mohín. Una sonrisa que él le devolvió. Ella se acercó, rodeó la cintura de Adrian con los brazos y le dio un beso largo y pausado en los labios. Un beso que él también correspondió. Supuse que, al fin y al cabo, no era tan tímido.

—Te echaba de menos —susurró ella.

—Solo ha ido al baño.

Un suave susurro llegó a mi lado y me giré para encontrar a Damon allí de pie. Puso cara de compasión. Tragué saliva e hice un levísimo gesto con la cabeza a modo de asentimiento.

—¿Quién es ella? —preguntó la chica, al verme allí plantada, todavía clavada en el sitio mientras mi cerebro se tomaba todo el tiempo del mundo para procesar la información que tenía delante. Sus palabras tenían acento. Estadounidense. Se me encendió la bombilla... California.

—Es Bee. Te hablé de ella.

¿Le había hablado de mí?

—Ah. Ya. Sí. —Sonrió, pero no había ninguna calidez en su gesto —. ¿Habíais quedado esta noche?

¡Ehh, estoy justo aquí!

—Creo que no. —Me miró de forma inquisitiva.

—Eh. No —logré articular, tratando de asimilar el hecho de que esa mujer sabía a la perfección que él se estaba viendo con otra y que, con la misma claridad, le daba exactamente igual. Pero, por otro lado, supongo que si tenías ese aspecto, es probable que supieras que llevabas ventaja ante cualquier competencia. Qué lástima que Adrian no hubiera tenido la decencia de compartir esa misma información conmigo.

—Yo, esto... —Me aclaré la garganta—. Solo me preguntaba si te pillaría por aquí. A ver si podíamos hablar un momento. —Saqué fuerzas de flaqueza para utilizar el tono más informal del que fui capaz e intenté adaptar mi expresión facial al mismo, sin estar muy segura de si estaba funcionando. Damon me echó un vistazo y esbozó la más mínima de las sonrisas, acompañada de un casi imperceptible asentimiento. Me di cuenta de que la discusión de antes seguramente no había sido porque yo no le cayera bien o no se fiara de mí, sino por el comportamiento de su propio amigo. Apenas lo conocía, pero ya me caía bien. Qué hacía siendo amigo de alguien que a todas luces era un grandísimo capullo era una pregunta para otro momento.

—Claro —respondió Adrian, con el brazo aún alrededor de la minúscula cintura de la morena. No se movió.

—¿Quizá en privado? —puntualicé.

—Ah. Claro. ¿Te importa, nena? —Se dirigió a la mujer, y me sentí bastante orgullosa de mí misma por no ponerme a gritar de verdad.

Ella encogió un hombro con elegancia, cogió un cóctel a juego con su vestido y sorbió la pajita de manera seductora. Adrian vaciló. Aburrida ya, lo interrumpí.

—Solo será un minuto y tengo prisa, así que, si no te importa...

Solo esperaba que Damon no me dejara en evidencia, puesto que ya le había ido con el cuento soltándole el motivo original por el que había ido al bar. No dijo ni pío. De hecho, asomaba un atisbo de sonrisa en sus labios, que desapareció detrás de una pinta de cerveza.

—Vale. Sí, claro.

Caminé hacia una zona un poco menos abarrotada con la mayor seguridad que pude aparentar y me giré para quedar frente a Adrian.

—¿Vas a montar una escena?

—¿Una escena?

—Sí. Por Brandy.

Me encogí de hombros, aunque sentía como si alguien me hubiera metido una percha por la camisa.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Algunas mujeres se ponen raras. Esperan todos esos rollos de la monogamia.

—Bueno, supongo que cuando le dices a alguien que estás buscando algo especial y que crees que podrías haberlo encontrado con esa persona en particular, es fácil entender que se ponga «rara».

—Sí, pero todo el mundo dice eso, ¿no? Es parte del juego, ¿verdad?

Para él era un juego. Todo había sido un juego. Y yo solo había sido un peón en su tablero. Por no mencionar una absoluta idiota.

—No, Adrian. No todo el mundo lo dice. Ese es el tipo de cosas que solo deberían decirse si se sienten de verdad..

—Ves. Sabía que te pondrías rara. Por eso no te hablé de las otras.

¿Otras? ¿En plural? Decidí que no quería saberlo.

—¿Sabes qué? Da igual. He venido aquí esta noche para decirte que esto nuestro no me funciona.

—Ah, vale. Sí. Ya me extrañaba.

—¿Qué significa eso?

—Por unas cuantas cosas, la verdad. Por ejemplo, no siempre pareces sentirte cómoda en los sitios exclusivos que a mí me suelen gustar, así que eso es un poco problemático.

—¡Me siento perfectamente cómoda! —repliqué con brusquedad.

—No pasa nada. —Me puso una mano condescendiente en el brazo—. Algunas personas que no están acostumbradas a esos ambientes pueden sentirse un poco fuera de lugar.

—He dicho que estaba bien.

—Y eres un poco... No, ya da igual. En cualquier caso, ha sido divertido. Buena suerte y todo eso.

—¿Soy un poco qué? —Alargué el brazo y lo detuve.

—No pasa nada. Da igual.

—Dímelo —exigí, apretando el agarre en su brazo, algo de lo que no me di cuenta hasta que hizo una mueca de dolor. Luca siempre decía que yo era más fuerte de lo que parecía.

—Vale —dijo, frotándose el brazo—. Estás tensa en la cama. No eres precisamente la más divertida.

La cara me ardió de humillación, un calor que solo fue en aumento cuando un pequeño grupo cercano se giró y empezó a intercambiar miradas; a todas luces, habían escuchado la declaración de Adrian.

—Qué curioso. A mí nunca me lo ha parecido en absoluto —afirmó una voz profunda, al tiempo que unos fuertes brazos se enredaban en mi cintura desde atrás y me pegaban a su cuerpo, dejando en el aire la insinuación de que quizá el problema no era mío para nada.

Se me erizó la piel mientras me subían los colores a las mejillas, pero entonces ya no estaba segura de si era por la acusación de Adrian o por el áspero tono cargado de deseo de la voz que lo contradecía.

Conocía esa voz y conocía esos brazos. También sabía que no tenía ni puñetera idea de cómo era yo en la cama. Luca me plantó un beso en un trocito de piel desnuda del cuello.

—Siento llegar tarde. Me ha surgido un imprevisto en el último minuto.

Me giré y contuve el aliento cuando los ojos de Luca se clavaron en los míos con una mirada capaz de provocar un incendio forestal. Atónita, me lo quedé mirando un segundo más y la sonrisa resultante de Luca no hizo sino avivar las llamas. Tragando saliva con dificultad, me volví de golpe para encarar a Adrian. No estaba muy segura de cuál era el plan de Luca, pero, en ese momento, lo apoyaba con todo mi ser solo por presenciar la cara que se le había quedado a Adrian.

—¿Te estás viendo con él? Creía que habías dicho que solo erais amigos.

Me encogí de hombros, sabiendo que yo era malísima mintiendo y queriendo salir de allí con al menos un mínimo ápice de dignidad intacto. El grupo de nuestra derecha nos estaba observando ahora de forma furtiva, y vi que un par de las mujeres comparaban en

silencio a Luca y a Adrian. Por su intercambio de miradas, intuí que Luca estaba ganando por goleada.

Luca intervino por mí:

—Ya sabes cómo pasan estas cosas a veces. De pronto te das cuenta de que la persona adecuada ha estado ahí, delante de tus narices, todo este tiempo. Y, simplemente, todo encaja.

—Ja. —El labio de Adrian se curvó en una mueca de desprecio, y me di cuenta de que en realidad no lo conocía en absoluto. Había conocido lo que él quería que yo conociera. Y quizá solo había visto lo que yo quería ver.

—No creía que fueras de las que se acuestan con unos y con otros —espetó él, mientras Brandy se acercaba hacia nosotros.

Luca se tensó a mi espalda, pero apoyé las manos sobre las suyas para indicarle que estaba bien. Me mantuve callada, pero clavé la mirada en Adrian con una expresión que le dejó meridianamente claro lo que opinaba de su comentario. Él apartó la vista.

—¿Y este quién es? —suspiró Brandy de forma soñadora, mirando a Luca embelesada—. ¿No nos vas a presentar?

—Luca Donato —respondió Luca un instante después, al ver que estaba claro que Adrian no tenía la más mínima intención de hacerlo.

Le estrechó la mano que ella le tendía muy brevemente antes de soltarla y volver a rodearme la cintura con su brazo. La decepción y un poco de sorpresa cruzaron el rostro de ella. Estaba claro que estaba acostumbrada a causar mucho más impacto en los hombres que ese. Para ser justos, no era la única que se encontraba en un ligero estado de desconcierto.

—¿Lista para cenar? He pensado que podríamos probar el Bianco Nero —dijo Luca, girándome para que lo mirara.

Adrian soltó un bufido.

—Nunca conseguiréis entrar ahí. Está reservado con meses de antelación. Tienes que ser una estrella de Hollywood o de la realeza para que te den mesa.

Luca me apartó un mechón suelto de pelo detrás de la oreja y sonrió; por un momento, todo su ser se centró en mí como si yo fuera el Sol y él la Tierra, orbitando a mi alrededor de forma feliz y dependiente. Tragué saliva, recordándome a mí misma que no debía dejarme embaucar por aquello. Que, por la razón que fuera, Luca estaba interpretando un papel y, si eso significaba no parecer tan idiota delante de Adrian y los demás, entonces podía seguirle el juego. Pero daba la impresión de que Luca se había equivocado por completo de profesión. A juzgar por la actuación de esta noche, había un Globo de Oro con su nombre escrito por todas partes. Giró la cabeza para mirar a Adrian y se encogió de hombros.

—Supongo que eso depende de a quién conozcas.

Brandy estaba prácticamente babeando, y de repente parecía mucho menos enamorada de su propio acompañante. Adrian, por su parte, se había puesto de un color rojo violáceo.

—¿Lista? —me preguntó Luca, antes de que Adrian pudiera articular ningún tipo de respuesta.

Asentí.

—Ah, solo una cosa más, Adrian. Una vez me dijeron que no me merecías, pero pensé que esa persona se equivocaba. Ahora me doy cuenta de que siempre tuvo razón. Merezco a alguien mucho mejor que tú.

Le dimos la espalda; Luca me cogió de la mano y me la apretó suavemente en señal de apoyo mientras nos abríamos paso de vuelta entre la multitud para salir a la calle. Dimos unos cuantos pasos así, hasta que perdimos de vista el bar. Luca no había abierto la boca, pero yo tenía todas las palabras zumbándome en la cabeza y, de repente, empezaron a salir a borbotones.

Capítulo 30

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunté, alejándome de él y cerrándome el abrigo sobre el cuerpo, y solo en cierta medida para protegerme del frío. Una parte de mí sentía que el gesto podría ayudar a protegerme de, al menos, un poco de la confusión y la decepción que sentía en ese momento.

—¿El qué? —Abrí los ojos hasta tal punto que pensé que se me iban a salir de las órbitas.

—¿Cómo que «el qué»? ¡Sabes perfectamente el qué!

—¿Eso? —Dio un leve cabeceo hacia atrás, en la dirección de la que veníamos.

—¡Sí! ¡Eso! —le espeté, imitando su gesto con sarcasmo.

—Tia me llamó y me dijo que habías ido a darle una sorpresa a ese imbécil. —Volvió a señalar con la cabeza, con las manos hundidas en los bolsillos de su carísimo abrigo azul petróleo de lana merina, de corte impecable. Yo estaba con él cuando se lo compró; había desembolsado el equivalente a un mes de alquiler de mi mundo mientras yo me quedaba tiesa, asegurándome de no tocar nada en la tienda por si acaso me tocaba pagarlo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque está preocupada por ti. Todos lo estamos. Nadie quiere verte sufrir otra vez y, por todo lo que hemos visto y oído sobre él, la cosa iba claramente en esa dirección.

—¿Y qué? ¿Te ha enviado a espiarme? —Para entonces, yo ya había empezado a caminar de un lado a otro en un pequeño tramo de la acera. Luca seguía firmemente plantado en el sitio.

—¡Claro que no! —Había sacado las manos de los bolsillos y gesticulaba mientras hablaba.

—Ah, entonces, ¿has venido solo para presenciar mi humillación de primera mano? Para asegurarte de captar todos los detalles y poder contarles la historia a los demás con precisión.

La farola bajo la que nos habíamos detenido daba luz suficiente como para dejarme ver que el rostro de Luca se ensombrecía.

—Ese no es el motivo y lo sabes de sobra. Ese comentario es indigno de ti y una falta de respeto hacia la gente que te quiere.

Sabía que tenía razón, pero no podía parar.

—¿Hacia ti, te refieres? Perdona, ¿se supone que debo echarte los brazos al cuello y darte las gracias por llegar galopando en tu corcel blanco para rescatarme de mi irremediable apuro y estarte eternamente agradecida?

—No. Me refería a Tia y a Jono. Han estado muy preocupados por ti.

—¡Solo están preocupados porque tú les metiste en la cabeza que Adrian me estaba engañando y los alarmaste!

—¡Te estaba engañando! Joder, Bee. ¿Cuántas pruebas más necesitas? Te dijo lo que querías oír para meterte en la cama, igual que probablemente se lo dijo a la rubia con la que estaba cuando lo vi, y a esa mujer de esta noche. No está en esa página para conocer a nadie con intenciones que vayan más allá del sexo. ¡Incluso tú debes de darte cuenta de eso a estas alturas!

Sí me daba cuenta. Pero darse cuenta y aceptarlo eran dos cosas muy distintas. La segunda prometía toda una nueva ola de humillación y no estaba segura de si ya estaba preparada para afrontarla.

—¿Bee?

Ambos nos giramos al oír la voz y vimos a un hombre que caminaba a paso ligero hacia nosotros.

—Hola. —Sonrió, pero pude ver la preocupación y la lástima en el rostro de Damon.

—Esperaba alcanzarte, pero te perdí de vista.

—Ah. Bueno, pues aquí estoy. —Le devolví una sonrisa incómoda —. Por cierto, gracias por no delatarme sobre el verdadero motivo por el que había ido allí.

Negó rápidamente con la cabeza.

—Faltaría más. Nunca haría algo así. Solo quería comprobar que estabas bien. A veces Adrian puede ser un auténtico capullo. Uy, perdona. —Le tendió la mano a Luca—. Damon Reilly. Tú eres Luca Donato, ¿verdad?

Luca le estrechó la mano y asintió.

—Así es.

—El diseño es una de mis aficiones, así que leo todas las revistas y vi el reportaje sobre ti y ese sitio tan increíble que diseñaste en Barcelona el año pasado. Es impresionante. Y muy innovador, además.

—Gracias.

Me mordí el labio, a la espera. Damon volvió a centrar su atención en mí.

—Sí. Bueno, a lo que iba, solo quería asegurarme de que estabas bien. O sea, Adrian hace esto todo el tiempo. Nunca puedo seguirle la pista de con qué mujer queda en qué noche. Me asombra que él sí pueda. A veces queda con dos en una misma noche.

Recordé la vez que me había dicho que tenía una urgencia de trabajo y luego me llamó tarde, diciendo que estaba libre. ¿Acaso había estado con otra mujer en una visita exprés de por medio y planeaba volver a mi cama justo después? Sentí un vuelco en el estómago.

—No dejo de decirle que no puede tratar así a la gente. No si ellas no lo saben. A algunas no les importa. Tampoco buscan exclusividad, como Brandy, la que está ahí dentro. Tuvieron algún tipo de rollo en el pasado, y ella ha venido de Estados Unidos y se está quedando con él estos días.

«Lo descubrimos en un viaje al valle de Napa… Tengo a una amiga quedándose conmigo unos días…» Ahora todo cobraba sentido.

Damon prosiguió:

—Pero sabía que a ti no te había dicho nada, y cuando nos comentó que no eras tan fácil de llevar a la cama, se lo tomó como un reto personal. Discutimos por ello más de una vez.

Me daba vueltas la cabeza y, a juzgar por la repentina expresión de preocupación en el rostro de ambos hombres, debía de haberme puesto tan verde por fuera como me sentía por dentro. Luca me apoyó una mano en la espalda para darme estabilidad.

—¿Estás bien?

Asentí, con cuidado de hacer un movimiento muy suave.

—Lo siento. No quería ser tan brusco. No siempre se me da bien eso del tacto. Cara, mi prometida, es médico y siempre me dice que mi actitud con los pacientes necesita práctica. —Su expresión era grave.

Sonreí para indicarle que no pasaba nada.

—Pareces un tío decente. ¿Por qué eres amigo de alguien como él? —preguntó Luca.

—Hemos trabajado juntos mucho tiempo en distintos sitios. Supongo que en parte es la costumbre, pero, además, él antes no era así. En el fondo, hay un buen tipo. Creo que el dinero se le ha subido un poco a la cabeza, lo cual es una lástima.

Luca lo miró con escepticismo, pero yo lo entendí. Había habido algo bueno en Adrian. Simplemente, no había sido suficiente. Quizá yo lo sabía y no había querido creerlo, o quizá lo sabía y lo creía, pero disfrutaba de la sensación de formar parte de algo. Parte de la vida de otra persona. Alguien que me deseaba. Alguien a quien mi presencia le importaba de verdad. Pero, al final, nada de eso había sido cierto. Me había deseado, sí, pero brevemente y solo como un reto. Una forma de demostrarse algo a sí mismo, mientras buscaba alternativas en el mercado. Todo había sido mentira. Mis padres apenas se esforzaban por ocultar el hecho de que yo era un estorbo para ellos, mientras que Adrian, sencillamente, había fingido que no lo era. No estaba segura de qué era peor.

El teléfono de Damon empezó a sonar. Lo sacó y miró la pantalla.

—Es Cara. Será mejor que lo coja. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Gracias.

—Me alegro de que ahora hayas encontrado a alguien que te viene bien.

—Ah, no, no somos...

—Gracias, tío. Será mejor que lo cojas. Encantado de conocerte.

Luca le ofreció la mano y Damon se la estrechó mientras contestaba al teléfono con la izquierda; asintió hacia Luca, me tocó

el hombro con suavidad y levantó la mano para despedirse, todo ello sin dejar de charlar animadamente con su prometida.

—¿Por qué me has impedido decirle que esto no es real? —Hice un ademán con la mano entre los dos.

—Porque no necesita saberlo. Parece buen tipo, pero la gente se va de la lengua sin querer cuando está con sus amigos, sobre todo después de unas cuantas pintas. Así, al menos, no se sentirá mal si se le escapa algo por accidente.

Tenía sentido. Damon había sido muy majo y odiaría pensar que se iba a sentir mal si salía a la luz que el numerito de Luca había sido exactamente eso. Solo un numerito.

—No hacía falta que vinieras esta noche. Sé cuidarme solita.

—Que sepas cuidarte sola no significa que debas hacerlo siempre… Tú lo haces por los demás. He perdido la cuenta de las veces que has hecho de niñera de emergencia o has ayudado en una crisis informática y, con la cantidad de pantallas que todos tenemos hoy en día, eso es cada vez más frecuente. Y haces todo eso sin quejarte.

—No me importa hacerlo.

—Entonces, ¿por qué esto es distinto?

—Porque... —Ladeó la cabeza, a la espera, y yo le di un toquecito en el brazo—. Estoy intentando encontrar las palabras adecuadas.

Luca respiró hondo y se sopló las manos para calentárselas antes de volver a metérselas en los bolsillos.

¿Por qué era distinto esto?

Formulé las palabras.

—Porque tengo la sensación de que ninguno de vosotros cree que sea capaz de cuidarme sola. De que habláis a mis espaldas sobre mi

desastroso trabajo y mi desastrosa vida amorosa, y vosotros lo tenéis todo tan bajo control que eso puede hacerme sentir peor. A veces parece que soy una especie de proyecto personal o un caso de caridad, igual que lo fui para tu familia cuando éramos pequeños.

Tenía la garganta en carne viva, áspera, y me estaba esforzando al máximo por no llorar, pero el cálido goteo sobre la piel fría de mis mejillas me indicó que también había fracasado en ese frente.

Luca permaneció en silencio mientras yo rebuscaba en el bolso el minipaquetito de pañuelos que siempre llevaba allí. Sonándome la nariz de la manera menos elegante posible, pensé que menos mal que los gestos románticos de Luca de esa noche eran fingidos, porque de lo contrario probablemente yo habría apagado un poco la pasión. Nunca entendí cómo había mujeres que podían llorar y acabar con los ojos delicadamente enrojecidos mientras se secaban la nariz con suavidad, cuando cualquier lágrima por mi parte se traducía en la piel llena de ronchones, una nariz roja acompañada de sonadas de mocos rotundamente vulgares, y unos ojos como si me hubiera peleado con dos abejas muy cabreadas.

—¿Eso es lo que crees que fuiste, lo que eres, para mi familia y para mí? ¿Un caso de caridad? —Tenía el rostro tenso por la emoción, y ya había sacado las manos de los bolsillos. Se pasó una de ellas por la mandíbula en tensión. Levanté la vista hacia él y vi el dolor en sus ojos.

—No lo decía a malas...

Incluso a mis propios oídos eso no sonaba muy bien, y la expresión de Luca dejó claro que opinaba lo mismo.

—¿Y qué otra forma de decirlo hay exactamente, Bee? Desde el momento en que te conocieron, formaste parte de la familia. Punto.

Se acabó. Ni más ni menos. Nunca se les pasó por la cabeza hacerlo para hacerle un favor a nadie, ni porque sintieran que debían darte algo de cariño cuando tus propios padres no tenían tiempo. Ellos son así. Pensaba que lo sabías y, francamente, no me hace ninguna gracia que pienses que lo hicieron por cualquier otro motivo.

—¡No digo que no sean amables! Te lo estás tomando mal. ¡No me refiero a eso! —intenté explicarle.

—No. Pero estás diciendo que tenían segundas intenciones. Su única intención era acoger a una amiga mía y, como te cogieron cariño de inmediato, cualquier oportunidad de que formaras parte de la familia era una alegría para ellos. Y lo sigue siendo. Se les rompería el corazón si supieran que eso es lo que piensas.

—¡Pero si ni siquiera hablo italiano!

—¿Y qué? La mujer de Marco tampoco. Eso da igual. No es un requisito indispensable para quererte o para que formes parte de nuestra familia. ¡No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación a estas alturas de la vida!

La vergüenza se apoderó de mí, y más lágrimas corrieron hacia mi barbilla, donde sospechaba que también se había acumulado ya la mayor parte de mi maquillaje de ojos.

Me lanzó una mirada.

—¿Esto tiene que ver con aquella vez que nos pillaste a mamá y a mí?

Me encogí de hombros, y él echó la cabeza hacia atrás un momento, clavando la vista en el cielo antes de volver a mirarme. La frustración que desprendía, claramente dirigida hacia mí, me hizo desear en cierto modo que se hubiera quedado mirando hacia arriba.

—Si te sirve de consuelo, nadie más en mi familia sabe de qué va eso tampoco. Bueno, sospecho que papá sí, porque es lo normal. Pero es algo entre nosotros. No eres menos parte de la familia por eso. En las familias no siempre se comparte todo entre todos.

—Pero siempre daba la sensación de que vosotros sí...

Me sentí un poco estúpida. Dicho en voz alta, esa cosa que me había estado reconcomiendo durante tanto tiempo no parecía para tanto. Y, probablemente, ni siquiera había tenido nada que ver conmigo en absoluto. Era solo algo privado. Realmente me consideraban parte de la familia.

—Lo siento. Solo di por hecho que eso es lo que pasaba en las familias, sobre todo en la vuestra. Supongo que he exagerado.

Luca levantó una ceja, dándome la razón.

—Para ser justos, estuviste un poco rara un tiempo después de aquello.

Lo aceptó.

—Lo estuve. Y sé que el conocimiento de las interacciones familiares no es precisamente tu punto fuerte, teniendo en cuenta que eres hija única y la interesante perspectiva de tus padres sobre la crianza.

Dio un paso para acercarse y yo levanté la barbilla para mirarlo a los ojos, de pronto incapaz de apartar la vista de él.

—Pero cada familia es un mundo, Bee. Todas funcionan de manera diferente. Y la tuya propia probablemente funcionará de una manera distinta, a su vez.

Bajé la mirada.

—No veo que eso vaya a pasar a corto plazo.

Luca deslizó el meñique bajo mi barbilla, animándome suavemente a que volviera a mirarlo.

—No estés tan segura. Eres una mujer increíble cuando te permites a ti misma creértelo, y permites que los demás se lo crean también.

—Estabas en el bar, ¿verdad? He acabado dejando que me tomaran por tonta, tal como dijiste. Eso, amigo mío, no es increíble.

—Nunca debería haber dicho eso. Estaba enfadado y frustrado, y solté algo de lo que ahora me arrepiento. Aquí solo hay un idiota, y es él, no tú. Tuvo la oportunidad de estar contigo y la desperdició. La verdad es que se merece un premio por ser tan imbécil.

Intenté no sonreír.

—Y no te creas que no me doy cuenta.

Lo intenté con más fuerza.

—Y en cuanto al resto de tu rabieta... ¿Un trabajo desastroso?

—No el actual, por supuesto. Me refería al de antes. Todos me habíais dicho que lo dejara un montón de veces, y tendría que haberlo hecho. Al igual que todos me decíais que volviera a la universidad, pero me daba miedo. Miedo de abandonar la zona de confort que me había construido a mi alrededor, que ahora me doy cuenta de que era más un lastre que una ayuda. Me apoyé tanto en sus muros que nunca quise salir de ellos.

Me sequé una lágrima con el dorso de la mano, dando ya por muerto mi maquillaje.

—Y está claro que Tia también pensaba que yo estaba ciega con respecto a Adrian. No me puedo creer que no me dijera nada.

—Ella quiere que seas feliz. Creo que tenía la esperanza de que todo saliera bien.

—Pero puso a un caballero andante en la recámara por si acaso.

—Pasaba por aquí.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué pasabas por aquí? Tu casa pilla en la otra dirección.

Se quedó callado un segundo de más.

—¡Dios mío, tenías una cita! Dijiste que no.

—Tenía una cita. En tiempo pasado.

Di un paso atrás y le tiré un poco de la manga hacia arriba. Tenía las manos heladas.

—¿Qué hora es? ¿Aún llegas a tiempo? ¿Y dónde están tus guantes?

Él se echó a reír y atrapó mis manos inquietas.

—Mis guantes están en el coche.

—Pues ahí no te sirven de mucho.

—Cierto. Y no, ya no llego a tiempo.

—¿Porque te has parado aquí a perder el tiempo? —Mi voz subió un tono.

—No. Aneeka canceló anoche.

Fruncí el ceño.

—O sea, ibas en esta dirección, ¿por...?

—No pensaba desperdiciar una reserva en un restaurante fantástico solo porque me haya quedado sin cita.

Me volví a morder el labio.

—Venga. Pregúntalo. Sé que te mueres de ganas.

—¿Por qué canceló?

—Resulta que no soy tan irresistible como dicen los rumores. —Me guiñó un ojo.

No le devolví la sonrisa.

—¿Y ya está?

—¿Con Aneeka?

—Sí.

—Síp. Me lo dejó bastante claro.

—Lo siento muchísimo, Luca. Deberías haberlo dicho. Sé que ella te gustaba de verdad.

—Sí, me gustaba. Pero, para ser sincero, también sé que no era la definitiva.

—Parecíais felices juntos.

—Creo que quería serlo. Pero al final... —Se encogió de hombros de un modo muy italiano que resumía todo lo demás—. ¿Quieres que vayamos a cenar algo?

—¿Por qué no? No podemos dejar que se te vea triste y solitario en una mesa para uno.

Me miró de reojo y paró un taxi, renunciando a caminar, ya que las nubes acababan de formar un sindicato y habían votado a favor de descargar una lluvia que calaba hasta los huesos sobre la ciudad.

—Tia y Jono han hecho que esto de encontrar el amor en internet parezca pan comido. Personalmente, creo que deberíamos denunciarlos por publicidad engañosa.

—Sí. Es más difícil de lo que parece. O tal vez más fácil.

Hice una mueca.

—Eso es muy críptico. Explícate.

—En otro momento. Me muero de hambre.

—¿Adónde vamos?

—Te lo dije. A Bianco Nero.

Se me iluminaron los ojos.

—¿En serio? Pensé que lo habías dicho solo porque te comenté que Adrian llevaba siglos intentando conseguir mesa sin éxito y querías fastidiarlo.

El taxi paró, nos metimos dentro y Luca dio la dirección antes de continuar la conversación.

—Eso ha sido solo una feliz coincidencia y un extra para poder ver la expresión de su cara de engreído.

Miré por la ventanilla un rato, asimilando los colores de las luces de Navidad reflejadas en los charcos y en las aceras mojadas y relucientes. Las calles seguían llenas de gente que salía a pasar la noche y de la habitual masa errante de turistas que acogía Londres, fuera la época del año que fuera.

Capítulo 31

—¿Cómo me las arreglo para elegirlos?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a si soy yo. ¿Acaso tengo un chip integrado del que no sé nada que envía señales a bichos raros y capullos? —dije, haciendo el mejor arreglo de maquillaje posible con lo poco que llevaba encima.

—Posiblemente. ¿Quién sabe?

Le lancé una mirada asesina al estilo del oso Paddington y él se rio, pasándome un brazo por los hombros.

—No. Estoy bastante seguro de que no lo tienes. Un montón de gente pasa por lo mismo.

—Y por eso exactamente no quería hacer este maldito reto en primer lugar.

—Pero a veces hay que arriesgarse, Bee.

El taxi redujo la velocidad frente a la fachada sutil y elegante de un restaurante en Mayfair. Luca pagó, rechazando con un gesto mi oferta de hacerlo yo, antes de inclinarse y abrir la puerta del coche. Le di las gracias al conductor, salí y me apresuré bajo la lluvia para refugiarme bajo la marquesina del edificio y esperar a Luca. Él me siguió enseguida, empujó la puerta y me hizo una seña para que pasara primero.

—¡Ah, señor Donato! ¡Qué alegría volver a verle!

Un *maître* se acercó con una especie de paso rápido que daba la impresión de que se deslizaba. Era elegante y eficiente a partes

iguales, y me pasé un par de segundos preguntándome cuánta práctica requería aquello.

—Peter. —Luca le tendió la mano—. Lo mismo digo. Gracias por hacerme un hueco. Esta es mi amiga, Bee.

Peter hizo una pequeña reverencia y sentí unas ganas casi abrumadoras de devolverle el gesto doblando las rodillas, pero logré contenerme por los pelos.

—Encantado de conocerla, señorita Bee.

—Oh, llámeme Bee a secas. —Sonreí.

Peter asintió con cortesía y luego extendió un brazo para indicarnos por dónde debíamos ir. Me acerqué a Luca.

—Va a seguir llamándome señorita Bee, ¿verdad?

—Sin lugar a duda. —Luca giró un poco la cabeza y depositó el más ligero de los besos sobre mi pelo—. No te preocupes por eso.

Dicho esto, me puso suavemente una mano en la zona lumbar y nos abrimos paso entre las mesas, con Luca saludando con la cabeza a alguna que otra persona por aquí y por allá. No se me pasaron por alto las miradas de admiración que atrajo mientras avanzábamos, pero a él sí. Esa era una de las cosas que más me gustaban de él.

—¡Ostras! —susurré—. ¿Has visto estos precios?

Luca me miró desde el otro lado de la mesa y arqueó una ceja.

—Vale. Quiero pagar a medias contigo. Pero voy a necesitar un aumento, y en plan ya.

—Hecho.

—¿En serio?

—Sí. De todas formas ya estaba en el orden del día de la reunión de la semana pasada. Recursos Humanos solo está redactando el

papeleo.

—¿De qué?

—De tu aumento. —Luca me lanzó una breve mirada de confusión antes de volver a la carta de vinos.

—No, me refiero a que por qué es el aumento.

—Superaste tu periodo de prueba con nota y, aunque tu predecesor era un buen tipo y eficiente en su trabajo, no estaba tan al día como tú en todas las nuevas tecnologías que van surgiendo y en el mundo de la informática en general. El hecho de que tú sí lo estés ha supuesto que hayas sugerido e integrado nuevas ideas y tecnología en la empresa que ya le han facilitado las cosas al personal y han creado un proceso de trabajo más eficiente para todos. Esa habilidad y dedicación no han pasado desapercibidas y se acordó concederte un aumento en reconocimiento a ello.

—Caray. —Me quedé sentada un momento, asimilándolo.

—¿Todo bien?

—¡Sí! O sea, definitivamente sí. ¡Gracias!

—No hay de qué. Es todo mérito tuyo.

Un pensamiento insistente empezó a reconcomerme.

—¿Seguro?

Levantó la vista de nuevo.

—¿Eh?

—¿Es solo por méritos propios o tú... digamos que has tenido algo que ver?

Luca dejó escapar un suspiro.

—De verdad espero que no vayamos a tener esta conversación cada vez que llegue la época de bonificaciones o de subidas de

sueldo y te toque una. Lo cual no está garantizado, como habrás visto en tu contrato.

—No, ya lo sé.

—Pero no. No he «tenido algo que ver». De hecho, estaba en contra.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté en un tono un poco más alto de la cuenta, provocando que un par de comensales hicieran un esfuerzo muy consciente por no volverse para mirarme, lo que era casi lo mismo que si se me hubieran quedado mirando embobados como peces esperando a que les echaran comida. Me sonrojé y Luca sonrió. Pero a diferencia de cuando había cenado con Adrian, no me sentía fuera de lugar sentada allí con Luca. Podía ser yo misma y no preocuparme por no estar a la altura del local... o de la compañía. Reajusté el volumen de mi voz.

—O sea, ¿qué? ¿Y por qué? —repetí en voz baja.

—Porque me parecía que tus condiciones ya eran lo bastante buenas.

—Oh.

—A los demás les preocupaba que otra empresa nos robara tu talento. Les dije que eso era bastante improbable.

—¿Ah, sí? —repetí, esta vez a modo de pregunta.

—Bee, tuvieron que alinearse todos los planetas de todos los universos para que dejaras el otro trabajo, que pagaba fatal y que odiabas. Sé que te gusta trabajar en DS y que te has creado otra pequeña zona de confort allí. No eres precisamente de las que se arriesgan si tienen la opción de ir a lo seguro y aferrarse a lo conocido. No creía que hubiera mucho peligro de que te arriesgaras en otro sitio a corto plazo.

—Eso es bastante frío por tu parte, ¿no?

—¿El qué? ¿Quieres blanco o tinto?

—Me da igual mientras esté mojado. Me refiero a que utilices así lo que sabes de mí. ¡Y no siempre voy a lo seguro!

—Bee, soy un hombre de negocios. En este mundo tienes que usar cualquier conocimiento que tengas. Y sé que no quieres que la gente piense que te estoy favoreciendo por nuestro pasado.

—Bueno, no. Obviamente...

Luca se me quedó mirando un momento y luego se echó a reír, con toda la cara animada y rebosante de alegría.

—No puedes tenerlo todo, cielo.

Hice una mueca.

—Es bueno saber que otros reconocen mi aportación y están encantados de recompensarme por ello, entonces, ya que está claro que no puedo contar contigo.

—No he dicho que no lo reconociera. Solo he dicho que ya estabas bien remunerada por ello.

No tuve respuesta para eso, así que le dediqué una suave pedorreta, lo que le hizo reír de nuevo.

—¿Qué te parece este vino? —preguntó, inclinando la carta hacia mí.

Me atraganté con el sorbo de agua que acababa de dar al ver el precio.

—¿Lleva pan de oro o qué?

—No, pero lo tienen si lo quieres.

Levanté la vista. La cara de Luca hablaba completamente en serio.

—¡Claro que no lo quiero! —respondí con cara de incredulidad—. ¿Qué sentido tiene?

Luca se quedó en silencio un momento antes de encogerse de hombros.

—Supongo que a alguna gente le gusta la idea.

—¿Y a ti? —le pregunté, ahora en serio.

—Dios, no. Me parece tan ridículo como a ti.

Ladeé un poco la cabeza.

—Pero en el pasado has comprado una botella para impresionar a una mujer, ¿verdad?

Hizo un gesto que lo mismo podía ser un sí que un no, pero que, en este caso, era un sí rotundo.

—¿Y funcionó?

—¿El qué?

—¿Impresionarla?

—La impresionó tanto que acabé llevándola a su casa en taxi y entregándosela a su compañera de piso.

—Madre mía, ¿cuánto bebió?

—Casi dos botellas enteras.

—Ay, Luca, y ni siquiera echaste un polvo con todo aquello.

—Nop. —Se rio—. Lo que sí saqué fue que me arruinó mi par de zapatos favoritos.

—¿Por qué?

—Fue a darme un beso y, en lugar de eso, me vomitó encima.

—Ostras.

—Ya. No había ninguna posibilidad de pillar un taxi a casa en ese estado, así que al menos me pegué una buena caminata.

—Cuánto lo siento.

—¿Por qué lo sientes? No fuiste tú la que me vomitó encima. Esta vez.

—Oye. Aquello fue una sola vez y tenía una intoxicación alimentaria. Y tú llevabas una camiseta y unos vaqueros viejos y destrozados. No es ni mucho menos lo mismo.

—Cierto.

—¿Volviste a verla?

—La verdad es que sí.

—Mucha gente no lo habría hecho.

—Lo sé. Supongo que pensé que a lo mejor había sido algo puntual.

—¿Pedir alcohol con metales preciosos?

—La juerga de después.

—Oh. ¿Y lo fue?

—Digamos que no hubo una tercera cita.

—Ah. —Hice una mueca de compasión.

Se rio.

—*C'est la vie*.

—Tiene gracia. Creo que me imaginaba que todas tus citas habían ido la mar de bien. No puedo imaginarte teniendo una mala cita. Siempre son con ese tipo de mujeres despampanantes y glamurosas y tú eres... —agité una mano abarcando vagamente todo su ser—... bueno, tú. Supongo que nunca se me había ocurrido que alguna cita tuya no hubiera ido sobre ruedas.

—¿Por qué no? ¿Te crees que tienes el monopolio de las malas citas? Créeme, no lo tienes.

—No te imaginas lo mucho mejor que me hace sentir eso.

Se rio.

—Qué mala eres.

—Qué va. —Me reí con él—. Ya sabes a qué me refiero.

—A que no eres solo tú.

—¡Sí! Es difícil no dudar cuando ninguna de las mías parece funcionar. Es difícil no pensar que debo de ser yo.

—Bee, escúchame. Lo he dicho un millón de veces y lo volveré a decir, pero esta vez, escucha de verdad. No hay nada malo en ti. No hiciste nada mal. Simplemente no eras compatible con esas personas en concreto por la razón que fuera, y no porque haya nada malo en ellas o en ti, sino porque todos somos diferentes en lo que buscamos. En lo que hace que hagamos clic con esa persona especial.

—¿Y si mi clic está roto?

—Tu clic está perfectamente.

El camarero, que había elegido ese preciso instante para acercarse a la mesa, se quedó rondando un segundo. Miré a Luca. Luca me miró a mí.

—¡Clic! —dijo él, de repente, mirando al camarero—. ¡Clic!

El camarero asintió, esbozó una sonrisa pequeña y ligeramente dubitativa y nos preguntó si estábamos listos para pedir.

—¿Le importaría darnos un minuto?

—Por supuesto, señor —dijo, y se marchó hacia otra mesa.

Luca empezó a estudiar la carta.

—Sabes que ha pensado que habías dicho...

—Sí. Lo sé. Por eso estaba aclarándolo.

—¿Y sabes que lo acabas de empeorar?

—Sí. También soy consciente de ello.

—Vale. Bien. Solo lo comprobaba.

Luca levantó la vista de la carta y me miró. La risa le bailaba en los ojos y tenía una sonrisa amplia y relajada.

Ese fue el momento en que me di cuenta.

Las palabras de Tia volvieron a mí.

«*Según esto, Luca busca a alguien exactamente igual que tú...*»

—¿Todo bien? —preguntó, y su sonrisa se desvaneció—. De repente has puesto una cara muy rara.

—¡Ehm, no, sí! Estoy bien. —Aparté las palabras de Tia de mi cabeza—. ¡Bien!

* * *

—¿Has visto algo que te apetezca?

Después de haber engullido los platos principales, pasamos al postre. Las opciones eran abrumadoras y al final elegimos tres para compartir. No me imaginaba haciendo esto con nadie más... no quería hacer esto con nadie más...

Aparté ese pensamiento.

No seas ridícula. Es Luca. Solo estás harta por lo de Adrian y...

Corté de raíz mis pensamientos acelerados e intenté volver a una línea de conversación, y de pensamiento, más normal.

—Entonces, teniendo en cuenta que nos acercamos bastante a la fecha límite de Tia, ¿crees que vas a poder ganar este reto? Ya no queda mucho tiempo.

Moví las cejas de arriba abajo y aplaqué las oleadas que se formaban en mi estómago.

—Es muy posible.

—¿Eh?

Esa no era la respuesta que esperaba. *Ni la que deseaba*, añadió mi subconsciente para no ayudar.

—Creo que muy bien podría demostrar que se puede encontrar el amor incluso cuando hay citas por internet de por medio.

—Ah. Claro. Así que... ehm... ¿crees que has encontrado el amor de tu vida?

Mi estómago daba vueltas como una marejada que supondría un peligro para la navegación, y sentí que me invadía un calor pegajoso seguido inmediatamente por un sudor frío.

—Sí. ¿Estás bien? —Se inclinó hacia delante—. ¿Necesitas un vaso de agua? —preguntó, mientras ya me servía uno.

Me bebí el agua de un trago e hice un gesto circular con la mano para que continuara, deseando con todas mis fuerzas no repetirle la jugada de su cita del pan de oro.

—Para ser sincero, no ha sido algo del todo inesperado.

—Así que ¿es alguien con quien ya habías salido antes?

—Sí.

—¿Eso entraba en las reglas? Tienes un poco de ventaja —lo piqué, forzando un tono desenfadado en la voz que, sin duda alguna, no sentía.

—Ella está en la *app*. Eso significa que cuenta.

No podía discutir eso.

—Así que sigue soltera también, entonces. Ha habido suerte.

—Mucha.

—¿Y bien? Venga, cuenta —lo animé, sin querer oír ni media palabra, pero incapaz de no saberlo, queriendo saber por puro masoquismo todo sobre la mujer que por fin le había robado el corazón a Luca Donato. Dándome cuenta, demasiado tarde, de que

había deseado ser yo y sabiendo ahora que nunca lo sería, que nunca podría serlo.

Luca levantó la vista hacia el camarero y asintió a modo de agradecimiento mientras hablaba, justo cuando el hombre trajo el café y un platito con diminutos bombones artesanales. Una parte de mí quería coger el plato y volcar todo el contenido por el gaznate mientras me regodeaba en la miseria, al tiempo que la otra mitad intentaba controlar un estómago revuelto que no quería tocar, ver ni oler nada de aquello. En ese momento ganaba lo segundo, pero por muy poco.

—Es increíble —empezó Luca, y sentí cómo me subía la bilis—. Es preciosa, divertida y listísima. Me da mil vueltas, aunque ella nunca lo admitiría. Me hace reír casi todos los días que hablo con ella o la veo y, cuando lo hago, siento como si alguien le hubiera subido un poco el brillo al mundo. Todo, incluso los días de mierda, es mejor solo por estar cerca de ella.

—Suena... ehm... guay.

De repente me había convertido en una adolescente de los ochenta. Luca no parecía haberse dado cuenta. Su rostro había adquirido una cualidad casi luminiscente mientras hablaba de su nuevo amor. Era una expresión que no le había visto nunca.

Fue en ese instante cuando lo supe. Supe que lo había perdido y no me había dado cuenta de lo mucho que lo amaba hasta ese mismo momento. El dolor fue tan crudo, tan atroz, que pareció físico, robándome todo el aire de los pulmones y estrujándome el corazón hasta que no quedó nada.

Capítulo 32

Empujando mi silla hacia atrás a toda prisa, la sujeté cuando amenazó con volcarse por el movimiento brusco.

—¿Bee? ¿Qué pasa?

—Yo... solo... lo siento. Acabo de recordar que tengo que hacer una cosa.

—¿El qué?

Darme patadas unas mil veces por haberme enamorado de mi mejor amigo, que a su vez se ha enamorado de otra.

—Nada. O sea, algo. Por supuesto. Es solo que no es tan importante.

—Si no es tan importante, ¿por qué tienes que irte en mitad de la cena?

—Pensaba que habíamos terminado.

—¿Va todo bien? —Un camarero se acercó deslizándose hacia nosotros.

—Sí. ¿Sería tan amable de traerme el abrigo, por favor?

—Por supuesto, señora. ¿Desea el señor el suyo?

Luca me observaba, con la confusión grabada en el rostro y la boca apretada en una fina línea.

—Sí. Supongo que sí.

El camarero volvió a alejarse antes de que pudiera decirle qué abrigo era. Bueno, con un poco de suerte igual salía ganando con el cambio.

—No. No hace falta que te vayas.

—Claro. Así que mejor me quedo aquí sentado solo mientras tú tienes tu momento de locura.

—¡No es un momento de locura! —le espeté en un susurro furioso. Era consciente de que, para cualquiera que nos estuviera mirando, incluido Luca, se parecía mucho y apenas podía culparlo por la descripción. Pero necesitaba salir de allí. Poner algo de distancia entre nosotros, y rápido. Luca pagó mientras esperábamos a que nos trajeran los abrigos.

—Te pago mi mitad, obviamente.

—Lo que sea —respondió Luca, restándole importancia con un gesto de la mano.

—Gracias —dije al coger mi abrigo del camarero, y Luca hizo lo mismo, poniéndose el suyo con facilidad mientras yo me peleaba con una manga, presa de los nervios, lo que solo sirvió para alterarme aún más.

—Toma. —Luca alargó la mano para ayudarme, pero di un paso atrás.

—Estoy bien. —Levanté la vista cuando por fin logré meter el brazo por la manga. Me miró como si le hubiera dado una bofetada.

—Quiero decir, gracias de todos modos.

—Vale. —Tenía el ceño fruncido y la tensión en su mandíbula era tan evidente que temí que le fueran a explotar los dientes. Pero en ese momento no podía centrarme en la confusión y el enfado que emanaban de él en oleadas. Solo tenía que huir. Llegar a casa. Y ahora, me di cuenta, conseguir un trabajo nuevo. La puerta se cerró a nuestras espaldas y me volví un instante para mirarlo.

—Bueno, eh, gracias por la cena. Será mejor que me ponga con mi... cosa. —Luca se mantuvo en silencio, mirándome fijamente con

esos ojos oscuros de pestañas largas.

Nunca se me había dado muy bien eso de no rellenar los silencios. Luca, sin embargo, era un experto. Pero no me iba a resquebrajar. Esta vez no. No me lo podía permitir. Me di la vuelta para empezar a caminar hacia la estación de metro más cercana.

—¿Así que eso es todo? ¿Ni siquiera te despides ya? —Me detuve y me giré para mirarlo. Su rostro estaba medio en la sombra por la luz que se derramaba sobre la acera a través del cristal translúcido del restaurante.

—Ah, claro, sí. Perdón. Tengo la cabeza en mi... cosa. ¡Adiós! —Retrocedí los pocos pasos que nos separaban y me puse de puntillas para darle el más leve de los besos en la mejilla. Él no se movió.

—¿Y esa cosa es...?

—¿Qué más da? —estallé por fin. Era una mentirosa de mierda en el mejor de los casos, y bajo el escrutinio de Luca sabía que no podría mantener la farsa.

—Pues sí que importa un poco, teniendo en cuenta tu espantosamente extraña salida de ahí dentro y el hecho de que ahora parece que no quieres estar ni a quince metros de mí.

Qué equivocado estaba. El verdadero problema era que no quería ni un centímetro de distancia entre nosotros. Quería su piel sobre la mía, sus manos sobre mí, sus labios sobre los míos...

—Sabes que no es el caso.

—Desde luego, lo parece.

—Pues no lo es. Solo tengo algo que hacer.

—Vale. Pediré un coche. Te puede llevar.

—No. No pasa nada. Puedo coger el metro. Me gusta el metro.

—Odias el metro.

—Solo cuando está abarrotado.

—Deja que te pida un coche. Es más seguro. Me quedaría más tranquilo sabiendo que, al menos, te dejan en la puerta de tu ubicación misteriosa.

—No es ningún misterio. —La cara de Luca no decía lo mismo.

—En cualquier caso, el metro está bien. Pero gracias. —Volví a darme la vuelta para irme y Luca soltó un exabrupto, justo en el momento en que una pareja mayor muy bien vestida salía del restaurante. Su arrebato nos hizo dar un respingo a todos.

—Lo siento muchísimo. —Levantó las manos hacia ellos a modo de disculpa—. Les pido perdón. No los había visto salir. —El hombre chasqueó la lengua mientras la mujer se pegaba más a su marido, y ambos se alejaron a toda prisa unos metros calle arriba para parar un taxi. Luca se pasó las manos por el pelo con brusquedad antes de acortar la distancia hasta donde yo seguía clavada en el sitio.

—¿Sabes qué? ¡Eres una de las personas más exasperantemente testarudas que he conocido en mi vida!

Estaba tan cerca ahora que podía oler el aroma a madera y humo de su loción para después del afeitado; y, si levantaba la mano, podría sentir la tentadora aspereza de su barba de un día sobre las líneas fuertes y marcadas de su mandíbula. Hundí las manos aún más en los bolsillos.

—Pues si soy tan jodidamente exasperante, ¿por qué no te vas a pasar el resto de la noche con tu Mujer Perfecta, ya que no tiene el más jodido defecto?

—¿Sabes qué? Puede que lo haga —replicó él.

Giré sobre mis talones para que no viera las lágrimas que tanto me había esforzado por contener y que ahora caían sin cesar

mientras empezaba a alejarme de él a zancadas. Me las limpié de un manotazo y, de repente, sentí que alguien me agarraba la mano. Sobresaltada, me giré justo cuando Luca tiraba de mí hacia él. Tenía los ojos oscuros y clavados por completo en los míos. Con delicadeza, me soltó la mano y me acarició el rostro, secándome suavemente las lágrimas con los pulgares; nuestras miradas se mantuvieron entrelazadas hasta que inclinó la cabeza y rozó sus labios con los míos. Una descarga eléctrica me recorrió entera y supe que él también la había sentido. Un leve sonido escapó de mis labios al tiempo que toda la tensión se desvanecía, reemplazada por un instinto mucho más primario cuando Luca me apretó contra su cuerpo y me besó de verdad, con ganas, explorando mi boca con la suya mientras sus manos descendían para sujetarme lo más pegada a él posible. Mi mente se quedó en blanco y me dejé llevar, sintiendo un calor maravilloso, como si por fin hubiera llegado a casa. Era Luca. Mi Luca... ¡Era Luca!

—¡No puedo! —Me aparté a toda prisa, buscando aire, y casi me tropiezo con una baldosa suelta al hacerlo. Los brazos de Luca me sostuvieron y, una vez recuperado el equilibrio, volví a dar un paso atrás, esta vez con más cuidado.

—¿El qué?

—Esto. Tú. Nosotros.

—Sí que puedes. Sabes que es lo correcto, Bee. Sé que has sentido lo mismo que yo. —Levanté la vista hacia él, incapaz de ocultarme. Lo había sentido, y él lo sabía.

—No todo el mundo tiene una oportunidad así, Bee. Los dos lo sabemos. Ambos lo hemos intentado con otras personas y no ha funcionado. ¿Y sabes por qué?

Negué con la cabeza, muda, mientras un sinfín de emociones daban vueltas en mi interior.

—Porque estamos destinados a estar aquí. Juntos. Tú y yo. Lo sé desde hace años, pero he tenido que esperar a que tú también te dieras cuenta.

—No lo entiendo. ¿Por qué no dijiste nada antes?

—Porque no creía que estuvieras interesada y no pensaba arruinar lo que teníamos. Pero no he conseguido que funcione con nadie más porque no son tú. Quiero más, y sé que tú también.

—¡No! ¡No, no lo quiero! —exclamé, negando con la cabeza—. Y tú tampoco. Todo esto es por culpa de la estúpida apuesta. Los dos hemos tenido un montón de citas desastrosas, así que cuando acabamos en un entorno parecido a una cita, con buena comida, vino y un ambiente romántico, nos parece que es lo correcto porque ya nos sentimos cómodos el uno con el otro. No hace falta todo el postureo y las tonterías que hacemos cuando creemos que tenemos que impresionar a alguien. Simplemente nos ha liado la cabeza y nos ha hecho perder el rumbo.

—¡Por el amor de Dios, Bee! —estalló Luca—. Yo por fin tengo el rumbo más que claro, y si tú, por una vez en tu vida, dejaras de boicotearte, verías que el tuyo también lo está.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¡Significa que llevas años saboteándote a ti misma! Siempre con miedo a dejarte llevar y ver qué pasa.

—¡Eso no es verdad!

—¡Claro que es verdad, Bee, y lo sabes!

—He cambiado de trabajo, ¿no?

—Sí. Después de más de diez años en el mismo sitio, dejando que te machacaran un poco más cada día a pesar de que tus habilidades y tu talento te habrían permitido marcharte y conseguir otro puesto fácilmente. Tuvieron que empujarte hasta el límite absoluto, no tenerte en cuenta para ascensos y bonificaciones incontables veces, para que por fin hicieras algo al respecto.

—No había ninguna garantía de que fuera a conseguir un trabajo.

—Lo habrías conseguido y lo sabes. La gente se daba bofetadas por ofrecerte un puesto en cuanto dejaste ese puto lugar de una vez, y sabías que siempre tendrías una oportunidad en DS en cuanto estuviera en marcha. Te pedí que te unieras a mí desde el principio.

—No quería mezclar los negocios con nuestra amistad y arriesgarme a estropearlo todo.

—¡Aaarg! —Entrelazó las manos en la nuca y miró al cielo, dándose la vuelta antes de girar de nuevo para encararme—. ¡Siempre haces lo mismo! Siempre te pones en lo peor.

—¡No es verdad!

—¡Sí que lo es! Esto de las citas por internet es el ejemplo perfecto. No lo viste como una oportunidad, sino simplemente como algo que tenías que soportar. Esperabas decepcionarte, así que eso es todo lo que viste, todo lo que conseguiste.

—¡Conseguí un montón de citas de mierda y un cabrón infiel!

—A lo mejor, si simplemente te dejaras llevar, si te permitieras brillar de verdad, la vida sería diferente.

—¿Así que las citas desastrosas fueron culpa mía? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Por supuesto que no. Deja de darle la vuelta a las cosas. Solo digo que esto es lo que haces. Es lo que estás haciendo ahora. Con

nosotros. Sabes que es lo correcto, sé que lo sabes. Tenemos una conexión. Siempre la hemos tenido, y ese beso de hace un momento ha demostrado que va mucho más allá de la amistad. Estamos destinados a estar juntos y lo sabes. Creo que te has dado cuenta esta misma noche y te ha entrado el pánico porque tienes miedo.. Como siempre, tienes miedo.

—¡Eso no es justo! —Estaba llorando ya, y mi pecho se agitó y mi voz se quebró en la última palabra..

—No, no es justo, porque llevo tanto tiempo viéndote hacerte esto a ti misma que se me parte el corazón. Serías capaz de mucho más de lo que crees, Bee, si te permitieras intentarlo. Fíjate en lo del trabajo. Diste el salto y ahora eres muchísimo más feliz. —Dio un paso hacia mí—. Sé que puedes hacerme feliz, y yo me pasaría todos los días esforzándome al máximo por hacerte feliz a ti también. Pero, a decir verdad, no creo ni que tengamos que esforzarnos. Encajamos, Bee. Siempre hemos encajado. Yo lo supe hace mucho tiempo y sé que tú lo sabes ahora. Pero solo puede ocurrir si estás dispuesta a dar el salto al vacío e intentarlo.

Me daba vueltas la cabeza y me llevé una mano a la frente, como si al hacerlo pudiera detenerla. Luca hizo amago de tocarme, pero retrocedí y vi cómo la frustración y el dolor ensombrecían sus marcadas facciones. Mi corazón se resquebrajó un poco más.

—¿Te acuerdas de aquella discusión que tuvimos mamá y yo cuando entraste del jardín aquel día? —le oí decir. ¿Cómo iba a olvidarlo? El inusual secretismo de Luca me había estado rondando la cabeza desde entonces.

—Era sobre ti.

—¿Sobre mí? —Sentí que la comida que habíamos tomado antes se me revolvía violentamente en el estómago.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por esto de internet. El reto ese que teníamos de encontrar a nuestra media naranja.

—Pero ¿por qué se iba a disgustar tu madre por eso y qué tenía que ver conmigo?

—Porque, como todas las buenas madres, sabía que yo ya había encontrado a esa persona y, al participar en el reto, corría el riesgo de perderte. Pensaba que debía decírtelo directamente, ya que no solo me lee a mí como a un libro abierto. Aunque por aquel entonces tú no supieras que lo nuestro era de verdad, ella sí lo sabía.

—¿Pero tú no estabas de acuerdo?

—No. Yo lo sabía. Sabía que te quería y sabía que seríamos increíbles juntos, pero no podía soltártelo así sin más, como haría con cualquier otra persona.

—¿Por qué no? —Luca dejó escapar un suspiro y se rascó la barba incipiente de la mejilla; sus dedos largos y fuertes produjeron un sonido áspero al hacerlo.

—Porque necesitaba que acudieras a mí porque me deseabas. Porque me querías a mí por encima de todos los demás, y no solo porque fuera la opción segura. La opción fácil. Quería que vinieras a mí porque yo era la única opción.

—Yo no habría hecho eso —dije, intentando no sonrojarme.

—Sí, Bee. Podrías haberlo hecho.

No había nada que añadir. Sabía que tenía razón, y él también. También sabía que lo amaba. Más que a nada ni a nadie. Más de lo

que creía posible. Lo deseaba tanto que me estaba partiendo en dos...

Luca rompió el silencio.

—Creo que tu falta de respuesta lo dice todo. Una vez más estás levantando muros y poniéndote límites, incluso sabiendo que podría ser increíble.

—¡También podría salir horriblemente mal! —Luca me observó durante un instante, echó la cabeza hacia atrás mirando al cielo y luego la bajó hacia el suelo.

—Te pediré un coche —dijo, sacando el móvil del bolsillo del abrigo.

—¿Y qué se supone que va a pasar ahora? Ahora que me has besado y lo has cambiado todo.

—Estoy bastante seguro de que tú también me estabas besando, si mal no recuerdas.

Claro que lo recordaba. Siempre recordaría aquel beso, de eso estaba segura.

Luca continuó.

—Pero no te preocupes por lo demás. No ha cambiado nada, Bee. Nunca cambiará nada porque tú no lo vas a permitir. Estás demasiado contenta quedándote en esa zona de confort, y a lo mejor es lo más adecuado. —Las facciones de su rostro se habían endurecido, tenía la mandíbula apretada y sus ojos oscuros, normalmente tan cálidos y acogedores, se habían cerrado para mí—. En cuanto al beso, simplemente olvídalo. Finge que nunca pasó. La semana que viene me voy a un viaje de escalada en hielo; nos dará un poco de espacio a los dos, lo que creo que probablemente sea bueno.

—¿Que lo olvide? —pregunté—. ¿Y cómo se supone que voy a hacer eso exactamente?

—Seguro que encuentras la manera, Bee. —Su voz sonó tan fría como el acero—. Al fin y al cabo, es lo que quieres, ¿no?

Incliné el rostro hacia él. ¿De verdad lo quería?

Luca soltó una media carcajada carente de humor.

—Este es exactamente tu problema, Bee. Ni siquiera sabes lo que quieres la mitad del tiempo, ¿y cuándo lo sabes? Cuando estás segura de lo que quieres, sigues demasiado asustada para extender la mano y agarrar la oportunidad, por si acaso no es perfecta. Bueno, pues la vida no es perfecta, Bee. Lo sabes. Y no tiene sentido fingir que lo es. Pero está ahí para vivirla, y la única forma de hacerlo es intentarlo. A veces hay que arriesgarlo todo, incluso si eso significa perderlo todo. —Su mirada se clavó en la mía—. No creo que seas capaz de hacer eso.

Se giró para mirar un coche que avanzaba lentamente por la calle y levantó una mano. El vehículo se detuvo junto a la acera, a nuestro lado. Al acercarse a él, saludó al conductor y le hizo un gesto para que volviera a su asiento cuando este hizo amago de salir para abrir la puerta, acción que realizó Luca en su lugar antes de volverse hacia mí. Avancé despacio hacia el coche, tambaleándome, pero no por el alcohol. Todo lo que había ocurrido desde que salimos me había espabilado con creces. Ahora solo sentía que el mundo se desmoronaba bajo mis pies. Todo había cambiado, pero yo no quería que volviera a ser como antes. En realidad no. No en el fondo de mi corazón.

Luca tenía razón. Estaba demasiado asustada para seguir adelante con aquel cambio por si las cosas no salían bien. Por si lo

perdía para siempre. ¿Pero acaso no había pasado ya? En todo el tiempo que llevábamos conociéndonos, jamás me había dicho que necesitara espacio. Siempre había sido él quien me había mantenido cerca, lo cual, por supuesto, ahora cobraba todo el sentido. Nunca lo había sospechado. Nunca me había permitido sospecharlo porque no creía que alguien como Luca se fijara en mí de esa manera. No me había considerado digna de su atención. Había asimilado la actitud de mis padres y cargado con ella de por vida, asumiendo que todos los demás sentirían siempre lo mismo por mí. Pero solo podían tratarme así si yo se lo permitía. Luca siempre me había visto como algo más. Ahora me daba cuenta.

—Se está haciendo tarde. Deberías volver a casa. —La expresión de Luca era cerrada y su tono indicaba que la discusión había terminado. No había nada más que decir. Apoyé una mano en el techo para estabilizarme y subir al coche. Los dedos de Luca agarraron con fuerza la parte superior de la puerta abierta mientras se giraba para hablar con el conductor, evitando cualquier posibilidad de mirarme a los ojos. Me deslicé en el interior; el asiento de cuero frío era suave bajo mis dedos. Vi que Luca se movía y cambiaba el peso del cuerpo para cerrar la puerta.

Ni siquiera iba a despedirse.

—¿Luca? —Se asomó un poco por encima de la puerta e inclinó la cabeza a modo de pregunta.

—¿Qué somos ahora? ¿Somos...? —Tragué saliva con dificultad para intentar deshacer el nudo que se me había formado en la garganta reseca—. ¿Seguimos siendo amigos?

—Sí, Bee. —Ya no había más que cansancio y resignación en su voz—. Amigos. Como siempre.

Antes de que pudiera contestar, cerró la puerta y dio dos golpecitos en el techo para indicarle al conductor que arrancara. Me giré, pero Luca ya estaba de espaldas al coche y con el móvil en la mano, supuestamente pidiendo otro para él. Podríamos haberlo dejado de camino perfectamente, pero estaba claro que, a diferencia de lo ocurrido antes, ahora Luca solo quería mantener las distancias conmigo. Y de eso solo me podía culpar a mí misma.

Capítulo 33

Tia me pasó otra caja de pañuelos, sacando el primero por mí para, sospechaba yo, evitar otra rabieta de frustración como la que tuve cuando se atascó el anterior, con el resultado de que el suelo de mi habitación ahora parecía como si alguien hubiera desplumado a un pollo enorme, con la alfombra adornada con jirones blancos de papel. Había aparecido en mi puerta esa mañana con todas las provisiones que necesitaríamos. No quería llamarla, pero por fin me había dado cuenta de que no siempre podía enfrentarme a las cosas yo sola, y que tampoco tenía por qué hacerlo. Y, en ese preciso instante, la necesitaba. Cuando sonó el timbre, al abrir la puerta me la encontré allí plantada con dos cajas grandes de pañuelos tamaño familiar y un abrazo enorme. El frágil cerrojo que había mantenido cerradas mis compuertas se desintegró por completo y ella me guio hacia el interior hasta que me acurruqué en posición fetal sobre la cama y lloré a mares por todo lo que había perdido por tener demasiado miedo a intentarlo, incluido ahora, según parecía, el único hombre sin el cual no podía imaginarme la vida.

—¿Fui la única que no se dio cuenta?

Tia hizo una mueca.

—Básicamente.

—¿Desde cuándo?

—Siempre fue bastante evidente, pero para el resto de nosotros se ha vuelto aún más obvio en el último par de años. ¿Nunca se te ocurrió pensar por qué no le gustaba ninguno de tus novios?

—La verdad es que no. Pensaba que solo era Luca llevándome la contraria para divertirse, como hacía siempre.

—Para ser sincera, yo creía que era mutuo. O sea, por la forma en que siempre te alejabas de cualquier mujer que él llevara al pub.

—No. Yo nunca lo vi de esa manera. Supongo que porque jamás se me ocurrió que fuera recíproco y siempre me sentía tan sosa al lado de ellas.

—Cariño, no lo parecías. Siempre has tenido esa visión distorsionada de ti misma, como si fueras menos que los demás, y puedo entender cómo ha pasado. Ya sabes, por tus padres y todo eso. ¿Sabías que Luca siempre te miraba de reojo cuando creía que nadie lo observaba?

Me di la vuelta y ella me miró a los ojos.

—¿Nunca te preguntaste por qué ninguna de sus relaciones duraba más de un par de noches, como mucho?

—Solo pensaba que estaba pasándoselo bien, picoteando de aquí y de allá.

—Tal vez fuera así al principio. Pero luego solo intentaba encontrar a alguien que le hiciera sentir como lo haces tú. Y nunca lo consiguió. Ni siquiera con Aneeka, que era un encanto, pero no eras tú. Tú entras en una habitación y él se ilumina.

Me removí y la miré desde donde estaba tumbada, abrazando una almohada. Tia me devolvió la mirada y asintió.

—Ajá —respondió a mi rostro interrogante.

—Bueno, estoy bastante segura de haber enfriado cualquier ardor que pudiera haber sentido. Me odia.

Sentí que las lágrimas volvían a brotar.

—No te odia.

—Ni siquiera se despidió, y mucho menos me dio un abrazo. Y ahora se ha largado a sabe Dios dónde durante una semana. Le pregunté si seguíamos siendo amigos y su voz tenía un tono totalmente inexpresivo. Dijo que sí, pero no lo somos. Lo sé yo y lo sabe él. Solo me dijo lo que yo quería oír para poder irse.

—Cariño. Le acababan de romper el corazón. Dale algo de tiempo.

—No quiero. Yo quiero...

—¿Qué quieres? —preguntó Tia, con tono serio—. Tienes que pensar en esto, Bee. Estamos hablando de Luca. No se merece que mareen la perdiz con él. Es demasiado bueno para eso, y tú también lo eres.

—No necesito pensarlo.

Tia arqueó ligeramente sus preciosas y oscuras cejas, perfectamente delineadas, a modo de pregunta.

—Quiero a Luca. —Me impulsé hasta quedar sentada—. Quiero a Luca —repetí, esta vez con una convicción en mi voz y en mi corazón que me pareció tan correcta que supe que no había lugar a equivocaciones—. Siempre le he querido. Solo que no lo supe hasta anoche y entonces, cuando tuve la oportunidad, salí huyendo, igual que hago siempre, justo como dijo Luca. Pero no debería haberlo hecho. Debería haberme aferrado a ello con ambas manos.

—Pues eso es lo que tienes que hacer.

—Pero, si lo llamo, a lo mejor no contesta.

Una parte de mí se dio cuenta de que, una vez más, estaba haciendo aquello de lo que Luca me había acusado: esperar lo peor.

—No lo hará.

Levanté la cabeza de golpe; justo estaba abriendo el contacto de Luca en mi teléfono.

—¿Qué?

—El lugar donde están escalando en hielo. Me dijo que es bastante remoto y no hay cobertura. Pero volverá en una semana. Podrás decírselo entonces.

Una semana me parecía una eternidad.

—¿Crees que me escuchará?

—Es Luca. Es cabezota y está enfadado contigo, pero sí, creo que escuchará.

—¿He perdido mi oportunidad?

Tia se encogió de hombros y me dio un abrazo para intentar suavizar el golpe.

—De verdad que no lo sé, Bee. Nunca lo había visto tan disgustado como antes de irse. No puedo decirte si volverá a abrirse a eso otra vez. Lo único que podemos hacer es tener esperanza.

Asentí y Tia me abrazó de nuevo.

—Lo siento. Sé que no es la respuesta que querías oír, pero he decidido que fingir saber o no saber cosas, como el hecho de que Luca había visto a Adrian engañándote, no le hace ningún favor a nadie.

Tia me dio otro abrazo antes de irse y yo me metí directa en la ducha e hice un esfuerzo por salir del pozo de autocompasión en el que me había hundido. Me lavé el pelo, me puse un vestido y una capa de pintalabios. Cogí un cálido abrigo de lana color crema que apenas me ponía, pero que me encantaba, me calcé unas botas y me puse un gorro de lana con un pompón que rebotaba suavemente a cada paso. Cerré la puerta con llave a mis espaldas y me dirigí a un parque cercano a tomar el aire fresco. O, al menos, a lo más parecido que podía encontrar en las afueras de Londres.

De vuelta a casa, dos horas más tarde, después de haber caminado durante kilómetros, dándole vueltas y vueltas a mis pensamientos, me preparé una taza de té y me senté en el sofá, metiendo los pies debajo de mí. Luego agarré el móvil y busqué el contacto de Luca. Gracias a Tia, sabía que no iba a contestar, pero tenía que decirle lo que necesitaba decirle y solo me quedaba esperar que escuchara el mensaje cuando volviera a la civilización.

Respiré hondo y pulsé el pequeño teléfono verde de la pantalla. Una voz grabada me indicó que la persona a la que había llamado no estaba disponible y que dejara un mensaje después de la señal. Era ahora o nunca.

—Hola. Soy yo. Espero que te lo estés pasando genial. —Hice una pausa y esbocé una mueca de disgusto por la banalidad del comentario—. No sé cuándo recibirás este mensaje, o si siquiera lo escucharás entero, pero solo quería decirte que tenías razón. Te diría que he tenido tiempo para pensar mucho, pero no me ha hecho falta. Sabía que tenías razón anoche, igual que lo sabías tú, pero no fui lo bastante valiente para dar el salto. Pero, como tú dijiste, la única persona que me frena soy yo misma. Ahora me doy cuenta de eso y estoy haciendo cambios; y lo único que me asusta en este momento es que pueda haber perdido al único hombre al que he amado en mi vida. A la mejor persona que he conocido jamás. A la que me ha hecho reír y llorar, y me ha hecho sentir querida durante tanto tiempo. Me aterra pensar que nunca volveré a sentirme como me sentí cuando me abrazaste y me besaste. Supe que estaba exactamente donde se suponía que debía estar, y con la persona con la que se suponía que debía estar, y eso me asustó, porque eras tú. Pero ya no tengo miedo. Te quiero, Luca. Siempre te he querido.

Solo ha hecho falta perderte para darme cuenta de hasta qué punto, y lo siento muchísimo.

Mi voz se había quebrado, así que colgué, secándome las lágrimas al hacerlo. No sabía si sería suficiente, pero, de un modo u otro, me alegraba de haberme arriesgado. De haber sido lo suficientemente valiente, por fin, para hacerlo.

* * *

—Pensaba que Luca volvía hoy, ¿no? —comentó Helen cuando, una semana después, entré a la cocina de la oficina a coger un batido de la nevera.

—Mmm. No estoy segura. A lo mejor su vuelo se ha retrasado o algo así.

—Pero no es propio de él no avisar si ha habido algún cambio de planes. Siempre suele estar muy atento con eso.

Asentí. Helen tenía razón. Se suponía que Luca volvía hoy. Por lo que Tia me había contado, en teoría volaba de vuelta el sábado por la noche; ella misma me había llamado para preguntarme si sabía algo. Y no sabía nada. A esas alturas ya habría recibido el mensaje, así que o bien no había querido escucharlo, o lo había escuchado y no había servido de nada. Tenía el corazón hecho pedazos en el pecho y mi único consuelo era que lo había intentado. Al final, la decisión siempre iba a depender de Luca y era algo sobre lo que yo no tenía ninguna influencia. Helen me lanzó una mirada interrogante, la cual fingí no interpretar, esbozando una sonrisa en su lugar y regresando a mi escritorio.

Las cifras de mi pantalla se volvieron borrosas y parecían el galimatías que eran. Normalmente, podía leer código informático sin

pensar, como si estuviera en perfecto español, pero hoy mi cerebro se esforzaba por funcionar. Le eché un vistazo furtivo al escritorio vacío de Luca y sentí que se me revolvían las tripas de nuevo justo cuando mi teléfono empezó a vibrar. Lo agarré al instante, sintiendo un vuelco en el estómago al ver que no era Luca, sino un número desconocido; lo más seguro es que intentaran venderme algo o decirme que sabían que había tenido un accidente que, en realidad, nunca había ocurrido. Mi dedo revoloteó sobre el botón de colgar, pero en lugar de eso pulsó el de responder. Al menos me daría un minuto de descanso lejos de la pantalla.

—¿Dígame?

—¿Bee?

—Eh... ¿quién es?

—¡Ay, Bee! Soy la madre de Luca.

Sentí que el color abandonaba mi rostro y que cada hueso de mi cuerpo perdía su fuerza. Fui incapaz de hablar.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Bee, ha habido una avalancha donde Luca y sus amigos estaban escalando.

—Por favor, no —susurré.

—¡No, no, cariño! —se apresuró a decir—. Está bien. Está a salvo. Estuvieron desaparecidos más o menos un día, pero por suerte consiguieron encontrarse y mantenerse lo más abrigados y unidos posible hasta que los rescataron y los trajeron de vuelta a casa. Está lleno de magulladuras y se ha roto la pierna bastante mal, así que le han operado para ponerle unos clavos; además, sigue tomando unos analgésicos bastante fuertes, por lo que está un poco atontado.

—Vale —dije, incapaz de encontrar otras palabras mientras mi mente intentaba asimilarlo todo y lo cerca que habíamos estado de perderlo para siempre.

—En cuanto lo vi, le pregunté si debía llamarte. Sé lo que ha pasado, pero dadas las circunstancias...

—Mmm, ya.

—Me hizo prometerle que no lo haría.

—Ya —respondí, dejando que las lágrimas fluyeran con libertad. Sabía que me estaba ganando miradas furtivas por encima de los monitores de los demás, pero me daba igual.

—Le dije que querrías saberlo, pero siempre ha tenido una vena muy testaruda. Eso le ha llevado a estar donde está hoy, pero te juro que a veces me saca de quicio.

Se me escapó una pequeña risa estrangulada, teñida de dolor.

—Por fin hoy ha estado despierto el tiempo suficiente como para mirar el móvil unos minutos. Sorprendentemente, sobrevivió a todo aquello.

—Lleva una funda de esas superresistentes, como las que usan los militares, para cuando se va de aventuras. —La respuesta fue automática. Conocía todos los pequeños detalles sobre Luca, al igual que él conocía los míos.

—Ah, claro. Bueno, pues eso lo explica todo. Menos mal. El caso es que ha escuchado sus mensajes. Tengo entendido que había uno tuyo.

—Sí.

—No sé qué le has dicho, pero rara vez he visto llorar a mi niño...

—¡Oh! Yo no quería...

—No, no, *mia cara*. Eran lágrimas de felicidad, te lo garantizo.

—¿De verdad? —dije. Ahora eran mis propias lágrimas de felicidad las que me surcaban el rostro y se acumulaban en mi barbilla antes de caer sobre el papeleo de mi escritorio.

—Sin lugar a duda. Ya se estaba quedando dormido otra vez cuando le quité el teléfono, pero tuve la sensación de que algo había cambiado. Llámalo intuición de madre. —Soltó una risita—. Volví a preguntarle si debía llamarte. Consiguió asentir y susurrar la palabra «por favor» justo antes de que los analgésicos hicieran efecto del todo.

—¿Puedo ir a verlo?

—Por supuesto. Estoy bastante segura de que al jefe le parecerá bien.

Volvió a reírse, y pude oír el alivio en su voz mientras me indicaba a qué hospital debía ir. Su hijo había desaparecido en una avalancha, pero lo habían encontrado vivo y, en su mayor parte, intacto. El desenlace podría haber sido muy distinto. Para todos nosotros.

Me senté en el taxi y llamé a la mano derecha de Luca, sin estar segura de si lo sabía o no.

—¡No! Le he dejado un montón de mensajes, pero no he sabido nada de él. ¡Dios! ¿Se encuentra bien?

Lo puse al corriente de todo; le hablé de los analgésicos y le aseguré que sabía que Luca le llamaría en cuanto le fuera posible.

—Por supuesto. Sin prisa. ¿Vas a ir a verlo ahora?

—Sí.

—Vale. Dile que todo está bajo control y que no se preocupe, y que me llame cuando esté listo.

—Gracias, Andy. Se lo diré.

Colgué justo cuando el taxi se detenía delante del hospital. Rezando para que el datáfono del taxista funcionara más rápido, salí corriendo hacia las puertas y me abalancé sobre el primer mostrador que vi.

—Busco la habitación 205. Luca Donato.

—Al fondo, los ascensores están a la derecha. Segunda planta.

—Gracias —dije, ya en movimiento. Como el ascensor no había llegado a los dos segundos, empujé una puerta con el letrero de «Escaleras» y subí corriendo a la segunda planta, irrumpiendo en el pasillo en busca de alguna señalización.

—Ya era hora de que aparecieras —sonrió Marco, uno de los hermanos de Luca, girándose desde la máquina de café situada cerca de la puerta.

—Me acabo de enterar —dije jadeando—. No...

Mi protesta quedó aplastada cuando me envolvió en un abrazo enorme.

—Te estoy tomando el pelo. Aunque ya iba siendo hora de que ambos entrarais en razón y estuvierais juntos. Todos hemos estado esperando pacientemente durante años.

—¿Desde cuándo un Donato ha esperado pacientemente? —Me reí al tiempo que mis ojos se llenaban de lágrimas una vez más.

—Buen apunte. Toma. —Me entregó un pañuelo limpio de un paquete que llevaba en el bolsillo—. Venga, te acompaño dentro.

* * *

La iluminación era tenue en deferencia a la silueta que dormía en la cama. Un armazón para evitar que la ropa de cama rozara su pierna herida cubría la mitad inferior; además, su precioso rostro era un amasijo de magulladuras con los colores del arcoíris, visibles

incluso con aquella luz. Unos puntos de aproximación le mantenían cerrados dos cortes en la mejilla derecha y otro apósito le cubría una herida en la frente. Sentí que el color me abandonaba al darme cuenta de lo cerca que habíamos estado de perderlo.

Su madre y su padre se levantaron para abrazarme; ella me apartó el pelo de la cara antes de depositar un beso en mi mejilla. No hicieron falta palabras. Sus miradas y gestos lo decían todo.

Encontré una parte intacta en la cara de Luca y lo besé con suavidad antes de sentarme junto a la cama y envolver su mano con la mía. Sus párpados temblaron de forma breve y soñolienta antes de que sus ojos, pesados, se centraran en mí. Aquella hermosa sonrisa iluminó su rostro cuando giró la mano para estrechar la mía, justo antes de que la medicación se apoderara de él una vez más. Posando mi otra mano sobre las nuestras entrelazadas, supe que lo arriesgaría todo por aquel hombre, ahora y siempre.

Epílogo

Dieciocho meses después

La siguiente vez que se despertó de la medicación, Luca me pidió matrimonio, pero le obligué a hacerlo de nuevo cuando estuvo totalmente lúcido, por si acaso. Lo hizo en Nochebuena, ganando así la apuesta..., según él. Yo, como es obvio, no estaba de acuerdo. Todavía seguimos discutiendo los tecnicismos de su supuesta victoria. Habiendo esperado tanto tiempo para estar juntos, ninguno de los dos quería un compromiso largo y, seis meses después, me convertí oficialmente en parte de la familia Donato.

Donato Solutions sigue prosperando y el acuerdo japonés en el que Luca estaba trabajando cuando me uní a la empresa nos aportó aún más notoriedad y prestigio, lo que permitió que la compañía se expandiera. Nos mudamos de local y, como directora de Informática y Soluciones Digitales, obtuve mi propio despacho (con unas preciosas vistas al río), unas tarjetas de visita muy elegantes y un ayudante.

Mi piso se puso a la venta el mismo día en que a Luca le dieron el alta en el hospital. De todas formas, pasaba todo el tiempo en su casa y ninguno de los dos quería estar separado por más tiempo. Se vendió en dos días por un precio superior al inicial, y Tia y Jono me ayudaron a trasladar mis cosas definitivamente a casa de Luca.

Hoy es su boda y Tia está impresionante. Jono se va a hartar a llorar cuando la vea. Bella, Lucy y yo somos damas de honor, y no paramos de reírnos juntas como colegialas. Por supuesto, mi vestido ha tenido que sufrir algunas modificaciones y no estoy segura de

que vaya a hacer mucho más que bailar un baile lento con mi precioso marido esta noche. A nuestro hijo le queda un mes para nacer y ya hemos empezado a mirar sitios más alejados de Londres, lo bastante cerca para estar con la familia lo más a menudo posible, pero que también tengan jardín para que él pueda jugar. A los dos nos gustaría tener más hijos, pero este ya me mantiene lo bastante ocupada por ahora.

Mi móvil emite un pitido de notificación y me lo saco del bolsillo. Tia se aseguró de que todas tuviéramos bolsillos en los vestidos. Esta es una de las muchas razones por las que la adoro.

¿Tienes un minuto?

Se lo consulto a Tia, me voy a una de las otras habitaciones de la *suite* y le contesto. Luca me hace una videollamada. Cuando lo cojo, tiene la cara pegada al teléfono, lo que me hace dar un respingo de nuevo. Le digo que, si me pongo de parto en mitad de la ceremonia, será culpa suya. Suelta esa risa tan suya, esboza esa sonrisa y me vuelvo a enamorar una vez más del hombre con el que, por fin, estoy viviendo mi mejor vida.

Agradecimientos

¡Vaya! Otro libro más empezado en otro confinamiento más. ¿Quién lo hubiera pensado? Entre confinamientos, una mudanza y un duelo, decir que escribir este libro fue un reto es quedarse corto. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a todos los miembros del equipo Boldwood por su apoyo, comprensión y humanidad tras el traslado de mamá a cuidados paliativos y nuestra posterior pérdida. Su total empatía me quitó una gran preocupación de la cabeza con respecto a la fecha de entrega en lo que fue un periodo increíblemente difícil. No puedo agradecéroslo lo suficiente por ello, y por lo que significó para mí y para mi familia.

Gracias también, de manera específica, a mi editora, Sarah, a mi correctora de estilo, Sue, y a mi correctora ortotipográfica, Rose, por ayudar a hacer que este libro sea lo mejor posible. Todas habéis puesto mucho de vuestra parte y agradezco de corazón vuestro duro trabajo. Gracias también a Debbie Clement, la diseñadora de gran talento responsable de la preciosa portada.

Escribir puede ser una ocupación solitaria, así que saber que tienes gente a la que puedes llamar para charlar, hacer preguntas al azar o simplemente para saludar y saber que no estás sola es algo maravilloso. Gracias a Rachel B., Rachel G., Sarah B. y a Nat, en especial por las charlas y también por ayudar a difundir la noticia sobre mi libro anterior el día de su publicación, cuando yo no pude hacerlo. Valoro muchísimo vuestra amabilidad y generosidad, y os debo a todas unos abrazos gigantescos cuando sea posible darlos. Gracias, queridas mías. ¡Os quiero a todas!

Hablando de amigas, no me podía olvidar de la fabulosa Jo P., que ha sido un apoyo inmenso en un momento difícil, a pesar de tener sus propios motivos de preocupación. Gracias también a D., que me permitió acoplarme a su viaje para pasar un par de días paseando por la belleza de la campiña galesa poco después del funeral; fue puro bálsamo para mi corazón y mi alma.

También me gustaría enviar un enorme agradecimiento a las blogueras que comparten bonitas reseñas y magníficas fotos de mis libros, ayudando así a correr la voz. Es un mundo muy competitivo ahí fuera, y hay tantos libros compitiendo por llamar la atención que valoro muchísimo vuestro tiempo, vuestras reseñas y vuestro apoyo.

Y, por supuesto, a vosotras, mis maravillosas lectoras. Vuestro apoyo a mis libros hace posible que pueda seguir dedicándome a esto. Muchísimas gracias. Me encanta saber de todas vosotras, así que no dudéis en poneros en contacto conmigo cuando queráis. Estoy tan agradecida por vuestros preciosos comentarios, y saber que mis libros os han sacado una sonrisa significa muchísimo para mí.

Y por último, gracias a James, sin cuyo amor, confianza y apoyo nada de esto habría ocurrido.

Sobre la autora

Maxine Morrey soñaba con ser escritora desde niña y escribió su primer libro a los diez años. Tras años compaginando la escritura con trabajos más convencionales, en 2015 ganó el concurso «Write Christmas» de HarperCollins/Carina UK con su primera comedia romántica, *Winter's Fairytale*.

Actualmente vive en la costa sur de Inglaterra y, cuando no está delante del teclado, disfruta leyendo, cosiendo y escuchando pódcasts y audiolibros. También le apasionan el té, los pasteles y los paseos… siempre que no haya demasiadas cuestas.

Odisea le agradece la atención
dedicada a *Vivir tu mejor vida*, de Maxine Morrey.
Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos en nuestra web, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Primera edición: junio de 2026
Título original: *Living your best life*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Maxine Morrey, 2022
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Debbie Clement Design
Imágenes de cubierta: Shuttershock
Corrección: Taller de los Libros

Publicado por Odisea Ediciones
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
info@principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16811-53-3
THEMA: FRM

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora